This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

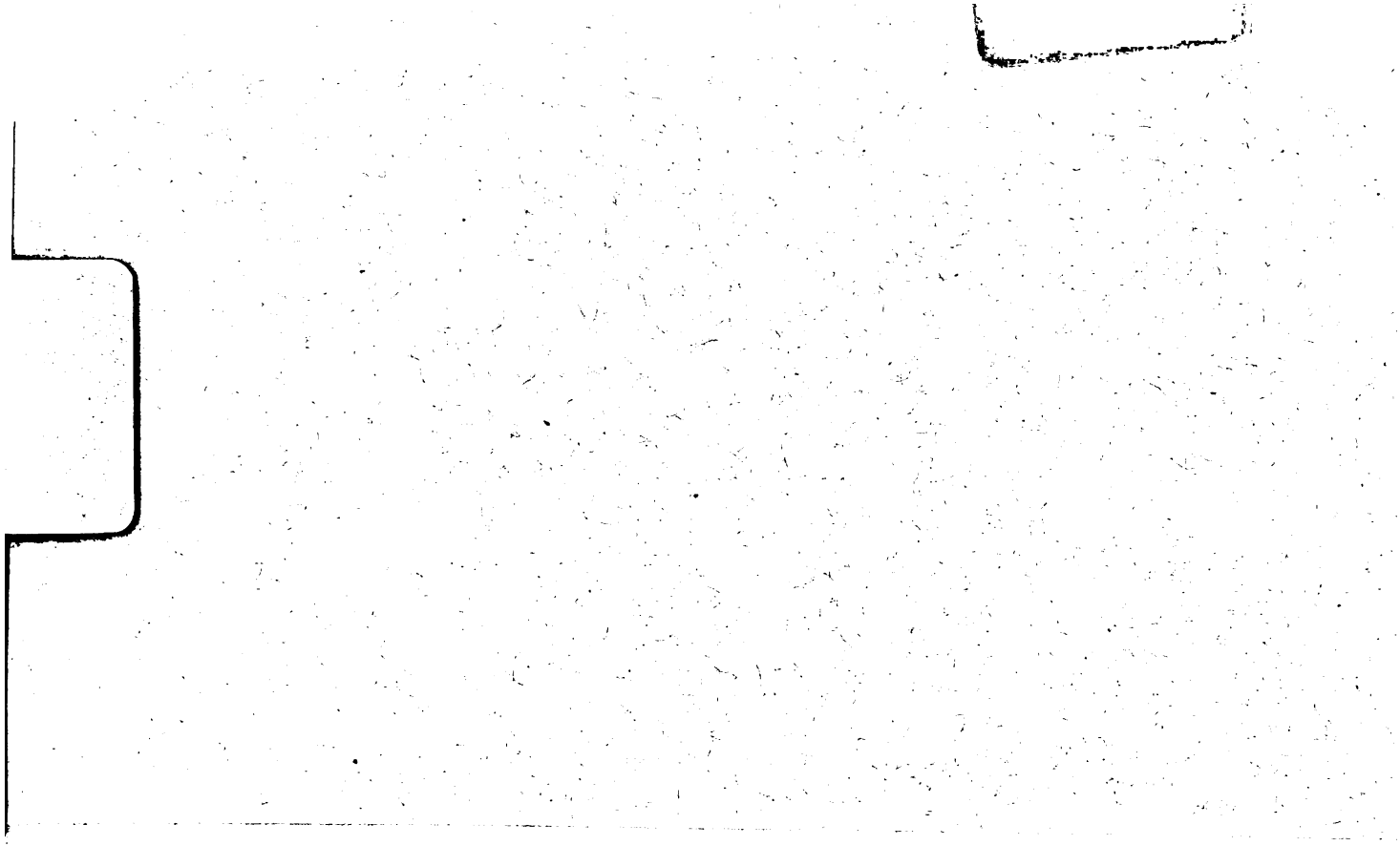
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

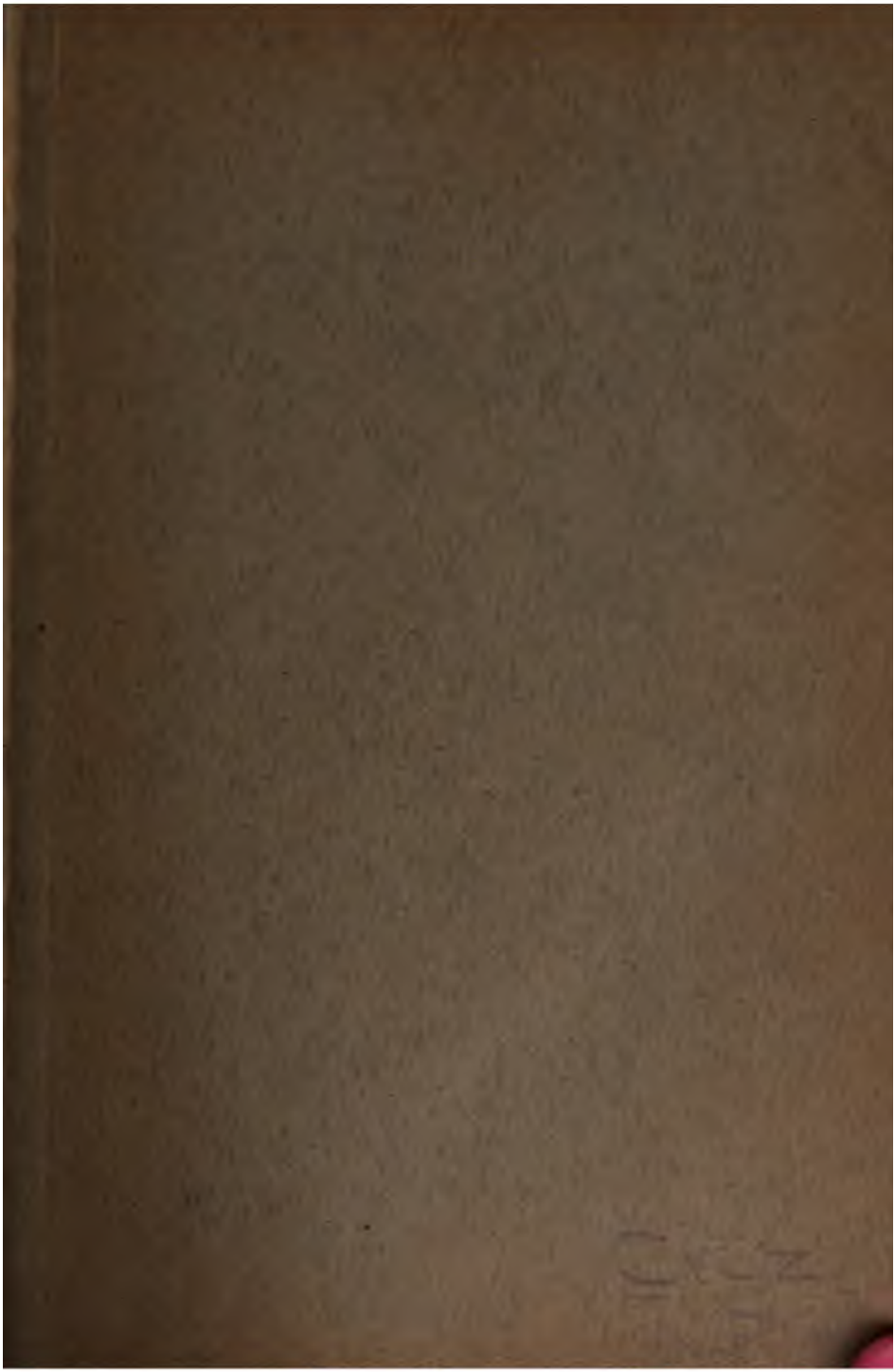
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07437070 5





CROMITOS CUBANOS

LA LIRA CUBANA
LIBRERIA
SE COMPRAN Y VENDEN LIBROS
Aguiar 75 entre Obispo y Obrapia.
HABANA

NEW YORK
PUBLIC
LIBRARY

CROMITOS CUBANOS

LA LIRA CUBANA
LIBRERIA
SE COMPRAN Y VENDEN LIBROS
Aguiar 75 entre Obispo y Obrapia.
HABANA

OBRAS DEL AUTOR

TRES CARACTERES.—*Bocetos biográficos cubanos.*—*(Isaías)*. 1 folleto de 89 págs. Key-West. Imprenta de la *Revista Popular*. (Agotado).

EPISODIOS DE LA REVOLUCION CUBANA.—1 tomo de 200 págs..—Establecimiento tipográfico, O-Reilly 9. Habana—1890. (Agotado).

EN PREPARACION:

CROMITOS ARGENTINOS Y URUGUAYOS

PROXIMO A PUBLICARSE:

AGRAMONTE.—(Estudio histórico).

LA LIRA CUBANA
LIBRERIA
SE COMPRAN Y VENDEN LIBROS
Aguiar 75 entre Obispo y Obrapía.

NEW YORK
PUBLIC
LIBRARY

CROMITOS CUBANOS.

(BOCETOS DE AUTORES HISPANO-AMERICANOS)

POR

MANUEL DE LA CRUZ

LA LIRA CUBANA
LIBRERIA
SE COMPRAN Y VENDEN
Aguiar 75 entre Obispo y Obrapía

HABANA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO LA LUCHA
CALLE DE O-REILLY NUMERO 9.
1892.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
732478
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
1916 L

A

Aurelia Castillo de González,

á la escritora y á la dama,

homenaje de

El Autor.

Jorge Morton, Sept. 24/5 $3.00

PRÓLOGO

En las columnas del semanario La Habana Elegante, con el pseudónimo de *Juan Sincero* y la denominación de Esbozos de cera, dí á la estampa, en 1886, una serie de semblanzas de escritores cubanos. Posteriormente en la citada publicación, en El Fígaro, en la Revista Popular, de Key West, y en época más reciente en las páginas de la Revista Cubana, dí á la estampa otra serie de semblanzas, bajo el rubro de Cromitos y con el pseudónimo de *Bonifacio Sancho*. Aumentando y corrigiendo *esbozos* y *cromitos*, insertando algunos bocetos inéditos y eliminando otros entre los publicados, he formado este libro con el propósito de que

inicie una serie de estudios críticos de autores hispano-americanos. Al presente tomo sucederá el de los CROMITOS ARGENTINOS Y URUGUAYOS, en que estudiamos representativos de las vigorosas nacionalidades del Río de la Plata tan eximios como D. Bartolomé Mitre, Calixto Oyuela, Rafael Obligado, Carlos Guido Spano, Clemente L. Fregeiro, Eduardo Acevedo Díaz, y otras personalidades que encarnan algunas de las cualidades características de la raza española en su tipo ibérico ó en su tipo profundamente modificado por el medio americano y los factores históricos. A los CROMITOS ARGENTINOS Y URUGUAYOS seguirán estudios análogos de autores originarios del Perú, Colombia, Chile, y de otros paises del mundo neo-latino, consagrando exclusivamente un tomo á cada nación, tomo que irá precedido de una reseña histórica del movimiento literario de la nacionalidad á que se refiera, ó de un estudio comparativo de los autores que comprenda con sus similares españoles ó americanos. A guisa de síntesis de la serie, daremos á luz los CROMITOS IBÉRICOS, en los cuales estudia-

remos autores tan desemejantes como Emilio Castelar y Pompeyo Gener, Valentín Almirall y Marcelino Menéndez Pelayo, J. M. Guardia y Juan Valera, J. M. de Pereda y Eça de Queiroz, poniéndolos en cotejo con otros autores peninsulares ó ibero americanos.

En el grupo de personalidades que componen esta galería he procurado presentar ejemplares típicos en las varias manifestaciones de la actividad humana, prefiriendo en lo general dar más relieve y colorido á aquellas figuras en que más enérgicamente laten y se producen el conjunto de ideas y afectos que caracterizan al moderno hijo de América, oponiéndole el tipo del americano en que todavía supervive en alguna forma el hombre viejo y tradicionalista de Europa y, por antonomasia, el europeo de España.

No se nos oculta que muchas heregías contenidas en este libro serán reputadas bulliciosos alardes de novedad. Expresiones fieles de creencias arraigadas antes que reflejos de impresiones fugitivas, esas heregías no estriban tanto en el valor que atribuimos

á determinadas personalidades como en la lección que, á nuestro juicio, se desprende de la vida y de la labor de los más prominentes entre los que forman esta galería. La lección, en su aspecto intelectual y moral, la hemos desarrollado antes de ahora en la RESEÑA HISTÓRICA DEL MOVIMIENTO LITERARIO EN LA ISLA DE CUBA, que expresamente escribimos para la excelente antología AMÉRICA LITERARIA, compilada por el erudito argentino Francisco Lagomaggiore [1]. No vamos á reproducir aquí la ojeada de conjunto que constituye la *Reseña*: ello sería inoficioso y extemporáneo: inoficioso, porque la tesis que allí sostuvimos está aquí diluída y ratificada; extemporáneo, porque abrigando el propósito de refundir los materiales acumulados, siguiendo el mismo plan, en una

[1] AMÉRICA LITERARIA. — Coleccionada y editada por FRANCISCO LAGOMAGGIORE. — Segunda edición. — Tomo II. — Buenos Aires. — Imprenta de *La Nación*. 1890. — Pág. 603 á 641. — *Reseña histórica del movimiento literario en la isla de Cuba*. — (1790-1890) — La *Reseña* se imprimió en la *Revista Cubana* (Números 4, 5 y 6 del tomo XIV). — Antes, en Noviembre de 1890, habíamos trazado un bosquejo de esa ojeada de conjunto en nuestra *Carta abierta al señor don Vicente Barrantes*, que vió la luz en la *Revista Cubana*, página 521, tomo XII.

HISTORIA del movimiento intelectual en la isla de Cuba, de la que es un bosquejo la citada RESEÑA, estaría fuera de sazón reproducir un estudio que necesita exhibir todos los casos, circunstancias y autores que le sirven de base y testimonio, cuando aquí sólo presento veinte escritores contemporáneos, y á los cuales estudio en una forma que me estaba vedada por los límites y exigencias de una introducción de carácter histórico.

En los estudios de algunas personalidades el boceto se divide en dos elementos: reproduzco la fisonomía que he visto en el hombre real y le opongo la semblanza de lo que pudo ó debió haber sido. En ningún caso este personaje ideal puede considerarse invención caprichosa, encarnación de un anhelo estrecho y pueril en fuerza de ser injenuo, y mucho menos como censura equívoca vaciada en el molde de un símbolo. En todos los ejemplos que invoco y cito he procurado siempre que el consecuente responda de todo en todo al antecedente; cuando la naturaleza del asunto no me ha permitido emplear este

procedimiento, he puesto de relieve las hostilidades del medio y el resultado práctico de las luchas de la personalidad para dominarlas y vencerlas. He reiterado el procedimiento porque la actividad más fecunda del grupo de los escépticos, que se ha desarrollado, al igual que la de los optimistas, en las circunstancias más desfavorables, compele á trazar un cuadro distinto, más en harmonía con nuestras tradiciones y el genio de nuestra raza, y si resulta de la comparación y el contraste que los escépticos han triunfado en toda la línea, queda justificado el artificio empleado en los bocetos de algunos apóstoles del idealismo político. Poniendo en la balanza con que se pesan las consecuencias de las grandes iniciativas, que no es la balanza de los éxitos, la cosecha de unos y de otros; comparando los resultados que de la predicación de dos doctrinas antagónicas ha obtenido el pueblo cubano, éste aparece como desfraudado en sus esperanzas más legítimas, desviado de la ruta de su derrotero histórico y natural, que es la ruta que melancólicamente contemplan los pesimistas. Siendo

ésto así, como intentamos demostrarlo, nuestra lamentación es impersonal, echamos de menos el beneficio de los más, deploramos el consumo, ineficaz y á todas luces estéril, de valiosas y opulentas energías.

Réstanos hacer observar que si hemos rehuído con frecuencia el uso del paralelo, no hemos vacilado en abusar del cotejo y la comparación, ya por tratarse de actores que han puesto en ejercicio sus caracteres en el mismo escenario y en el mismo momento, influyéndose, heredándose, contradiciéndose y harmonizándose en una conclusión común; ya porque juzgamos que la anotación de semejanzas y diferencias, dentro del tipo genérico de la raza ó la familia, es uno de los medios más adecuados para reconstruir la ojeada de conjunto en sus aspectos primordiales.

RAFAEL MONTORO.

RAFAEL MONTORO

El coloso de la tribuna cubana, cuando se irgue sobre este pedestal de su estátua viva,

más que un hombre de nuestra edad parece un antíguo visto á la luz indecisa de la historia, que es luminar de apoteosis. A su lado, Castelar, el mago indio, parece un trovador napolitano salmodiando un *miserere;* Martos, el acróbata japonés de la Sintaxis, un romano de la decadencia que se produce en castellano con los circunloquios de la construcción latina; Cánovas, un godo moderno, iracundo y verboso; Pidal un predicador de parroquia, nervioso y con arranques de tribuno selvático; Moret, un

torbellino de hojas secas y pétalos de rosa; Salmerón la efigie de la Metafísica, calva y marmórea, tronando entre nubarrones. [1]

No tiemblen de patriótico despecho los sempiternos fetichistas de las glorias nacionales: Montoro es también el coloso de la tribuna española. Esto, que para muchos será una heregía, puede demostrarse cumplidamente en un estudio comparativo de la oratoria moderna. Montoro, sin dejar de ser vácuo y pomposo como todo orador español, es el más sóbrio, el más conciso, el que más semejanzas tiene con las cualidades del in-

[1] No incluyo en la enumeración á Pí y Margall, lógico y elocuentísimo publicista; á Silvela, frio como un témpano, y torturado por el método argucioso del puro orador forense; ni á Rafael María de Labra, cuya oratoria se anubla y hace difusa por su invencible propensión didáctica, su amor al correctivo, con frecuencia impertinente, y á las digresiones que amplifican y atenuan, alejándose de la de Montoro por la concisión, pureza, y carácter esencialmente literario de la forma del discurso.—Es ocioso inmiscuir los oradores peninsulares avecindados en Cuba: todos tienen la talla menguada del hijo de Liliput y esa fisonomía indistinta del hijo del Celeste Imperio. Cabe exceptuar á don Joaquín Ruiz, diserto especial, aislado del movimiento político, especie de Julio Verne tímido, de esmerado gusto artístico, y que recuerda, con las estalactitas y estalagmitas que forja su fantasía, por el fondo como por la forma, la série de crónicas científicas que viene dando á luz en el *Diario de la Marina* D. José Echegaray.—Los auxiliares cubanos del integrismo, como Ramón de Armas y Francisco de la Cerra, son abogados sagaces que argumentan con prontitud y facilidad.

signe O'Connell, al que á veces, por pura identidad de motivos y analogía de facultades, nunca por propensión á piraterías intelectuales, parece haber imitado, por cierto que en los mejores momentos del apóstol de las libertades de Irlanda.

Los grandes oradores de la época moderna, ya lleven en sus venas sangre gala ó normanda, latina ó germana, se retrotraen siempre al tipo de los oradores griegos, modelo eterno de esa sobriedad de pensamiento que se hermana y harmoniza con la severa elegancia del templo, las regulares proporciones de la trajedia y la pureza de líneas de la estatuaria. Montoro vive en esa gerarquía selecta, y en él se reproduce, como en ningun otro de la nutrida falanje de orádores españoles, el carácter de las filípicas, pauta de las catilinarias y de las arengas contemporáneas. [1]

[1] Si la autoridad de la Inglaterra en poesía equivale á la de la Grecia en el dominio de la escultura, como ha dicho Planche; en la oratoria su autoridad se hombrea con la de Italia en la pintura. Montoro es un idólatra de la literatura inglesa, acaso esta idolatría, que es un síntoma de elevado sentido crítico, haya contribuido á neutralizar en él lo pernicioso de la influencia intelectual exclusivamente española.—Como después de algunos romanos son los ingleses los que mejor reproducen el carácter de la oratoria griega, tenemos que Montoro es un heleno por vía é intervención anglosajona.

El Ateneo de Madrid, si inició en la Península una era de regeneración intelectual, como afirman ardorosos apologistas, á juzgar por sus frutos actuales, de plena aurora pasó á plena noche sin ostentar los explendores de la mañana; pero, en cambio, sirvió maravillosamente para cultivar una de las cualidades predominantes en la raza ibera, llevándola á su más alto grado de vigor y brillantez. El Ateneo fué la escuela, más propiamente, el Conservatorio de la elocuencia nacional. Un vencedor en las justas orales del Ateneo, podía aspirar, por derecho de conquista, á un escaño en el Parlamento y á un uniforme de Ministro: la verbosidad constituía, y sigue constituyendo, la más preciada aptitud del hombre de Estado.—La cátedra del Espíritu Santo es la escuela elemental de esta facultad, que se emancipa y desarrolla—conservando siempre el sello originario del orador teólogo—en las disputas diplomáticas, en los torneos escolásticos de las Universidades, en las lides de los cabildos. Don Quijote, cuando no lo aguijonea la tarántula de la caballería, es un verdadero orador. Vasco Nuñez de Balboa, cuando espacia sus miradas por las inmensidades del Mar Pacífico, manda hacer alto á sus compañeros, desenvaina la espada,

y andando entre las olas, espeta al cielo un discurso místico y sibilino. Los diálogos de las grandes creaciones del Teatro Español, particularmente los de Calderón y Lope, son discursos en verso, oraciones líricas de ordinario altisonantes y declamatorias. Los historiadores de la Conquista transforman en oradores á los indios prominentes, colgándoles tamaños discursos con el mismo aplomo con que el misionero disertaba sobre el dogma ante manadas de salvajes. Así como en Italia, de detras de cada pilar ó de cada vestigio de pórtico surje un «maestro» ó un cantante, en España, de cada viñedo, con la espontaneidad del hongo, brota un orador.—En aquél Conservatorio de la elocuencia, ya disciplinada en el foro por una disciplina semejante á la teológica, se educó y desarrolló Montoro, en la víspera de un momento histórico laboriosamente preparado, y que traería el desbordamiento de la cualidad con la fuerza expansiva de un gas comprimido como la tiranía borbónica provocara aquella explosión de elocuencia pasional que tuvo su más alta expresión en las famosas Córtes de Cádiz. Aunque entonces Montoro se sentía impulsado por los mismos móviles que el mas rancio de los españoles, eliminó los defectos y se asimiló las cualidades; desechó la vacuidad,

el hábito consuetudinario de verter torrenteras de frases huecas y sonoras, máscara del desenfado y rubor de la ignorancia; repugnando la costumbre de hilvanar sofismas con rapidez de musaraña, y ajustando la concisión de su pensamiento á la opulencia y majestad de la lengua.

Físicamente parece un titán; cuando acciona y habla un titán que simbólicamente se arranca á pedazos ó que simbólicamente se cruza sobre el pecho la banda de grande de la palabra española. Cuando comienza á elaborar uno de sus períodos característicos, períodos audaces, tremendos como una altura de los Andes, creo estar en presencia de un Eiffel construyendo vertiginosamente su increible torre, del escultor que vació en bronce la imágen colosal de la Libertad, de todo lo que recuerda el reto de Prometeo á las omnipotentes majestades del Olimpo. A medida que crece y se perfila la injente fábrica del heráclida arquitecto, crece mi temor de que al coronarla pierdan el equilibrio los sillares y todo venga al suelo. Es un momento único, en que la sensación es la misma en el auditorio que en los espectadores de un eclipse de sol: la luna va cubriendo el disco de oro: la luz palidece, agoniza, ya no es luminar de antorcha, es cirio que flamea

para apagarse; conos de sombra ligerísima, á manera de cendales, caen de lo alto como pirámides funerarias; ráfagas de frio, presagiando una catástrofe, hacen vibrar los nervios..... Pero se llega al momento supremo: la luna es un disco de tinta manchado de sangre: pasa, sigue su ruta sideral, chispea un remolino de oro, y en medio aquél deslumbramiento huye el hechizo, parpadean en el azul estrellas aisladas como lirios de plata que se abrieran de súbito, y sigue el sol mostrando su disco rotundo, radiante y magnífico..... Esboza una idea, de ella, como los retoños del tronco, brotan conceptos diversos que crecen, se entrelazan, se multiplican; hormiguean las oraciones incidentales dentro la armazón del párrafo, la idea capital se va alejando y ocultando; el orador palidece, acciona febrilmente, no pierde el tono natural de su voz ni la pasmosa fluencia de su palabra; el auditorio, como si oyese un presentimiento, se sobrecoje, calla, se demuda, se estucan las caras; ha llegado el momento en que la idea va á enroscarse como un laberinto, en que la fábrica aérea vá á desplomarse, la luz á ahogarse en las nieblas que empiezan á envolver las inteligencias. Pero poco á poco vuelve la idea fundamental, el auditorio la vé dibujar-

se como un halo, vago al principio, encendiéndose á medida que se enlazan y conexionan los períodos menores, y cuando ha cerrado la síntesis como un ceñidor de estrellas, y luce el párrafo rotundo, equilibrado, sólido y luminoso, estalla el aplauso como el hossamna con que la muchedumbre saluda la restauración de la luz en las soledádes del cielo. Esta emoción se sucede de párrafo en párrafo: sacude al auditorio en todo el lapso del discurso; cada párrafo es un discurso en miniatura, distribuido con harmonía irreprochable; y esta serie encadenada de discursos minúsculos, como los mármoles tallados y superpuestos de un mausoleo con lineamientos de Parthenon, forman el conjunto arquitectónico y estatuario de sus grandes oraciones.—Si fuera dable clasificar la imaginación por una escala de colores, diríamos que su imaginación es blanca. Todo lo ve blanco como un campo cubierto de nieve, diáfano como una atmósfera limpia de vapores. Tampoco tiene fantasía: sus imágenes, que no prodiga, son extrictamente literarias, visiones de su erudición, que evoca y hace pasar raudas y descoloridas como sombras chinescas; ó son representaciones de sensaciones profundas é inolvidables, como las que le causa el mar, cuya

fiereza no debe producirle el gozo arrebatado y varoníl que al príncipe de nuestros poetas. Como lo revela la estructura de sus discursos, posée, en desquite, la imaginación constructiva del ingeniero, un sentido perfecto de las proporciones, del equilibrio de las ideas, que culminan en extraordinaria potencia sintética. Es esta la imaginación intelectual por excelencia, producto del estudio de su arte predilecto, formada por la asociación del buen gusto y la sobriedad, y la que determina, con el consorcio de sus aptitudes nativas, el carácter original y distinto de su oratoria.

Este autócrata de la palabra, más que un orador cubano es un cubano orador. El medio madrileño le ha impreso su sello de modo tan indeleble, que el auditorio, oyendo sus oraciones, en los espejismos que esboza su pincel de acuarelista, en vez de los paisajes sembrados de palmeras, desgreñándose entre ráfagas de brisa y de luz, que en sus visiones de patriota veía el egregio Heredia desde las márgenes del Niágara, ve destacarse la montaña coronada de nieve, en cuyas faldas crece el olivo y rastrean los pámpanos de la vid, ó cree oir, entre el rumor de los acopados pinos, el gemido de la gaita gallega ó las quejumbrosas notas de la

guitarra acompañando un cantar de Andalucía. Si en esos paisajes se dibujan los arcos del elegante plátano, es con la moribunda lasitud de la flor del trópico que languidece en el fuego artificial del invernadero. El integrista lo escucha con fruición y delicia, como á un eco de su terruño, como mira en el vapor correo un pedazo flotante de la Madre Patria; los autonomistas convencidos, con legítimo orgullo, lo veneran como el José Antonio Saco de su tribuna; los autonomistas heréticos, crispados por su castiza prosodia, lo alaban con tibieza, deplorando que no hubiese pasado los primeros años de su juventud en las montañas de Oriente ó en los llanos del Centro; y los separatistas, los más tibios como los más exaltados, lamentan que no sea el vocero de su ideal, el candidato para la cartera de Estado ó para la Presidencia de la República de sus ensueños. Y pensando y sintiendo así, en esta apología colectivista, todos concuerdan en aclamarlo Pontífice de una escuela política en que nadie podrá disputarle la pureza de la fe y la firmeza de la convicción.

Manipula Montoro con maestría incomparable el incoloro vocabulario y la vaporosa ideología del eufemismo, por lo que aparece en muchas manifestaciones de su activi-

dad como faro de resplandores desvanecidos que apenas se divisa entre la penumbra de sus propios desmayados reflejos. Esta habilidad, propia de teólogos y juristas, esencialmente española, se compadece con la naturaleza de su imaginación y la naturaleza de su temperamento. Su inagotable benevolencia, puesta al servicio del Cónclave autonomista y de sus amigos y deudos, lo ha convertido en hierático manufacturero de reputaciones, ciñendo á huecas calaveras diademas de vidrios de colores, vistiendo toscos maderos, no promisorios de estátuas, con chillones tatuajes, y haciendo transmigrar almas de muertos ilustres á organismos anémicos y vulgares, en increible enchufamiento de *avatares*. En la minoría autonomista, Montoro fué siempre el más tolerante, el más conciliador, el más diplomático, el diputado arcangélico. Labra, el emblema vivo de la unión ibero-americana; Portuondo, el lema en carne y hueso de la leyenda del escudo de armas de la Isla, han tenido acentos más rudos y varoniles que los suyos cada vez que la sangre de Pizarro ó de Valdivia, como el vino á los matadores de Caonao, se le ha subido á la cabeza á los Ministros de la Corona. La benevolencia, de ordinario, es la última flor de un corazón

piadoso; la piedad, elevada á la gerarquía de concepto, es la norma de conducta de un espíritu superior, aunque haya llegado á las lóbregas fronteras del pesimismo más avanzado; la misericordia, en los grandes equilibrados, es á veces la manifestación común del desdén más profundo y soberano. Y, sin embargo, ó por lo mismo quizás, si se publicáran los anales de la Junta Central del Partido Autonomista,—lo que haría que algunos ídolos cayesen hechos pedazos de sus pedestales, que los pedestales de otros ídolos creciesen algunos palmos, y que, sin abrigo y á la intemperie, como la casta Susana, quedasen sin sombra protectora las figuras decorativas,—aparecería de ellas que Montoro es el monarca nato de la Junta. Su palabra y su consejo pesan en las deliberaciones como la espada de Brenno; raro es el que osa bajar con él á la arena. No es allí un Marco Aurelio criollo ni un autócrota hegeliano, nó: ejerce la mansa y suave dictadura de una sibila, el protectorado lleno de hechizos y embelesos de una musa. Cuando este centáuro pierde los estribos,—pasad la expresión—nadie se dá cuenta de ello: su templanza no lo abandona un instante, su corrección se afina y su civilidad se ciñe sus arreos de ceremonia. Es un príncipe que se calza

el coturno para aplicar un punta pié á un lacayo, y que acaba despidiéndolo con un mohín trágico, urbano y desdeñoso.

Montoro, más que un discípulo, es un sectario del insigne Hegel. Acaso no exista en todo el mundo ibero-americano, sin omitir á Castelar, ningún alumno que esté tan penetrado del espíritu y de las doctrinas del gran pensador alemán. Ninguno, por de contado, tiene como Montoro semejanzas tan grandes con aquel denodado ingeniero de la Metafísica, con aquella poderosa inteligencia de nervio oratorio, tan osada en sus construcciones y tan prolífica en avances sugestorios, que en lógica como en estética, en psicología como en religión, en la concepción general de las leyes del mundo como en la filosofía de la historia, su obra, gigante y maciza,—que se alza en el mundo de los sistemas entre Aristóteles y Spencer como las pirámides en los arenales de Egipto,—será eterna fuente de pensamientos originales y profundos, abrevadero de filósofos y mina de artistas. Para que no falte en el discípulo un solo rasgo de la fisonomía intelectual del Maestro, en algunos de sus trabajos filosóficos,—que reunidos en volúmenes formarían selecta y riquísima ejecutoria de exposición luminosa y crítica sagacísima,—suele

Montoro ser tan oscuro, confuso y alambicado como tantas páginas de Hegel que, para los iniciados más expertos, son nebulosas de conceptos que aún esperan el *fiat lux* de su hacedor, paisajes germanos en tardes de otoño, inundaciones de nieblas tan frecuentes en el clima y en el cerebro alemán, como las inundaciones de colores crudos y fulgentes en el clima y en el cerebro meridional. No tiene Montoro aquella grandiosa imaginación poética con que el filósofo colmaba las lagunas de su método, y que tanto ha contribuído á los cismas de su escuela; pero venia preparado, por el contingente nativo, para abrazar con la violenta pasión del sectarismo el ámplio idealismo que sirve de fundamento y corona, red de hierro y de fúlgidos diamantes, á su sistema y á su filosofía de la historia. Aunque Montoro, con sobrados merecimientos, recaba una posición independiente en el seno de la secta hegeliana, en toda su conducta política no ha abandonado la mano de lazarillo de aquél explorador y colonizador de las ideas. Así como Hegel, en la evolución de su dialéctica, por una série lógica de consecuencias, llegó en su filosofía política á una forma singular de reaccionarismo, así su sectario cubano, acomodando la doctrina á nuestro medio político,

ha llegado, por otra serie paralela de consecuencias lógicas, á una forma de oportunismo más templado que el que preconizaba Gambetta, extremando la tendencia conservadora que inicia y acaudilla Saco en el seno de la sociedad cubana. El gran historiador de la filosofía, arrastrado por la impulsión de sus principios, llegó al fatalismo político, en que, según la expresión de Flint, se acata el hecho como el derecho, se glorifican todos los éxitos, hasta aquellos que han sido conquistados por la brutalidad de la fuerza y con menosprecio de la justicia. Por ideas y emociones diversas, Saco llegó á una concepción análoga; Montoro, por las mismas rutas que el estadista bayamés y á la luz de los principios del dialéctico alemán, ha abrazado la misma causa, erigiéndose en el orador filósofo de la Autonomía. Saco, en su tenacidad de propagandista, no hallaba más que dos soluciones fatales al problema cubano: la Autonomía, que elevó á la gerarquía de ideal, y la Anexión, que mostraba en lontananza al genio colonizador de España, como la expiación suprema de sus errores y pecados. Montoro, á su vez, como si no fuese un vástago de esa «raza heróica é infortunada, que entre la ignominia y la muerte, ha preferido siempre abrazarse á su cul-

to heróico y generoso;» que bendice «la memoria de sus patriotas, temerarios, sí, pero sublimes, que no pensaron en el éxito, sino en el deber y en el honor;» ha exaltado y magnificado en nuestra tribuna las doctrinas de su precursor, seguro de que ellas, á pesar de los obstáculos que no ceden á la piqueta de la palabra, á pesar de las periódicas enseñanzas de la realidad, llegarán á cristalizar en una superior organización política de la colonia, es decir, á culminar en la libertad plena, objeto y fin del desarrollo histórico, según la teoría del maestro prusiano. En este momento, que le ha arrancado, humeante y destilando sangre, como el sacrificador arrancaba el corazón á la víctima en los ritos aztecas, el admirable esfuerzo tribunicio en que profetiza la disolución de la hueste autonomista, no ha hecho más que anticipar su duelo por si fuere forzoso que caiga al fin el lábaro de armiño de la paz.

Jamás ha habido tan íntimo acuerdo entre un temperamento y una doctrina, como entre el ser moral de Montoro y el hegelianismo: pocas veces, como en su caso, el trabajo lento y misterioso de las ideas ha logrado aislar un hombre de las influencias más profundas de su raza y de su medio ambiente. Pocas veces también hallará la psicología compa-

rativa parentesco tan estrecho entre dos caracteres como el que existe entre José Antonio Saco, publicista-apóstol, y Rafael Montoro, tribuno filósofo de un mismo ideal político. [1] Jamás las tentaciones del separatismo, para Saco encarnadas en las sabrosas cartas de su amigo Gaspar Betancourt Cisneros, lograron turbar sus creencias de reformista; jamás el Satan de la rebelión, con su armadura y su corcel de batalla, ha enturbiado la pureza de la fé autonomista de Montoro. La malicia integrista cree en él por excepción, como el árabe en el carácter de Profeta de Mahoma; en los demás apóstoles siempre cree columbrar, como surgiendo de entre las maniguas, el perfil del soldado insurrecto que amartilla el rifle en la emboscada.—José Agustin Caballero, el precursor más remoto de la idea autonomista; Luis de

[1] No es posible tratar de la Filosofía en Cuba sin unir en un mismo homenaje á Varela y á Luz; de Poesía, sin evocar el recuerdo y el ascendiente del númen de Heredia; de Política, sin que deje de surgir, desmesurada como la sombra de un monumento enorme, la figura granítica de José Antonio Saco. Es como el centro de un círculo á donde convergen fatalmente todos los radios: el anexionista lo halla en su camino como un Hércules inexorable é invencible; el separatista lo vé destacarse al término de su ruta, impenetrable y silencioso, pero terrible en su mudez, como un Minotauro de ideales; el integrista, heredero y sucesor del liberticida de otros tiempos, como el judío moderno á Jesucristo, que lo arrancó á las delicias del Templo,

Aguiar, el verdadero campeón de la resistencia al conquistador inglés y José Antonio Gómez, el antepasado del guerrillero, adalid no superado de la integridad nacional; Claudio Martínez de Pinillos, el gran burócrata, y Francisco de Arango, el gran cortesano y procurador; forman el árbol genealógico que tiene á Saco por tronco ponderoso, á José María Zayas, Nicolás Azcárate y Bernardo Portuondo, por ramas más ó menos robustas y floridas, y á Rafael Montoro, verbo de esa legión, por extraña flor que ha brotado en la copa del árbol, milagro de tan pomposo manzanillo, símbolo de la savia color de oro y sangre que circula por sus canales. La miopía integrista no diferencia ese núcleo en el conjunto de la familia cubana: se lo impide la torpeza de su ingratitud y el desvanecimiento de su soberbia. Y acaso, en la consolidación y permanencia de su dominio,

obligándolo á vivir fusil al hombro; el autonomista, por poco dado que sea á los símbolos, como á un Brahma que descompone su cuerpo en gerarquías, otorgando un dogma á cada una. Cumple con tanto exceso las exigencias del hombre—idea, que disuelve y absorve en su obra la de sus genitores, contemporáneos y aun la de buena parte de su posteridad. Por la misma causa, quizá acontezca lo mismo en lo futuro con Montoro: hoy está su nombre tan indisolublemente unido al del estadista bayamés, como en los orígenes de nuestra regeneración social el de Varela al de su insigne continuador.

deba más á ese núcleo que á la fuerza de sus ejércitos, como el Pacificador debió sus laureles del Zanjón, en primer término, á los veinte y cinco mil criollos que pelearon á la sombra de la bandera de España.—Saco, con los elementos que en gérmen han disuelto sus maestros, organiza la doctrina, vive el período más rudo de la misma, el período de la crítica, sin recompensas ni estímulos, ántes bien, la Historia lo desmiente y, en un momento, parece escarnecerlo; España lo desdeña y Cuba se apresta á echarlo de su seno como á un hijo bastardo. Cuando su credo triunfaba, ya el profeta, que vivió como un bohemio en perpétuo destierro, era una gloria que se sobrevivía; el Partido Autonomista no pudo crearle una pensión en su miseria profunda ni quiso otorgarle, con la Presidencia Honoraria, la apoteósis que le era debida; murió en tierra de España, en el silencio y en el olvido, como años ántes había muerto la Avellaneda, sin hacer más ruido que una monja que espira en su celda. Y aquel insigne cubano que exhaló el último aliento en un barrio apartado de la ciudad condal, organizando la doctrina de la Autonomía á despecho del despotismo colonial, impugnando y desbaratando el anexionismo, que aniquiló en la conciencia cubana como el

rayo aniquila la palmera; que durante el decenio de la guerra inclinó la abrumada cabeza como en presencia de un castigo, si providencial, desastroso y funesto; que en el ara de sus principios sacrificó su bienestar y el reposo de su familia,—fué para España el Colón político que le ganó *la tierra más hermosa que vieron ojos humanos*, y si España no le otorgó la recompensa que al Gran Almirante por manos de Bobadilla, por manos de Tacón, dócil instrumento de una oligarquía de piratas negreros, lo arrancó de su cátedra y le puso en las manos el bordón del peregrino. Montoro ha alcanzado días más venturosos, aunque no más serenos, vive la etapa de proliferación de la doctrina, en que el discurso reemplaza al folleto, en que la propaganda ha alcanzado los únicos éxitos que podía alcanzar en el medio histórico en que se desenvuelve; luchando, como Saco, contra el anexionismo, restaurado en el elemento peninsular, y contra el separatismo, más latente mientras mayores y más repetidos han ido siendo los descalabros del autonomismo. Personificando en Montoro la vida de su Partido hay que considerarlo como el Diego Velázquez civil de la reconquista de la colonia; no enciende hogueras para holocaustos de caciques rebeldes, pero apaga los úl-

timos carbones del incendio de 1868, realiza, por las artes de la diplomacia, la obra que no hubieran realizado 50,000 soldados veteranos; no tiene que llorar la ingratitud de un Hernán Cortés, pero en el acuerdo del retraimiento, adoptado en ausencia suya y defendido por Zambrana, deplora una pérdida tan grande é inesperada como la que lloró el Adelantado cuando el alcalde de Santiago, como un gentil corsario, se alzó con la armada, hurtándole la gloria y malogrando sus esperanzas. Saco, analista de sorprendente sagacidad, muere en la fe reformista por que vive obsedido por la necesidad que, á su juicio, siente su pueblo de un curador ejemplar: tiene horror á la montaña fulminante y al palenque del negro Aponte. Montoro, analista ménos escrutador, se mantiene en la fe autonomista por el ritmo cadencioso del razonamiento dialéctico. La *tésis* autonomía colonial, cuya *antítesis* es la aspiración á la independencia, por la marcha de ese ritmo han de reconciliarse en una vasta y complicada *síntesis*, que harmonizando los dos términos de una misma idea, satisfaga y neutralice con su eficacia ingénita las aspiraciones de ambos, borrando el anexionismo y haciendo modificación profunda en la doctrina y en el procedimiento del partido con-

servador.—Hegel, como lo ponen de relieve sus obras principales, era un historiador eminente, tan intuitivo y sistemático como Michelet ó Taine en nuestros días. Saco, substancialmente, fué un historiador, *hacía* y escribía historia; Montoro, al igual que su Maestro y su precursor en la raza, es un historiador que labora y narra historia.—Cuéntase de Montoro que habiendo lucubrado una disertación histórica sobre sucesos coetáneos á la Revolución de Septiembre, llevó el trabajo á la censura del célebre Rios Rosas, y que este, adivinando el temple de sus aptitudes, le aconsejó que dejase la pluma de la Historia en otras manos y que escalase la tribuna, que lo esperaba como el Capitolio al vencedor. Montoro siguió el consejo al pie de la letra: la elocuencia cuenta con un representante más entre los más exímios; pero siendo la oratoria política historia crítica é historia constructiva, la Historia, el arte severo de Tácito y de Salustio, la ciencia vidente de Buckle y de Gervinus, más bien ha ganado que perdido con la dirección emprendida por el orador, recuperado por la patria en un momento histórico en que sus ideas y el carácter de su oratoria eran como advenimiento milagroso para la nueva jornada que iba á emprender la actividad cubana.

La labor literaria de Montoro, tan extensa y valiosa como la de Manuel de la Revilla, anda diseminada en las pàginas de la *Revista Contemporánea*, excelente publicación que fundó y dirigió en Madrid el cubano José del Perojo, importador en la Península del neokantismo. En esta manifestación no se cubre con nuevos matices el poderoso talento de Montoro; la benevolencia se convierte en un prejuicio nacional tan exaltado como el de Menéndez Pelayo; su cultura, esencialmente literaria, imprime á sus trabajos la pintoresca é ideal amenidad que hace olvidar la ausencia del ingenio y la fantasía; el hegeliano resurje con nueva pujanza y con él reaparece, denunciándose por el ritmo, la amplitud y la estructura del período, por el aliento de la cláusula y la harmonía del conjunto, el orador insigne que, aun permaneciendo en silencio, con su busto erguido, sus manos nerviosas de cerámico del idioma, su mirada serena y profunda y su boca enarcada y palpitante, revela, como el águila por el corte de sus alas, como el caballo por el perfil de sus músculos, como el toro por el volúmen de su cuello, su peculiar destreza y los esfuerzos que con ella es capaz de realizar.—La sobriedad clásica de sus oraciones, la pureza de su gusto, la distribución geo-

métrica de sus discursos, si responden á la naturaleza de sus facultades, obedecen también á las enseñanzas del Maestro, que como pocos penetró en el genio del pueblo griego, por un esfuerzo de honda simpatía, sorprendiendo su génesis artística y desentrañando sus símbolos con la amorosa delectación con que Renán ha ido descubriendo los orígenes del cristianismo; por que Hegel, cerebro del calibre del de Goethe y del de Alejandro de Humbolt, era un filósofo, un historiador, un literato y un artista, como su discípulo cubano es un historiador, un literato y un crítico, predominados por un genio oratorio.

No es á secas un hombre especulativo, de esa estirpe de publicistas aptos para ir en el grupo de los exploradores del pensamiento, cuya plasticidad les permite desempeñar sin embarazo todos los apostolados de la idea; es un político de combate, de gran sentido práctico, pero que, accionando en nuestro medio, tan limitado, obscuro y amurallado de seculares é indestructibles obstáculos; influido por las ideas de su primera juventud, y en parte cohibido por sus convicciones de hegeliano y por propensiones de su temperamento, apénas si puede dar propicio empleo á esas dotes que, como la de tantos otros, sus iguales ó inferiores, están condenados á con-

sumirse en la impotencia. Su labor de político activo es mitad inédita, mitad pública; á la primera corresponden sus iniciativas en las luchas con el gobierno colonial y sus actos parlamentarios; á la segunda, sus actos menos ostensibles como diputado y el ejercicio de su influencia en el seno de la Junta Central. A semejanza de lo que acontece en Portuondo, los yerros de su vida pública son los yerros genéricos de los políticos peninsulares. No es posible pronunciar en justicia la sentencia de su conducta política mientras no salga á luz una historia completa y verídica de la vida y milagros del Partido Autonomista, narrada en los tres aspectos primordiales de su existencia: como partido de oposición en la representación nacional, como adversario de la reacción colonial y como organismo político cubano, relacionado con sus herencias y con el resultado de su labor en nuestro agregado social. En esos tres aspectos, Montoro, dentro del gran radicalismo que implica el programa autonomista en su relación con el genio colonizador de España, representa la faz más templada, algo como la extrema retaguardia del liberalismo. A las veces es un Salvini produciéndose en un teatro de aldea, no por culpas de los suyos; comunmente es Valero, representando el *Pe-*

layo, de Quintana, en la misma cueva de Covadonga.

Montoro, gloria y portento de la tribuna cubana, apóstol fervoroso del oportunismo político, surge por excelencia como un fruto precoz de la civilización moderna, meior dicho, como el producto de los gérmenes latentes en nuestro siglo. Las grandes pasiones compelen á los procedimientos de fuerza, y la guerra es un vestigio de la barbarie primitiva que las sociedades modernas llevan incrustado en sus entrañas. La predicación, por una restauración del apostolado cristiano, es el instrumento de conquista del verdadero civilizado, el arma de la cultura y del humanismo previsor. Por su misma debilidad no repele el empleo de la astucia, como en su afan de proselitismo y de victorias no repara en concesiones, muchas de las cuales recuerdan las que hizo el núcleo de los primeros apóstoles á los ritos del culto pagano, que falsearon el carácter de la nueva religión. Ese humanismo reflexivo, consecuente con sus planes de reforma social, aspira al comunismo de la ilustración, como fundamento necesario para el perfecto ejercicio de las instituciones. El análisis que ha propagado el ateismo, la duda o el indiferentismo, bien puede ser el responsable de este ensue-

ño nobilísimo, evangélico, que llegaría, de delirio en delirio, á una especie de teocracia democrática, sabia y patriarcal. En presencia de doctrina tan humanitaria y filantrópica, el guerrero, aunque se llame Jorge Washington, no hallará excusa ni justificación; el patriota, aunque se llame Benito Juarez, ha de inspirar el mismo horror que el asesino tinto en la sangre de su víctima. Mas, cuando se desvanece la emoción estética que produce la contemplación de ese dogma, hechicera promesa de una iglesia en formación desde la disolución del judaismo, y se torna la reflexión á nuestra edad del hierro y del acero, á la realidad, complicada, vária, inexorable como la muerte, en acechanza eterna como ella y como ella perennemente espiada y repelida; cuando esa misma realidad se localiza y aisla en el genio de una raza, que ha convertido en ejercicio supremo y en hábito primordial la necesidad de la lucha por la existencia; cuando, en fin, se observa en medio la incomparable intelectualidad de nuestro siglo, surgir como una ciencia el instinto del Cain de la infancia de la humanidad, revistiendo los pueblos con corazas y armándolos con rayos más destructores y espantosos que los que fragua la tempestad;—se piensa, con desolada triste-

za, que el individuo, como el agregado ó la nación, tiene que adaptarse al medio cósmico é histórico en que se desenvuelve, y que ese medio, hoy lo mismo que en plena edad de piedra, nos compele á vivir,—prescindiendo de nuestros anhelos,—preparados para el ataque y la defensa, para no ser víctimas del más fuerte, para no perecer, como el ciervo, entre las uñas y los colmillos de la ralea enfurecida y famélica.

ANTONIO ZAMBRANA.

ANTONIO ZAMBRANA

Es el modelo del aplomo y la serenidad tribunicias. Nadie como el mismo Zambrana se refocila con el ritmo y las bellezas retóricas de sus períodos, que escucha con satisfacción y delicia, como la bayadera que en los movimientos cadenciosos de la danza se extasía contemplando sus palpitantes y voluptuosas formas. Ora apoye la barba en la diestra, como soñadora Hipatía, ora se empine y ruja, como león colérico, siempre se echa de ver el abismo que separa el artificio de la naturalidad, los artilugios del efectismo de la sinceridad pasional. Prefiere las actitudes lánguidas á las actitudes trágicas, por que es más romántico que realista, más antiguo que moderno. Cuando adopta la actitud

lánguida, en un discurso de imágenes vulgares y resobadas, parece una dama del gran mundo, ya en las fronteras de la decadencia, que emperegilada á la moda de 1840 muestra los torneados brazos y el turgente seno ceñidos de brazaletes y collares arcáicos y churrigueresco, vacilante en si cautivará por la morbidez de sus contornos ó por el centelleo de sus joyas, aunque todavía presume de guapa y de temible rival de doncellas más garridas y membrudas. Cuando adopta la actitud trágica, parece de veras un furioso, un actor español, Rafael Calvo, por ejemplo, interpretando un energúmeno de Echegaray. En su tono mas frecuente, en la prosopopeya de su típico yoismo, habla con desdén olímpico, con tal exceso de seguridad y con tan plena confianza en sus fuerzas, que el auditorio se siente decrecer ante la soberbia del orador,—grano de arena ante la pirámide de Cheops—temeroso de desmedrar subitamente ó morir aterido si Zambrana lo condenase á la Laponia de su desprecio ó á la Siberia de sus condenaciones. A cada paso intercala el aditamento indispensable del *por supuesto*, como si hubiera que suponer que lo que él dice, por que emana de su injente autoridad, es un postulado ó una verdad revelada.

El orador ha recorrido dos faces á que corresponden dos diversas maneras de su oratoria. Conmemoradas en una medalla, habría que representarlas burilando en el anverso al busto de un fauno miope, encendido el rostro por la fiebre de la inspiración patriótica y orlado por las bíblicas lenguas de fuego, y en el reverso por la efigie cadavérica del mismo fauno, asomando por encima de su cabeza de penitente la fuerte garra del viejo león de Iberia. El orador revolucionario surjió bajo el reinado mental de Victor Hugo, recitando con místico arrobo las parábolas de Lamartine en su inmortal elegía á los Girondinos; iba á desbrozar en monte vírgen, á servir de *medium parlante* al alma de Cuba, desmelenada amazona que había saltado sobre el bridon apénas sintió sobre su rostro el chasquido del último ultraje. Su educación, su lirismo, su temperamento de artista, venían como de perlas para erigirlo en el vocero de aquella generación heroica. Sus discursos de este período son los sillares del basamento de su fama, abultada por la leyenda, los prestigios del momento histórico y el entusiasmo meridional. Empavonados, escritos laboriosamente en la memoria y oportunamente declamados, delatando el frio artificio, el paciente

pulimento, el barniz y el perfume, tienen, á veces, fulgurantes explosiones de indignación sentida, magníficos truenos de cólera, cabrilleos de imágenes de tonos exquisitos, descripciones admirables de sobriedad y verismo, encrespamientos de ideas que se levantan sobre el nivel de su dialéctica como olas tumultuosas coronadas de espuma y luz. El orador autonomista es el cadaver parlante del orador revolucionario; continúa siendo el vasallo de Hugo y Lamartine en esta etapa de anarquía realista y positivismo oligárquico; Cuba, la vírgen india del siboneismo melenudo, la gentil amazona del tribuno de la República, temporalmente disfrazada de provinciana española con penacho de plumas de cotorra, no es la musa de otros días, la criolla color de ámbar y rosa desleida, de chispeantes ojos negros y ondeada cabellera de ébano, sino huesosa y estirada inglesa de cutis color de nata, de ojos de cristal azul, fría, reflexiva, cuidadosamente peinado el ralo cabello color de esparto seco. Los discursos del orador autonomista tienen todos los defectos y ninguna de las cualidades del orador revolucionario: son incompletos, arcáicos, bastardos, desmayadas reproducciones de sus antepasados; si á veces centellean é inflaman es porque el vivo ha ido á nutrir-

se con las fosforecencias que se escapan de la fosa en que yace su precursor.

Su único libro, *La República de Cuba*, es un discurso de sus buenos tiempos, de corte y sabor castelariano. Los juicios acerca de los actores y los sucesos pecan de nebulosos. La tésis de la obra, en que estriba su relativo valor histórico, es la lucha de las dos tendencias que surjieron de las entrañas de la Revolución: la dictadura, que estuvo á punto de encarnarse en el General Quesada, y más luego, con carácter mixto, en el caudillo Carlos Manuel de Céspedes; y el predominio del poder civil que, en nombre de la democracia pura, lírica y *libresca* antes que práctica y gubernamental, ejerció en realidad la dictadura por la Cámara de Representantes. Zambrana, prominente actor en aquellos sucesos, que en compañía de Ignacio Agramonte redactó el código fundamental de la República, que cosechó legítimos lauros en las decisiones de aquellas asambleas, es un apologista de la tendencia civil, que prevaleció al cabo, y que, viciada y sin energía despues, se convirtió en dócil instrumento del caudillage, siendo uno de los factores que más contribuyó á la ruina de la Revolución. El libro, en suma, es un caso de auto-apología, en que el autor se asigna el papel de

girondino, que representó en realidad, porque él, como muchos de sus coetáneos, como antes numerosos rebeldes del Continente, tomó por patrón y modelo un personage del grupo trágico é inmortal de los convencionales de la Gironda.

Zambrana, representante del radicalismo lírico, abandonó la Revolución en uno de sus períodos más azarosos, se inscribió en la Emigración entre los adversarios jurados de Céspedes, se alió al General Quesada, que había derribado poco ántes del generalato, y juntos emprendieron aquella celebérrima peregrinación por la América del Sur, desde Colombia hasta Chile, mostrando el uno su hermoso busto, su espada ociosa y sus lágrimas de histérico, reviviendo el otro las glorias y apoteosis de los oradores antiguos. Poco despues de aquella ruidosa jornada, Zambrana enmudeció, «alquiló su indignación y su talento á la juventud centro-americana», inoculó sus rancias doctrinas políticas y literarias, ganando la fama y el respeto del maestro que organiza y orienta las ideas primordiales en las horas decisivas de la inteligencia. El convenio del Zanjón se llevó á término cuando hacía mucho tiempo que había quemado su acta de revolucionario á la lumbre del hogar de la expatriación:

estaba, pues, expedito para ingresar en el seno del reformismo que resurjiría de las cenizas de la guerra. Antes, mucho antes de que explorase el campo de nuestra política, de que alzase bandera en el estadío de la prensa habanera y conquistase su acta de diputado á Córtes, había expresamente renunciado á las «demencias generosas del patriotismo,» entonando grandilocuente alabanza á la transacción de Garibaldi, honrando al «guerrero que envainó su espada en la crísis en que el patriotismo pedía soluciones que no estaban escritas en la bandera de su credo.» Y á pesar de que de antiguo era un evolucionista converso, los integristas le infligieron crueles tormentos, colocándolo al lado del proto-mártir Cepeda en el martirologio autonomista, obligándolo á apurar hasta las heces el caliz de la amargura. Cuando quiso borrar su pasado, con ese pasado, como con inmensa barrera, le han obstruido el camino para entrar en lo presente; sus nuevos correligionarios lo miran con despego y recelo como á huésped embarazoso; sus antiguos enemigos no quieren aceptar como mero tramoyista al que figuró ayer entre los protagonistas del primer acto de la tragedia; sus primitivos amigos, ante el irrevocable divorcio entre la

amazona y su verbo, lo miran melancólicamente desde lejos, como á yerto satélite descarriado de su sistema; y todos reunidos en singular y tácita conspiración, medio é historia, aliados y enemigos, lo condenan á llevar inextinta la aureola de fuego de tribuno de la Independencia.

Cuando Zambrana regresó á Cuba, su elocuencia iba declinando, las nuevas ideas que había adquirido flotaban, como peces muertos, entre sus anacrónicos principios de la juventud, ahogadas en una atmósfera nociva; de los viejos auxiliares de su gloria solo le acompañaban su asombrosa memoria, su voz robusta, la incomparable serenidad y el molde, ya agrietado, en que vaciaba sus rotundas estrofas del tiempo heróico. Su oratoria, en medio la robusta florecencia que brotó despues del Zanjón, era el hongo y el liquen de los primeros dias de la Flora confundidos con la magnolia y las rosas de nuestra época. El estilete de su sátira estaba mellado y roto: era una espada de Bernardo, porque en vez de afinarla y templarla como los satíricos de raza sondeando los caracteres y fijándolos en símbolos ó en concepciones generales, la había convertido en coraza de puas, piel de erizo, para resguardar su personalidad de los dardos del ridículo que

provocara su soberbia hugoniana. Pero la cualidad más preciosa que perdiera fué el instinto sagaz que sorprende en la selva oscura el sendero inexplorado que habría de conducirlo al solio que buscaba como un patrimonio, como una encomienda prometida á sus merecimientos. La cúspide de promisión no era la tribuna del Parlamento: era la tribuna que dejó vacía la desaparición de Cortina, por la que, de tarde en tarde, pasa rauda y bullente como un torbellino la palabra de Figueroa; la tribuna de la heterodoxia autonomista, que personificada en Zambrana, con sus antecedentes históricos, hubiera tomado el carácter de propaganda pintoresca, contagiosa y de evidente é incontrastable fuerza de reacción sobre el núcleo de los ortodoxos. Equivocó la ruta: acaso se contentó, como á su decir se había resignado Garibaldi, con que los autonomistas le erigiesen un mausoleo en que viniese á llorar, desolada, la musa enflaquecida del separatismo. No es de creer que se realice el fúnebre presagio: la exageración de su templanza, el alarde de sus temperamentos de prudencia, le impidieron reformar la iglesia autonomista, y como estaba en la lógica de las cosas que ese y no otro era su papel en nuestro mundo político, tuvo que condenarse al os-

tracismo. Salió de él como un profeta de las soledades del desierto, inspirado y bravío, para pronunciar el estentóreo y rudo discurso que determinó el acuerdo del retraimiento, discurso que vociferó como si estuviese arengando á un regimiento en medio de una sabana. Por un instante resurjió en él el rugido del león de la Cámara de Guáimaro: al eco de su acento hubo crispaciones de pavura, vacilaciones medrosas, pero logró transfundir su energía y su deseo.

Es curioso observar como el separatismo ha ejercido póstuma y eficaz influencia en los destinos del Partido Autonomista. Zambrana, invocando los motivos que determinaron en la conciencia cubana su etapa de heroismo, lo lanza al retraimiento; Márcos García, con un discurso truculento que destilaba sangre y olía á pólvora, lo puso en el camino de la vida, ofreciéndole luego el modelo acabado del Alcalde popular cubano; Cortina, cuando dispersó como á una patulea las huestes del Partido Liberal Nacional, invocó un argumento de orígen y de color separatista: el fantasma que ya no causaba sustos se había desvanecido con el humo de los últimos combates; los jefes del autonomismo en Oriente han sufrido persecución por la jusjusticia española con el indispensable se-

cuestro de bienes; y en el Centro, si ya no ha llegado á la disolución irrevocable, es porque el ascendiente del separatismo, como égida providencial, se ofrece como valladar de rocas cada vez que hincha sus olas la opinión pública. Por lo enumerado, que es muestra incompleta de un tema copioso, cabe inferir la trascendencia de la obra política que inició Cortina y que Zambrana no supo continuar, y mejor todavía, estimar en sus proporciones cuan diverso hubiera sido el destino del Partido Autonomista si un núcleo de separatistas hubiese concurrido á la constitución de su Junta Directiva, cuando aun estaba húmeda la tinta con que se firmaron las capitulaciones del Zanjón. Acaeció que los organizadores, obsedidos por los rigores de la época del terror, seguían viviendo en la atmósfera moral que creara el desenfreno de la demagogia, acojieron á los capitulados como el campesino hospeda la gavilla de bandoleros, poniendo todo su empeño en alejar á toda prisa tan perniciosa compañía. Esas emociones invencibles que obscurecen los entendimientos más lúcidos, les impidieron ver en los separatistas á los vindicadores de la dignidad del pueblo cubano, á los creadores de un nuevo estado social, amasado con escombros ardientes, lágrimas y

sangre; á los artífices de la nueva patria cubana. Los autonomistas renunciaron el valioso legado y, por un esfuerzo inaudito, retrotrajeron los sucesos, violando todas las leyes, á la víspera del grito de Yara. Los separatistas, á su vez, se fueron alejando de aquel núcleo en que no sentían latir el corazón del amigo capaz de todas las abnegaciones, en que palpaban, resistente como un carapacho, la corteza del cubano esclavista y contemporizador de los dias ominosos de la colonia. Se alejaron para reconstruir el hogar, para recuperar el puesto perdido en la ruda lucha por la existencia, para adaptarse á una civilización que los había dejado á la zaga, porque las necesidades del patriotismo los habían obligado á una vida semi-salvaje, secuestrados á las influencias todas de la cultura moderna. De este recíproco y, hasta cierto punto, inconsciente desacuerdo, resultó que el Convenio del Zanjón no tuvo personalidad cubana que lo mantuviese en su letra y en su natural tendencia, y que, roto por lo mismo el pacto en el hecho y en el derecho, la reacción y el gobierno se confabularan para ir mistificándolo y anulándolo. La restauración iniciada por los autonomistas, resucitando el espíritu del viejo reformismo, pasando como

por sobre áscuas por el decenio de la guerra, vino á ser el complemento de la obra que acometió el gobierno apoyado en sus propias fuerzas y en la potencialidad de los reaccionarios. Desde entonces se normalizó la lucha entre un ejército regular y una Academia, entre una potencia guerrera y un Ateneo Artístico y Literario. Cuando los autonomistas, rastreando causas, dieron con el error originario, era ya demasiado tarde para subsanarlo; entonces quisieron recoger la herencia de los hombres del Zanjón y hallaron solo trizas de papel. A duras penas, como prisionero que se mueve en un *in-pace*, inscribieron en su bandera el lema de la Autonomía; cada palmo de terreno conquistado, en la movible arena de las concesiones metropolíticas, ha implicado enormes gastos de energia: han equipado un ejército para cazar un conejo; y en sus crísis supremas, cuando el horizonte se cubría de nubarrones y hervía el suelo bajo sus plantas, el gran conjuro fué siempre evocar las represalias de otros días, mostrar, como equívoca amenaza, la fibra nativa que segó doscientas mil vidas. Un grupo de separatistas en la Junta Central implicaba una legión de veteranos acuartelada en toda la isla, una fuerza social, un prestigio moral en que se estre-

llarían todas las audacias. Hubiera sido distinta la composición de las fuerzas, distinto el ciclo recorrido por el Partido en su evolución, no hubieran tenido razón de ser los postreros destellos del separatismo batallador, ni los sucesos que han traido la agitación actual que acaso culmine en la disolución. Pero se dejó escapar el momento histórico, el momento psicológico, la enseñanza que se derivaba de la guerra; se dió tiempo á que la autoridad y el ascendiente ganados á tiros y á sablazos cayese en la molicie dorada de la leyenda, á que la realidad se confundiese con las brumas de los recuerdos lejanos, y el pasado quedó aislado, como un poema mitológico, como era fabulosa que no influye en lo presente por la tradición ni por la sangre. El que niega ú olvida á sus progenitores, cuando de ellos recibe un blasón sin mancha y un patrimonio que es una epopeya de sacrificios, queda desarmado para la conquista de lo porvenir.

RAFAEL MARIA MERCHAN.

RAFAEL MARIA MERCHAN

Escultor parsimonioso de su personalidad, ha hecho de ella una estatua del Renacimiento con la paciencia de un artista oriental: ha tallado una figura digna del cincel de Miguel Angel por las proporciones con el microscópico buril de un miniaturista japonés.

En Manzanillo, su ciudad natal, aprendió el arte tipográfico: en Santiago de Cuba cursó teología, salió del Seminario sin cantar la misa blanca y se hizo periodista rural; ascendió luego, tras brillante justa, á periodista urbano, rompiendo lanzas por las libertades patrias en *El Siglo*, al lado del venerable Conde de Pozos Dulces; escribió el famoso artículo sensacional *Laboremus*,

de donde la reacción, fraseadora enteca, sacó el epíteto *Laborantes;* fué pedagogo, redactor ó director de várias publicaciones revolucionarias en la emigración cubana de los Estados Unidos, colaborador de *La Liberté*, de Paris, y más tarde, con el acomodo de Secretario de Francisco Javier Cisneros, antiguo corsario de la República de Cuba y constructor de los principales ferrocarriles de la República de Colombia, emigró á esta nación, en donde contrajo matrimonio con una distinguida dama bogotana. Merchan ha sido, además, secretario particular del Presidente Dr. D. Rafael Núñez; director del órgano semi-oficial durante la administración de aquel magistrado y redactor de las principales publicaciones literarias de Bogotá. La Academia Colombiana, correspondiente de la Española, rindiendo homenaje á sus altísimos merecimientos, lo llamó á su seno.

Merchan es el embajador moral de Cuba en la Atenas-Jerusalem de Hispano-América. Vive allí como perdido en inmenso cenobio, erecto y sereno, manteniendo la soberanía de su razón en medio de la epidemia de misticismo y beatitud que ha convertido el Capitolio Colombiano en una sucursal del Vaticano, en una factoría de la Santa Sede. Disciplinado el intelecto de Merchan en las

áridas especulaciones teológicas, halló en Miguel A. Caro y en Rufino J. Cuervo, estímulo decisivo para seguir sus huellas luminosas en las disquisiciones sobre el patrio idioma y para ser lo que es, hombreándose también con maestros tan doctos y abonados: un benedictino de la Literatura. Aventaja Merchan al insigne traductor de Virgilio y al hercúleo organizador de la sintaxis castellana, en tolerancia y lucidez, en que se coloca en la cumbre más elevada y diáfana para el exámen y la sentencia, en tanto que Caro y Cuervo, hieráticos custodios del arca santa del idioma, todo lo miran al través de la penumbra de sus prejuicios de neo-católicos, penumbra de claustro, oliente á incienso y á pavesa de cirios.—La filología parece melliza obligada de la teología. Cuba, cenáculo ó posada del indiferentismo religioso, no ha producido un verdadero teólogo ni un filólogo completo. Los sacerdotes más distinguidos de la religión católica en la isla de Cuba, han sido cartesianos, como el Padre Varela; volterianos y apóstatas, como Tristan de Jesus Medina, tribuno exuberante y magnífico; ó insinceros y epicuros, como el canónigo Arteaga. En nuestro único escritor ultramontano, José Ignacio Rodríguez, todos recuerdan siempre al antiguo ateo y nadie acepta á ley

de convicción su flamante ejecutoria de papista; y el célebre educador don Eusebio Guiteras, antes que en el grupo tenebroso de los neos, cabe en la hermandad galilea de los cristianos puros.

Leyendo los *Estudios Críticos* se cree ver, tras las nutridas y sustanciosas páginas, musculoso brazo de púgil que acaba en blanca y delicada mano de vírgen, ó ponderosa trompa de elefante que así desarraiga el árbol centenario como suspende un pétalo de lirio. Hay en Merchan una mezcla de delicadeza y fuerza, de pesadez y agilidad, de erudición abrumadora, toda ella materia prima, sistemáticamente organizada, de buen gusto depurado, de exquisito sentido artístico y vigoroso y severo raciocinio, todo lo cual exterioriza con tan correcta cortesanía y peculiar unción, que hace pensar en el maestro de esgrima que maneja con igual destreza la caballeresca espada y la salvaje macana, el épico machete y el pérfido estilete, y que á la hora del combate cubre la panoplia formidable con un velo para no ser más que un patriarca de la Crítica, austero, imparcial, persuasivo, didáctico, un sacerdote del buen juicio, un rabino de la Justicia.—Aquel don Juan Montalvo, luchador glorioso y tremendo, dotado de un talento tan grande que solo

era igualado por sus extravagancias de caballero andante y su imponderable vanidad, ante la admirable crítica que hizo nuestro sesudo conterráneo de *Los Siete Tratados*, crítica que más que la opinión de un coetáneo parece el veredicto de la posteridad,—no supo poner en práctica la profunda máxima del práctico escudero, y replicó, entre indignado y sardónico, manteniendo su derecho al celibato, como si se las hubiese con una pastoral del Arzobispo de Quito. Merchan no dijo palabra, adoptó la piadosa actitud del león que se propone derribar al corpulento toro sin rasgarle la tersa y lucia piel, y que oye indiferente el bramido que le arranca la caida.—Otro ejemplo de la superior tolerancia y singular ecuanimidad de Merchan, es su sosegada réplica á D. Juan Valera: es un cauterio, velado con nata de azucenas y aplicado por manos de hada. Y la réplica iba con tan resistente coraza de argumentos, que el ático académico, que vive enamorado de la controversia, no ha intentado mover las armas del Roldan avecindado en Colombia.

En Merchan el erudito no ha sido el voraz parásito del pensador, ámbos han vegetado con igual pompa y lozanía, uno y otro han crecido sin hurtarse el aire y la

luz, antes bien, auxiliándose recíprocamente. Su erudición es casi enciclopédica, en lo que cabe que lo sea la de un moderno de educación fundamentalmente literaria, y por el uso que de ella hace se asemeja al erudito americano que más respeta y admira: á Miguel Antonio Caro. El crítico es un espíritu tan independiente, sincero y desinteresado, tan desligado de prevenciones y doctrinarismos, que comienza por discutir sus propias opiniones antes de otorgarles la paternidad: sus juicios, sino se comparten, imponen respetuosa simpatía, porque responden á un estudio completo, á un dominio cabal del asunto, y son, en suma, la consecuencia firme de un análisis reposado y profundo. Carece de la malicia de su maestro Sainte-Beuve; su ironía es una risa franca, sana, sin hiel: es un moderno que se mueve todavía entre los despojos del mundo clásico, purista sóbrio, pulcro y atildado, aunque falto de elegancia y de gracia, por lo que resulta macizo, apretado, homogéneo. Su estilo, manso, cristalino y frío, es como rio de yelo, sin rápidos, rumores ni reflejos de riberas pintorescas, que por lecho ancho y hondo se desliza entre estupendos farallones de in-folios. Por la índole de sus estudios, porque es un hombre de su siglo, porque se ha emancipa-

do de todas las tiranías intelectuales, llena el tipo perfecto del publicista americano.

Un día Merchan, héroe laureado en la iliada de la perseverancia, quiso ser poeta, pulsó el arpa y le arrancó los patéticos gemidos de la elegía confundidos con los arpegios inefables del epitalamio. Despues de su bellísimo canto *A Lucila Cortés*, Merchan ha dejado vagar las manos por las cuerdas, vibrantes aun por el soplo que le arrancó aquellas melodías; pero no han exhalado nuevas notas, como si demandasen el sueño del silencio, amortajadas con un velo y orladas por un sudario.— Posteriormente el arpa ha vuelto á gemir: su canto postrero, como una ola de sollozos, ha ido á besar el mármol de la tumba que guarda las cenizas de Lamartine. Estas hojas, sin embargo, no aumentan el peso ni acrecen el brillo de su corona de laurel y oro.

La erudición, creando hábitos de cartujo, suele producir cierto espíritu de beatitud, resultado, acaso, del exceso de escrúpulo en el estudio y verificación de las fuentes, del divorcio obligado de la realidad con sus complejidades, matices y contradicciones. Este defecto del cultivo de una cualidad, ha hecho que Merchan, contemplando á su patria desde la cumbre de los Andes,—como antes, á falta de testigos más idóneos, observó la Habana in-

telectual á través de los espejuelos ahumados de Fornáris,—se haya contaminado de iluminismo, dando calor y abrigo á la sabia y hermosa quimera de la Autonomía. Aliado de los autonomistas, Merchan ha sido el catequista de D. Vicente Barrantes, reaccionario intratable, académico, por juro de cofradía, de la Lengua y de la Historia, y que, como su colega Varela, ha jurado eterno rencor á la lógica ante el ara de la integridad nacional.

La distancia, que produce visiones tan singulares, ha podido influir para que Merchan haya sentido fermentar su vieja levadura de paladin del reformismo.—Procuramos explicarnos el renacimiento de una creencia, no hacemos la crítica de una convicción.—Los *Estudios Críticos* constituyen altísima ejecutoria de correcto hombre de letras y nobilísimo timbre de patriota cubano. El amor á la Justicia y el amor á Cuba son las grandes y únicas pasiones que laten en el robusto libro. El mismo instinto que determina en el crítico el exámen previo de sus juicios, el precaverse de la falacia y despotismo de las opiniones, lo ha llevado á poner á compás su conciencia con los ideales de su pais. Reformista hasta la víspera del trágico grito de Yara, revolucionario hasta el día del Zan-

jón, autonomista hoy, si Cuba, por expresión de su voluntad ó por fuerza de armas, ingresara en la federación de los Estados Unidos, Merchan iría á inscribir su nombre en el registro de la Legación norte-americana en Bogotá, como se inscribiría, con legítimo alborozo, en el registro de los ciudadanos de la República de Cuba, si el castizo ideal se encarnara en nación. Merchan oponiendo la autonomía colonial á la descabellada unión ibero-americana, propagando aquella como el único vínculo para el soñado agape de la metrópoli y sus antiguas colonias, es tanto mas digno de alabanza cuanto que su sepulcro se alzará bajo el cielo que cobija su hogar: es un aliado que renuncia al botín y á la apoteosis del triunfo. El ilustre escritor y patricio vive muy lejos del drama de angustias y decepciones en que estallan á diario las fibras mas recónditas de nuestros corazones, ignora que hemos apagado la lámpara de la fe, que las tinieblas de la tempestad ahogan los destellos del único faro que podría orientarnos, y que mientras unos pocos se obstinan en aprovechar el luminar de los relámpagos como antorchas para ir á las regiones en que se fragua el rayo, los mas sonrien como los marinos sajones ante las olas embravecidas, en el es-

toicismo inconsciente de la embriaguez, ó caen de hinojos impetrando la férula de un amo. Ignora que hoy, con leves diferencias superficiales, pues que actuan con igual potencia los mismos factores dentro del mismo conflicto social, como al día siguiente del escarnio y el fracaso de la Junta de Información, estamos como en un funeral, esperando con el báculo del peregrino en la mano la hora de la dispersión, de los eternos adioses y de las eternas nostalgias... Merchan vive lejos deCuba y la distancia es el más pérfido de los espejismos.

Recuerdo que un día de lluvia, á la caída del sol, surgió en el naciente gigantesco arco íris, en el que se destacaban con toda su intensidad el anaranjado y el rojo. Arrancaba de detrás del campanario de una iglesia, como una llama irisada de su cúpula, y en osada curva iba á perderse en las profundidades del horizonte. Había á mi lado un devoto, y me dijo:

—Mire usted, ese es el puente por donde va la plegaria desde el altar hasta el trono del Altísimo.

—Nó, le respondí, es un arco que nace y muere en el vacío; usted mismo lo ha dicho, es un puente, no es la escala de Jacob.

Merchan ha visto una escala donde solo

hay un puente. Tiene, como dejamos apuntado, una disculpa: la visión de óptica de la lejanía; y una justificación que es un pergamino de nobleza moral: que habiendo plantado tienda en el apartado oásis, comparte los anhelos y los vértigos de sus hermanos que, desnudos y famélicos, en desordenada caravana, vagan todavía por el calcinado desierto!

BERNARDO PORTUONDO.

BERNARDO PORTUONDO

Hijo pródigo de Cuba, salió prófugo del llameante hogar materno para combatir á

sus conterráneos con su acero, con su ciencia de ingeniero, que pobló de fuertes el Centro y la región oriental, y con su instinto topográfico, que tan útil fué al general Puello después que la metralla cubana despedazó sus huestes en el memorable combate de Minas de Tana. [1] La madre augusta, mientras tanto, erguida como la Niobe colosal de Florencia ante el homicida Sagitario, derra-

[1] Acosta y Albear, Ampudia, Abril, Lolo Benitez, Santos Pérez, el jefe de las escuadras de Guantánamo; y otros de más ó menos fama, hasta contarse por centenares en la escala de oficiales, eran naturales de Cuba. Los peninsulares que militaron al lado de los cuba-

maba la mirada por el horizonte, llena de infinita angustia, temiendo que sus otros hijos, los fieles y los pródigos,—¡hubo tantos como él!—cayesen fulminados por las saetas del monstruo, como aquellos sobre cuyas huesas se alzaba, aherrojada como una esclava, con su rostro y su aureola de *Mater Dolorosa*.... El Sagitario lanzó sus dardos lejos de sí, pero conservando el cárcax á la espalda repleto de los más mortíferos; la divina Niobe seguía aherrojada, con un eslabón de menos en sus pesadas cadenas; y en torno de ella, como esqueletos de herejes ó parricidas, las osamentas de sus hijos más amados, de los que cayeron bendiciéndola y glorificándola. Ella, mientras con una mano cubría de adelfas el inmenso osario de los fieles, de los devotos, de los mejores, levantaba la otra al cielo, con unción de sacerdotisa, impetrando para ellos la

nos, como Villamil, Larrieta, Dorado, Huerta, cabían holgadamente en un pabellón.—Hubo un cubano, oficial del Ejército, que al ser destinado para servir en Cuba, se inutilizó disparándose un pistoletazo en una pierna; y hubo otro, el teniente Ruiz de Córdoba, que en medio de una lluvia de balas se pasó á las fuerzas de Vicente García, á cuyas órdenes estuvo hasta que una enfermedad puso término á su brillante carrera. No citamos el caso de Portuondo como ave rarísima, sino como antecedente necesario para el estudio de su vida política, y dato lógico para las consecuencias que de ella derivamos.

piedad del cielo, menos magnánimo que su misericordioso corazón de madre.

Consumada la paz, Portuondo ingresó en el partido liberal. Fué el Diputado por antonomasia: Labra tenía las máculas de abolicionista empedernido y de americanófilo entusiasta. Parecía que nadie sería osado á revocar á duda la lealtad del militar que había fatigado su brazo ayudando á apretar el lazo de hierro que unía la colonia á su metrópoli, y que llevaba escrita en la piel como un trofeo, en caractéres de cicatrices, su limpia ejecutoria de españolísimo. La reacción, que no se para en barras, deslizó mas de una vez la cáustica sospecha, la duda insidiosa, y aunque las víboras emprendieron la fuga cada vez que el soldado amenazó aplastarlas con el talón de su bota, Portuondo, el cubano leal, pudo ver en ello, con honda tristeza, el puñal de la ingratitud brillando en la sombra como un desquite del acaso.

En el Parlamento, por sufragio de peritos, fué aclamado primer espada, diestro de talla en la tauromaquia representativa. Aparece en el redondel con ropilla de seda negra, sin encajes ni avalorios; ya salta sobre el jaco macilento y rechaza al impetuoso jarameño con la punta de la pica,

echándole á rodar por el serrín, como clava con desdén, casi de espaldas, las aguzadas banderillas al bovino más taimado y retozón; ya hace ondular la capa de escarlata ante los ojos del que acomete con mas denuedo y bravura, fustigándolo con ella como con látigo que presagia chorros de sangre; ya se planta impávido y sereno ante el furioso cornúpeto que bramando de íra se lanza como bloque que se despeña, y le clava el estoque hasta la empuñadura, sin previos tanteos ni ridículas piruetas. Sin embargo, el que nació en un país que afecta la figura de un arado, no podía superar como toricida á los nacidos en un país que afecta la figura de una piel de toro extendida. La verdadera superioridad de Portuondo como orador parlamentario, y en lo que tiene muy pocos rivales, consiste en su carácter de orador matemático y táctico. Acuchilla, ametralla, envuelve, sorprende y derrota á sus contrarios con granizadas de números, con disparos de demostraciones, con apretadas filas de razones aritméticas, con pedreas de cálculos, que organiza y mueve como columnas, batallones y guerrillas. Como derivación y complemento de esta su facultad dominante posee la] de técnico militar, por lo que goza en España de gran predicamento. Un econo-

mista que se desdobla en un estratégico: este es el símbolo preciso de la oratoria de Portuondo.

Ruiz Zorrilla, que dió antes que Cánovas la genuina fórmula de la realidad nacional, [1] oía con delicia, desde su refugio de París, al hombre capaz de desempeñar carteras de la importancia de las de Guerra y Hacienda, como para acaudillar una sublevación. Portuondo aceptó el papel de vocero parlamentario del contumaz agitador, y explanó, con habilidad pasmosa, el programa del partido republicano progresista. El General Martínez Campos, ciego para los matices delicados, creyó paladina confesión de apostasía que un militar, que había jurado fidelidad á la bandera nacional, hiciese profesión de fe de republicano. Portuondo, en su enérgica réplica, enseñó al célebre pronunciado de Sagunto que la bandera española no era el lábaro de una forma de gobierno ó el emblema de las instituciones monárquicas, y coronó la magnífica lección

[1] Zorrilla dijo: «En Cuba no podrá hacerse más política que la que quieran que se haga los Voluntarios de la Habana.» Cánovas, más especulativo que el ministro del rey caballero, fué más sincero y explícito, y su política ultramarina parece inspirarse en este principio: «La realidad colonial debe subordinarse y, en cualquier caso, sacrificarse á la realidad nacional.»

deponiendo sus insignias de Teniente Coronel, para luchar con todo desembarazo é independencia. El acto alcanzó resonancia merecida y extraordinaria.—Otro día cayó Portuondo en la cuenta de que Zorrilla era demasiado radical ó excesivamente utopista, y rompiendo las capitulaciones que á él lo ligaban, celebró un tratado de alianza con el General López Domínguez, creación del omnipotente y castizo nepotismo, y que le es tan inferior como técnico y como intelectual, que á lo sumo podría utilizarlo como jefe de su escolta. Cábalas vulgares, de esas que son tan usuales en los partidos-facciones de la Metrópoli, obligaron al General López Domínguez á confundir sus huestes con las que acaudilla D. Práxedes Mateo Sagasta, el gran gitano de la política española, y héteme á Portuondo en las filas del fusionismo. Así ha pasado el diputado autonomista del republicanismo de procedimientos de fuerza al monarquismo más heterodoxo y convencional, al partido de esas antinomias que solo se producen en tierra de garbanzos y conejos, donde, como decía el más ilustre de nuestros oradores sagrados, florece «la libertad-conservadora, la libertad-legítima, siempre la libertad-algo, nunca la libertad-todo, nunca libertad-libre.» Al trasiego de

opiniones que hemos señalado llaman en la Metrópoli *aproximaciones*, casuístico rubor de lenguaje, mortaja de transparente gasa que no vela ni disimula la lepra y roña del cadáver. Al ciclo recorrido por Portuondo como diputado nacional, corresponde el ciclo de sus actos como diputado autonomista. Sumiso á la común disciplina, la quebrantó así que la opinión empezó á fraguar el acuerdo del retraimiento, que condenó sin miramientos ni contemplaciones. Hizo más, estuvo á punto de provocar una sedición cuando dijo que aceptaría los sufragios de aquellos correligionarios que repugnasen, por temerario é ineficaz, el acuerdo excecrado y vitando. [1] Cuando se hubo consumado el acuerdo, hacía poco tiempo que la Liga Económica, como una reivindicación histórica, había surgido en medio de nuestras seculares discordias, agape neutral engendrado por ineludibles y profundas necesidades sociales.

[1] El difunto F. A. Conte, el ilustre fenicio de la Junta Central, y cuya fisonomía intelectual era gemela de la de Portuondo, fué un adversario encarnizado de la tendencia al retraimiento, siempre latente en la minoría de la Junta; auguraba que todo retraimiento tenía que acabar en sainete ó en tragedia, y la palabra *disolución* le hacía subir la cólera al campanario, previendo que llevaría, en caso de adoptarse, al ridículo ó á la guerra. Es digno de atención en un propagandista de la ingenuidad que caracterizaba á Conte, que al re-

Portuondo, por el voto de los sectarios de Sagasta en la región oriental y el sufragio de los confederados del peligro, ocupa un sillón en el Senado, en donde ha creado y realizado un tipo nuevo y único de político hispano-americano: el *representante económico*. No podrá la tendencia que lo engendrara hallar verbo más adecuado, encarnación superior ni más genuina que la que ha alcanzado en las facultades, en el temple, en los antecedentes y en la complexión intelectual de Portuondo. El *procurador económico* era un ideal suyo, personalísimo, que veía en una etapa de su carrera como el estudiante el premio extraordinario que persigue con ahinco, como investidura debida á su carrera política. Nació su fama de su demostrada pericia en matemáticas y en economía política, de su competencia en la ciencia de los números, de sus críticas á los presupuestos cubanos. Hacendista teórico,

comendar á los liberales que se corrigiesen «de la tendencia suicida á la disolución, lo hiciesen «por lo que debían á los que, nacidos en lugares distintos que ellos, han abrazado su causa y miran su empresa con respeto y simpatía.....» Ello, como se vé, tiene un tono autoritario muy marcado, y es, gráficamente, exigir gratitud desmedida y á mano armada. Este método de razonamiento era habitual en Conte, hombre de gran competencia en economía política, y que, por virtualidad de aquél método y de su genial franqueza, ganó al autonomismo más pesimistas que fanáticos devotos.

economista especulativo, se consagró con ardorosa tenacidad á combatir y minar seculares errores económicos, como el celebérrimo cabotaje, lobanillo del cerebro integrista que le operó el difunto Conte con habilidad de cirujano consumado. Suelen los aritméticos extraordinarios, como algunos médicos, exajerar el alcance de la ciencia en que profesan, convirtiendo legítimas hipótesis en conclusiones dogmáticas. Los fisiólogos que han hecho del materialismo una doctrina tan aventurada y metafísica como el espiritualismo, se dan de manos con los economistas que todo lo subordinan á las leyes de los intereses materiales, creando una filosofía de la historia exclusivista y utilitaria. No diremos que Portuondo comulgue en esta escuela, por que no nos autoriza para ello el sentido general de sus discursos parlamentarios; pero sus actos mas recientes, como la creación del procurador económico, mueven á creer, por lo ménos, que en principio y tacitamente ha aceptado esas teorías que aislan y emancipan la cuestión económica de la cuestión social y del problema político, borrando toda relación de reciprocidad y coexistencia. La suspicacia innata del integrismo ha exigido, como si la evolución tuviese por molde el capricho del hom-

bre, que se hiciese un cordón sanitario en torno de la cuestión económica, resolviéndose á este precio á romper la unidad de su programa y á celebrar alianzas con adversarios y enemigos en el campo neutral de una asamblea de mercaderes y agricultores. Este fué el orígen de la coalición, que tomó formas definidas al regreso de los Comisionados, y que ha ído ampliando su programa y aumentando sus prosélitos. No es de este lugar la historia crítica del movimiento económico, que sería á todas luces prematura y provisional en sus conclusiones; pero cumple á nuestro propósito evocar antecedentes históricos que con él se relacionan intimamente y que han debido influir en la posición que ha escogido Portuondo al hallarse con el problema colonial condensado en uno de sus tres aspectos primordiales.

La aspiración de la Liga Económica, en sus pormenores como en su conjunto, es un triunfo indirecto del programa autonomista. las soluciones que proponía al complejo problema, con ligeras modificaciones, han sido prohijadas por la Liga, aunque esta reclame patente de paternidad. Pero aquellas soluciones no fueron adoptadas por el ministerio de la persuación, se acojieron á ellas por necesidades ineludibles, ante las pavorosas

amenazas del cóloso del Norte, que fué un agente de disolución poderosísimo en la masa compacta del elemento reaccionario. Algunos años antes de operarse este movimiento de concentración, los autonomistas intentaron realizar una alianza económica con sus adversarios, divisando en el horizonte el peligro de hoy; pero de tal modo quedaron burladas sus esperanzas y gestiones, que Montoro, recordando más tarde el engaño de que se les hizo víctimas, vertió en la tribuna estas palabras, que citamos de memoria: «Allí, los que llevábamos la oliva de la concordia, recibimos una puñalada por la espalda.» Fué necesario que el peligro dejase de ser una perspectiva y se convirtiese en una amenaza de parálisis y de muerte para todas las fuerzas vivas del país, para que este, despojándose de todo género de prevenciones y temores, se aprestase á defenderse con ánimo varonil y resuelto. La consecuencia inmediata fué la elección de los Comisionados, minúscula junta de Información en que el elemento autonomista, que era el inspirador, el consejero y el guía, se recató en la sombra con plausible sentido político. Los autonomistas lo declararon sin amañadas reservas, con entera lealtad: eran unos auxiliares—la modestia les vedaba decir que

unos Mecenas honorarios—que no quebrantaban la unidad de la doctrina que les servía de bandera. El pequeño congreso informativo estuvo á punto de resolverse en un escarnio de tanta resonancia como el que acompañó á la Junta de 1866; se resolvió, sin embargo, en un fracaso, y la sentencia que condenara la aspiración á morir en agraz, espera todavía el fallo último del poder moderador del Estado. La síntesis de esas peticiones vino á ser la bandera de combate de la Liga, bandera que, como hemos dicho antes, flotó por vez primera en los reductos autonomistas, y sinó se ha tremolado con más osadía, sino se ha defendido con más tesón, débese á los pactos y compromisos contraidos con la reacción por muchos de sus mantenedores, algunos de los cuales, pasando por las horcas caudinas, han sido lanzados bruscamente de la colmena de los privilegiados al hormiguero de los explotados, y de ello tenemos cumplida prueba en la enérgica actitud que los autonomistas tuvieron que asumir en el seno del Comité de Propaganda, cuando la reacción, con más doblez que tino, puso en práctica el obstruccionismo, ineficaz cuando no se emplea en los debates de los Parlamentos. Los Comisionados, proponiendo soluciones liberales al problema

económico, convertido en crísis pavorosa, no hacían más que traspasar las soluciones autonomistas en todo el problema colonial á campo deslindado y reducido, lo que implicaba, en principio, la solución del problema político en análogo sentido, ya que la transformación de un régimen económico trae como consecuencia forzosa la transformación de las instituciones orgánicas que lo contienen. Los Comisionados solicitaban que se pusiese término á la explotación de la Colonia por la Metrópoli, al conflicto entre la realidad nacional y la realidad colonial, acomodándose á la realidad de la geografía mercantil que hace del norte-americano nuestro natural proveedor. ¿No equivalía esta solicitud á pretender que la Metrópoli adoptase un sistema nuevo en el gobierno de las Antillas, á exigirle que rompiese su tradición del siglo XVIII en América, rediviva en Cuba, y con tanta propiedad denominada «el período mercantil» de la dominación española en el Nuevo Mundo? El presupuesto, índice luminoso del estado político de un pueblo, es la cifra y compendio de la tendencia y carácter que han conservado, á pesar de los escarmientos, las dinastías y gobiernos de la Madre Patria en su sistema de aprovechamiento de sus posesiones. Obse-

dido Portuondo por esa razón aritmética de una secular organización política, combatiendo el privilegio odioso por su carácter de privilegio, con exclusión de sus orígenes históricos y de sus consecuencias sociales, combatía en el presupuesto cubano el exponente de todo el sistema, recrudecido en las Antillas cuando estas fueron el último refugio de la emigración que antes se desparramaba por las inmensidades del Continente. Cuando se verificaba la conjunción de fuerzas que imponía el peligro inminente, hubo gritos de alarma en el campo conservador: la alianza de criollos y peninsalares evocaba sin grande esfuerzo alianzas semejantes provocadas en los antiguos vireinatos y capitanías generales para emancipar los intereses materiales del yugo de una codicia desatentada, y de las cuales surgieron los primeros síntomas de la oposición irreductible entre el espíritu europeo y el espíritu americano, movimientos casi coetáneos en los vástagos de los anglos-sajones y en los vástagos de los españoles. La alarma, capciosa é interesada en sus móviles, era lejítima inferencia en el dominio de la historia, no tanto por que aquellas alianzas fuesen las únicas y principales generadoras de la revolución de los países neo-latinos, como se ha pretendido

con menguado criterio, sino por que los vaticinadores, testigos de mayor excepción, reconocían en sus agüeros que en Cuba subsistía y subsiste aun el concierto de causas que dieron márgen á los primeros movimientos sediciosos de Venezuela y Quito. La famosísima *Casa de Contratación de Sevilla*, creada en 1503 para que «todas las riquezas del Nuevo Mundo pasaran á España,» y «fuese esta la única que lo proveyese de productos europeos;» la *Compañía Guipuzcoana de Caracas*, «organizada para monopolizar el comercio de los productos de la tierra, y que dió lugar á que en 1773 dieran los venezolanos batallas campales en favor de la libertad de cambios;»—¿qué son sino los antepasados históricos, las formas primitivas de las ligas de harineros de Castilla y de industriales de Cataluña; del *Banco-Hispano Colonial* y de la *Compañía Trasatlántica?* El régimen comercial inaugurado por la casa de Borbón á despecho de los onerosos privilegios estatuídos por la casa de Austria, hizo comprender á las colonias, ya aleccionadas por el contrabando, «las ventajas de sus relaciones mercantiles con Francia é Inglaterra, prefiriéndolas á sus obligadas relaciones con España,» que «importaba del extrangero, á precios elevadísimos, y en

cantidades, por cierto, insuficientes, las mercancías más necesarias á las colonias;» y que había llegado á tal grado de empobrecimiento «que estaba tan incapacitada para proveer sus posesiones americanas como para consumir los productos de las mismas.» [1]—La España de nuestros días, ¿en qué aventaja á la España del siglo décimo octavo? No está en aptitud para consumir nuestros principales productos, rehuye el consumo de lo que pudiéramos llamar productos derivados; es impotente para convertirse, como la gran República vecina, en nuestra Metrópoli mercantil, tutela que no recuperará jamás; la codicia de sus proteccionistas, contrabandistas consentidos del comercio ultramarino, ha reintegrado el orden natural de las cosas, provocando en el país rebeliones mansas estimulando al norte-americano á fulminar sobre nuestras cabezas los horrores de las represalias. Renunciamos á prolongar este paralelo de dos épocas tan distantes, tan diversas en la apariencia, y unidas por vínculos tan estrechos de parentesco.—Cuba ha venido pagando á su Metrópoli el capital,

[1] Véanse: Gervinus, Mitre y Labra: *Historia del siglo XIX*, tomo VI; *Historia de San Martín é Historia de Belgrano; La Colonización en la Historia*, tomo II.

con interés archi-usurario, de los célebres *situados* que, como es sabido, no provenían del tesoro de la nación, sino de los arcones de la hacienda de la Nueva España; ha pagado el pato de la boda cada vez que el espíritu de la Conquista ha resucitado en la raza, y que siempre se ha resuelto en un fracaso sangriento y en un derroche de caudales; expía, estrujada por el fisco, como delito suyo, la guerra separatista, deuda enorme que abruma exclusivamente al contribuyente cubano; y en recompensa de su pródigo y opulento testimonio de gratitud, en premio de sus incontables sacrificios, se le reduce á víctima inerme del privilegio organizado, del proteccionismo codicioso, y aun se la condena, en plena robustez, á que muera de inacción, de una congestión de actividad y de fuerzas, ó á que renuncie á producir y se someta, resignada y enflaquecida, á convertirse en un yermo.

Cuando Portuondo comprendió que se había cumplido la profunda máxima de Jefferson, [1] vió con regocijo que era llegada la hora de plantear el problema colonial, ante

[1] «La bolsa del pueblo es el verdadero centro de su sensibilidad: ella lo hará accesible á gran número de verdades que no hubieran podido llegarle por ningún otro órgano.»

los poderes supremos, en términos desusados, y que era llegada la hora en que habría de decidirse el destino futuro de España en América. Su actual campaña de procurador económico es el coronamiento de su campaña como procurador autonomista. Representante peninsular, delegado cubano ó senador económico, Portuondo, mejor que un evolucionista, ha sido en todo el rigor del término un oportunista. Jamás ha procurado explicar á los que lo han llevado á los escaños del Congreso por que rompió con Ruiz Zorrilla y firmó capitulaciones con López Domínguez; qué espera de la nigromancia de Sagasta ó de la acción de la propaganda económica. Pudiera creerse que ha sido diligente cazador de ocasiones, que ha ido en pos del partido peninsular que más risueñas promesas prodigara á los autonomistas, peregrinando en solícito acecho de la oportunidad más propicia al programa de la Autonomía Colonial. La consecuencia de esta explicación de su conducta política lo hace aparecer como una víctima, de abnegación singular, que no ha vacilado en aceptar el sacrificio de su consecuencia y de la lógica de sus ideas en aras del provecho de su partido nativo. Pero es lo cierto que esta teoría del sacrificio cívico — en que Portuondo,

esencialmente individualista, dejaría de ser una personalidad para convertirse en el órgano de las fluctuaciones de las ideas afines á la doctrina autonomista,—no se compadece con su talento práctico y mucho menos con su cabal conocimiento de la política española y sus más prominentes corifeos. Descartando á Castelar y sus posibilistas, los caudillos más prestigiosos del republicanismo español, como el estatuario Salmerón, el turbulento Ruiz Zorrilla y el iluminado Pí y Margall, por la índole de sus doctrinas ó por su manera de pensar en el problema antillano, están más cerca de convertir en leyes el ideal autonómico que los jefes actuales y presuntos de los partidos monárquicos ortodoxos y heterodoxos. Mientras mayor es la distancia del poder, mayores esperanzas deben abrigar los autonomistas en el carácter mesiánico de los partidos de oposición. Ninguno tan alejado del poder como el carlismo, y el carlismo, cuando esgrimía el trabuco y moraba en las montañas, siguiendo un plan de guerra que se malogró, propuso á Miguel Aldama nada menos que el vireinato de las Antillas, otorgándoles de golpe y porrazo las excelencias del régimen autonómico. No acontece lo mismo con el movimiento económico, empeño de solución, no por ansiado y

solicitado, menos imprevisto, y que si representa un ciclo cabal, un derrotero nuevo de la opinión peninsular en Cuba, aun le queda por recorrer el ciclo complementario y decisivo: obtener la promulgación de las leyes que demandan sus urgentes necesidades. Como el movimiento económico, ó se resuelve en vana diligencia, y entonces solo habrá servido para crear prosélitos al separatismo ó al anexionismo, como soluciones últimas; ó se resuelve en un triunfo positivo de la aspiración predominante, viniendo á ser, más que el galvanizador del Partido Autonomista, el instrumento más fecundo y menos consciente de su magnífica doctrina. En este concepto, la más reciente evolución de Portuondo reviste un carácter excepcional; siendo la que implica más soberbio espíritu de rebeldía, es la que denota más sagacidad y mayor sentido político; corresponde á los primeros pasos de su carrera, y por consiguiente, no se aparta de la lógica de su carácter, aunque no demos al olvido su peregrinación desde Zorrilla hasta Sagasta.

Supongamos que la resistencia económica sea ineficaz, que halle siempre en su camino el valladar infranqueable é indestructible en que se abroquela el monopolio; supongamos

que cuando esto acontezca ya no exista el Partido Autonomista; el barco filibustero no ha desembarcado todavía la vanguardia revolucionaria; todavía no ha salido para Washington la delegación de notables para pactar las bases de la incorporación; el país, aterrado, revuelve con inmensa angustia los ojos á todos los puntos del horizonte: ya no mira la ruta por donde íban y venían los vapores correos, ni siquiera torna la mirada al cielo. Si en medio de este cuadro pavoroso, de esta víspera de tragedia, se oyera del lado por que nace el sol el sonido estridente de la corneta y el rugido de los cañones; si en el momento crítico de las reacciones inevitables de todos los elementos comprimidos, viniese á la arena Portuondo acaudillando un pronunciamiento cuyo programa fuese la conquista de la autonomía colonial en su más ámplio sentido, no nos causaría la más mínima sorpresa, antes al contrario, veríamos en ello el signo más elocuente de la unidad de sus convicciones y de la correspondencia de su carácter con el tipo moral de su raza y de su pueblo.

No se nos arguya que el pronunciamiento es una solución trasnochada, un mal crónico del carácter español, curado radicalmente por obra y gracia del régimen parlamenta-

rio ó de otra más milagrosa panacea política. No está tan remoto el día en que un brigadier se alzó contra la Regencia en la misma capital de la monarquía, y desde él, retrogradando hasta Sagunto, media una generación de pronunciados. La castiza tendencia subsiste todavía. Es un buen deseo, un anhelo generoso, imaginar que el sistema representativo, sin raices en la opinión, sin vínculos que lo unan al pueblo, haya podido extinguir una tradición moral que ha hallado siempre un medio propicio para su nutrición y crecimiento. Cánovas, obteniendo mayoría en los comicios apenas implantado el sufragio, es un ejemplo decisivo que nos ahorra la enumeración de pruebas de otro orden. Lo que sucede es que ese sistema representativo, viciado hasta la médula, adaptado al momento histórico que ha seguido al gran Pronunciamiento de Septiembre, ha reorganizado los viejos elementos civiles contrapesándolos con elementos militares, logrando así un equilibrio inestable, pero compensado por esa especie de pacto de retro que parecen haber celebrado los partidos gubernamentales para disfrutar de las ventajas y responsabilidades del poder. Recuérdense las ocasiones en que los elementos militares han tratado de requerir las espadas, bastando

el amago para encauzar los sucesos por el derrotero por ellos señalado; obsérvese la particular y respetuosa consideración que les tributan los partidos militantes, consideración que raya en halagos de coburgo, y que trae á la memoria la que antaño se tributaba al elemento clerical.

Portuondo, modelado en la Academia Militar, en el cuartel, en el campamento; Portuondo, que no vaciló en coadyuvar al empleo de la fuerza para que sus compatriotas no quebrantasen la integridad de la patria; Portuondo, después de clamar en vano por que España no sacrificase consciente ó torpemente los últimos vestigios de su grandioso imperio americano, acaudillando una rebelión autonomista para que Cuba, disfrutando de todas las libertades, continuase bajo la égida de la Madre Patria,—no haría más que completar su evolución dentro del tipo castizo que representa.—Muerto Luís de Velasco, el leonino defensor del Morro, don Juan de Prado y Portocarrero convocó junta de guerra para firmar las capitulaciones en que se entregaba la plaza de la Habana al conquistador inglés. El cubano Don Luís de Aguiar, el héroe olvidado de la reconquista, si cabe la calificación en lo moral, lleno de coraje, se opuso á la entrega, y cuando pudo

persuadirse de que era inútil su patriótico empeño, se fué á Tierra-adentro á levantar partidas para combatir sin trégua ni cuartel á los invasores.—Ganar para España lo que España daba por irremisiblemente perdido: tal sería, en lo futuro, el papel que tocaría á Portuondo en un desenlace como el que dejamos bosquejado. Cabe pensar que Aguiar, si el inglés no hubiese trocado su presa por la Florida, hubiera muerto de dolor y de ira, como su conmilitón José Antonio Gómez murió de pesadumbre por que un jefe inepto lo postergó, reduciéndolo á la inacción. ¡Cuánto más honda no sería la pesadumbre de Portuondo, como la de muchos corifeos del autonomismo, su trágico despecho, si todos sus méritos y servicios, al cabo, hubiesen servido de pábulo para que se consumase la anexión de Cuba á su metrópoli comercial! ¡Y qué aventura, hermana carnal de la que decretara el Alcalde de Móstoles, recuperar el dominio en aquellos críticos momentos! Más nó en un porvenir más ó menos remoto, nó en situaciones en que la fantasía puede elaborar escenas caprichosas y sombrias, á imágen y semejanza de la que ahora la rodea; ayer, en la última crísis del Partido, cuando Jorrín abandonó el Senado cismático y colérico, en cualquier momento

histórico en que Portuondo se hubiese pronunciado como autonomista que creía de su deber y de provecho para la doctrina precipitar la evolución con la revolución,—el acto hubiera revestido el mismo carácter de correspondencia íntima y de rigurosa sucesión lógica.

Cuando el Partido Autonomista, por acuerdo votado en junta magna, se inhabilitó para toda acción eficaz al sumergirse en el *nirvana de todo por la paz y para la paz*, acentuó su carácter de partido exótico, irlandés ó húngaro, extraviado por un error étnico y geográfico entre las facciones cívico-militares que en la Península Ibérica, por el peso de los chafarotes, el prestigio de las hojas de servicio, ó la plétara de desaciertos y el hartazgo del mando, pierden y asaltan la monótona posada del poder. Nada tan peregrino ni contradictorio como obstinarse en imponer á decrépita civilización teocrática, guerrera y comercial, por los sortilegios de la elocuencia, la buena conducta y esmerada aplicación, como un partido de escolares; los elevados procedimientos de una civilización regenerada en la Reforma, democrática por esencia y harto previsora para dejar que pugnen les intereses económicos con los intereses políticos. Entonces, como nunca,

pudo decirse que el Partido Autonomista era un partido americano obstinado en españolizar la Isla de Cuba con artes anti-españolas. El acuerdo-rémora que fué el anticipado epitafio de sus ulteriores aspiraciones, hace pensar en un atleta que se hiciese amputar los brazos para luchar con un león. Para que hubiese correspondido á sus tendencias originarias, á su carácter ideal de partido español domiciliado en América, debió pautar la composición de sus fuerzas en la composición de las fuerzas de sus similares de la Metrópoli; debió marchar á la conquista de su programa llevando á retaguardia de sus oradores y publicistas legiones armadas ó que conservasen el hábito que crea la guerra y endurece la disciplina militar,—tercios castellanos, guerrillas orientales, ó veteranos de la Revolución. Portuondo, que corrigió la brahmínica sentencia de la junta magna cuando adoptó frente á ella el lema de *Paz con honra*, sino seguía el ejemplo glorioso de José de San Martín ó las huellas del infortunado Narciso López, que nunca se apartaron de la más pura tradición del carácter español; [1] hubiera podido desplegar en las

[1] Don Juan Valera, en la colección de sus *Cartas Americanas*, exaltado esfuerzo de iberismo paradógico, que justifica sobradamente las réplicas morigeradas y

excelsas montañas de la Sierra Maestra la épica bandera de oro y grana, demandando, á tajos y metrallazos, en nombre del honor y de la gloria de España en América, el planteamiento de la Autonomía Colonial para las dos huérfanas del hemisferio de la Libertad. Ello, á no dudarlo, hubiera sido mas eficaz que medio siglo de predicación, [1] acaso el único medio para obtener una transacción en el pleito secular entre dos civilizaciones antagónicas, y sobre todo, lo más ajustado al largo ejemplo de la raza desde Rodrigo Diaz de Vivar hasta el brigadier Villacampa. La vieja Albión, el modelo con tanta frecuencia

elocuentes del ecuatoriano J. León Mera y del cubano R. M. Merchan, escribe: «Que la guerra de independencia y separación de esas Repúblicas y la Metrópoli no se puede comparar con la reconquista de España y expulsión de los moros, ni con la separación de Portugal de España, ni ménos aun con las guerras entre España y los Países Bajos. Ahí lo que hubo fué una guerra civil de emancipación, entre gente de la misma casta, lengua y costumbres. Todo lo que ustedes ensalcen las hazañas, las virtudes y los talentos militares de Bolívar, Sucre, San Martín y demás héroes, nos halaga por dos razones: porque nuestra derrota queda cohonestada, y porque esos héroes, que nos vencieron, hijos de España eran, España los había criado y educado, y y á España habían ellos servido hasta el día en que se levantaron en armas contra ella.»—*Nuevas Cartas Americanas.* (1890). Pág. 167.

[1] Recuérdese la misión que, por mandato de Domingo Dulce, llevaron al campo rebelde Rodríguez Correa, Tamayo, y Armas y Céspedes; el acuerdo de la junta

invocado en las polémicas, la que reconstruye sin demoler, á pesar del escarmiento de las trece colonias, resiste todavía á las legítimas aspiraciones del pueblo de Irlanda; reformó su sistema en la India, después de una crísis sangrienta, y no se resolvió á conceder al Canadá el gobierno propio de que hoy disfruta sino después de sofocar una rebelión. ¿Cómo no pensar que la Autonomía, que implica en Cuba una transformación más profunda acaso que la Independencia, no puede ser sino la recompensa de un empeño cruento, el premio de la fuerza, el laurel enrojecido de una espada victoriosa? Y en este orden de ideas, la opinión autonomista y la opinión libre, por puras corazonadas, presienten que Portuondo será el caudillo que forja la hipótesis histórica: ambas lo columbran, neto y tan bien perfilado como el General Prim en el cuadro del malogrado Regnault: dominando el caballo espumante y nervioso que se encabrita entre las acla-

de notables en el palacio del Marqués de Campo Florido; las proposiciones de paz del General Barreto en plena guerra separatista, en que se «reconocía á Cuba como República federal unida á España, pero á condición de que si en esta se restauraba la monarquía, *ipso facto* quedaría reconocida la independencia,» garantizando el pacto dos naciones de primer orden.» Omitimos otras pruebas de menor importancia en corroboración de nuestros asertos.

maciones de la multitud; desnuda la cabeza y revuelto el cabello por el último soplo de la tempestad; febril y agitado por las emociones de la empresa postrera, en que se reflejan y borran alternativamente las zozobras del combate y la radiosa alegría de la victoria.

MANUEL SANGUILY.

MANUEL SANGUILY

Es una armazón de hilos magnéticos con resplandores de azul y oro, un hombre con estructura de felino. Contendor formidable, tiene del carnicero, entre otros caracteres menos visibles, las pupilas fosfóricas, los incisivos largos, el bigote retorcido y erizado, la honda arruga del ceño, el saliente relieve de los pómulos, la mano fina y nerviosa que se contrae como garra ó se alza con pesada rigidez de zarpa, la voz, que en los raptos de cólera llega al tono del rugido; la agilidad increible y la fuerza imponderable. Cuando éste heráclida de la lógica baja á la arena, me imagino oir, como cuando leo los vibrantes folletos de José Antonio Saco, angustiosos alaridos de

la presa, siniestro masticar de huesos, sordos bramidos de gula; sentir olor á sangre caliente, á leonera, ver después picos de águilas, melenas de leones, cuartos de hiena, carnaza, y más lejos, ahito, profundamente dormido, un soberbio tigre real.—Saco hizo con sus impugnadores lo que hace Sanguily con los suyos: desplomarse sobre ellos con impetuosidad de jaguar, desplegar en el ataque y en la defensa conjuntamente toda su energía y toda su gracia, estropearlos, arañarlos, quebrarlos á zarpazos, mutilarlos á dentelladas, masticarlos hasta la pulverización. Sin embargo, hay un abismo entre la complexión de estos dos atletas de la polémica. Sanguily es un artista, próvido, excesivo, y Saco era escueto y árido como un guijarro; Sanguily es un experimentalista consumado y Saco era una especie de sensualista con resabios de metafísico; Saco no tuvo más que una musa, el miedo disfrazado de pudibunda prudencia, Sanguily, en todos sus actos y en todas sus labores no ha tenido más fuente de inspiración que la Justicia. No obstante estas y otras diferencias fundamentales, por algunas semejanzas internas y externas, el gallardo paladín del separatismo es el mellizo, sucesor y heredero del dialéctico apóstol del autonomismo.

Las circunstancias del sombrío momento histórico en que vivió Saco,—la edad media del coloniaje—hicieron de él un polemista. El carácter esencialmente político de sus polémicas, adiestrándolo en el conocimiento de los caracteres y en el estudio de los factores sociales, preparaban y robustecían, como en saludable gimnasio, las energías del historiador, que culminaron en un esfuerzo supremo: en la *Historia de la Esclavitud*. La esclavitud, que había de embotar su sensibilidad, haciéndole buscar una conciliación entre los intereses basados en la explotación del hombre y los principios de un humanitarismo calculista; la esclavitud, que envenenó al ambiente que respiró en la cuna, infundiéndole el espanto de pavorosas catástrofes, funesto estado morboso, epidémico en las inteligencias cubanas y que es uno de los generadores del reformismo empedernido; la esclavitud, que compendiaba dos fases capitales de la colonización española: el indio cubano, raido de nuestro suelo por la terrible espada del conquistador, que parecía afilarse en la sangre; el negro, que representa dos fases en la evolución de la vida del mismo conquistador, la de pirata y agricultor, encarnando á la vez el cuadro complicado de nuestra patología social y de los

orígenes de nuestras más elevadas acciones. Sanguily que vino á la vida de las ideas cuando alboreaba la aurora de una era nueva—la regeneración iniciada por el Prometeo de *El Salvador*, que á la vista de Júpiter y con el limo del gran pudridero realizaba su obra de prodigioso cerámico;—que vió desplomarse la pirámide de sabias utopias edificada por Saco y asistió al último combate de la dialéctica reformista contra el pérfido casuismo de la reacción secular; que en el período de la guerra intervino en los grandes debates que surgieron de los grandes antagonismos que bullían en el pueblo rebelde; cuando bajó á la arena, despues del letargo que sucedió á la caída del último reducto, su estreno fué el de un maestro de la polémica. La índole de las polémicas que ha empeñado, su carácter de verbo del ideal separatista, haciéndole recorrer una ruta paralela á la de Saco, con otros motivos menores, lo han impelido á la misma cúspide, á que culminen sus facultades en una *Historia de la Revolución Cubana*.

Todo polemista es un crítico embrionario. Si al vigor de la inteligencia se asocian el buen gusto, sólida cultura y una concepción cabal de la vida, la facultad crítica habrá alcanzado el grado máximo de desarrollo para

ser empleada en el estudio ó explicación del hombre ó de la sociedad. Saco es un crítico narrativo, erudito, escritor de raza, pero sus actitudes están subordinadas, en federación, á una cualidad: la del estadista historiador. Sanguily, atleta de la polémica como Saco, es un literato y un estilista: posee una filosofía del individuo y de la historia. La asociación de estos elementos han destacado en su intelecto, como si fuese la predominante, la facultad de análisis: su labor es fundamentalmente la del historiador-crítico. Piñeyro, con su alma griega y sus enseñanzas, esbozó el literato; Varona, con sus luminosos estudios de filosofía, fué el faro y el lazarillo que lo condujo á la conquista del método, áureo vellocino de los argonautas del pensamiento; Buckle con su profunda teoría de las leyes de la historia y Taine con su harmónico y magnífico sistema científico y artístico, acaso prematura flor de la vida intelectual del siglo; han concurrido en orden sucesivo á la formación de la personalidad del crítico. La herencia, el medio y el momento, determinaron el separatista pasional y polemista: más tarde, un cúmulo de circunstancias lo convierten en apóstol del ideal y en esta etapa se encuentra, elevada á teoría, una filosofía de sus principios, de su

732478

escepticismo crítico: el cosmos del intelecto español por el gran anatómico de la civilización inglesa. Sanguily es un discípulo, nunca un sectario. Aplicando leyes de Buckle lo reforma y corrige, lo amplía con su observación y su experiencia. En su gran óleo del santo y sabio José de la Luz ha puesto más verismo, más verdad humana que en toda su galería puso el arte y la ciencia del gran escrutador y pintor de caracteres. Su biografía de Luz, á que acabamos de aludir, es por la doctrina y la composición el bosquejo de su presunta *Historia de la Revolución Cubana*: la historia de la personalidad presagia y permite augurar el calibre y proporciones de la historia de la colectividad. Su obra maestra y sus estudios críticos de la política cubana lo impulsan y determinan á construir el gran panteón del alma cubana.

En su afanosa peregrinación por la Cosmópolis del pensamiento, odisea llena de ensueños y decepciones, de vértigos de abismos y de inefables deleites, que acaba en hojoso laurel de oro esmaltado de gotas de sudor; se creó copioso caudal de erudición literaria, filosófica é histórica, que su extraordinaria memoria, la gran tributaria de su talento, lleva en afluentes á sus ideas, con las que se funden y harmonizan, como las

aguas de un rio. Si Sanguily venía preparado para el ejercicio de la crítica, porque traía las cualidades del analista; como herencia de sus antecesores galos traía *el verbo* y la imaginación. La imaginación es el capital que derrocha el *causeur*, como la erudición es el capital que utiliza el crítico. El orador de la revolución no es más que un *causeur*, infiel á su maestro y modelo, y deslumbrado por la pompa védica de los fastuosos discursos de Castelar. Despues de su odisea, el *causeur* será la encendida sibila del orador, y ambos disfrutarán del opulento patrimonio de la imaginación. De los resultados de la lucha por la existencia de todas estas fuerzas, dependerá inmediatamente el valor de sus lucubraciones. La contienda se simplifica creando dos núcleos opuestos, uno regido por el crítico, gobernado el otro por el orador. El núcleo del primero lo forman el analista y el erudito, el del segundo la imaginación y el *causeur*. Cuando el orador ha triunfado, obligando al crítico á pagarle tributo, el botín ha sido espléndido, como su oración—elegiaca, austera y fulgurante,—de las víctimas del 27 de Noviembre, la obra más perfecta de la tribuna cubana. Cuando ha triunfado el crítico, acorralando y aherrojando al imaginativo, el lauro es una obra

maestra: *José de la Luz y Caballero*. De ordinario el triunfo se mantiene indeciso, lo que se refleja en el conjunto de la obra y en la factura del estilo, y en vez de un todo harmónico resulta desigual, obra de mosáico, arenal interrumpido por oásis risueños y exuberantes. En el pormenor, en las escaramuzas del combate, el crítico con sus atenuaciones y matices, si acrece la intensidad y alcance de la idea, quita á la cláusula colores, harmonías y gracia, la gracia fugitiva y pristina de la espontaneidad, Venus desnuda y palpitante surgiendo de las espumas.

No conozco en Cuba imaginación que en lo robusta y prolífica compita con la suya, y cuenta que no olvido á Tristán de Jesus Medina, ni las féericas iluminaciones de los dos grandes pirotécnicos de nuestras letras: José Martí y Aniceto Valdivia. La imaginación de Sanguily es magnífico prisma en que los rayos de lo externo se descomponen en orgías de irisaciones. Crepúsculos tropicales, auroras boreales, madrugadas cubanas; cerámica china, escultura griega, orfevrería árabe; notas de himno, vaguedades de melopea, plañido de canto fúnebre; de todo esto participa el color, la plástica y la harmonía del estilo de éste nuestro primer poeta en prosa. No es, como Piñeyro, un estilista perfecto,

porque es ley que la forma sea molde estrecho y quebradizo para un prismatismo intelectual como el suyo, que no se ha cincelado el ánfora de alabastro para odre del borbotón de lava. Su estilo tiene la desigual y pintoresca harmonía de la naturaleza, de un paisage que ostente á la vez el arroyo y el torrente, el herboso y chato cerro y el pico excelso y peñascoso, el desierto calcinado y el prado primaveral, la sabana, remedo de la pampa y el laberíntico y tortuoso desfiladero. Su imaginación, natural antes que literaria, es anàloga á la de Luaces y el cubano-francés Heredia, solo que en él no tiene más empleo que en la labor de fantasía, de ornamentación del estilo. En su estilo ondula y vibra el verbo del orador, la fluencia del *causeur* junto al árido análisis del crítico, en un lenguaie enérgico y abundante, castizo mientras lo consienten el estado de la lengua y la calidad del pensamiento, donde transluce el prisma de su imaginación y en que cabrillean los reflejos metálicos del sarcasmo y la sátira, que como víboras multicoloras ó nerviosas sierpes de coral culebrean y silban por entre los relieves del período.

Cada representativo es como el florilegio vivo de las cualidades de sus antepasados ó coetáneos. En Sanguily canta la estrofa ro-

tunda de Heredia, late la inmaculada austeridad de Luz y se irgue Agramonte soberbio é indignado; porque su carácter moral parece compuesto con elementos de esos tres excelsos caracteres cubanos. A la luz de esta hipótesis se descubre el elemento épico de sus discursos, el tono pindárico, semejante al de la poesía civil del cantor del Niágara; la sentencia que parece caida de los labios del Patriarca apostólico; el grito de cólera que repite el acento rudo y viril del insigne Bayardo camagüeyano. Heredia, Luz y Agramonte han influido en su constitución moral, la adquisición se ha disuelto en su temperamento distinto, y en su carácter y en su vida ha sido el heredero y continuador histórico del trabajo que en esas tres figuras alcanzara gigantescas representaciones. El alma cubana, es decir, la aspiración generosa de los nobles y los fuertes, el anhelo por constituir una patria libre, culta, la dilatación y conservación de la familia en el ambiente de la vida moderna, el ideal que es luz de nuestros cerebros y sangre de nuescorazones,—es apasionado, utópico, sentimental, y se encarna en un hombre de genio, en el más grande de nuestros poetas; es vehemente, reflexivo, evangélico, reformador y práctico, y se encarna en el más gran-

de de nuestros pensadores; cuando, en la sazón de la historia, confluyen las dos corrientes, es batallador, heróico, prodigioso en el esfuerzo y el sacrificio, y se encarna en un carácter extraordinario, legislador y guerrero. Sucumbe, lo cubren con su enseña como con una mortaja, y sobre las osamentas y las ruinas que dejara como estela de su paso, se levanta como una hostia de de nieve el símbolo de una patria arqueológica, pequeña y ruín, eterna niña condenada á eterna incapacidad, quimérica, soñadora, enervada como una odalisca, y que, fiando sus esperanzas á la eficacia de las lágrimas y las plegarias, todo lo espera de la transformación profunda de sus tutores, lo que equivale á esperar que un día salga de su sarcófago la momia de Sesóstris produciéndose como un Cronwell darwinista. Esta patria arqueológica, concebida por Saco, es el exponente de lastimoso estado patológico de nuestro agregado, la gran quimera engendrada por el miedo y sus productos, como el genuino ideal cubano es el exponente de la salud y lozanía del mismo agregado. Pero la empedernida doctrina ha recorrido su ciclo, al declinar va saturando las conciencias de niebla y de frío, sembrando las simientes de la duda donde esparciera las

del optimismo tenaz y convencido. Esta fábrica de cera, que un rayo de papel puede reducir á pavesas, este cuerpo de doctrinas sin raices en la conciencia pública, vió en sus febricitantes delirios un fantasma de sangre en el alma cubana, y se apartó de ella horrorizado de espanto, para errar desde entonces como el muerto galvanizado de Edgar Pöe, como un cadáver que vagase en busca del espíritu que lo animó en vida. Mientras tanto el alma cubana, latente bajo su mortaja, y en el grupo selecto é indomable de los supervivientes de la epopeya, por la lealtad consagrada por cívico sacrificio y por la alteza del verbo, cuando entra en la etapa de la crítica, de la filosofía, de las apoteósis, de la revelación de su propia grandeza, se encarna en Sanguily, que es un carácter único y un apóstol. La vida de este representativo en sus relaciones con nuestro momento histórico, el antagonismo entre el paladín del separatismo y la evolución de la doctrina de la Autonomía, ofreciendo próvido asunto al historiador-crítico, contribuyen á explicar por el choque ciertas cualidades de su estilo y, sobre todo, el carácter de su oratoria. El tono trágico, naturalísimo en el que vivió durante diez años sobre el teatro de los heroismos y los martirios y asiste

ahora á una era capuana, de aturdimiento y postración; el sarcasmo y la sátira, que esgrime como su látigo el domador, y que hace restallar sobre las espaldas del pueblo magistrado cuando arroja la toga para vestirse satisfecho la librea; el profundo dolor con que ha visto cubrirse el espíritu cubano de sombras siniestras, contrahaciéndose y desfigurándose, como si lo operasen de contínuo los monjes-cirujanos que proveen de guardianes los serrallos; la justa cólera con que ha visto un grupo de cubanos empeñados en borrar de nuestra historia, olvidándolos ó callándolos, los únicos hechos que nos colocan al nivel de los pueblos dignos y libres; todos estos motivos, derivaciones del momento, han determinado el carácter de sus críticas, la elevación de su estilo, el tono de su oratoria, ó en otros términos, favoreciendo el desarrollo de los elementos que constituyen al orador, han dado á éste positivo y más constante predominio sobre el crítico.

Ese felino humano es en el fondo un sensitivo que está en las fronteras del histerismo. A las veces resurge en él el adolescente, mimoso, infantil, con desbordamientos de múrria y con crueldades de gato. A ocasiones el galo asoma en el criollo zumbático, regocijado, desdeñoso. Curioso como una hija de

Eva, nervioso como una romántica, desinteresado, generoso, lleva la pasión hasta los celos, é impulsado por ella se enciende en las cóleras del iconoclasta; como impulsado por el análisis lleva la imparcialidad hasta el prodigio. Porque arroja el cáliz para postrarse ante el ara de la Pasión, creen algunos que no es Sanguily el designado para escribir la grande é ignota historia del civismo cubano, fundando su peregrina sospecha en que la imparcialidad, quisicosa ideal y fantasmagórica, es patrimonio exclusivo de esa entidad informe y vagarosa que se llama la posteridad. No el juez de hielo, el juez de carne y hueso, palpitante de pasión y luz es el llamado á hacer resurgir el vasto y complicado drama. Un filósofo para desentrañar el problema de los orígenes, para seguir en todas sus fases el desarrollo del organismo, para la construcción de la síntesis; un bardo en la concepción y en el pormenor; un trovero ante el héroe ó el mártir; un juez ante la culpa individual y colectiva: todo esto necesita ser el historiador de la guerra de Cuba, y todo esto compendia Sanguily en su personalidad. La historia sincrónica representa el verdadero arte de la historia; la posteridad nada podría resolver sin el testimonio de los coetáneos. Y ¿qué importa la

predilección, si la hubiere, si esa historia habrà de ser un poema épico, la *Iliada* cubana, la harmonía del juez-elegiaco de los niños mártires y del crítico-filósofo del venerado maestro? ¿Qué importa, si en ella saldrá desnuda y esplendorosa en su augusta grandeza, como Friné ante el tribunal de viejos decrépitos, el alma de Cuba, la vida de una patria real, á cuya revelación acaso sienta nuestro pueblo enervado hervir en sus venas la sangre de leones de sus audaces rebeldes....?

La Isla de Cuba, arrullada por las olas, emblemas de la perfidia, está en mitad de la gran calzada de las naciones, es un aduar en medio del gran desierto del oceano. Hubo una raza que pasó por su suelo como fatídica procesión de suicidas, su propia debilidad los llevó á la inmolación, de ellos no queda ni el polvo de sus osamentas. En el seno de nuestra sociedad hay razas que han emprendido ya esa peregrinación hácia la muerte, son los vencidos por la inexorable ley de la lucha por la vida. Tal vez nosotros, la raza vencedora, víctimas de incontrastable sino, pasemos también, arrollados por la irrupción de esas hordas del Norte, bárbaros que se alumbran con luz eléctrica y viajan en trenes expresos, según la frase del áspero decadentis-

ta. Si tal es nuestro destino, el panteón de nuestro pueblo, el mausoleo de Cuba, el más alto símbolo de la raza que luchó por la creación de una patria—la mejor ejecutoria de una sociedad—sería la historia de su esfuerzo, la remembranza de su epopeya por el honor y la libertad, y allí viviría nuestra alma como vive el alma de Grecia en las estrofas de sus bardos, en el trueno de sus oradores, en el gran poema de su historia!

RICARDO DEL MONTE

RICARDO DEL MONTE.

Es un esteta consumado, griego de los piés á la cabeza, aunque su aspecto nada tiene de apolino. Su estilo es mármol de Carrara labrado por el cincel de Praxiteles. Mas holgadamente que Zambrana en la Italia del Renacimiento, del Monte, en compañía de Piñeyro, hubiera vivido en la Atenas de Pericles. Rivaliza en aticismo con Piñeyro, y lo creo superior como estilista á D. Juan Valera, seco, rígido, sin jugo ni aroma como dátil momificado. Valera es un hablista rancio, desordenado y frecuentemente obscuro; leyéndole se vé el relieve de sus festines con los clásicos, místicos y profanos, mejor que el relieve de su forma pro-

pia, unisonante y monótona. [1] El estilo de del Monte harmoniza el número con la sobriedad del concepto, la limpieza de la frase con la transparencia de la idea, lo castizo del lenguaje con el modernismo de su cultura, destacándose como cualidad predominante la pureza melódica del párrafo, que de ordinario tiene la riqueza y distribución harmónica de la estrofa más musical. Esta perfección de la forma es el fruto de una larga educación literaria, del dominio de la mecánica de los artistas de la palabra, aprendida en el cultivo asíduo, más bien que el resultado inmediato de un pulimento escrupuloso. Este estilo que ha sabido extraer del caudal del lenguaje uno de sus dones más preciosos, la poesía de la prosa, es un estilo impersonal, expresión mediata de un carácter que se exterioriza de modo imperfecto y expresión palpitante de un juicio sereno, frio, nutrido en las más cristalinas fuentes del buen gus-

[1] Solamente el nepotismo literario ó el compadrazgo académico hubieran podido otorgar á Valera el cetro del estilo en la España moderna, con agravio de la prosa viril y cincelada de Núñez de Arce, del estilo fluente, encendido y vibrante de Menéndez Pelayo, de la noble llaneza de que hizo alarde tan gallardo el difunto Pedro A. de Alarcón, del colorido, energía y frescura de la Pardo Bazan, y de la seductora sencillez, fácil purismo y sabrosa amenidad de José de Castro y Serrano, postergado por la Crítica y casi olvidado por la Fama.

to, aleccionado en el gran museo de la desnudez casta del pensamiento. No se piensa que habla un hombre, que sentimos la vibración nerviosa de un pensamiento, sino que hojeamos un pergamino que devuelve una nota ó una idea por cada palabra que hiere el rayo de la pupila. Tan cierto es que el creador queda siempre en la penumbra, que el analista más sutil, examinando sus trabajos, no lograría reconstruir ni diseñar la psicología del hombre que, como un turco amodorrado por el hatchis, dormita detrás del crítico.

La única y grande mácula del literato es la pobreza de su ejecutoria, que no guarda relación con su fama: goza de legítimo y extraordinario renombre y toda su labor literaria cabría en las páginas de una *Revista*. *El Efectismo Lírico*, *Garibaldi*, *La Revista de Cuba*, *su vida y su influencia*, un puñado de versos exquisitos: he aquí todo su pergamino de hombre de letras. Guarda en sus cofres, como crónica de escándalo, como heregías de devoto, una colección de juicios críticos sobre poetas cubanos, ungidos por el aura popular, y á los que él borra el óleo y estudia á una luz distinta de la del sol del trópico. Unas veces por exceso de timidez, generalmente por su genial indolencia, del

Monte, escatimando tributos á la literatura patria, es una estátua sobre un peldaño: no ha querido construirse un pedestal de hojas de papel, más sólido y duradero que el granito.—Hay en Cuba autores mediocres, enfermos de hemorragia mental, cuyas obras no aumentan nuestra reserva literaria; autores de talla y de alientos, que se harían una reputación americana con solo ponerse al taller y producir un libro, y que se esterilizan por falta de estímulos ó por el hábito, estóico y superior cuando no egoista y medroso, de sustraerse á las tentaciones del mundo que los envuelve é influye con sus múltiples sugestiones; y autores inéditos, reputaciones de gacetilla y de salon, loados por paràsitos y famélicos agradecidos, que viven y mueren en los limbos de las celebridades anónimas, inclusa á que arroja la opinión los mónstruos que engendra en sus desvaríos de cortesana. Ricardo del Monte corresponde al grupo de los estériles, en parte por indolencia, en parte por no clamar en desierto. Cuando las facultades y el temperamento artístico en su lucha con el instrumento de expresión han obtenido como trofeo un estilo primoroso y sonoro, dejar que lo consuma el orin de la ociosidad es pecado tan imperdonable como el del criador

que seleccionase los ruiseñores más canoros de la especie para amputarles en el nido las cuerdas vocales. Para esto son inexplicables las torturas de las vigilias y el cuidado y observación de los cruzamientos. — Que su sombra no se extremezca de indignación si algun iconoclasta, en lo futuro, le forma juicio de residencia y condena su fama al sacrificio de las obras chinas, disminuyéndola y mutilándola; expiará en ultra-tumba el delito cometido en la tierra, encerrando su intelecto embalsamado, no obstante estar lleno de fuerza y lozanía, en un sarcófago, como si fuese una momia. La misma tendencia didáctica de su estudio crítico de más empeño viene en apoyo de nuestro reproche y de nuestra lamentación. Mejor que todos los preceptos y todas las pragmáticas para enseñar la sobriedad é infundir el culto del buen gusto, es mostrar el modelo vivo. Como todo maestro, al cabo, tiene la conciencia de que lo es, y por algo ataja una corriente corruptora ó crucifica al fomentador de extravagancias,— reuniendo del Monte en un volúmen una colección de bocetos como el titulado *Garibaldi*, hubiera condensado en una sola una série de lecciones dependientes, sin el propósito ostensible de enseñar. El libro, en vez de un resúmen de pura retórica, adornado con ex-

celentes digresiones de historia literaria y observaciones pertinentes y llenas de novedad y erudición, como *El Efectismo Lírico;* hubiera resultado un museo de modelos, una antología á que cada una de sus principales facultades concurriese con un tributo adecuado. Modelo por lo terso y melodioso del estilo, por la precisión de los símbolos, por el caudal de conocimientos literarios, por la habilidad y el tino para sorprender y fijar las cualidades y defectos de un carácter, trazado en cuatro rasgos soberanos.

Ricardo del Monte recibió en sus primeros años la influencia de un hombre ilustre, su deudo Domingo del Monte, y más tarde la influencia de otro patricio no menos ilustre, la del Conde de Pozos Dulces. Al primero, que fué un Mecenas, un guia, prosista excelente y humanista completo, debió del Monte, por ley de herencia y poder de asimilación, muchas de las supremacias que ha puesto de realce en sus trabajos; al segundo, que era un espíritu más complejo, templado en otras disciplinas, y que ha sido el príncipe de nuestros periodistas modernos, debió la destreza y flexibilidad necesarias al consejero y oráculo de la conciencia social. Reunidas ambas influencias, que fructifican en un temperamento preparado para fecundarlas,

acaso nos expliquen la vida política del discípulo y del conmiliton. Y sin embargo de esta genealogía, de las condiciones que aportó á la vida, que hemos reconocido y alabado, en las luchas del periodismo, en el torneo de la política, del Monte se nos antoja un caso de vocación contrariada. Creemos que nació para cartujo del buen gusto, para cenobita del Arte, para vivir refugiado en una celda, entre manuscritos y bibliotecas, como un fraile de la Edad Media, cincelando camafeos, esbozos y medallones, ó estrofas que parecen caidas del canto de Shelley á la alondra,—con una pluma arrancada á la cola de un ave del Paraiso. Su estilo, ninfa de mármol que ni se doblega ni se mancilla, es más propio de una Revista ó de un libro, impreso en papel del Japón. Todos los olfatos no perciben el perfume de la madreselva. La escuela ática es un santuario, no es una parroquia abierta á la devoción popular. La turba iletrada que ha tomado por asalto el cuarto poder del Estado, ha denigrado y aplebeyado el periodismo al punto que *El País* va pareciendo el boletín de una Academia de enciclopedistas. Es lo cierto, sin embargo, que en el periodismo se ha operado una revolución, que ha dejado á distancia al antiguo redactor de *El Siglo*, porque

no ha podido compartir sus innovaciones y sus procedimientos. El prototipo de esa escuela nueva, híbrida de yanke y de francés, de lenguaje campechano, desnudo de aliños, de estilo cortado, de sutil y roedora propaganda, seria, sarcástica ó bufona, según lo demanden el tema y las circunstancias,—es Antonio Escobar. Algo se le acercaba su genuino antecesor Adolfo Márquez Sterling, que no lo igualaba como escritor y que le era más inferior aun por su pobreza de ideas, por su tautología soporífera y la carencia de vivacidad y lijereza en el chiste. Más se le asemeja, y por tanto cabe mejor en la nueva escuela, el José María Galvez de *El Tábano*, el del suelto breve, mordaz, incisivo, cáustico y altivo, aventajándolo por el sabor local de su sátira, rebosante de zumba criolla, por lo pulquérrimo de su humorismo, sus *caidas*, y sus más templadas dotes de polemista. Antonio Govin es un homólogo de Galvez, pero menos caliente, pesimista más refinado, que pone á sus dardos mucha grasa y más cantárida, y al que embaraza y abruma su hábito forense como un manto de plomo.—Como se deduce de la enumeración que antecede, si bien deja en pié nuestra afirmación primordial, pone en evidencia que Ricardo del Monte, para con-

vertirse á los novísimos procedimientos, tendría que cambiar su naturaleza por otra más vivaz, plástica, cromática y batalladora.

No es aventurado afirmar que Ricardo del Monte considera *El País* como la segunda edición de *El Siglo*. Y esto es así, no por las grandes é inevitables semejanzas entre dos períodos históricos similares, en que accionan, con el mismo objetivo, las mismas ó gemelas personalidades; sino por que á sus ojos la guerra de los diez años fué un sopor de sombra y de silencio, un paréntesis en la predestinación del reformismo. Poco después del escarnio de que fué víctima la Junta de Información, Calixto Bernal, lógico de la pujanza y de la escuela de José A. Saco, como él reformista de innegable templanza, escribía ahogado por las lágrimas del despecho: «Acabó la misión de la palabra: ha sonado la hora de conquistarlo todo con la espada.» Morales Lemus, caudillo de la Comisión y jefe del Comité Directivo de *El Siglo*, aceptó sin vacilar el cargo de embajador de la naciente República ante el gobierno de Washington. El Conde de Pozos Dulces, tras dolorosas vacilaciones y crueles amarguras, se refugió en París, y allí murió, entre sus hielos y sus brumas, haciendo votos por que el sol de la nueva primavera envolviese en

sus rayos la bandera de la estrella solitaria flotando vencedora en lo alto de la fortaleza del Morro. Merchan había puesto su pluma al servicio de la Agencia ó Delegación del Gobierno de la República de Cuba en New York. Ricardo del Monte, desde que estalló la guerra, se refugió en Guanabacoa, la villa que ilustraron nuestros mayores vertiendo su sangre por conservar para España la colonia que le ha equivalido á la posesión del Continente. Allí vivió largos años, soñoliento y triste, vertiendo lágrimas furtivas cada vez que el plomo arrebataba la vida á un amigo, resistiendo á los halagos de los revolucionarios que lo invitaban á compartir sus faenas, negándose obstinadamente á emprender la ruta del emigrado y á prestar el concurso de sus facultades á la causa de la Emancipación. Allí permaneció, reformista impenitente, vestal inmaculada, atizando en el recogimiento el fuego de las esperanzas que había predicado, esperando firmemente, con fanatismo de fakir, que la tormenta revolucionaria se disiparía como un huracan en el firmamento y que luego advendrían las reformas, risueñas y bulliciosas como bandada de pájaros canoros en la primer alborada de primavera. El Pacto del Zanjón no le causó sorpresa: se desperezó y se entró

por la brecha leyendo un ejemplar amarillento y carcomido de *El Siglo*.—Hubo quién lo creyera un resucitado.—Esgrimió la pluma que la catástrofe le arrancara de las manos y primero como auxiliar de Pérez de Molina, como jefe de redacción más tarde, reanudó en 1878 la tarea interrumpida virtualmente en 1868. Mientras sus compatriotas se hacían despedazar en los campos de batalla, guardó silencio, como Saco, admirando las iras casi celestes de la Justicia humana, pero sin compartirlas ni alabarlas.

Ricardo del Monte ha vivido de cenáculo en cofradía, como un monje viajero que se hospeda hoy en la celda de un monasterio, mañana en la cripta de un convento.—La suspicacia y fiscalización ejercida en Cuba han hecho un hábito, que los cubanos hemos convertido en una fuerza, de esta emigración y labor casi subterráneas. El Seminario de San Carlos fué una cofradía, que derrocó la Universidad y transformó el intelecto cubano. La tertulia de Domingo del Monte fué un cenáculo literario y político, de donde irradia una renovación en las letras. La Real Sociedad Económica no ha sido más que una hermandad láica, legalizada y recortadas las alas de la iniciativa, y una hermandad láica, á regaña dientes consentida,

fué el Colegio de *El Salvador*. De un cenáculo, de la redacción de *El Siglo*, surgió aquel movimiento que produjo la creación de un partido y la elección del grupo representativo de los Comisionados. Ricardo del Monte fué uno de los obreros más asíduos en esta empresa de organización y propaganda. En 1876, cuando era todavía un enigma pavoroso el desenlace de la guerra, el entusiasmo tenaz y arrebatado, el ardor febril de José Antonio Cortina reunió en el gabinete de una librería á Ricardo del Monte y á Julian J. Gassie, y de aquella conferencia nació la *Revista de Cuba*, que había de revivir las glorias de la *Revista Bimestre Cubana*. Es necesario leer el epílogo—oración—fúnebre de la *Revista*, la página más personal y sentida que haya producido la pluma de del Monte, para penetrar en el ánimo del hombre de los cenáculos, conspirador manso y obligado. En aquella junta Ricardo del Monte era la encarnación de los pavores, todos legítimos, todos fidelísimos exponentes del poder que ejerce la cólera ciega de la fuerza: miedo al censor de Imprenta, que era un inquisidor del pensamiento y un espía; miedo á que la opinión cubana viese en ellos una reproducción de los ergotistas de Byzancio; miedo á que el título de

la *Revista* inspirase sospechas al gobierno; miedo al nervosismo del presunto director de la publicación. Y aquél estado pasional, que en fuerza de repetir violentas descargas emocionales convirtió su red de nervios en floja madeja de seda, era un compendio abreviado del alma de la colectividad cubana que se albergaba en las ciudades, obsedida por la visión constante del patíbulo, del fusilamiento, del viaje á la Siberia tórrida del patriotismo cubano, la isla nefaria de Fernando Póo. Este estado psicológico, que duró diez años, tan diverso del estado psicológico del cubano acostumbrado á desafiar la muerte, á infligir la derrota con mano de hierro y á soportarla con resignación estóica; demuestra cumplidamente lo que en otro lugar de este libro hemos dicho: la imposibilidad de la fusión moral y política de separatistas y reformistas después de consumada la paz.—El alma cubana, á manera de trinidad que se disgrega recuperando su independencia cada uno de los factores, se disolvió en 1868; uno de los factores, el más viril, se hizo guerrero, creó una sociedad y un estado nómades, entró holgadamente en el molde de la democracia, el indíviduo se hizo hombre, la agrupación, en consecuencia, alcanzó el más alto y explendente grado

de nivel moral; otro factor, compuesto de los opulentos y de los miserables, en la patria separados por barreras de oro, plantó su tienda en medio la sociedad norte-americana, sin mezclarse con ella, aunque aleccionado por la cotidiana enseñanza de sus instituciones; este último sirvió como de punto de transición al factor guerrero y al otro factor que permaneció encarcelado en el recinto de las poblaciones, testigo impasible de todos los horrores de las represalias, de los desbordamientos del fanatismo enardecido, sugestionado á diario por las patrañas oficiales, vigilado por el polizonte y saqueado por los seides del Fisco. La trinidad se reintegró al cabo, pero sin que se fundieran ni soldaran los tres factores que habían seguido un orden tan diverso en su desarrollo.

El núcleo creador de la *Revista de Cuba*, engrosando, vino á constituir poco después el núcleo organizador del Partido Autonomista, nacido también de un cenáculo, y de donde salieron algunas de las que habían de ser más tarde sus más prominentes personalidades. La Junta Central, vaciada en aquél molde tradicional, ha conservado el sello, el carácter de archicofradía civil y olímpica.

Ricardo del Monte, inclinado al borde del abismo de una copa de *champagne*, dijo un

día que los ciudadanos de un país debían el tributo de sus facultades, de sus energías, á toda labor fecunda que emprendiera la Patria. La afirmación, en sus labios, se retorcía en las contorsiones nerviosas del sarcasmo. No hay labor cívica tan fecunda ni tan benemérita como la del maestro de escuela que crea hombres. Ningún cubano ha tenido tan lúcida intuición de lo porvenir como José de la Luz y Caballero; echó en el surco la simiente sana y llena de vitalidad, y aun recoje la Patria la cosecha bendita. Pero *El Salvador* murió con su santo y sabio mentor, le han sucedido después fastuosas empresas comerciales que han usurpado sacrílegamente la denominación de escuelas. Hemos incurrido en yerro más grave que el de poner nuestra iglesia en manos de Lutero: la hemos abandonado, imprudentes, á sacristanes y monaguillos. Ricardo del Monte, el suave misionero de cofradías y cenáculos, sino se resolvía á organizar una misión análoga á la de *El Salvador*, ó á la de los hermanos Guiteras en Matanzas, debió, por que á ello lo determinaban sus antecedentes, sus inclinaciones, sus gustos, su misma cualidad de maestro, entrar por el pórtico de la Universidad y conquistar una cátedra, la cátedra de Literatura General. Los autono-

mistas, empeñados en luchas de más efecto, pero más infecundas y ménos útiles á la Patria, han faltado al deber primordial desertando del estadío de la educación. [1] Ricardo del Monte ha sido aquí el pecador por antonomasia. Si en el plan de campaña, ajustado al vasto programa, se oponía el periódico autonomista á la hoja reaccionaria, la tribuna de todas las protestas á la tribuna de todas las ambiciones, ¿por qué no oponer el catedrático liberal al catedrático conservador ó ultramontano, el águila al buho, el maestro sapiente al burócrata audaz é ignaro de la enseñanza?—Los republicanos españoles ofrecen en la apreciación de este problema nobilísimo ejemplo de civismo y de elevado sentido práctico que, por otra parte, estaría en perfecta consonancia con la doctrina del evolucionismo, *alma mater* de la doctrina autonomista.-La consecuencia de abandono tan deplorable ha sido que del mismo modo que se perdió el sistema creado por el genio de Luz en *El Salvador*, se ex-

[1] No circunscribo el cargo á la personalidad de Ricardo del Monte: lo generalizo en Rafael Montoro, José María Galvez, Antonio Govín y otros autonomistas aptos para los empeños del profesorado. Modificando los móviles, debe hacerse extensivo á Enrique José Varona, Manuel Sanguily, Estéban Borrero Echeverria, José Varela Zequeira y Manuel Villanova.

tinguiera la tradición iniciada por Varela en el Seminario; que la Universidad, bajo muchos aspectos, viva todavía en pleno período medio-eval, como en la época en que era la prebenda y el escabel de una congregación de frailes. En el profesorado, con raras excepciones, ha echado raices el peligroso espíritu de clase, instituyendo una dinastía de maestros, celosa de sus fueros y más recalcitrante á las influencias externas ó al ingreso de los que no lleven la rúbrica y el visto-bueno del Claustro, que los chinos á la influencia europea; en la mayoría, por indiferencia, por flaqueza ó por no estar á la altura de su elevada misión, se echa de menos aquél espíritu de la enseñanza, que tanto preocupaba al insigne educador cubano, y en el que estriba la fuerza mágica de la transformación social que llevó á término; en muchas aulas del mohoso convento retumba la voz del maestro, cavernosa, sepulcral y henchida de doctrinas hueras y apolilladas, como si fuese el fonógrafo humano que reproduce, á través de los siglos, la lección de un maestro de la Universidad de Salamanca en el apogeo de su renombre. [1] La juventud, viendo el

[1] De propósito hemos evitado incluir en esta galería profesores de nuestra Real y Pontificia Universidad. En la segunda serie de este libro nos proponemos trazar

predominio de las influencias y el entronizamiento del nepotismo, ha perdido el poderoso estímulo que inculca la práctica de la justicia; desorientada en medio la profusa producción intelectual de nuestro siglo, muchos con un fárrago en torbellino en el cerebro, que produce en los más invencible horror al estudio y en los ménos, los tenaces de vocación desarrollada, el prurito de desandar lo andado, depurando y rectificando los conocimientos aglomerados y por asimilar; dispersa y solicitada por motivos antagónicos, parece clamar por nuevos guías, más lúcidos y amorosos, que la encamine por nuevos senderos al cumplimiento de sus destinos; por mentores como la falange en que se destaca Ricardo del Monte con tan alto relieve, que restauren en sus almas aquél amor «que conduce á la posesión de si mismo y á la libertad.» Y á este clamor, expreso en el daño mismo con incontrastable elocuencia, se une el voto de la opinión que sin ódios ni móviles mezquinos, anhela que un torrente de nueva savia, circulando por el empobre-

las semblanzas de algunos de los catedráticos que mejor representen y compendien la historia de aquél establecimiento docente, y entónces, señalando los pensadores prehistóricos y los pensadores modernos, demostraremos aseveraciones que pudieran parecer gratuitas inculpaciones.

cido organismo de nuestro secular cuerpo docente, le infunda nueva y robusta vida, para que sea un organismo moderno adaptado al medio ambiente de la era moderna, y nó, como en este momento de históricos infortunios, un híbrido de mastodonte y elefante, un conjunto abigarrado y anacrónico de púlpito, cátedra y tribuna.

JOSE SILVERIO JORRIN

JOSE SILVERIO JORRIN

Parece un obispo italiano al que hay que dar el tratamiento de *Su Ilustrísima*. La

obra más ruidosa de don José Silverio, el histórico folleto que se fingió elaborado en Ginebra, el asilo inmemorial de los conspiradores europeos, es una pastoral política con vuelo y sabor de enciclica. No predicó en desierto el ilustre pastor sin mitra: el acaso, casamentero irónico, le deparó en el General Martínez Campos el fiel ejecutor de la letra de su prematura indulgencia plenaria.

Es Jorrín una de las pocas celebridades del pasado que pasará por el pórtico de la Aduana de la posteridad, sin que el contenido de su bagaje sea rechazado como contra-

bando. Sus disquisiciones sobre el gran Descubridor habrán de figurar entre las más doctas y sugestivas en la incipiente biblioteca colombina; sus recuerdos de viajes serán leidos con provecho y deleite, como páginas de un turista muy curioso y muy culto; sus labores y sacrificios como educacionista, le dán derecho á ocupar propíncuo sitio entre los precursores de nuestra preparación para emanciparnos de todas las tutelas; su célebre discurso sobre la *Filosofía del Arte*, único en su época en lengua española, tiene verdaderas iluminaciones, ojeadas de vidente que otea complicado y vastísimo panorama. Pero sus labores históricas conceden más espacio á la crónica narrativa y erudita que al juicio filosófico de los sucesos; sus labores literarias adolecen de enteca consición, de aridez de yermo, de cierto alarde de laconismo, que dan á su estilo, por otra parte exacto y seco como una cifra, el tono dogmático y monótono del *informe*, poniéndolo á distancia de lo que sanciona el Arte con sus rígidos é infranqueables preceptos. Su estilo, que refleja la profusión de su actividad, es pedregoso y apretado, el estilo de un escritor que carece de facultades imaginativas, de un expositor diletante, de un aristócrata refinado, habituado à mane-

jar códices y obras de propaganda científica antes que verdaderos modelos de composición literaria. Sus pláticas, llenas de anécdotas y hallazgos de expresión, no exentas de malicia y de sal ática, superan á sus labores escritas: aquí la piedra se pule, se colora y se distribuye en gracioso mosáico. Sus discursos políticos tienen un carácter mixto, participan del movimiento y la gracia de la plática y de la aridez y exactitud numérica de su estilo escrito.

Jorrín fué en la representación autonomista en el Senado lo que Portuondo en el Parlamento: el Senador por excelencia. Fué también el más conspícuo, el que supo llevar la toga con la austera majestad que un cardenal los pliegues de su púrpura.—Román Leal era un advenedizo voltario, especie de hidalgo manchego, indigesto de literatura y de filosofía, que perdió el seso por culpa de la endiablada germanía de la metafísica alemana, de lo que es prueba palmaria *El Mundo Sensífico*; Güell y Renté un repentista del Almendares que veía en la definición de su credo político trabajo tan árduo como lucubrar una oda pindárica; José Ramón Betancourt, en sus postrimerías sobre todo, un patriarca sin tríbu, tutelar y mirífico; José María Carbonell un catedrático militan-

te, más pedagogo que político, más forense que senatorial, con el privilegio de ser sordo á todas las alusiones. Jorrín, en contraposición á sus correligionarios que van enumerados, fué la templanza y seriedad ecuánimes, la corrección, claridad y pureza en el decir, la argumentación sólida y nutrida, la energía sin desmayos ni vacilaciones. Nunca tuvo la toga del procurador cubano custodio más celoso de su simbólico decoro, y esa toga, que el Partido Autonomista le invistiera, le era debida como un homenaje y un galardón. Cuando todo el mundo creía que el reformismo había sido sepultado en el derrumbe de tantas fábricas seculares como las que vinieron á tierra en 1868, Jorrín, como un notario, dió fé pública de que vivía en estado latente, y de que se aprestaba, así que los hados lo quisieran, á reanudar la obra interrumpida. Saco debió acojer el folleto de Ginebra con orgullo y con júbilo: la pastoral anónima de Jorrín era un retoño de la encina robusta cuya simiente echó él en el suelo de la Pátria. Pero un día un Ministro de Ultramar, con brutal rudeza, lanzó una injuria imborrable á la faz del Partido Autonomista. No se anduvo por las ramas, orillando dificultades, como muchos de sus antecesores y colegas; no lucubró, con el

desenfado ingénito al oficio, uno de esos discursos que, como las fotografías compuestas, reproducen rasgos del leguleyo, del cómico de la legua y del jesuita; con la crudeza con que se despide á un inferior, declaró que jamás se llegaría á la reforma electoral que reclamaban con ahinco los autonomistas, y que el gobierno pondría todo su celo en perpetuar para los conservadores el privilegio de la mayoría en los comicios. La frase, en el fondo, era una variante de la que se atribuyó al oidor Aguirre, de la Audiencia de México, en la época de la invasión napoleónica: «que en tanto hubiese en la Mancha un zapatero ó un acemilero, este tenía derecho á gobernar la América.» Jorrín, magnífico de indignación, abandonó el recinto vitando, resuelto á no vestir más la toga, y macilento y triste volvió al santuario de su hogar. Se alejó solo, sin que lo dominase la tentación á la rebeldía del famoso agustino, sin que lo siguiesen siquiera los demás representantes autonomistas que continuaron murmurando, bajo la comba del Congreso, la doliente salmodia de sus querellas. Ni se apartó de su iglesia ni osó repetir la frase tremenda del austero romano:—*¡Delenda Carthago!* El acto era inusitado en un hombre de la genial prudencia de Jorrín; más

insólito aun emanando de un representante del Partido que se obstinaba en llevar la resignación hasta lá mansedumbre evangélica; y seguramente por esto último se hizo en torno suyo la usual conjuración del silencio. Y, sin embargo, la muda protesta de Jorrín ¡cuanto no supera á la cólera de Portuondo, cruzado de la República española, arrancándose en el Parlamento sus insignias de Teniente Coronel! Nunca, como entonces, me ha parecido Jorrín en su natural aspecto hierático y pontifical. Lo veo cuando late la lava bajo la nieve de sus canas, y sintiéndose renacer como el doctor Fausto, estrujar en sus manos, crispadas por la más santa de las iras, la famosa pastoral en que excitaba á la concordia, y lanzarla luego contra el vestíbulo de la basílica concupiscente, remedando el auto de fé á que condenó Lutero las bulas del sibarita de Roma. No osó ir más léjos, su heregía se redujo á desertar del concilio.

Sócio de honor de la REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAIS, ha ganado en buena lid este su pergamino de benefactor cubano. Símbolo vivo de la ilustre corporación, que hoy preside con tino excepcional, la vida de este obrero es la compilación individualizada de la vida de la Sociedad.—Lu-

minosos informes, sabios proyectos, planes de alta importancia social, esfuerzos prolíficos de desinteresada laboriosidad, sacrificios obscuros y desconocidos: tal es, en síntesis, el tesoro allí acumulado por varias generaciones de patricios. Pero este caudal estancado carece de valor real; como el tesoro del avaro, equivale á un arca repleta de arena. Esa magnífica cosecha, por maldición de arriba, ha nacido condenada á la más dolorosa esterilidad. Informes, memorias, proyectos, exposiciones, irán á ser pasto de la carcoma en los archivos oficiales. Acaso el mismo que pidió el rayo de luz, lo transforme, alquimista de la perfidia, en filón de oro; cuando no prefiera al consejo de sensato Mecenas el absurdo peligroso enquistado en el cerebro colectivo de una horda de audaces mercachifles. Acaso también demande el consejo de puro bellaco, ó haga ejecutar lo contrario escupiéndole al rostro innoble injuria, escudado cinicamente en su impunidad. ¡Y pensar que el anónimo y decorativo Consejo podría convertirse en Cámara de Representantes, que el preopinante desoido y burlado en sus esperanzas más legítimas podría improvisarse procurador de incontrastable iniciativa del progreso de su suelo nativo!

La vida de Jorrín, como la de muchos cubanos prominentes que han prohijado la seráfica utopía, es argumento elocuentísimo y formidable contra el ideal que han venido manteniendo. Para el interés común, tabernàculo de todas sus ofrendas, su energía ha sido incurable impotencia, sus esfuerzos y afanes, oleadas que en vano chocan un día y otro día en el granítico peñasco. La Patria, sin culparlos, sin discernir si es obcecación su perseverancia ó si debe á su fe más coronas de espinas que coronas de laurel á la duda práctica de otros,—contempla con honda pesadumbre el grupo de vigorosos atletas convertidos, como la fugitiva hebrea, en museo de estátuas de sal.

ESTEBAN BORRERO ECHEVERRIA

Estéban Borrero Echeverría

Parece un mareante, un *Pierre Loti* curtido por el sol de todas las latitudes y abrasado por los vientos de todos los mares, ó mejor aun, desgarbado diplomático malayo, escapado de una selva secular oliente á canela y animal montés y pulido con nímio esmero por la civilización occidental.

Es Borrero, en toda la fuerza de la expresión, un hombre hecho por sí mismo. Puede el profano admirar la irreprochable tierra cocida del tenaz y laborioso cerámico, pero sin sospechar que esa obra de un arte insólito—el arte de hacerse hombre, de crearse una personalidad,—ha sido amasada con bílis, con sangre robada á las arterias, con lágrimas de fuego, en que se han disuelto las fibras más recón-

ditas y delicadas; secada á la lumbre inexorable de nuestro sol,—fabuloso y hambriento dragón de áscuas de oro, que así como agrieta la tierra y bebe las linfas y los jugos devora y absorbe la energía del alma;—de ese sol, que tantas veces debió parecerle, como al huérfano, como al mendigo, el cirio macilento de un funeral perenne, á la vez que era para otros, encenagados en el indiferentismo y la despreocupación, la antorcha de perpétua orgía. Si Borrero narrase su vía-crucis, por la intensidad de la emoción, la fuerza y la gracia del colorido, la sobriedad y maestría en el agua fuerte, que á veces es caricatura y á veces maravilla de claro-obscuro, ese su libro íntimo recordaría las incomparables *Memorias* del duque de Saint-Simón, sin las humillaciones del cortesano ni los delirios del reformador político, antes bien, con las altiveces del gentil hombre de la aristocracia intelectual, y el sedimento de decepciones del viejo ideal desvanecido. Ese libro sería un hombre visto en su complexión y desarrollo moral como se vé el organismo en un cuerpo desollado; trofeo animado de un vencedor, trémulo y pálido todavía por el tragin del combate, que destinado, por la crueldad del destino, á la derrota inapelable, pudo templar su espíritu arrollando las ad-

versidades más implacables, saciar su avara y robusta inteligencia en los caudales de la Ciencia y el Arte, forjar su carácter como se forja el hierro sobre el yunque, realizando heroismo obscuro, silencioso, imponderable, á ocasiones rayano en el martirio,—esfuerzo tremendo, que agosta y consume como la calentura insana de la lujuria, que marca con huellas indelebles, características, todas las facultades, como marca la carne la llaga corrosiva de la viruela. Libros de esa índole, de esa audacia, se conciben, pero jamás se escriben; la modernísima novela psicológica, con sus osadías y sutilezas de análisis, es un trasunto desteñido de ese género de autobiografía; veta no explotada aun como lo demandan su calidad y riqueza; como que es el corazón humano dejando oir su ritmo, la melodía de la vida, dejando ver en la sangre que asciende y desciende, la marea de la existencia, el eterno vaivén de las ideas y los afectos en sus embates con la sociedad que prosigue su carrera en las sombras, con la indiferencia serena y brutal de las grandes masas, en cumplimiento de sus destinos, impelida por leyes fatales. En ese libro hallaríamos la génesis del talento satírico de Borrero, nutrido como un expósito á los pechos de esa misma sociedad, primero nodri-

za, luego madrastra, siempre usufructuaría usurera de las cualidades de cada socio; hallaríamos al artista, recatándose á los besos fecundadores de la musa, para luchar sin trégua por la vida; hallaríamos el poema epico del afanoso trabajador que sale, al cabo, con el arnés de acero y pedrerías de su cultura, más meritoria que la del potentado inglés, producto de una sociedad libre y organizada con sabiduría, que no tuvo que hurtar una hora al reposo restaurador, ni un intervalo al cuadrante del deber inexorable. [1] El luchador, si bien tuvo que habérselas con formidables obstáculos, traía el gérmen de esas energías increibles que crecen y se desarrollan mejor en el abandono y la intemperie, que florecen con más lozanía á los besos amargos del dolor, nutriéndose con la sávia misma que apenas si alcanza para mantenernos en pié en la borrasca de la pelea. Pocos, muy pocos de los cubanos modernos están dotados de tan vigorosas y variadas aptitudes como ese médico y poeta,

[1] Represento en Borrero el *self made man* de los cubanos modernos, no por que sea único en la escojida especie, sino por la magnitud del esfuerzo, el calibre del obstáculo y las proporciones del triunfo alcanzado.

El futuro biógrafo de Borrero debe estudiar en él la permanencia de la ley de herencia. Su padre, Estéban de Jesus Borrero, fué un poeta nato, inteligencia simpatica, sin dedicación ni cultivo; su hermano, Manuel

escritor originalísimo, pensador severo y profundo, docto en conocimientos antitéticos, artista consumado, *causeur* ingenioso, ameno y elocuente y satírico sin par,—que vejeta olvidado en el aislamiento de pintoresco villorio, casi desconocido, resignado y triste, devorando en silencio la nostalgia de mejores y más altos destinos.

No es el molde de la rima el que mejor se adapta á la expresión del talento de Borrero. Más que un poeta parece un músico; no porque sus versos, como los de Palma, sean melodías en palabras, por más que en sus primeros cantos parecía afiliarse á la escuela que preside el trovador bayamés; sino por que el fondo de sus poesías, en conjunto, tiene todo lo vago, todo lo convencional é inefable que caracteriza al arte musical, que es el más inobediente al mandato de la emoción, que balbuce y no expresa. Nótase en sus versos la mano de un artista esencial y profundamente subjetivo, que no pule ni abrillanta la forma, angulosa y áspera, que está demasiado atento á lo hondo de su ánimo,

Borrero, neurópata, muy análogo al padre, es como el esbozo en que bullen en gérmen las cualidades del satírico; su hija, Juana Borrero, á pesar de sus tiernos años, es una poetisa de sorprendente inspiración, delicadeza y exquisito gusto, y al mismo tiempo, una promesa en el arte de la Pintura.

conservando la frase la sacudida nerviosa, el calor de la fiebre; pero se ve al msimo tiempo una personalidad que rompe con la tradición de su pueblo en esta manifestación, que en el odre borbota un manantial que pugna por romper su cárcel y espaciarse; se vé, sobre todo, el boceto borroso del libro de que hemos hablado ántes, se oye confusamente el gemido, el sollozo que más tarde será histérica carcajada.

Borrero prosista es excesivo, ánfora que revierte, rio que desborda en copiosas sangrías, cervantesco, espejeante, académico en el buen sentido de la palabra, un espíritu moderno que se ha amamantado á los ubérrimos pechos de los clásicos, de los romancistas picarescos y de los grandes satíricos, sin que jamás inmole el espíritu en aras de la letra ó convierta esta en redoma de fósiles ó en invernáculo de exotismos. Ha hecho fructificar plantas intertropicales en búcaros genuinamente castizos. Tiene el estilo oratorio, abundante, lleno de majestad y pompa, que está tan en la índole de nuestra sonora é hidalga habla, harmonizando la sobriedad de una inteligencia habituada á las disciplinas de las ciencias de observación, con las galas, arabescos y penachos de una fantasía próvida, discreta, que es siempre auxiliar

oportuno y exquisito, nunca intruso relamido, desgreñado y agua-fiestas.

Observador y artista interesado, apto para los empeños de una sociedad superior á la que le ha tocado en suerte, para desarrollar sus energías en un medio más puro, vivificante y remunerador; nuevo Raimundo Lulio que al extender los amorosos brazos para estrechar en ellos á la voluptuosa y ansiada Blanca de Castelo de sus ensueños, abraza contra su seno el cadáver medio descarnado de la realidad; víctima de esa fatalidad histórica que desafía y burla los anhelos más nobles de esta generación cubana, proscripta en el seno de su propia patria, predicando el bien para obtener por recompensa el desprecio y el odio:—ha exhalado su dolor sin medida en lágrimas y carcajadas, en sentidas congojas y punzantes ironías, en un sentimiento complexo que participa de la resignación del estóico en el tormento, de la risa desdeñosa del azteca en la hoguera y del himno de triunfo del girondino en torno del cadalso,—que para estas excelsitudes prepara el sufrimiento á los verdaderos caractéres que caen de lo más alto.—La chispa de su genialidad artística, al chocar con lo externo, se convierte en el látigo-relámpago de la sátira que, restallando, muerde é ilu-

mina. No conozco en el pasado ni en el presente ningún satírico cubano de la talla y la fuerza de Borrero. Es una figura única, aislada, soberana. Viene de esa cepa que dió á Cervántes y á Voltaire, á Quevedo y á Swift: como ellos ha subido cuestas tan agrias como la loma de la Calavera, agobiado por algo más duro y pesado que un madero simbólico, y como ellos ha convertido sus torturas en risas serenas y magnánimas. El satírico de lo enorme y lo diminuto no hubiera vacilado en firmar muchas páginas del satírico cubano, del simbólico satírico de lo fórmico. Procede Borrero del grupo de la familia cubana en que más que una tendencia es un instinto y un hábito la sátira, humorista con frecuencia, gráfica y burlona generalmente. En el pasado, el representante de esa cualidad del grupo camagüeyano, es un prócer: Gaspar Betancourt Cisneros, *El Lugareño* de la GACETA DE PUERTO PRÍNCIPE y el *Homobono* de EL SIGLO. Es un reformador cuya pujanza y tenacidad se relaciona con la grandeza de sus planes, y que barre los obstáculos, las protestas de sus opositores y las preocupaciones de la masa, con dardos de abeja y carcajadas homéricas, en epístolas festivas y picantes, con verbosidad llana y transparente en que fluye el más

lúcido y cabal sentido de lo cómico, con un tono y un sabor exclusivamente cubanos, como el perfume de nuestras sabanas á la madrugada, la música de la brisa en los penachos de las palmas ó la miel de la regia piña. Ese instinto, determinado por circunstancias políticas, se funde en las inteligencias como un agente del medio histórico, cobrando extraordinaria variedad de matices: en Varona es sardónico y refinado, en Varela irónico y ático, en Gálvez acerbo y punzante, en Escobar mordaz y cínico, y en Sanguily el sarcasmo pictórico y caústico, la sátira funambulesca. Estéban Borrero Echeverría compendia en su cerebro, como en una paleta, todos esos matices, todos los colores primarios, que ha disuelto su mano de artista en el museo nervioso y hormigueante de las *Aventuras de las Hormigas*. Esta su obra típica y genial, símbolo magnífico de complicado proceso afectivo, cosmorama sugestivo de su visión de algunas gerarquías de nuestra sociedad, no será nunca popular. Por su contextura y por los mundos que pinta, vivirá aislada en las cumbres, sin bajar derretida á fecundar las inteligencias del llano como la nieve de las cúspides alpinas los surcos de los valles. *Mirmepyros*, *Oligomyrmes*, *Mirmephantos*, el Presidente y el Secretario de

la *Sociedad Real de Mirmepolis*, son tipos de claustros académicos, retratados con milagrosa fidelidad por la pureza del dibujo y la gradación del colorido; pero tipos que viven como los buhos en los huecos de los campanarios, originales de redoma que no se codean con la muchedumbre. [1]

No obstante el calibre y número de sus labores: cuadros simbólicos de consumada maestría literaria, doctas monografías científicas, estudios meritísimos de exposición y crítica filosóficas; la Suma Imbecilidad, que ya clama por un Homero, y á la que él ha llamado «triaca de todo dolor, remedio de la duda, madre de la fe, conservadora de la vida;» en tanto se presta á servir de escabel á elefantes por ella divinizados, á mónstruos de cartón fabricados á su imágen y semejanza, á fetos precoces, portentos de osadía y petulancia,—parece ir envolviendo la figura de Borrero en la mortaja de la obscuridad y el olvido. Y es que la Imbecilidad, como el mono del titiritero, manipula la linterna

[1] Por vivir en alturas que no escala todo el mundo, los académicos latentes detrás de esos símbolos permanecerán como esfinges para la curiosidad maliciosa de la mayoría. Es la desventaja de la sátira cuando pone en caricatura una clase que, por su profesión, se hace inaccesible á la crítica del vulgo, que si condena es por intuición ó por inferencias, muchas veces interesadas y falaces.

mágica de la fama, dejando caer sus reflejos al acaso, iluminando á tantos que debieran vivir en la sombra, y dejando en la penumbra á tantos otros que llevan por aureola el resplandor que irradia la antorcha de un cerebro privilegiado. Esa gran conservadora de la vida es la sempiterna cortesana del postor más opulento, por esto, comunmente, los más populares son los más imbéciles; los más empedernidos pecadores los que más disculpas hallan para sus prevaricaciones; los más sándios en la prolífica tribu de los papamoscas los que ofrece como modelos de cordura y arquetipos de caracteres.

En el grupo selecto de los que unen á la elevación moral el escepticismo político, como coronamiento de una experiencia desinteresada y profunda, hay quienes, censurando extravios y disecando utopias, pronostican con acentos dantescos pavorosas catástrofes; quienes, sin desmentir los sibilinos augurios, condenando indignados las miserias y tristezas de la realidad presente, sueñan con la leyenda homérica, con la purificación del alma cubana renovando el aliento épico de otros días. Falta en el coro, para completar la gamma, la histérica carcajada de Borrero, el resonante chasquido de su látigo de satírico, relampagueando en

el aire como culebra de fuego, desollando epidermis y dilacerando cabezas abrumadas por la mole que soportan como las cariátides de los templos indios. Del fondo de la conciencia cubana parece elevarse un clamor que demanda un libro como *Los Castigos* del Juvenal de los tiempos modernos; una personalidad superior que llore en su derrota la derrota de todos, hallando en sus propios desengaños la energía no domada que le lleva á convertir sus lágrimas en fuente de emociones, en eco de todas las angustias y en foco de todas las cóleras sociales. Nuestro actual momento histórico, como la Francia del segundo imperio, hace posible y necesaria la creación del fulgurante libro. Tenemos el enorme bloque de conglomerados diversos y el único lapidario capaz de convertirlo en palpitante cuadro, plástico y pictórico, de nuestra decadencia moral. ¿Porqué Borrero, que tiene entre sus planes escribir la historia del *último indio*, [1] poniendo á contribución el caudal de sus conocimientos de naturalista y su genialidad artística, no emplea

[1] Un salvaje, acaso el último representante de la raza india en el Camagüey, que vivía en los bosques y cavernas de la comarca, cazando reses con su certera flecha para comerles la lengua. Como secuestrara un niño, organizaron los vecinos una batida con perros de presa, como se practicó con los prófugos desde los pri-

sus excepcionales facultades en narrar la historia del *último cubano?* El libro íntimo, la confidencia de su vía-crucis, sería el nervio de este poema civil, como la autobiografía del ilustre Cervántes fué la médula de su grandiosa novela. La vida del satírico, al cabo, es un compendio de la vida de la colectividad. Trazaría la historia del alma cubana en estos últimos treinta años; diría cómo las masas, calzadas con las incontables uñas de la piara, se coronaron con las cien cabezas de la hidra; como nuestro pueblo, sin el móvil del fanatismo religioso, sin la cohesión de las sociedades organizadas, sin los estímulos de la gloria, del oro, del pan, realizó la epopeya más alta de la dignidad humana con abnegación sobrenatural; como esta cruzada, tan rica en heroismos y en martirios, cauterizó el cáncer de la esclavitud, único beneficio moral de elevada trascendencia; abrió á una turba las puertas de la riqueza, del poder y de la influencia, dió una escala al soldado para su encumbramiento, y dejó en la conciencia, como el surco de una herida, el

meros días de la Conquista; rescataron al niño y dieron muerte al indio, cuyo cadáver, medio despedazado, fué conducido á la ciudad de Puerto Príncipe entre himnos de victoria y repique de campanas. Esto acaecía en 1803, según el paciente cronógrafo camagüeyano Torres Lasqueti.

recuerdo de sus proezas. Midiendo las proporciones del empeño y el venero de fuerzas que agotó por la suma real de sus resultados, abatido y triste, recordaría el satírico los rudos quebrantos, las ingratitudes de que era víctima el hidalgo de la Mancha por redimir condenados y erigirse en paladín de la justicia; midiendo la cantidad de energías que él mismo desplegara para llegar en las ciencias á ese océano sin riberas, pavoroso y caótico, de lo incognoscible; para triunfar en el arte como un trágico, en monólogo hamlético, en un teatro vacío; para llegar en el concurso social á la obscuridad y al olvido, á la postergación irritante; á ese tormento, peor mil veces que el martirio mitológico de Prometeo, que era al cabo un hijo de dioses,—teniendo que luchar maniatado, sin esperanza de triunfo ni de emancipación, picoteado por el enjambre de buitres en que se metamorfosea la realidad histórica en un pueblo caido, solicitado por instintos de dispersión, por la agonía moral del abatimiento más profundo y por vagos extravíos de suicida. Fundiendo en una sola ficción la historia de su pueblo y la historia de su vida en el símbolo transparente de un hidalgo moderno, de un caballero andante americano, henchido del anhelo infinito de conquistar

por su esfuerzo el sólio más alto de la cultura humana, con alma de artista y fibra de guerrero, que ha prohijado todas las utopias que el Deber, que es la Fantasía, y la Filantropía, que es el Corazón, procrean en su lecho de harapos; asociando en un solo tipo los caractéres y aventuras del personaje íntimo y del personaje sintético ó colectivo; poniendo á su sátira las alas impalpables con que la luz se posa en los ápices como en las sinuosidades de los abismos; el hombre social habría pagado su último y más valioso tributo, por que realizando, en sus formas más ámplias, la verdadera belleza, cumplía un fin práctico, escribiendo, con las lágrimas de tantas generaciones, el testamento moral de un pueblo. Esa última voluntad de una estirpe generosa y abnegada, que á veces regula la conducta y restaura muchos principios que parecían borrados de la conciencia como de la faz del planeta esas ruinas que han sepultado las borrascas de los arenales,—solo los inspirados del corazón, las víctimas siempre rebeldes á la iniquidad de su suplicio, los que han amado y llorado mucho, por que el cálculo no engendró sus aspiraciones, ni fué el éxito su incentivo, ni soñaron nunca, en las vigilias de su abandono, que el humilde laúrel se trocaría en sus sienes en corona de

espinas,—solo ellos, los que ríen cuando han agotado las fuentes del lloro, son los llamados á recojer y expresar la última voluntad de esos moribundos ilustres, en cuyos funerales no doblan las campanas, ni salmodia el sacerdote entre nubes de incienso, ni cava el seno de la madre tierra la piqueta del sepulturero; pero á cuya caida la humanidad se extremece y grita como si le arrancasen una entraña, sin que acierte á decir si su congoja es un sentimiento de piedad sincera ó la voz de alarma de su egoismo, aunque el recuerdo del muerto la persigue como un remordimiento y su última palabra resuena en su oído, cavernosa y lúgubre, como el *memento* de la Iglesia en el alma de los fieles.

ENRIQUE PIÑEYRO.

ENRIQUE PIÑEYRO

Es el alumno típico de *El Salvador*, el discípulo-gloria del santo y sabio José de la Luz Caballero.—Cuenta la tradición que el Maestro prefería entre todos á Antonio Angulo y Heredia, á Jesus Benigno Galvez y á Enrique Piñeyro, conservando en su predilección el orden en que van enumerados. Angulo y Heredia fué una inteligencia precoz que muy temprano llegó á la atrofia y poco después á la muerte mental que sepultó en vida el númen de Milanés; era, además, hombre de sensibilidad enfermiza, á lo que quizás pueda atribuirse principalmente el tierno afecto que Luz le profesaba; sobre todo en las amargas postrimerías de su vida. Sumiso imitador de Luz, lo copia literalmen-

te en sus defectos literarios, en los vicios de su estilo y en la aridez de la exposición; la sincera modestia de Luz es en él rebuscada afectación de humildad; las amplificaciones elocuentes y fecundas, monótonas redundancias. Angulo y Heredia, el más amado, fué el discípulo infiel, el que más daño pudo causar á la memoria de Luz, si la posteridad, con su crítica y su fervor, no hubiese realizado su reivindicación, exaltando y magnificando sus merecimientos como pensador filosófico. [1] En una conferencia famosa que pronunció en el Ateneo de Madrid, convierte á Luz de monarca en vasallo y asienta la sacrílega mentira de incluirlo entre los devotos de la Metafísica alemana.—Jesus Benigno Galvez, dotado de facultades más vigorosas y mejor templadas que las de Angulo y Heredia, hizo voto de obscuridad y se envolvió en el manto del silencio.—Enrique Piñeyro, por lo

[1] Véase la conferencia, en series, de Antonio Angulo y Heredia, sobre *Goëthe y Schiller*. El libro *José de la Luz y Caballero*, de Manuel Sanguily, es una reconstrucción, (á la vez que una impugnación), de la *Vida de Don José de la Luz*, de José Ignacio Rodríguez, que sigue las aguas de Angulo en lo que hace á la interpretación del carácter místico de Luz. Sanguily, de paso, echa á rodar el ídolo empequeñecido y falso que había concebido Angulo. El que inicia la obra de vindicación de Luz como filósofo, es Enrique José Varona, con la opinión que expresó en la primera de sus Conferencias sobre *Lógica;* esta autorizada opinión determi-

contrario, ha vivido lleno del espíritu que animó á Luz; ha sido el más asíduo y el más férvido en el culto devotísimo á su sagrada memoria; [1] el que, con títulos por nadie superados, podría sin vana arrogancia llamarse «hijo espiritual» del «anciano de faz dulcísima y venerable,» cuya imágen conserva en su corazón como en el recogimiento de un sagrario.—Piñeyro, es cierto, no ha sido, como pensador, el heredero de Luz. Aunque profesa un credo filosófico que se difunde en su credo estético, este no es el credo de Luz. Las ideas de Piñeyro no sorprenden por la originalidad ó por la profundidad filosófica propiamente dicha: no es un analista de la penetración de su discípulo Sanguily ni un sintético de la potencia y vuelo de Varona. Otras son las herencias que Piñeyro podía

nó en el competente pensador hispano francés Mr. J. M. Guardia, el deseo de estudiar á Luz, deseo que ha culminado en lúcida y razonada admiración. Este trabajo de restauración de un grande hombre se completará cuando Alfredo Zayas, benemérito de las letras cubanas por el empeño editorial que ha emprendido con patriótico celo, termine la publicación de las obras del insigne precursor cubano.

[1] En la introducción de su conferencia *Dante y la Divina Comedia*, dice: «Asáltame también otro vivísimo recuerdo, la imágen de un hombre, de un anciano de faz dulcísima y venerable, á cuyo lado estaba, que me cubría con su protección, y á quien hasta aquel momento todo lo debía en el mundo. Era mi maestro,

recojer, y que amorosamente recojió y ha conservado, de su insigne educador. El severo y levantado anhelo de verdad y justicia que palpita en toda su obra, como el plan de un apostolado, está modelado en el carácter de aquél hombre que prefería el desquiciamiento del mundo á que se borrase del corazón humano el sentimiento de la justicia, «ese sol del mundo moral.» La sabiduría políglota y literaria de Luz abrió á su inteligencia el camino para el estudio de las literaturas antíguas y modernas que forman ciclos en la historia del arte. El caudal de ideas del Maestro, diverso y vario, ha debido filtrarse en su intelecto y formar, por asociación, cristalizaciones de pensamientos, de los cuales él mismo no podría trazar un dia-

mi segundo padre, José de la Luz Caballero; y estoy siempre tan lleno de él, que pudiera sin grande esfuerzo hablaros largamente sobre tema tan grato para mi corazón. Pero no lo haré. Me contento con mencionar su nombre, consagrarle este recuerdo y ponerme en cierto modo, desde el principio de mi conferencia, bajo el amparo de su memoria.» Y en párrafo seguido añade: «Grande admirador era él del poeta insigne de que voy esta noche á ocuparme; él me trasmitió el afán de estudiarlo y conocerlo, de él aprendí á descubrir el íntimo y oculto sentido de sus versos inmortales, á percibir la harmonía sublime, que explica su historia y su carácter, por medio de la obra grandiosa que asegura la perpetuidad de su nombre.»—Su libro *Poetas famosos del siglo XIX*, tiene esta dedicatoria: *A la memoria de José de la Luz Caballero, mi maestro, y á la Habana, mi ciudad natal.*

grama de orígenes. La obra de Luz fué esencialmente política, él mismo era un revolucionario, y más que un revolucionario á secas, un devoto platónico de la independencia de su suelo natal. [1] Piñeyro, traduciendo en su conducta aquél algo vago y flotante que resplandecía sobre el Colegio del Cerro como rompimiento del gran ideal, fué periodista, orador, diplomático é historiador crítico, sirviendo con amor y fe la causa de la República de Cuba, á la que ha conservado la misma devoción religiosa que á la memoria bendita de su padre espiritual.

Enrique Piñeyro, como periodista revolucionario, fué un defensor de la Agencia del gobierno de la República de Cuba en los Estados Unidos, como antes había sido Secretario de José Morales Lemus, representante de la Revolución ante los poderes de la gran República. La Agencia lo nombró su delegado en el Perú y en Chile, misión diplomática que tenía todo el aspecto de una

[1] En 1848 el general Narciso López, en vísperas de alzarse en armas contra España en territorio de las Cinco Villas, comunicó sus planes á D. José de la Luz, y este le dijo, poco más ó menos, las siguientes palabras:

—Si Vd. se lanza recibirá un desengaño, el pueblo lo abandonará. Cuba no está preparada para gozar de la independencia: para que lo esté soy yo maestro de escuela.

misión de juez de residencia, como que tenía que cohibir á Manuel de Quesada, que había usurpado el diploma de embajador, arma de escándalo en sus manos. Piñeyro desempeñó esta misión, como todas las que aceptó por mandatos de su patriotismo, con exquisito tacto y consagración ejemplar. Fué, pues, en la exacta acepción de la frase, un revolucionario gubernamental. La Agencia era una delegación del gobierno de la República: acatarla y servirla era servir á la Patria. Las luchas entre la Agencia y la Emigración, en parte viciada por las banderías que introdujo Quesada, informan, durante diez años, la historia del separatismo en el exterior. No es de este lugar la crítica ni la más sucinta narración de aquellos sucesos; pero por grandes que hubiesen sido los errores y desaciertos de la Agencia, ni era oportuno ni eficaz llamarla á juicio cotidiano, ni el procedimiento adoptado para combatirla el

Esta anécdota coincide con el espíritu y la letra de muchos de sus aforismos sobre Política, como el que lleva el número CLXXV y los subsiguientes en el tomo I de sus obras completas, pág. 88. «Hay momentos, dice en el citado aforismo, en que es conveniente acelerar la madurez.» Coincide, sobre todo, con la expresión franca de su correspondencia íntima, como la que mantenía con Saco, que cita Varona poniendo reparos al estudio de Sanguily. (*Revista Cubana.* Año VI.—Tomo XII.—Págs. 104-05).

que podía dar los mejores resultados. Lo cierto es que la Agencia era una representación legítima, y con voto de confianza ratificado, del Gobierno de la República, y que la Emigración, en su constante inquina, vivía en constante estado de pronunciamiento contra el gobierno constituido, contribuyendo poderosamente à preparar y á consumar la catástrofe en que se resolvió el gran esfuerzo. —Fué Piñeyro, además, el orador más elocuente que tuvo la Revolución en el exterior, y más bien que el orador, su único é incomparable diserto.—A este período de combate y de agitación febril corresponden algunas de sus conferencias de historia americana y su precioso libro sobre *Morales Lemus y la Revolución de Cuba*.—Veamos, antes de proseguir, las fases del estilista, del diserto y del crítico.

Es el primero, el más noble y puro de los estilistas del mundo ibero-americano, Ernesto Renán, crítico ó diserto, vaciando sus emociones de artista en la lengua de Andrés Bello y de Gertrúdis Gómez Avellaneda. En España no hallo escritor que supere ni iguale la gracia austera y majestuosa serenidad de su estilo, compuesto de supremas cualidades: de la suprema pureza, que transparenta el concepto desnudo y com-

pleto á través de la palabra, como á través de las nieves polares el cuerpo que encierran y amortajan como sepulcro de cristal; de la sobriedad suprema, que es á la sobriedad pretensa y mediocre del clasicismo palabrero, lo que la escuela de los escultores áticos, en el apogeo de la estatuaria, á la escuela de los primeros escultores, en que el arte heleno es copista servíl del arte religioso del Egipto piramidal y funerario, en que la diosa no es una mujer de mármol, divina en su perfección humana, sino un mónstruo alado, simbólico, con garras y cuerpo de león; de la magia suprema de lo inefable, en que se compendian, en su esencia más pura, excelsitudes de la inteligencia y del corazón, tan inaccesibles al análisis como el misterio que hace una rima de la emoción del poeta y una melodía de la emoción del músico; cualidades que son elementos de otra predominante y augusta; la grandilocuencia. Como en el gran historiador del pueblo de Israel, la frase, que es el sistema nervioso del estilo, repite la vibración sonora de un arpa interna, vibración que se expresa, no en períodos musicales, en prodigios de eufonía, tan difíciles de realizar en el arte de la prosa, sino en una harmonía más espiritual y hechicera, que no halaga los oidos y cautiva y

seduce el entendimiento; que no desliza, como arrullos de la música, la morfina de la pereza mental y del ensueño incoloro y vago, sino que prolífera en sugestiones, pautadas en su acendrado buen gusto, y en afectos desinteresados como las emociones que han dado vida perdurable á sus obras. Esa melodía reside en las ideas antes que en las palabras, es el ritmo de la emoción del artista, de la sensibilidad del creador, que se trasmite y palpita en su estilo como un fluido magnético; es la magia divina de la reina de las artes que halla eco fiel y constante en un alma de hombre que, como los de su privilegiada especie, parecen perpetuar en el mundo de la realidad la raza de los semi-dioses helenos. Cuando Renán entona su plegaria sobre el Acrópolis, su voz no tiene el acento de la voz humana, es como la oración de un coro antiguo, el último ave-maría del paganismo. Esto mismo sucede con el estilo de Piñeyro: alcanza ese tono solemne y magnífico que siendo patrimonio personalísimo, adquiere la grandeza de lo impersonal. Hay en el ilustre exégeta un elemento siempre fugitivo, intangible y vaporoso como una visión, que vaga en su estilo como una ondina en el fondo de un lago límpido y sereno. En Piñeyro, que es intelecto de otra estructura,

en que el escepticismo, con orígenes distintos, carece de esos cabrilleos y ondulaciones de joyel, todo es neto, todo está delineado y suavemente colorido. Las semejanzas radican en la espontaneidad de la expresión, que no rebusca la forma, y que siempre es la más pura y la más propia; en cierta unción estética, suavísima é irresistible, que provoca el éxtasis sin cohibir la actividad; y, principalmente, en una analogía fundamental de pasiones. En Renán las angustias y la larga agonía de su fe religiosa, se han resuelto en un pesimismo lleno de resignación y benévola simpatía y en una curiosidad insaciable por los estudios de historia religiosa, que es la pasión estética por excelencia, y Renán, como ha dicho Reville, es un esteta antes que un filosófo y un historiador. En Piñeyro, las torturas y acerbas decepciones de su fe política, se han resuelto en un pesimismo lleno de templada resignación, y en una simpatía por el cultivo de la historia, que es el empleo más noble del arte literario. Piñeyro, como Renán, es un esteta cabal, y ambos, después de la crísis moral, han hecho de los pasados dolores copiosos caudales de emociones.—El escritor que hiciese de su pasado inagotable fuente de desoladas querellas, ó el que, á la inversa,

lo convirtiese en fragua de anatemas, maldiciones y siniestros conjuros, expresando sentimientos extremos, caerían en el ridículo de la extravagancia ó producirían las reacciones que provoca la monotonía: el primero sería visto como un caso de histerismo femeníl y el segundo como un energúmeno en perenne estado epiléptico. El exégeta francés, y mejor que él el esteta cubano, sin reunir en su temperamento, como en un prisma, la riqueza de afectos que en su expresión reune el genuino satírico, ha logrado la harmonía de los principales contrastes en un sentimiento intermedio. La lágrima no quema la mejilla, pero empaña los ojos y crispa el semblante, que no pierde su expresión varoníl; no jura, ni execra ni maldice, pero sentencia con severidad, que es el desquite supremo, desentrañando la verdad, impasible y sereno. Estos sentimientos excepcionales hallan siempre, por la sensibilidad en que se incuban y desarrollan, excepcional expresión: de aquí el imperio idefinible que ejerce el estilo de esos escojidos, tan difícil de reducir á fórmulas como es difícil prescribir reglas ó encerrar en una definición el concepto del estilo.

Cuando Piñeyro se posesiona de la tribuna, es la estátua de la perfección oral que se

mueve como un actor y que habla con todos los recursos del canto humano. Su estilo cobra una nueva vida, se viste con todas las notas que puede combinar la voz del hombre; el ritmo de sus ideas, al ser modulado por su garganta, convierte cada párrafo en una sinfonía de pensamientos. Es una estátua que petrifica á sus oyentes haciendo de ellas las estátuas del pasmo de la emoción; una estátua que puebla el aire, como si fuese un espejo que reflejase una galería estatuaria, de perfiles admirablemente delineados y de visiones plásticas de estados sociales. Es un mágico prodigioso que con el gesto y la palabra hace tangibles los cuadros que se dibujan y coloran en su cerebro: ya es el enérgico perfíl del gran bardo florentino, que traza en el vacío con un ademán, que se *vé* como el perfíl que se traza con el fósforo en la pared de un cuarto obscuro; ya es el cuadro de una época, las repúblicas italianas de la Edad-Media, los girondinos entonando *La Marsellesa* en torno de la guillotina, que se *ven* de un golpe de vista como el cuadro de un espegismo que, con la rapidez de un relámpago, cristalizase en el éter en marmóreo bajo-relieve. Piñeyro es el único que en Cuba posee el secreto de estas maravillas estéticas.

Contrariando la pintoresca sentencia del autor de *Esmaltes y Camafeos*, que veía en cada crítico un eunuco afeminado, tan impotente para penetrar en el sentido íntimo de la belleza de una obra de arte como el mísero esclavo de los serrallos para encenderse en pasión varoníl por la odalisca que baña y perfuma,—se ha exaltado á la gerarquía de axioma que no puede haber un crítico completo cuando, detrás del disector, no está latente un verdadero artista. No el eunuco, oruga de la odalisca, como la oruga es el eunuco de la rosa; sibarítico y refinado Sultán que por fuero propio puede pernoctar en todos los harenes, efebo favorito, abeja de instinto sagaz que sondea todos los nectarios de una flora para escojer la miel más pura y olorosa, eso es el crítico ante las formas y manifestaciones múltiples del Arte. Piñeyro es uno de esos favoritos, que como un polígamo árabe, no busca el sello de raza en la obra que realiza las leyes del arte, para sentirla y estudiarla, poligamia intelectual que responde á un eclecticismo artístico, como aquel hijo simbólico del genio griego y el genio latino en que encarnó el poeta el genio de nuestro siglo. Aunque indisolublemente unidos en la práctica, hay que distinguir en Piñeyro dos personalidades

distintas en el ejercicio de la crítica: el combatiente y el creador.

El crítico de combate es el sucesor y heredero de Domingo del Monte, á quien iguala en influencia, en ascendiente literario, y á quien supera, entre otras cosas, por la magnitud de su obra escrita. Domingo del Monte, crítico en un período de germinación, hombre de carácter paternal, y obsedido, con justificados motivos, por la trascendencia social del Arte, tenía que inclinarse á la benevolencia, tenía que crear estímulos, que soplar la chispa dó quiera que brillase. Enríque Piñeyro, crítico en un período de florecencia tropical, hombre de carácter severo, obsedido por la doctrina del arte puro, por el apostolado de la Belleza, se desposó con la Justicia, como el varón justo que fué su segundo padre. La *Revista Habanera*, que redactó en compañía del infortunado Juan Clemente Zenea, la *Revista del Pueblo*, el *Mundo Nuevo*, de New-York, entre otras publicaciones, conservan en sus páginas numerosos testimonios de su magisterio como apóstol y paladín del buen gusto. No tuvo que deplorar jamás una injusticia ni que arrepentirse de la liviandad de una indulgencia: pudo incurrir en yerros y en intolerancias doctrinales, pero siempre, á través

de toda su obra, en el juicio crítico del compatriota, del adversario ó del extranjero, se descubre un desinterés absoluto, el propósito nobilísimo, raras veces fallido, de sacrificarlo todo en aras de la verdad más pura y elevada. Como correspondía á un magistrado de la Crítica, hizo abstracción de las personas, señalaba los vínculos que ligaban el autor á su obra por extrictas necesidades del análisis, apartándose en todo tiempo del personalismo agresivo que hicieron famoso con sus reñidas disputas y sus regocijadas sátiras el voluble y camorrista iconaclasta peninsular Juan Martínez Villergas y el pulquérrimo y correcto purista neo-granadino Joaquín Pablo Posada. Ello no obstante, cuando tenía que recojer el guante que le arrojaba la contradicción ó la apología descontenta y bullanguera, bajaba á la arena y acometía con ímpetu y bravura, con el brío de un polemista de profesión aunque con cierto desdén, superior y exquisito, como si ya hubiese inscripto en su escudo el lema que es hoy la leyenda de su vida de cubano: *Quod sequor fugit.* Y aunque se apartó con repugnancia invencible del género que era una necesidad del momento, género que expone la preciosa colección de *Los Camafeos*, la reacción contra su campaña duró

más tiempo y fué más violenta que la que provocara la saña de Villergas. La razón es óbvia: la insignificancia presuntuosa no le debía un halago; el mérito real no era su acreedor de agravios; pero el siboneismo y el africanismo literarios, los delirios del fetichismo tropical, las reputaciones nacidas por generación espontánea, los invasores de los géneros, los intrusos en la Salem del Arte; esos sí, que heridos en su vanidosa ambición, queriendo encarnarse en sus extravíos, tenían que asordar el aire, en corrillo y por largo tiempo, imitando el coro lastimero de un hospital de sangre.

El crítico creador viene de Hegel, de Sainte-Beuve y de Edmundo Scherer; más propiamente, ha recibido, en la evolución de sus principios, la influencia de esas tres prominentes personalidades literarias. No llegaré á decir que Piñeyro haya sido un precursor en la Crítica, lo que es cada vez más difícil, sobre todo en nuestro siglo, cuya característica es la exageración de la investigación y del análisis. Crítico de indisputable originalidad, inteligencia exenta de preocupaciones y fanatismos, ha hecho suyas todas las conquistas realizadas por su apostolado, viniendo á ser un contemporáneo de

las etapas capitales de la Crítica. Alcanzan en su intelecto predominio tan completo las facultades críticas, y es tan copioso su caudal de ilustración literaria, que no sería fácil señalar en su obra el momento en que empieza ni el momento en que culmina, por ejemplo, el ascendiente de Sainte-Beuve. En su obra magna, desgraciadamente incompleta, en los *Poetas famosos del siglo XIX*, con miras más ámplias, más elevadas y menos sistemáticas, plantea y desarrolla, con tino y novedad, tesis de moral y literatura idéntica á la que desarrolló, algunos años después, el sugestivo y sutilísimo analista Paul Bourget en sus *Ensayos de Psicología Contemporánea*. El vigor de sus facultades, cobrando energías en el ejercicio, lo ha llevado á seguir una marcha paralela á la que han seguido los innovadores de la Crítica, sin excluir á Taine, el más osado, el más pujante, y el más revolucionario. No se le puede denominar discípulo ni se le puede afiliar á ninguna escuela, su concepción de la crítica, deduciendo la definición de la manera misma de ejercitarla, trae á la memoria aquel rio caudaloso y límpido, que ondula y corre en torno de las obras y de los monumentos de la poesía y de la historia del hombre en sus más dilatados horizontes, como

en torno de las rocas, de las fortalezas, de los viñedos y de los valles montuosos que bordan sus orillas. Y así como cada uno de los objetos del paisaje permanece inmóvil en su sitio, ageno á sus vecinos, en tanto que la torre feudal desdeña al valle y que el valle ignora la presencia del viñedo,—el rio va de los unos á los otros, los baña sin derrubiarlos, los abraza con sus aguas vivas y corrientes, los *comprende*, los refleja, los retrata en el espejo de sus cristales. Ningún símbolo más propio que esa imágen del rio, original del autor de las *Causeries du Lundi*, y adoptado posteriormente por el autor de *Les Contemporains*, para representar «el espíritu crítico, por su naturaleza fácil, insinuante, móvil y comprehensivo», que tiene en Piñeyro tan acabada encarnación, ya por el carácter de sus facultades, ya por el fácil, casi imperceptible acceso que han tenido á su inteligencia las innovaciones. Y como el rio, sin esfuerzo ni sacudidas, refleja en su linfa los lírios de la márgen y el rígido monumental basalto de la cuenca, siendo más claro, más diáfano y más sonoro, cuando arrastra sus cristales por lechos de rocas, así Piñeyro, si ha retratado las flores del arte, ha retratado también, ganando en el empeño, sin esfuerzo ni violencia, hombres

y cosas que el tiempo ha petrificado y modelado como las montañas, esos mausoleos de las edades del planeta.—El arte de la historia, con todo el territorio que se ha anexado su osada y laboriosa actividad, es el dominio último, la colonia del vellocino de oro del arte de la Crítica. El tipo del historiador es un crecimiento y una dilatación del tipo del verdadero crítico. Si en el historiador no están contenidos el analista sagaz de las producciones literarias, el artista abierto á todas las influencias de la Belleza, la historia será forzosamente incompleta, mediocre, seca y árida como un cronicón. Sainte-Beuve y su sucesor Scherer, en sus estudios literarios, han hecho historia sin propósito deliberado, tan ámplia, tan expresiva, tan genuina, como las páginas más hermosas que consagraron á la psicología de la historia en que ellos fueron actores interesadísimos y testigos imparciales. Lo mismo, exactamente lo mismo ha acaecido al crítico cubano, por convivencia de las mismas circunstancias. Muestra acabada de esta derivación nos ofrecen en sus pàginas muchos de aquellos estudios en que el análisis histórico es un elemento ó un factor secundario.—El crítico creador es el estado perfecto del crítico de combate, siendo tan estrechas las semejanzas

fundamentales, que la característica de ambos es el carácter de fallo último de la mayoría de sus juicios, como si fuesen sentencias de tribunal supremo, enunciando lo más precioso y pertinente en los resultandos y considerandos de su exámen. El crítico creador tiene páginas, como las que consagró Leopardi, que es una maravilla de arte. No es única, tiene rivales y émulos en los *Estudios y Conferencias* y en los *Poetas famosos*, pero ese puñado de páginas, reproduciendo los rasgos esenciales de su estilo y de sus facultades predominantes, se destacan en el conjunto de sus labores como supremos esfuerzos de su talento. En ellos ha esperado la hora de la inspiración, la fuerza de su visión intelectual se ha centuplicado, y sus energías todas parecen haber cobrado desarrollo inusitado. El crítico creador, á su vez, ha sido el elemento generador de un ejercicio semejante y superior, del historiador crítico.

Morales Lemus y la Revolución de Cuba es, sin disputa, su obra maestra. Es un libro pequeño, un episodio externo, por decirlo así, incruento y doloroso, en la historia de la Revolución Cubana; es, conjuntamente, un episodio de la vida pública de Piñeyro; un episodio, el más intenso, de su vida de pa-

triota. Las agitadas y convulsivas emociones que laten en el libro, en aquel período psicológico de nuestra patria, sacudieron y rebosaron el corazón del cubano y del artista. Narra la vida de un hombre distinguido, relacionándola con aquellas fases de la evolución política de su pueblo en que intervino decisivamente, ó que impetuosamente lo envolvieron y arrollaron en el torbellino de sus olas, hasta el instante en que, vencido por los hados adversos, enfermo y triste, muere en la tierra dura y fria del extranjero. Es la historia de un empeño diplomático que concluye en un fracaso irreparable: Morales Lemus que impetra el amparo del coloso del Norte para la incipiente República de Cuba; y el anónimo y vergonzante embajador, que lucha hasta que vé desvanecerse la última esperanza, después de haber acariciado, con legítimos fundamentos, las más halagüeñas ilusiones, inspira un sentimiento de profunda melancolia y de sincero respeto, que han de compartir las almas buenas y nobles, aun aquellas que festejaran como una victoria providencial el esfuerzo fallido. Y esto así por la resignada tristeza que late en esas páginas, por la altura en que se destaca el alma del observador, hondamente conmovida, pero lúcida y tranquila para trazar con

mano segura el proceso de tantas miserias. Es un triunfo artístico de que hay raros ejemplos en la historia de las letras cubanas. La sobriedad y la fibra de Tácito, en los pasajes más felices de los *Anales* y de las *Costumbres de los Germanos;* la melancolía del tierno Virgilio, cuando moja su pluma en el llanto de la elegía heróica;—he aquí los elementos generadores de esa obra de arte aristocrática y exquisita. El plan, esqueleto del organismo método, es un modelo perfecto. Los sucesos se narran con elocuente sencillez y parquedad, en selección admirable de hechos decisivos por su evidente trascendencia; se enumeran, en toques irreprochables, los de acción más remota, y se exponen, en síntesis completa, los de acción inmediata; no huelga un solo pormenor típico, no se echa de menos una sola circunstancia característica. Los orígenes del movimiento de Yara, el paralelo entre la insurrección cubana y el pronunciamiento de Septiembre, los retratos de Morales Lemus, Sickles, Fish, Grant, del interesante y malogrado Rawlins, las semblanzas de los políticos españoles,—acreditan la razón lógica con que instaba á Piñeyro su discípulo y admirador más férvido para que escribiese la historia de la colonización de España en

América. A proceso tan complicado, trágico y grandioso, solo conviene un juez de las condiciones de Piñeyro. Ese libro, escrito en días revueltos, es el mejor documento humano para el estudio de la vida moral del autor: el fracaso que narra *sine ira*, trae aparejado el presentimiento, latente en la obra, de otro fracaso más grande y, por lo mismo, más digno de que se le dé el nombre de desastre; de ese período de torturas arranca la melancólica resignación de su carácter, que transluce en su estilo, y que cae para siempre, constituyéndole expresiva y distinta fisonomía moral. A ese mismo período corresponden otros ensayos de maestro en el género histórico, como el estudio titulado *Bosquejo de la fundación de los trece primeros estados de la Unión Americana*, del que es epílogo y complemento la conferencia que lleva por título *Los Estados Unidos en 1875*, y las conferencias en que hace la crítica de las vidas y caractéres de los dos grandes próceres de la Libertad del Nuevo Mundo Latino, en que destaca á Simón Bolívar revolviendo sus ojos de águila sobre el raudo pisador de los llanos, en el conjunto de sus cualidades y de sus defectos, exaltados por su fogoso temperamento, y á José de San Martín, sereno y frio como un bronce ecues-

tre, en la excelsitud de su genio de guerrero, con su austeridad espartana en contraste con sus extraviados sueños de realeza americana. Estos estudios y estas conferencias, en el momento histórico en que nacieron, completan el ciclo que inicia *Morales Lemus*, ciclo de enseñanza moral, tan oportuna como ineficaz por culpa del frenético aturdimiento en que las borrascas de las pasiones mantenían la inteligencia de la mayoría de su auditorio. Mover el ánimo de una sociedad turbulenta, que anhelaba organizarse en nación, al estudio y meditación del heroismo latino en América y al conocimiento de la historia de esos países, sangre de nuestra sangre, como una saludable y cívica advertencia; señalarle las diferencias esenciales entre una «democracia genial,» como la hispano americana, y una «democracia orgánica,» como la anglo-americana,—¿no parece señalar un propósito ulterior, un medio indirecto de influir en la opinión de los emigrados cubanos, el nobilísimo deseo de restablecer el imperio de la verdad, utilizando las enseñanzas de la experiencia histórica? Sino fué este su propósito, si fué á secas una coincidencia natural en un pensador americano preocupado de los problemas de las sociedades del mundo en que se movía, su conducta

política como revolucionario y la oposición que le hicieron los suyos, justifica nuestro aserto como inferencia lógica. [1]

Restringiendo el impresionismo á lo que tiene de más íntimo, á aquel sentimiento en que más remotamente influye la opinión general, diremos que hay en los libros de Piñeyro páginas trazadas por una pluma de ángel, páginas que deben leerse á la sombra, lejos de los campos, para que no sirvan de pérfidos espegismos á las abejas y á las vagabundas mariposas. El artista que las ha

[1] A ese ciclo y respondiendo á la misma tendencia corresponde un juicio crítico de *El Movimiento republicano en Europa*, por Emilio Castelar. En este juicio, notabilísimo por diversos conceptos, Piñeyro, el primero en América, reduce á sus justas y naturales proporciones la figura del famoso orador andaluz. Opina Piñeyro que Castelar, más que orador político y más que hombre de Estado, es un artista, un pintor de maravillosa facilidad, y señala, como el rasgo característico de sus escritos, las afirmaciones vaporosas, escritas al correr de la pluma, sin antecedente ni consecuente; el hábito de componer párrafos huecos y sonoros como Zorrilla, por ejemplo, componía estrofas.—La natural reacción de la crítica ha seguido su desarrollo, mermando la talla del escritor y del orador, y entre los jueces merecen citarse á Juan Valera, exámen de la *Vida de Lord Byron*; Enrique José Varona, exámen del discurso de recepción en la Academia Española de la Lengua; Valentín Almirall, capítulos VI y XV de su obra *L'Espagne telle qu' elle est;* y J. Ixart, en su estudio del orador político por la faz de su decadencia. La reacción, pues, data desde el período álgido de la fama del tribuno, y no debe atribuirse á la inquina que, á su decir, le profesan los cubanos.

trazado parece un contemporáneo de Vinci ó Rafael; mejor que un ateniense puro, un ateniense italiano, un florentino del Renacimiento. Crítico de Literatura ó Crítico de Historia, es un censor casi ideal, puesto que llega sin esfuerzo á la meta de la imparcialidad; un olímpico de hielo cuyas sentencias producirían punzantes sensaciones de frio, si el artista no proyectase sobre ellas, como el sol del ocaso sobre la nivosa cumbre andina, el rayo de luz que tiñéndolo de oro y rosa le dá el aspecto de una llama, el colorido de la sangre, el tono de la vida.

CIRILO VILLAVERDE

CIRILO VILLAVERDE.

Nació en 1812, en el riñón de la Vuelta Abajo. Pasó sus primeros años en un ingenio de fabricar azúcar, contemplando en aquel marco reducido los horrores morales de que era la isla de Cuba inmenso teatro. El sacristan de la parroquia de San Diego de Nuñez, á fuerza de palmetazos, le enseñó las primeras letras. A los 11 años vino á la Habana para ingresar en una escuela gratuita, y poco después recibía las sacramentales lecciones de Latín de su abuelo materno, archivo locuaz de carne y hueso, crónica viva que era el encanto y el ídolo del provincianito que sorbia con delicia sus leyendas y anécdotas. Cursó Filosofía en el Seminario de San Car-

los, otorgándole la Universidad el grado de Bachiller en Leyes. Al mismo tiempo que el Derecho, estudió dibujo natural, mereciendo premios sus cabezas de estudio. Profesó con tres abogados, intervino en algunos pleitos, y renunció por siempre al ejercicio de la profesión, «por que el Foro cubano, sometido á jueces bárbaros y corrompidos, que vendían la justicia como se vende la carne en el mercado, y á oficiales de causas que contribuían con su mendacidad y codicia al desprestigio de la carrera,» le arrebataron las generosas y honestas ilusiones que en ella fundara. A los 20 años su ilustración era menos que rudimentaria, su cultura literaria, que jamás fué sólida ni extensa, se reducía á descosidas y confusas impresiones sugeridas por las lecturas de novelas y comedias. Estimulado por Ramón de Palma, el adepto más exaltado del romanticismo, compuso una novela calcada en el gusto reinante y recien importado, y esta novela—*El Espetón de oro*—le franqueó las puertas de la tertulia de Domingo del Monte. El famoso y benemérito Mecenas, sondeando sus facultades con lucidez de psicólogo y penetración de artista, se empeñó en orientarlo por los derroteros del realismo, neutralizando en su temperamento el ardor

de la fiebre romántica, señalándole en su propia biblioteca los modelos que debía seguir para el recto manejo del idioma y los novelistas á quienes debía dar la predilección para imitarlos ó para crearse en el género un procedimiento de composición. Los sábios consejos de tan exímio maestro decidieron su vocación y fijaron su credo estético: estudió con curiosidad y pasión las novelas de Walter Scott y de su discípulo Alejandro Manzoni, y producto de este estudio fué la publicación de la primera parte de *Cecilia Valdés*, en 1839. Posteriormente dió á luz, en las columnas de *El Faro Industrial*, una série de cuentos y novelas y una narración de viaje, *Excursión á Vuelta Abajo*, desde los límites de Guanajay hasta las cercanías del cabo de San Antonio, en compañía del Presbítero D. Francisco Ruíz, profesor de geología y pensador de muy elevadas miras, y de Moreau de Jonnes, criollo francés, artista de nombradía, célebre por sus dibujos y paisages de la naturaleza cubana. Sepultado en un calabozo por úkase del procónsul, como presunto reo de rebelión, logró evadirse y refugiarse en los Estados Unidos, reanudando sus tareas de periodista y pedagogo, engolfándose en las lides de la política cuanto se alejaba del verdadero y asiduo

cultivo de las Letras. La aparición de Narciso López en New York, en 1848, á raíz del fracaso de la conspiración que había urdido en las Cinco Villas, dió nuevo y más ancho empleo á su actividad, pues el osado caudillo lo nombró secretario suyo, viviendo en íntima comunión de ideas y afectos hasta el día en que el valeroso venezolano abandonó las playas americanas. Víctima del abandono y la traición, aquel precursor pareció arrastrar en su trágica caida todo gérmen y todo vestigio de insurrección, y Villaverde, desalentado y triste, volvió á las faenas del colegio y de la prensa: su participación en las conspiraciones que siguieron á la muerte de López, no fué tan activa como en vida del caudillo. Pero á contar desde el alzamiento de Céspedes hasta las últimas intentonas que siguieron á la capitulación de las fuerzas orientales, desempeña el papel de agitador infatigable en el *meeting*, en el periódico, en el folleto, vive, con toda plenitud, intensamente, en el seno de la emigración, rota en parcialidades y banderías enardecidas, minada por pasiones más violentas y funestas que las que ardían entre los mismos actores de la gran tragedia. Cuando todo fué un montón de escombros y una mortaja de cenizas envolvió las últimas áscuas del in-

cendio, Villaverde, evocando sus recuerdos, y con ellos las nociones que había recojido en la tertulia de Domingo del Monte sobre el arte de hacer novelas, reconstruyó y amplió á *Cecilia Valdés*, al cabo de cuarenta y siete años de olvido y abandono. Como un homenaje de admiración y respeto á una memoria que es un culto en su conciencia de hombre y de cubano, redacta en la actualidad la biografía del general Narciso López, tributo que ha retardado el tráfago de su vida de revolucionario y que antes había malogrado la composición de una novela, por el estilo de las del norte-americano Cooper, calcada en el diario auténtico é ingénuo de un cazador de esclavos prófugos, que durante cinco años estuvo recorriendo y dando batidas en las asperezas y breñales de las serranías más agrestes de la Vuelta Abajo. Tales son los episodios más interesantes, en lo que á nuestro objeto concierne, de la vida de Cirilo Villaverde, el creador de la novela de costumbres cubanas.

Ese anciano, Patriarca bonachón y sencillo, erguido como un pino, á pesar de la pesadumbre de sus ochenta años, es un caso singular de imaginación reconstructiva. No ha creado hombres ni cosas, en el sentido artístico de la frase, los ha reproducido como

una cámara obscura. No ha asociado elementos dispersos para construir caractéres y situaciones, ha copiado, como un pintor retratista, del modelo vivo. El teatro de sus dramas abarca desde la Habana hasta el cabo occidental, porque es la región que conoce, que ha visto y descrito como un topógrafo. Ha sido testigo de la crucifixión del negro, se ha codeado, ha vivido en compañía de todos los personajes de sus novelas; cuando abandona esta pauta, adopta un procedimiento idéntico, narra sus recuerdos personales poniendo la autobiografía en cabeza agena. Raras veces narra lo que no ha visto, cuando se asimila la impresión de un antepasado no parece sino un contemporáneo de los sucesos que refiere. Si la escena no es histórica, vista y vivida, es real ó es verosímil. Por excepción saldrá quebrantada la lógica en el desarrollo de un carácter, pero jamás la lógica ha gobernado la realidad humana sino en el preceptismo pedantesco de críticos rígidos é intolerantes. Villaverde, por sus genitores, venía preparado para el cultivo de la historia; por su raza, la raza de Goya y de Ribera, y por el momento histórico, para ser un pintor de cuadros trágicos. Revolucionario inadecuado para manejar la espada, dará salida á sus emociones de patriota cu-

bano en los dominios del arte. Como Scott y Manzoni, al fundir la historia con la fantasía, echaban, sin saberlo, los fundamentos de la moderna novela realista, Villaverde, al escojerlos por guías y modelos, se halló como en tierra de promisión entrevista en confusos ensueños. La historia no había acabado de romper sus moldes clásicos; la fuerza de sus facultades y su amor á lo dramático, anulando en él al historiador puro, acabaron de determinarlo al cultivo de la novela histórica. Creció y se desarrolló en el seno de un terruño, entre una piara de esclavos, asistiendo al martirio de la raza sierva y al envilecimiento de las castas privilegiadas, y esta primera educación, por reacciones enérgicas, lo hace realísta, filántropo, psicólogo emocional. Villaverde fué siempre apasionado hasta la exajeración, y este exceso ha sido uno de los elementos más activos y preciosos de su arte. El prurito de reproducir lo real sin mutilarlo ni ponerle máscaras ni afeites, lo ha hecho aparecer como un producto del realismo contemporáneo. Manuel Fernández Juncos, ilustrado y juicioso crítico peninsular residente en Puerto Rico, seducido por la pureza del realismo de *Cecilia Valdés*, incluyó á Villaverde entre los discípulos y sectarios de Zola. Villaverde, ya

lo hemos dicho, creó su magna obra antes que Zola concibiese la paradoja de llevar el experimentalismo al arte de novelar, no ha hojeado una sola novela de ese insigne pintor ni siquiera el libro picante, presuntuoso y brutal, en que echa á los vientos su doctrina como un comunista su bandera roja. No en la secta que capitanea el Ovidio implacable de la sorprendente *Bestia Humana*, sino en la más pura tradición de la escuela realista, emancipada de dogmatismos y de la tiranía de las jefaturas, es donde cabe afiliar á nuestro romancista.—No sería difícil demostrar que el moderno realismo, con todos sus matices, está contenido en gérmen en las creaciones del evocador escocés y del ameno y exquisito autor de *Los Novios*. Remontando en la caudalosa corriente, iríamos á encontrar sus fuentes en el genio maravilloso de Cervantes, en la época que enjendró la novela picaresca y pasando por alto numerosos é ignotos tributarios, que nacen en zonas tan diversas, hallaríamos en la parte de su curso más cercana á nosotros el tributo que aportan los autores de *El Padre Goriot* y de *La Cartuja de Parma*. Importa recordar que la tradición no es homogénea, que se altera en cada personalidad por leyes del temperamento, de la educación, ó por otras circuns-

tancias inalterables, conservando cada tributario su color, su ritmo y sus auras en la corriente general, como conserva su color, su temperatura y sus orillas, el formidable Amazonas de agua salada que nace en el golfo mexicano y circula, sin confundir su masa, por entre las olas procelosas del Atlántico. —Villaverde fué un discípulo de los fomentadores de la novela histórica, un continuador origiual é independiente, modificando el legado que recibía con su lúcida intuición de pintor realista, con su poderoso y sereno espíritu de observación. Pérez Galdós, que expresó sin embozo la admiración que le causara *Cecilia Valdés*, uniendo al aplauso del artista maestro la torpe blasfemia que presagiaba al caricaturista de *El Amigo Manso*, no supo ver en el novelador cubano un heraldo del moderno realismo español, que con tan férvido entusiasmo simbolizaba en el autor de las *Escenas Montañesas*. [1] Antes, mucho antes que Pereda desplegase el estandarte del realismo en novelas como *El Sabor de la Tierruca*, Villaverde, proce-

[1] Véase, en comprobación del aserto que sigue, el prólogo que, firmado por Pérez Galdós, juez autorizado en el litigio, aparece al frente de la novela de D. José María de Pereda, titulada *El Sabor de la Tierruca*, y cotéjese esta con *Cecilia Valdés*, edición primera, impresa en 1839, esto és, en plena epidemia romántica.

diendo por iluminaciones de su temperamento de artista, siguiendo á secas sus intuiciones, creaba en un rincón de América una novela en que ponía á contribución los mismos elementos que luego utilizó el arcaico y cervantesco paisajista montañés. Fué más lejos aun que Pereda, pues no se limitó su innovación á reproducir, tal como era en el mundo real, la psicología de cada personaje, sino que llegó, subordinando las partes al todo, á una síntesis profunda y suprema en que pone de relieve, como un filósofo que de análisis en disección ha llegado á la meta de una hipótesis compendiosa, las leyes históricas del período más ominoso de la colonización española en Cuba. Estas iluminaciones y estos avances, conscientes ó inconscientes, tenían que culminar en una creación nueva, local, distinta y propia: en la novela genuinamente cubana. El gusto viciado en la novela académica ó estragado en el sibaritismo de la literatura cosmopolita, corriendo parejas con cierto recelo pueril é ineficaz, ya que no sirve de rémora al entusiasmo epiléptico, endémico en el Trópico, y con una legítima prevención de la cultura, temerosa de que resuciten las monstruosidades del siboneismo, acogió la innovación con indiferencia ó con desden. Muchos de los lec-

tores de las enunciadas gerarquías devoran con fruición novelas como *Taras Boulba*, de Nicolás Gogol, que narra episodios de una tríbu cosaca en sus relaciones más remotas con los aspectos ménos característicos de la vida rusa, lo cual la convierte en un florón de exotismos; y desdeñarían leer las páginas de *Cecilia Valdés*, solo porque pinta paisajes que se contemplan desde la infancia, escenas y actores en que nos sentimos retratados, nuestros antepasados ó la sociedad en que nos movemos. Tanto valdría declarar fuera de las leyes del arte los lienzos de Chartrand y los paisajes de Sanz, porque ámbos artistas, en vez de copiar heleras, castaños y vaqueros suizos, han reproducido palmeras y bambues, guajiros jinetes en *arrenquines* y esplendores del sol cubano; tanto valdría suprimir de nuestra Literatura todo lo que trascienda á ese cúmulo de circunstancias que han formado la Patria cubana, que es un sentimiento compuesto por asociación con la esencia más pura de nuestras pasiones. Incluir á *Cecilia Valdés* en el catálogo del siboneismo, no es formular un cargo, es incurrir en una torpeza; como es prueba palmaria que se vive en la prehistoria de la Crítica juzgar sus obras á la luz de las ideas dominantes en nuestros días, con-

trasentido tan lastimoso como sería el censurar á los poetas anónimos del *Romancero* su concepción del Cid y lo áspero y bárbaro del castellano que les servía de instrumento.

Las novelas de Villaverde, anteriores y posteriores al primer ensayo de *Cecilia Valdés*, aunque llenas de colorido local, son como ejercicios en que desarrolla y educa sus facultades. *La Excursión á Vuelta Abajo*, el gran cróquis del escenario de sus producciones ulteriores, es una guía pintoresca de Occidente, repleta de excelentes descripciones de lugares, costumbres y tipos. En esta excursión, asociando relatos populares, concibió el asunto de su novela *El Guajiro*, en que retrata con maestría la vida del campesino de Vuelta Abajo, repentista galanteador y gallardo como un Tenorio, gran jugador y gran ginete, que se bate como un espadachín, y que á veces, á consecuencia de un lance amoroso ó de una disputa habida en la valla ó en la taberna, se alza y pronuncia bandolero. *El Penitente*, episodio de la reconquista de la Florida por Gálvez, en que describe la primitiva sociedad cubana, militar y religiosa, y en que intervienen, talladas con esquisito arte como en bronce florentino, dos mujeres de la raza india, es un cuadro arcáico de admirable

colorido, propiedad y movimiento, novela irreprochable á no ser por la escena final que es falsa y violenta. En *La Peineta Calada*, cuya introducción es un óleo de primer orden, acciona el desventurado peinetero que hizo célebre en las letras americanas el pseudónimo de *Plácido*. En *Dos Amores*, donde resurge á ratos la vieja fiebre romántica, hay exceso de lirismo y nebulosidades platónicas unidas á situaciones del más acabado realismo y de la más honda penetración de los afectos humanos. El cuadro del beaterio es una joya de altísimo mérito. *Cecilia Valdés* es un lienzo colosal en que se mueve toda una época, el mundo en miniatura de Cuba, posesión de España en América, desde 1812 hasta 1831. El Adelantado español, general y vice-rey; el magistrado venal, el polizonte, el esclavo rural y el esclavo urbano, el regidor, el capitán pedáneo, el comisario de policía, el párroco; el negrero opulento, consejero oligarca y omnipotente; la dama aristocrática, la mujer envenenada por el virus de la esclavitud y la mujer que, por innata piedad, se ha mantenido libre del funesto contagio; el lacayo blanco, más servíl que el esclavo negro; el *cimarrón*, el *guardiero*, el *volantero*, el negro *curro* ó del Manglar, antecesor del *ñáñigo*; el va-

quero canario, la rolliza negra vendedora de tortas de maíz; el ingenio y el cafetal, que simbolizan dos sistemas distintos en la servidumbre; el *topadero*, el tugurio, el jolgorio del pueblo bajo, el salón aristocrático; todos los tipos y caracteres que la esclavitud ha conformado como siniestro cirujano vivisector, todos sus productos y engendros sociales; todos los momentos y situaciones en que mejor se manifiesta una etapa de su evolución; han sido llamados á juicio y puestos en movimiento sobre el gran escenario. El lienzo tiene la magia de una resurrección, que el autor realizó asociando observaciones y recuerdos, no evocando con los conjuros del genio el alma antigua, como Michelet la de la sociedad de los tiempos medios. Hace historia y el arte sale ileso y queda inmaculado, pero esa historia, sin que obedezca á un sistema ó á un cuerpo de doctrina, es el proceso patológico de la sociedad cubana, el lector asiste á la inoculación del virus, á su desarrollo, á su acción en todas las vísceras del organismo social, á todas las etapas de la intoxicación, como si oyese á un diserto en clínica sociológica que expusiera los caracteres de una enfermedad con cándida llaneza, á la difusión de los gérmenes mórbidos en las conciencias con la claridad con que un

experto geógrafo explica la distribución del sistema hidrográfico en una comarca explorada palmo á palmo. El poderío de su observación lo ha llevado á sorprender, como un psicólogo experimental, la incubación, desarrollo y trascendencias, todo el proceso evolutivo del gran disolvente de nuestras energías sociales en las principales figuras representativas de la colonia. El historiador que emprendiese una historia del alma cubana, hallaría en *Cecilia Valdés* la exposición minuciosa y dramática de todo un ciclo, los orígenes de muchos fenómenos morales de nuestros tiempos; el análisis más escrutador que ha sondeado el alma española y que más en lo hondo ha visto los gérmenes que han formado el alma de nuestra sociabilidad. Sombrío y trágico es el lienzo, como es trágica y sombría la vida en una sociedad regida por las brutalidades de la fuerza, como es sombrío y trágico el conjunto de representaciones, de ideas emocionales que ese espectáculo grava en la sensibilidad del artista. Como Villaverde figuró desde temprano en el grupo que se mantuvo incólume en medio la general corrupción, entre los que sentían y propagaban la necesidad de destruir aquel orden de cosas; conspirador impenitente contra el poder de España, re-

cibiendo la influencia regeneradora de los maestros del Seminario, del grupo representativo que reaccionaba contra el ascendiente teológico y militar, guiado por su pasión de cubano, creó un poema épico que lo pone al nivel de los príncipes de nuestra poesía civil, que amplía y exalta por lo vario y complejo del género y lo adecuado del instrumento escojido.

La novela en Cuba es clásica, mas por su forma que por su índole, en José Antonio Echeverría y Ramón Piña; pictórica, paisajista, artificiosa y lírica, en Anselmo Suarez y Romero; arqueológica y topográfica, documento de geografía, en Estéban Pichardo; romántica y genial en Gertrúdis Gómez de Avellaneda. En todos los enumerados, antecesores ó coetáneos de Villaverde, el localismo no logra desintegrarse, balbuce y hace pinos, tropezando en la profusión de modelos y sacrificando la verdad á los intereses de escuela. Villaverde reforma la herencia, la refunde, crea la novela nacional cubana, con alma y carne cubanas: el estudio de su obra, condensando la de sus precursores, es la historia del género en Cuba. Clásico en sus mocedades, á veces arcáico, lírico á ocasiones, profesa en la escuela romántica y luego se avecina, escogidos sus modelos, en

el campo del realismo. Sus personages son productos de las combinaciones del medio cubano: los generadores de sus héroes son nuestro suelo, nuestra atmósfera, nuestro sol, nuestra historia; son exponentes fidelísimos de nuestra raza, en momentos culminantes de su vida, favorecidos por circunstancias excepcionales; son frutos terrígenos que no podrian brotar y crecer sino en la zona histórica y moral de Cuba, en una zona circunscrita y especial, como la en que brota el trigo al Norte y la palma real al Mediodía.

Villaverde no es un purista como Echeverría; ni un músico como Suarez y Romero; ni un arcaista cervantómano, como el correcto Piña; ni un estilista de la abundancia, energía é insuperable casticidad de la Avellaneda. Reflejando lo descosido de su cultura, la insuficiencia de su educación literaria, en su lenguaje se enlazan y conviven el arcaismo y el latinismo, el neologismo y el galicismo, el anglicismo y el vocablo usual, el giro rancio, del mas puro abolengo, con el modismo criollo ó la cláusula anti-gramatical y anti-literaria, semejando, como las huestes de Narciso López, un ejército reclutado en Cosmópolis y uniformado y equipado con trajes y armas de todas las épocas. Su

estilo es llano, claro, sosegado, descarnado, lo que le dá la apariencia de la sobriedad y la concisión; es un estilo de nativa rudeza, de sencillez primitiva. El mérito singular de este estilo casi impersonal es su maravillosa plasticidad, su fuerza de adaptación, la facilidad con que reproduce el color y los perfiles de todo lo que retrata. Es el estilo de cera, el estilo de cristal azogado del verdadero novelista; el temperamento que retrata, como purísima corriente, la naturaleza que surca y baña en su eterno camino. El extraordinario objetivismo del romancista ha privado á su estilo de los contornos y las líneas de la verdadera personalidad literaria; pero, en cambio, será la expresión íntima de cada carácter, el humor de cada temperamento, la música peculiar de cada estilo; reuniendo, por abstracción, la vibración sonora de cada uno de los héroes de *Cecilia Valdés*, que es el fiel vocero de su coro, se cree oir una gigantesca sinfonía, el concertante de las voces de un pueblo, confuso y grandioso conjunto de los chasquidos, chirríos, ayes, murmuraciones, rumores, gemidos, sollozos é imprecaciones de Cuba, nefanda factoría de esclavos. Y es esa la impresión general de su estilo, nacido de su imaginación reconstructiva, la de la *música*

helada, que ha brotado del alma cubana, harmonizada con las salvajes harmonías de la naturaleza y las monótonas creaciones de la industria, ritmo acompasado del hierro.— Por determinación de las enunciadas circunstancias es un colorista minucioso y exactísimo, pródigo hasta el despilfarro, enamorado de los grandes paisajes, de los grandes contrastes de la luz, sin intercalar imágenes ni recurrir á las hipérboles, sino fotografiándolo todo con los colores y formas del natural, la serranía como el pinar, la tempestad como la puesta del sol, anotando las sensaciones generales que produce lo externo, como hombre de finísimos sentidos que sabe sorprender en todo el rasgo,—color, línea ó sonido—que mejor lo define y caracteriza. Los defectos se derivan naturalmente de la fuerza misma de esas facultades, de esas cualidades originarias; superabundancia en los paisajes, nunca falsificación de las pinturas por invasiones y caprichos de la fantasía; profusión de pormenores y exceso de incidentes que no afectan á la belleza de la narración ni á la armazón del drama, pero que, suprimidas, le harían ganar en amenidad y gracia. Otro defecto de la propia índole es la lentitud y rodeos con que se desarrolla la acción, su pesadez de historia, la aparente

contradicción que envuelven determinadas escenas, y la que algunos críticos creen sorprender en la psicología de algunos personajes. Pero bastaría la afirmación de que el drama, en sus líneas generales, es rigurosamente auténtico para desvanecer los fundamentos de esas objeciones y censuras, sino estuviese justificado de antemano por el carácter arcáico de la novela y de la estética que la informa, porque en el dominio de lo real la acción no se anuda y desenlaza con el convencionalismo que en el teatro, aparte de que esos sucesos se desarrollan en un lapso de tiempo que excluye la sucesión galopeada de las escenas teatrales, ó la sobriedad dramática de la novela moderna, que es el triunfo de prolongado y laborioso esfuerzo. En los personajes hay imperfecciones, á veces se ha trocado el cincel por el hacha, y á veces el hacha ha descargado el tajo en el sitio en que debía emplearse el buril; pero en lo general sorprende y cautiva el verismo de los caracteres, la maravillosa facultad de fotografiar, palpitantes y activos, tan rica y diversa variedad de hombres de razas distintas, de orígenes tan opuestos y antagónicos, conservando todos en el conflicto la más absoluta integridad de su personalidad.

Cecilia Valdés, su obra maestra y el mo-

delo no superado en las letras cubanas, es la acusación más irrefutable, la condenación más implacable del sistema colonizador de España, y, por lo mismo, el libro más revolucionario que haya engendrado el intelecto cubano. El romancista ha consagrado su existencia entera á realizar la filosofía contenida en su gran novela: á luchar por la regeneración de su patria que, con la intransigencia de un católico, no espera ni concibe fuera de la iglesia separatista. Vive lejos de Cuba, entre los hielos del Norte, presintiendo que el rayo de oro de nuestro sol no besará el mármol de su tumba, prefiriendo las amarguras y nostalgias del ostracismo á presenciar el incruento via-crucis de sus hermanos, sin que el admirable funcionamiento de las instituciones americanas, la vitalidad de la opinión en aquel país de prodigios, le haya hecho volver los ojos á la bandera de las constelaciones, buscando en ella protección y amparo para su suelo natal.

MIGUEL FIGUEROA

MIGUEL FIGUEROA.

Nos hallamos en una velada de obreros. Un vate inédito, de aspecto entre romántico y patibulario, acaba de recitar, con acento melodramático, campanuda oda al cadalso. Entre un coro frenético de aplausos se alza la prosáica y maciza humanidad de Saturnino Martínez, el impenitente lírico y efectista, que exclama con voz estentórea:

—*¡El Leviatham de la Elocuencia va á surcar los mares del Pensamiento!*

Y rápido y ligero, como si tuviese alas ocultas, apareció en la tribuna un hombre jóven, de estatura pequeña, sanguíneo, nervioso y movible como una ardilla; de retorcidos y espesos bigotes rubios como cuernos de hilos de oro, cejijunto, de frente vertical y

estrecha, de ojos negros, brillantes y dominadores, de voz vibrante y robusta, con todo un repertorio de ademanes, pues sucesiva ó simultáneamente remedaba el acto de disparar una pistola, el de descargar un sablazo, el de romper una crisma de una puñada, el de asir la cintura de una mujer para entregarse con ella á las voluptuosas delicias de la danza y el manotear de un jugador de gallos enardecido por los azares de la pelea. Rompió á hablar con cierta lentitud semejante al vuelo reposado de un águila que descansa balanceándose en los aires; pero bien pronto las palabras se atropellaron en su garganta en aglomeración y tumulto de efervescencia, brotando de sus labios raudas y espumosas como el chorro de un manantial de aguas carbónicas, como los rápidos y raudales de una catarata. El público, electrizado, aplaudía á saltos, como si expresara, por estallidos, el pasmo que le produjera una sucesión de prodigios, tajando y mutilando sus períodos. Hubo momentos en que aquella fiesta se convirtió en una competencia acalorada entre el orador y su auditorio: á cada frase del primero respondía el segundo con los truenos rimbombantes de sus aplausos y sus aclamaciones. En uno de esos momentos la multitud cayó en el sopor de la tregua, el

orador hizo un esfuerzo, dejó correr su palabra como el agua de un remanso, sosegada, llena de amplificaciones, precipitándola después rugiente y bullidora, como el caudal que se despeña de lo alto de un farallón erizado de picachos. La multitud se puso en pié de golpe, desmelenada, epiléptica, como una turba trájica, como una muchedumbre de orates, y el orador, que había previsto el efecto del período, hizo una rápida reverencia y abandonó la tribuna. El entusiasmo del auditorio, haciendo explosión como una mina, puso punto final al discurso que debía concluir allí donde la exaltación llegara al grado máximo en que la emoción se confunde con los arrebatos de la cólera. Porque aquello, en rigor, no fué un discurso, sino un torrente de frases, un aluvión de palabras, en que flotaban, como briznas, algunas ideas, arrastradas en el proceloso torbellino de una verbosidad que causaba los vértigos del mareo, los desvanecimientos de una vorágine. El Leviatham de estatura no más alta que la de Napoleon I, era Miguel Figueroa; su elocuencia rebullía en el cerebro, ya apagada su palabra, como los gases de una larga libación de champagne; el eco de su voz resonaba todavía en el oido como el lejano estrépito de una cas-

cada; y aturdida, confusa, desarticulada, la mente no atinaba á construir una opinión, á reunír los materiales de un jnicio. Sin embargo, luchaban tenaces en el ánimo impresiones que el frío análisis no llegaría á agostar como la escarcha, y que arraigarían con el estudio y la observaciôn de aquella elocuencia de extraordinarios deslumbramientos. Aquel hombre, echando á rodar la vieja sentencia de que el estudio y el ejercicio forjan el orador, decía bien á las claras que la elocuencia era en él cualidad tan ingénita como el canto en la calandria ó el perfume en el sándalo; que su imaginación de fuego, como dice el vulgo en frase expresiva, puesta en contacto con su corazón, abierto á todos los afectos, eran los elementos generadores, sin otro auxilio ageno, de aquella verbosidad prodigiosa, henchida de emociones electrizadas; que allí había un verdadero improvisador, indisciplinado, incorrecto, para quien un plan era un cilicio y un método una camisa de fuerza, pero fulgurante, apasionado, apto para todas las empresas, para vencer y conquistar en las situaciones más difíciles; que allí, en fin, estaba el arquetipo del tribuno cubano.—Las hadas que escapan de su corazón, como esos árboles-nidos que se desgranan en palomas,

envueltas en el relámpago de su palabra, que las ciñe como una túnica de fuego,—van á posarse en el corazón de su auditorio como en el nativo nido. Esta compenetración, esta poderosa corriente de fluídos nerviosos, es el secreto de sus éxitos. Hombre de vehemencia profunda, contagiosa, sensible á todas las influencias externas, que dispara un discurso como descarga eléctrica que brota y condensa la energía de la urdimbre de sus nervios, se sugestiona á sí propio en cualquier momento, cuando le viene en antojo, siempre con perfecta é igual sinceridad, con el mismo fogoso numen, con una convicción tan franca como violenta es la sacudida que ha puesto en vibración su organismo. Su palabra no deslumbra por la osadía y grandeza de sus construcciones, ni cautiva y hechiza por la belleza de los ornamentos y la perfección artística del conjunto, ni se filtra en las inteligencias, á manera de inyecciones de vino añejo, como la palabra sutil de esos oficiantes que suspenden el ánimo y lo convencen y persuaden. Su palabra, en hervores espumosos, va atropellándose con la fuerza ciega de las ondas, dilatándose y retorciéndose, hasta que choca y se rompe en el escollo, disolviéndose en el ruído violento, supremo y tempestuoso, de la caída reso-

nante, y en iris y en nieblas de agua pulverizada. Pero esa palabra, más fluída que la palabra de Cortina, es el verbo del Mediodía, es la encarnación de rasgos distintivos perdidos y sin representante peculiar en el grupo americano de que procede. Ese ardor del Trópico, ese influjo de nuestro sol de fuego que dora hasta las inteligencias más vulgares, dándoles el brillo y la chispa de las luciérnagas; que enciende la fantasía y la trueca en el cristal del obrero picaresco, que todo lo mira á través de su ingénita malicia, ó en el cristal telescópico que, perdiendo toda noción de proporciones, agiganta todas las figuras que pasan por el foco de su lente; que engendra esa oratoria espontánea y nativa que en la mujer inculta se denomina *de letra menuda* y en el hombre ignaro *de pico de oro;* que pone en el corazón el áscua en que prenden su llama los grandes entusiasmos, arrebatados y sin contrapeso, entusiasmos exclusivamente meridionales, de constantes espejismos, de extraordinarias visiones en plena luz, y que á las veces, por las naturales aptitudes de la raza, forman la trama fabulosa de la historia que la potencia impulsiva de ese ardor eleva á los portentos de la leyenda; todo eso, que late y vive, como los metales en las ondas vibratorias de

un rayo de sol, en el verbo de Figueroa, explica los prestigios de su elocuencia para el corazón del pueblo cubano. Hay más todavía. Dentro de esas líneas generales de cualidades de la colectividad que se regularizan y estrechan en netos perfiles en su representante, caben cualidades menores, que también encarna su innato delegado, magnificándolas en su personalidad. Los recónditos fermentos de rebeldía que bullen en el seno de la hueste cuando la atmósfera de la opinión se enrarece en las cimas, el pleamar de la conciencia del pueblo, su instinto indisciplinario que mira con nostalgia la sabana, el bosque y la montaña; el cisma anónimo, siempre latente; hallan siempre en Figueroa la forma más pura y pasional con que en vano pugnaban por expresarse.

Visto de cerca, confirma y avigora la inducción; se siente que vierte un discurso con la fácil naturalidad con que el pájaro entona una trova; que tiene horror al boceto, á la labor previa, al diseño escrito ó trazado en la memoria; que su melena de Sansón está en la facultad de improvisar; que su cultura, diversa y varia, anda dispersa y desorganizada, y se refleja con más precisión y brillo, con mayores galas y encantos en su conversación familiar que en sus

oraciones tribunicias, y se piensa á la vez, con un sentimiento de melancolía, que si el hombre intelectual se hubiese sometido á los rigores de un sistema disciplinario, el tribuno hubiera podido agregar á sus fuerzas las alas del cóndor con que Montoro se eleva á alturas sólo para él accesibles. Se siente, antes que todo, el calor de un corazón generoso, leal, donde no germina la simiente del odio, donde la sinceridad vive en ignición perpetua, corazón en que el valor no cobra el sueño y en que el sacrificio ignora que exista la aritmética. Se siente que las pasiones que se han agitado en sus oraciones no han sido olas de tela verde, ficciones afortunadas, sino creaciones de una tempestad de su corazón y de su fantasía, un producto elaborado en su temperamento como la sangre de sus venas, que sintió y expresó, no que quisiera sentir para expresar lo concebido en frío. Ninguna oración dá la medida de las energías del tribuno como la oración en que hizo la defensa-apología de Manuel Sanguily, sacándolo ileso de las garras de un fiscal vaciado en el molde de un Duque de Alba jurista: fué una réplica vigorosa, rotunda, distribuída con harmonía, habilísima, osada; réplica que era, á su vez, como el ornamento de un discurso

fulgurante, en que resonaron todos los acentos que puede alcanzar la voz del hombre, respondiendo de modo admirable á la intensidad de las emociones del cubano y del amigo; portento de vehemencia elocuente que subyugó á los jueces, heló la palabra en la boca del acusador y pintó en los semblantes de sus oyentes, letrados, literatos, periodistas, la palidez de las insólitas emociones que él transfundía nublando en lágrimas muchos ojos que ya no lloran, erizando cabellos y retorciendo muchas manos en crispaturas de garras.

Así concebimos, los que no tuvimos la delicia de oir sus sermones, porque así lo retrata la crítica y lo bósqueja la tradición, á Tristán de Jesús Medina, que fué sacerdote porque en su época la oratoria no tenía más trípode que el púlpito; así fué Cortina, más literario y más ideólogo que Figueroa, pero no más fácil, abundante y pasional. Nadie, como él, realiza en toda su pureza el tipo del tribuno del pueblo, verbo del corazón de la masa en sus arranques más elevados, que le habla en el idioma de sus sentimientos, en la clave de sus vagas aspiraciones que él interpreta y define como por adivinación. La tribuna forense no ha impreso á su oratoria el sello que ostenta, como

imborrable marca de origen, la elocuencia de la mayoría de nuestros abogados, aun cuando se produzcan en la tribuna académica ó en la política. González Llorente, no obstante el vigor de su imaginación, la frescura de su ingenio y la fibra nerviosa y caliente de su espléndida palabra, no logra evitar en sus discursos el tono, plan y sabor del alegato; Antonio Govín, á pesar de su lucidez para ver el lado ridículo de las cosas, de los corrosivos que destilan sus desdenes y del sentido cómico de sus oraciones, no las liberta de esa influencia soporífera de la literatura notarial y de relatoría; Saladrigas, con tener poderosos alientos, verdadero estro oratorio y á ratos hasta númen lírico, convierte, por ese vicio del hábito, cada párrafo en plúmbeo protocolo, que satura la atmósfera de esencias de adormideras; José María Gálvez, por singularísima excepción, habiendo ganado su fama en el Vaticano sin Papa de la Justicia, es el verdadero modelo de la severidad y limpieza que deben caracterizar ese género de la elocuencia. Así como Montoro, en todas sus manifestaciones, es siempre el orador egregio, Figueroa, en el Foro, en el Parlamento, en la Asamblea, en la tertulia, es siempre el tribuno-tipo.

Si fuese la palabra de Figueroa la predes-

tinada á entonar la oración fúnebre de nuestra tribuna, á transformar el púlpito civil de la paz y la concordia en la hornaza fulminante de la protesta apocalíptica,—muchedumbre electrizada por sus arengas volaría al combate como una horda de leones, y él mismo, enardecido por el calor de sus frases, no vacilaría en asir el primero la espada y acaudillar con bizarro denuedo la legión abrasada por el fuego de su vehemencia.

FRANCISCO CALCAGNO

FRANCISCO CALCAGNO.

Es, con Azcárate y Cabrera, el blasón vivo de Güines, verdadera metrópoli del Continente Negro. Su fisonomía, de una seriedad imponente y airada, tiene no se qué de sacerdotal, es el semblante torvo y duro de un augur antiguo que se prepara á predecir la consumación de una catástrofe. La cara de Calcagno, sin embargo, es una máscara de cartón respecto de su alma. Manso, afable, sencillo, su ideal es una paz de oro, un delirio de patriotismo generoso, la isla de Cuba, por sus instituciones transformada en la Helvecia del Nuevo Mundo, por la cultura de sus hijos en la Grecia pedagógica del mundo moderno.

Como *Julio Rosas*, Calcagno es un filán-

tropo cubano. Abolicionista individual, sincero y consecuente, ha ganado equívoca reputación: fué un filántropo medroso y calculista, no un verdadero abolicionista. En 1883 preveía, por culpa de la abolición que iba á consumarse, horrendos cataclismos sociales. Su plan de abolición consistía en domiciliar en cada ingenio, en cada sitio, en cada vega, un sacerdote y un maestro de escuela, y declarar ciudadanos, con mucha cautela, á los más aventajados en religión y letras. [1]

El abolicionismo, como el negrofilismo exaltado, tiene el inconveniente de producir la relajación del buen gusto. El constante espectáculo é inevitable comercio con razas que están en la infancia de su desarrollo ó en la última etapa de una decadencia paralizada, como la africana y la semita, contribuye á explicar la facilidad con que fructifica en nuestro suelo la grama del mal gusto, el dominio que conquistó la irrupción de barbarie del siboneismo. El odio de Calcagno al esclavismo ha sido su musa providencial, á esa pasión debe las páginas más vivas, pintorescas y memorables de su voluminosa colección literaria, en donde surgen como

[1] Véase el prólogo de su novela *Los Crímenes de Concha.*

centelleos en lejano y tenebroso horizonte sin líneas ni contornos.—Fué el abolicionismo, en su hora y sazón, para muchos hidrópicos de popularidad, un medio puesto en acción para el medro y la fama, y éstos, que fueron los menos, merecieron igual reprobación que aquellos liberales que tronaban contra el patronato y esperaban, como á un Ante-Cristo, el decreto que los privase de la explotación de sus patrocinados. Hubo otros, y á este grupo pertenecen Rosas, el fanático emancipista; José Antonio Cortina y Miguel Figueroa, que fueron abolicionistas en el período álgido de la esclavitud, con desinterés absoluto, por puro espíritu de justicia, y este grupo, que es el sucesor del grupo revolucionario, está presidido por Rafael María de Labra, que con su infatigable propaganda se ha hecho una pirámide humana de negros de todas las tribus, de expósitos de todas las inclusas, de proletarios de todas las naciones, surgiendo su figura en la cúspide de la pirámide, á la admiración excesiva de sus idólatras, á igual altura que la de los grandes redentores de la humanidad. No escatimamos cordiales alabanzas al empeño meritorio y glorioso del ilustre repúblico cubano, que ha tenido que luchar con las preocupaciones de un pueblo sin opinión; ni

negaremos que á él corresponde el más alto tributo en el coronamiento de una obra que es la gloria más alta y la conquista más positiva de la Revolución Cubana. Hasta la víspera de la insurrección de Yara hubo entre los representativos cubanos más enemigos de la trata de negros que de la esclavitud en sí, y esta faz, esencialmente práctica y egoista desde el punto de vista de los intereses de la raza, se encarna en José Antonio Saco. Es aquél el predominio de la reflexión, que no excluye y que convive con la expresión del sentimiento, que tiene por verbo el lirismo de nuestro primer poeta político. En los períodos sucesivos, desde el bajalato de Tacón, el tozudo fugitivo de Popayán, hasta que Pintó espira en el cadalso, como un mártir equívoco del anexionismo, perdura el odio al comercio de esclavos en contubernio con el amor á la conservación de la propiedad del hombre negro: entonces el revolucionario era, ante todo, un esclavista, y la tendencia anexionista era una especie de liberto que buscaba el amparo del amo más poderoso. El abolicionismo, obscuro y vago, vive en la poética región delirismo, ó se desliza, taimado y sutil, en las enseñanzas de nuestros ilustres educadores. Algunos próceres, como Luz, al igual que

Washington, emancipan sus esclavos en el lecho de muerte. En la Junta de Información, los delegados del pueblo cubano descargan sus iras contra el pirata de la costa de Africa, y votan unánimes por la abolición gradual de la esclavitud, en tanto que los delegados puertoriqueños Ruíz Belvis, Acosta y Quiñones, con insólita audacia, demandaron la abolición inmediata, sin trabas ni cortapisas para el redimido. En plena revolución, Carlos Manuel de Céspedes, el caudillo de la naciente República, lucha con tenacidad para conservar la esclavitud, en medio las sacudidas y renovaciones que él había hecho estallar con su osadía, y si más tarde, vencido al fin por la tendencia radical, puso su firma al pie del decreto de redención votado por unanimidad en la Asamblea soberana de Guáimaro, lo hizo apesar suyo, convencido que sacrificaba preciosas ventajas en el ara de un sentimentalismo romántico. Pero esta legión de reflexivos y de prudentes, muchos de ellos, como Céspedes, abolicionistas de corazón, procedían como hombres prácticos no abordando el problema de frente, y confiando al tiempo y á la evolución su resolución definitiva; y al mismo tiempo, aborreciendo la trata, la invasión de la barbarie, querían impedir la africaniza-

ción del país, y representaban, frente al gobierno, la burocracia y la oligarquía, la tendencia más avanzada, más humana y más patriótica. Los honores del abolicionismo, la gloria moral de la redención y las bendiciones de los emancipados, corresponden, en toda justicia, á Joaquín de Agüero en primer término, rebelde de la raza de los paladines, que liberta sus esclavos y los convierte en colonos á la moderna antes de 1851; en segundo término à la Asamblea de Representantes del Centro, cuyo núcleo directivo, formado por Ignacio y Eduardo Agramonte y Antonio Zambrana [1], lanzó aquel arrogante decreto en que se declaraba libres á todos los habitantes de la isla, á renglón seguido de este sobrio preámbulo, que recuerda «el pacto celebrado con la muerte» por la nación francesa, según la expresión del fogoso convencional: «La institución de la esclavitud, traída á Cuba por la dominación española, debe perecer con ella.» Este decreto, obra del minúsculo parlamento camagüeyano, fué consagrado por la Asamblea de Guàimaro,

[1] Aquella Asamblea, que fué la base de la Constituyente, y que había sucedido al Comité Revolucionario, se componía de Ignacio Agramonte Loynaz, Eduardo Agramonte Piña, Antonio Zambrana y Vázquez, Francisco Sánchez Betancourt y Salvador Cisneros Betancourt, Marqués de Santa Lucía.

que lo inscribió en el frontispicio de la Constitución como la leyenda del nuevo Estado; fué una ley, cumplida y ampliada en el hecho, pues el antiguo esclavo ganó la dignidad de ciudadano y, en competencia de aptitudes, llegó á los puestos más altos en el Ejército; y aquel decreto, conservando su esencia revolucionaria, flotó como un arca sobre las olas de la tormenta, hasta que en la hora del naufragio el vencedor lo inscribió á la cabeza de las capitulaciones. La obra redentora que consumara la pequeña Asamblea camagüeyana, respetada y aprobada por el delegado de la nación española, acabó virtualmente la esclavidud. De la contradicción y el conflicto que surgió de la diferencia monstruosa entre el negro rebelde y el negro leal, nació el patronato como consecuencia histórica de la fuerza destructiva del famoso decreto, y los que recogieron la herencia capitalizada por el genio y el sacrificio de los revolucionarios, recibieron el problema social hecho una ruina. Era un castillo feudal cegado el foso, resquebrajadas las murallas, rotos y agrietados los cimientos: no había más que barrer escombros, y esta fué la tarea real de los sucesores de los hombres del Zanjón [1].—Así

[1] La ley Moret fué promulgada algunos años más tarde que el decreto de la Asamblea; no tiene, ni con

entendemos que habrán de distribuirse las rosas de oro en las juegos florales de los justadores de laureles.

Calcagno ha compuesto dramas, monólogos, novelas imaginativas, novelas históricas, novelas calcadas en el género híbrido que ha hecho popular Julio Verne; conferencias, catecismos políticos, pero todos esos frutos de una laboriosidad infatigable, apenas nacidos, se han sepultado en el silencio y en la sombra. Nacieron condenados á muerte prematura, porque en vez de la sangre caliente del arte, corría por ellas, pesada y torpe, la sangre blanca y fría de la imitación sin audacias, exenta de las habilidades del copista verdadero ó de las intuiciones originales del más humilde de los discípulos. El público, además, concordando con la crítica, no quería ni podía considerar producción tan variada sino como hojas arrancadas á su obra capital, á su *Diccionario Biográfico Cubano*, estadística de los méritos y servicios de los hijos de Cuba, legítimos, naturales y adoptivos. La consideración parecía una sentencia

mucho, el alcance que la ley de los legisladores cubanos, y es lógico suponer que fué adoptada principalmente como una medida previsora, determinada por la trascendencia del acto realizado por los revolucionarios, no por la emancipación á secas, sino por haber elevado el esclavo á la dignidad del ciudadano.

que condenaba á Calcagno á no componer más que historias individuales, y aunque injusta en la apariencia era en el fondo exactísima, porque compendiando en un juicio escueto y breve la crítica cruel y desdeñosa de sus demás trabajos, clasificaba su talento, le señalaba el mejor derrotero entre las direcciones escogidas, estimulándolo de soslayo á la depuración y al perfeccionamiento, por el cultivo asiduo y escrupuloso del género elegido por instinto y por pasión. El *Nosce te ipsum* del templo de Delfos, aplicado al conocimiento de las propias facultades, debiera ser la máxima primordial y eterna de todo autor, pero particularmente de los que carecen de prismatismos, antes de correr al extravío y al fracaso por regiones desconocidas; y para todos, en todas las ocasiones, inolvidable precepto de higiene moral. Cabe que arrollen máximas y preceptos esas inteligencias soberanas y rarísimas, que no caben en los moldes opresores de un género ni en el recinto de una escuela, eternos pronunciados contra las leyes del Arte, que pueden tentar todas las aventuras por que su genialidad artística está fundida con el mismo metal y al mismo temple que la fibra del valor en los grandes capitanes de la Conquista. Por la índole de sus lucubraciones, por

el carácter de su estilo, por los temas de su predilección, Calcagno resulta un biógrafo á la antigua, un escritor adecuado para escribir biografías cuando estas eran sencillas narraciones, pequeñas crónicas personales, encerradas en un marco ritual, como una fe de vida escrita con soltura, claridad y notas de erudición inofensiva y corriente. Cae dentro del tipo intelectual del primitivo *coronista*, en la misma especie que va desde la trinidad indo-hispana de nuestros historiadores primarios—Urrutia, Arrate y Valdés—hasta Bachiller y Morales y sus discípulos y sucesores. Ninguno de entre ellos se acerca á la elegancia, amenidad, viveza y elevación de Solís, el cronista de Cortés por excelencia, sin disputa la más humana y hermosa figura de conquistador español; algunos, particularmente Bachiller y Calcagno, se asemejan, por muchos aspectos, á Herrera y López de Gomara; ninguno, como el peruano Ricardo Palma, por estar dotado tan providamente, ha sabido extraer de las crónicas tanta piedra y metal precioso, para que su ingenio felícisimo crease un género nuevo y distinto, la leyenda americana; ninguno, en fin, como Quintana en sus *Vidas de españoles célebres*, aunque modelándose en las *Paralelas* de Plutarco, ha continuado exaltando la biogra-

fía á la dignidad de historia filosófica de un carácter, convirtiéndola en amplio y comprensivo episodio de historia metódica. Este rumbo de la investigación, que corresponde al natural desenvolvimiento de esa actividad, destacando las figuras que actuaron en nuestro suelo de la horda confusa de halcones armados de punta en blanco, dando á conocer en sus pormenores y líneas generales la trayectoria y carácter de la Conquista y con ellas la génesis y la tendencia de la Colonización, constituiría la indispensable Introducción de la *Historia de Cuba*, que solo existe bosquejada con fortuna, pero incompleta y demasiado sucinta, sin una ojeada cabal sobre los orígines, en los dos libros del difunto Pedro J. Guiteras. Como era forzoso que sucediera, los representantes cubanos de este tipo mental, que en serie sucesiva y ordenada va á culminar en la filosofía de la historia, han procurado someter á examen y á tortura el testimonio de los principales cronistas, entresacar biografías, rehacer una historia narrativa del descubrimiento y la conquista con los materiales dispersos en esas memorias heterogéneas de testigos más ó menos veraces, llevar á cabo, en una palabra, según la ley de división del trabajo humano, la labor ordenada y sistemática del

organizador y el analista para que el crítico pueda en su sazón elaborar su síntesis. Nadie ha puesto más empeño en esta tarea de revisión y de reconstrucción que D. Antonio Bachiller y Morales, ídolo y modelo de Calcagno, prototipo de la especie, su representante más genuino y ambicioso. No contento con programa tan vasto y difícil, espoleado por natural y loable espíritu de curiosidad, se remontó á la edad del hueso y de la pluma de ave, obstinándose en reintegrar la raza india que barrió de la faz de Cuba la furia devastadora de la Conquista. Bachiller y Morales, escritor desmañado y vulgarísimo, literato menos que mediano, seducido por las enigmáticas doctrinas de Krause, modeló su estilo, descosido y caótico, en el estilo tenebroso y laberíntico de aquel tenacísimo filósofo; devoró, infatigable y febril, bibliotecas enteras, formando abigarrados rimeros de datos, noticias y fechas; no hubo obra que tuviese próxima ó remota relación con sus planes que escapase á su mirada pesquisidora; pero cuando llegó el momento de arrojar la escoria y aventar la hojarasca, como el paciente investigador no era un analista, ni un crítico, todo lo confundió y embrolló, mezclándolo con impericia de niño á quien se confiara la clasificación de un archivo. Su erudición de

bibliófilo y de cronógrafo vino á ser Boletín periódico de Librería Internacional, notas de un catálogo razonado de obras mal dijeridas y estractadas á la buena de Dios; toda su obra, enorme mesa revuelta, distribuida en fólios, de recortes de libros, revistas y periódicos. Archivo en desórden de baraunda, museo parlante de antigüedades útiles, su obra clama por un índice analítico que oriente al lector en la enmarañada selva, ó mejor todavía, por un censor escrupuloso que la reconstruya, depure y vacie en un lenguaje claro y sencillo. Nunca, como en su caso, se ha visto la lectura cegar y atrofiar una inteligencia; acaso jamás se vea en conjunto y con más relieve el haz de todos los defectos de la familia de los cronistas, sin ninguna de sus cualidades; dificilmente se hallará tanto material de sabiduría más inútil para el mismo que lo acopiara, ni un estilo más ofuscante, enredado y plebeyo. La opinión, que muchas veces, en sus grandes intuiciones, sobrepuja á la crítica más sagaz y severa, no disputa el título de sabio que se ha otorgado al prehistórico cronista, pero lo admira por sospechas, por presunciones, sin comprenderlo y sin deseos de penetrarlo. Es una nao del siglo XIV, atestada de papiros, códices é in-fólios, que va

por el Mar Oceano, sin tripulantes y al acaso, envuelta en impenetrable atmósfera de nieblas.

Antonio de Solís, cronista mayor de las Indias, dice de Francisco López de Gomara, por su historia de la conquista de Nueva España: «Escribióla con poco exámen y puntualidad, por que dice lo que oyó, y lo afirma con sobrada credulidad, fiándose tanto de sus oidos como pudiera de sus ojos, sin hallar dificultad en lo inverosímil, ni resistencia en lo imposible.» En no pequeña parte, esta sentencia es aplicable al discípulo más fiel de Bachiller y Morales, al meritísimo autor del *Diccionario Biográfico Cubano*, que perdió tanto al escojer el modelo, como el modelo al seguir las turbias y tortuosas aguas de Krause. La pasión dominante en Calcagno es el cubanismo, prejuicio exaltado que lo prepara para aceptar todas las visiones y todas las candideces de la admiración, sin reservas ni relatividades; el defecto predominante es la ausencia del sentido crítico, la miopía para las proporciones, el gusto por el acopio del dato, sin depurarlo, sin extraerle la substancia, vertiéndolo en urna rotulada,—sin descomponerlo, fundirlo y asociarlo como elementos de una figura. En vez de la operación del fundidor, el trabajo

de la estatuaria mítica que construía sepulcros-estátuas con piedra suelta y sin labrar. La pasión del cubanismo, la candidez ingénita al antiguo cronista, y el eruditismo aturdido, nos explicarán las excelencias y los yerros de la obra capital de Calcagno. La pasión es platónica ó literaria, más que al país en sí, es culto á las personas, una especie de fetichismo intelectual, en que prefiere, naturalmente, á aquellos ídolos que mejor representan sus aficiones, y que en conjunto convierte á los cubanos célebres ó casi célebres, en una estirpe de hijodalgos, que exhibe á la consideración y al amor de los suyos con veneración y orgullo. No sé que esta pasión, que tiene el aspecto práctico de sus enseñanzas intrínsecas, lo haya arrastrado á las frívolas intolerancias del patriotismo presuntuoso, pero sí que lo ha preparado para caer en ellas. No ha caido, sin embargo, por que lo cohibía su fe política, su convicción de que tanto hombre ilustre, para su mejor gobierno y venturanza de todos, debía vivir, ó poco menos, acompañado de un rodrigón, disfrazado de alguacil para que inspirase más respeto. Sin la censura previa y posterior de su conducta, esos ilustres, con las más sanas intenciones, abandonados á las tentaciones de la vida pública,

podrían desatar sobre la patria los azotes del caudillaje, más, infinitamente más desastrosos que la incontrastable rapiña del fisco, el absolutismo del proconsulado y las injusticias é iniquidades del caciquismo. Como la persuación que le ha servido de rémora era una presunción y un sofisma, una hipótesis gratuita y fantástica, si lo ha preservado de aquellas intolerancias, desposando su fe política con su fetichismo, lo ha puesto en aptitud de prohijar todo género de simplicidades, candideces y un buen contingente de patrañas. Esta falta de reposo y de habilidad para seleccionar, á que responde el aturdimiento de su erudición, es una enfermedad crónica en el tipo del cronista, y que no han heredado, por cierto, sus modernos representantes: es como una parálisis que hace incompleta toda operación lógica, un vicio congénito del pensamiento que no cura ni atenúa un ápice de malicia.

Las inteligencias malogradas, los ingenios precoces muertos en flor, en vez de la apreciación moderada y justa de sus esfuerzos, sugieren á Calcagno el ensueño metafísico de una predestinación maravillosa, conciliéndolos en un porvenir fallido como maestros consumados ó genios innovadores. Los revolucionarios, que figuran en el *Diccio-*

nario en exígua minoría, han sido lastimosamente falsificados; las escasas y confusas notas de sus biografías son inexactas ó están trabucadas: todas, ó una gran parte de ellas, han sido recogidas en las columnas de *La Voz de Cuba*, sin que lo turbio de la fuente inspirase al cosechero el más mínimo recelo, sin que se detuviese á verificar por un instante la autenticidad del dato á la enormidad que arrojaba la suma total de las noticias oficiales, que concordaba con la noción que se había propagado con fines utilitarios, y que todavía perdura enquistada en muchos cerebros. En esas notas late la antigua patraña que hizo de la Revolución populoso *palenque* de blancos, negros, chinos y mulatos, *palenque* en perpétua dispersión y en perpétua fuga, que anduvo errando durante más de diez años desde los límites de Matanzas hasta la punta de Maisí, dejando en su eterna, «vergonzosa huida,» estelas de cadáveres de hombres y de animales,—más hombres y más caballos que los que pueblan hoy la extensión de la Isla.—La fertilidad de esas inteligencias en que vegeta y fructifica la quimera como las trepadoras en nuestros bosques, es un rasgo distintivamente nacional: es el apóstol, ginete épico en los aires; es el Campeador, ganando batallas desde la

huesa; es el Cristo, sirviendo de mascarón de proa, que en el combate naval de Lepanto escurre el bulto á la bala de una culebrina agarena; es el hidalgo de la Mancha, transformando la naturaleza con sus visiones, empeñado en conformarla á su magnánimo ensueño, é inútilmente molido y estropeado por las cruelísimas manos de la realidad.— Pueriles de puro sencillos, infantilmente cándidos, llenos de cenobítica beatitud, están incapacitados para acomodarse á lo real, en lo que ven un castigo inmerecido y ciego, gobernándose por aquel estado de sus ánimos que los obliga á andar con la vista extraviada en el vacio, tropezando y cayendo en las quebradas y asperezas de la ruta.— No es privativo del cronista ocultar la bonachonería del lego tras la magestuosa seriedad de un árabe: hay otros tipos intelectuales en que el fenómeno se produce, pero con menos frecuencia é intensidad.

El aturdimiento y confusión en la manera de utilizar el dato, en la liviandad al darle curso sin ponerlo en la balanza del peso específico ni comprobar su pureza con los reactivos de la lógica y la psicología, bien puede ser la consecuencia de un hábito inveterado, que tiene su orígen en un defecto capital de la raza. La lisura con que el estu-

diantillo, que abandona la escuela prematuramente y con ella todo amor al estudio provechoso y serio, se desliza en el mundo de las letras pluma en ristre, oficiando de pontifical y de consejero aúlico, derribando ídolos con furia de comunista, solazándose en el cuadro de horrores que le sugiere su vanidosa fantasía como resultado precoz de su campaña niveladora ó de su novísima y regeneradora cruzada; la risible gravedad con que, al igual del romàntico que retrató con tanto donaire *El Curioso Parlante*, se improvisa escéptico, ateo y pesimista; el cómico desenfado con que se erije en celador del idioma y apoderado del buen gusto:—es un síntoma genérico de esa enfermedad de la raza, que así se desarrolla en los progenitores como en sus vástagos, que es el mismo estado mórbido en la masa que aclama como una gloria definitiva á un inventor presuntivo, y que de un submarino en vías de pruebas deduce ensueños de grandezas y de restauraciones de poderíos, como si fuesen sus quimeras hechos consumados,—que en el escritor imaginativo y delirante que se empeña en hacer de su imaginación el instrumento de todos los sortilegios, erigiéndose por su ministerio exclusivo en filósofo, historiador, estadista, con pasmo de los su-

yos que lo divinizan como á un ente sobrenatural. La causa será el sistema de educación, ó el cultivo de la fantasía con mengua y á expensas de la reflexión, ó el miraje de una lucidez falaz y transitoria, que prescinde del estudio y todo lo fía á sus fuerzas intuitivas, ó el estímulo pernicioso de una opinión anárquica, viciada por los excesos del efectismo y enamorada de las audacias de la ignorancia, mientras más crasa más descabellada; ó será la amalgama de todo esto, accionando en consorcio. Sea como fuere, sus efectos no son menos patentes y deplorables, y cuando el castizo dramaturgo, en la era de los plagios, clamaba porque hubiese guardia civil en el Parnaso, no pensó en que vendría otra era en que se hiciese necesario clamar por un alguacilazgo literario que reintegre á escuelas y universidades tanto alumno prófugo como pulula en estos mundos del individualismo y de la madurez madrugadora.—La comezón de la publicidad es otro vicio, derivado de las causas enumeradas, hasta confundirse con ellas por la paridad de sus consecuencias. Calcagno, con sus facultades, con los recursos adquiridos, pudo hacer de la obra de todos sus afanes un libro superior, precioso y ejemplar. La precipitación en darla á luz,

en gran parte, la ha convertido en curiosidad arqueológica; en conjunto la ha hecho incompleta y deficiente. Poco tiempo después de haberla dado á la estampa ha nacido una pequeña biblioteca cubana en que el biógrafo se encontraba con materiales nuevos para la composición de sus crónicas individuales. *Cuba y sus jueces*, de Raimundo Cabrera, es un libro apologético y de polémica, de sentido restricto, pero en el fondo, por que es la base de su argumentación, no es otra cosa que un Diccionario biográfico cubano, reducido y razonado, más valiente y más depurado que el de Calcagno. El estudio crítico de Manuel Sanguily, *José de la Luz y Caballero*, ofrece excelentes datos y nociones para biografías de filósofos y de políticos. Las biografías y reseñas históricas de Vidal Morales y Morales, que por su escrupulosa exactitud, claridad de estilo y más elevadas miras y poderosos alientos, parece llamado á reorganizar y poner en limpio la obra de Bachiller, y á reformar la de Calcagno,—constituyen meritísima contribución á nuestra historia. La crítica que han movido estas y otras producciones análogas, sincrónicas ó anteriores, puestas en cotejo con la obra capital de Calcagno, bastan, sin esfuerzo ulterior, para poner de relieve sus deficien-

cias é imperfecciones, para calificar el *Diccionario* como fruto tempranero. Su prosa, al igual que su dialéctica, corre á flor de tierra, como paloma manca que en vano pugna por alzar el vuelo; su estilo es grave y sesudo, pero lenguaje y manera no admiten paralelo—por la incontestable supremacía—con el estilo y la forma de Bachiller. El *Diccionario*, en suma, es el diseño de una gran fábrica, el boceto de un libro superior, y, en medio de sus yerros, un empeño cívico digno de alabanzas. Obras de esas proporciones son el trabajo de un grupo, y con reconocer que Calcagno echó sobre sus hombros la carga de una legión, dicho se está que tiene derecho á que se juzguen sus esfuerzos con la más holgada equidad. Si se piensa en la tenacidad que supone ese trabajo, en el tiempo que ha tenido que emplear en el acopio de noticias, en un país sin archivos, sin crónicas escritas, sin verdaderos precedentes de compilaciones de esa índole, todos los afanes y todas las angustias que implica una estadística intelectual de ese calibre; el derecho á la equidad se convierte en una bula de indulgencia. Calcagno ha sido el primero que ha intentado entre nosotros, y llevado á término, esa enciclopedia sucinta, á que han debido contribuir todas las artes y todas las

ciencias, y la conquista del derecho de prioridad es de suyo un mérito relevante. La petulancia de censores impertinentes ha querido hacer ludibrio de su cualidad dominante, precisamente por aquella que sirve de salvo conducto á los defectos del *Diccionario*: rebajar la observación al nivel de la censura, agravada por el sarcasmo, es hacer de la crítica una mascarada de alguaciles. El anticuario, en todo caso, es un colaborador utilísimo: si de sus exploraciones por los cementerios de las épocas y las costumbres obtiene más que un tesoro de datos, la resurrección de los antepasados, la reconstrucción de un período, tanto mejor para el acerbo común: sino trae más que el mineral en bruto, después de cavar fatigosamente, de buscarlo con ahinco ¿por qué calificar como culpa ó tildar como una mengua risible lo que es exponente de la medida de las fuerzas con que plugo dotarnos á la naturaleza? La clasificación de la inteligencia, por su estructura, sus funciones y sus productos, debe ser tan fria y tan serena, como la nomenclatura del zoólogo ó del botánico. ¿A que viene indignarse por que el caballo es más corpulento que el perro, ó la zarza menos productiva que el cocotero? Y esas iras, con su fondo burlesco, ¿qué otra

cosa son sino el más cómico de los despropósitos imaginables, de un efecto más cómico todavía por la enormidad de la inconsciencia de los actores del sainete? Producen un efecto idéntico á la lectura del clásico epígrama en que el rudo patán, al contemplar su estampa reflejada por vez primera en la luna de un espejo, exclama muerto de risa:

«Voto á tal!
Y que cara de animal
Tiene el que me està mirando!»

Sometiendo á una liquidación de valores los productos parciales reunidos en el *Diccionario;* practicando, por categorías, balances de clases; cotejando lo que hemos hecho, lo que hacemos, y, tomando esta base, calcular lo que somos capaces de hacer; obtendríamos un saldo de consecuencias legítimas que tendría su equivalente en esta ámplia paráfrasis de la doctrina de Monroe: *Cuba para los cubanos.* Pero hay muchedumbres que tienen miedo á estar solas, pensadores que retroceden ante las consecuencias de sus propias premisas, y ateos convencidos que al oir el estallido de un rayo hacen mecánicamente la señal de la cruz. Nuestro circunspecto biógrafo, previendo estas contradicciones del carácter humano,

y compartiéndolas al propio tiempo, no ha querido construir un razonamiento sintético que equivalga á la suma total de tanta y tan variada actividad, y mucho ménos á convertir la copiosa enseñanza en base y fundamento de una teoría política. La teoría existe, cobra fuerzas de contínuo, y cuando quiere mostrar los cimientos en que se apoya, la experiencia en que se ha nutrido, los hechos que han cooperado á su desarrollo, señala las páginas del *Diccionario*, registro civil de la actividad cubana, documento humano por su fuerza de persuación superior á todos los alardes de la lógica y á todos los milagros de la elocuencia.

JOSE JOAQUIN PALMA

JOSE JOAQUIN PALMA.

Arabe blondo, arrogante como un pirata escandinavo [1] y femenil como un hermafrodita del celeste coro, místico y sensual como un ermitaño, José Joaquín Palma, cubano y poeta, es uno de los casos más singulares de atavismo. Como Zorrilla, su inmediato antecesor en la raza, se siente africano y provenzal, y siente y se produce como el súbdito de un califa y como el coetáneo de un barón feudal.

Poeta lírico, y en grado eminente, solo

[1] Así era hace algunos años, así lo reprodujo el grabado en la *Revista Habanera*,—un gallardo mozo de perfil asirio, magnífica barba rubia, melena profusa, medio oculta por las alas de un sombrero feniano que pedía las gayas plumas del cazador tirolés,—tipo en que se confundían la arrogancia y la dulzura, el aspecto

alcanza á esbozar vagas siluetas sin perfiles ni colorido. Dotado de extraordinaria imaginación auditiva, traduce en arpegios y melodías todas sus impresiones, como si cada contorno, cada línea, cada matiz del mundo externo, arrancase una nota al arpa de sus sensaciones. Si para Luaces era la naturaleza inmenso museo de formas esculturales, para Palma es inefable y misterioso poema melódico. Podría atenuarse lo que han dicho de él fogosos admiradores, hipnotizados por la magia de sus rimas, diciendo que así como Gautier era un pintor entrometido á literato, Palma es un discípulo de Bellini extraviado en el Parnaso cubano. Accionan sus versos sobre el yo sensitivo, sumergiendo el ánimo en voluptuosa y lánguida somnolencia, en brumoso crepúsculo, haciéndolo flotar entre albores de ideas y vislumbres de sentimientos.

Todas las poesías del volúmen que dió á la estampa en Tegucigalpa, pueden dividirse

varonil y la gracia lánguida. Hoy, que ha colgado el arpa en las ramas del sauce extranjero, como si su hermosura de varón hubiese huido con sus últimas melodías, con «la música de sus quejas» y «el canto de sus suspiros,» es..... obeso y satisfecho bibliotecario, prosaico y vivo mausoleo del trovador que nos imaginamos todavía, en consonancia con el carácter de sus canciones, vagando por los palmerales que baña el Bayamo.

en cuatro grupos: el *oriental*, el *elegiaco*, el *erótico* y el *familiar*. En cada grupo se destaca una poesía típica, compendio y resúmen de sus similares, meros cróquis, ensayos ó desechos de tanteos malogrados. Los cuatro grupos se resuelven en cinco composiciones típicas que tienen, á su vez, un arquetipo en que cristalizan todas sus cualidades y defectos: *Tinieblas del alma*, magna sinfonía que contiene, en su expresión más pura, todos los arrullos, plegarias y nocturnos esparcidos en la obra. Los rasgos distintivos de su creación modelo, que es la obra maestra de la escuela arrulladora, son: culto y nostalgia de las edades caballerescas en su aspecto más humano y romántico; orientalismo poético adaptado al medio americano; ensueños de gloria que no otorga el realismo de la vida moderna y anhelos de amores ideales y etéreos como los transportes de una vírgen histérica; exteriorización de todo lo que está vinculado en sus personalísimos afectos, resignación cristianísima ante las adversidades de la existencia, predominando la melancolía del cubano que ha mantenido la fe jurada al ideal de la Independencia, ideal que ama en esta hora sombría en que parece haber desparecido trás la línea del horizonte, con el mismo fervor que en la hora gloriosa

de su oriente; cerniéndose en torno como nimbo de luz trémula y vibrante, como se cierne el espíritu de las aguas sobre el ignoto lago, visión casi tangible, el hada de sus rimas envuelta en irisada y sonora gasa.

Es Palma, en la Poesía Cubana, el príncipe de la trova y el rey de la elegía. Como trovador es único. Bayamo, su gloriosa cuna, con sus leyendas y su antigua fisonomía de ciudad goda perdida en un paisaje agreste de América, fué el incentivo y el ambiente que favoreció el desarrollo de sus instintos atávicos, y el consorcio del bardo de los torneos con el descendiente de los conquistadores ávido de rebeldías, de renovaciones, de que imperen en el mundo todas las utopias de la democracia. Como elegiaco lleva ventaja á Milanés en que es más desinteresado y humano, en que su ternura es más espontánea y más honda; á Zenea, en que es más original, más remotamente influido por sus modelos. Por la indefinible compenetración que hay entre sus facultades musicales y la suave y melancólica ternura de sus emociones, es un representativo del eterno femenino. Si sus versos no llevasen al pié su pintoresco y sonoro nombre, se creerían gemidos y sollozos de la más sentimental y seráfica de las mujeres. Ninguna de nuestras

poetisas ha arrancado á su corazón ayes tan patéticos y conmovedores como los de este trovador que siente penas «por cada rosa que se cae, por cada tórtola que muere.»

La musa civil de Palma, poeta revolucionario porque la grande ola lo arrastró en su impetuoso arranque—atraviesa el campo ensangrentado de la pelea pálida y llorosa como la triste Ofelia, ajitando el olivo de la paz y regando palmas y adelfas en las huesas que halla al paso.—Concediendo mucho á lo trájico, querría que decidiese la emancipación de la Patria la lucha á brazo partido entre el más corpulento y fornido de nuestros montañeses orientales y el más enteco y canijo de los pisaverdes madrileños.—Iba de campamento en campamento entonando trovas y serenatas, gemebundas y tristes, sin el soplo bélico de las poesías oratorias de Hurtado del Valle (*El Hijo del Damují*), poeta y soldado, como él harmonioso y sentimental, pero más elocuente y varonil, según aparece en su célebre réplica á Camprodón, el kabila arpado de los procónsules; sin un solo matiz de aquella musa de Luís Victoriano Betancourt, que trás su impasibilidad de árabe fatalista ocultaba toda la socarronería de Sancho y la zumba sarcástica y jovial característica á nuestro pueblo, heroicamente festiva como

la alegría injénua del soldado, armada con la paleta del pintor de costumbres y dotada de aquel don del llanto que no pone lágrimas en los ojos y crispa los nervios, oprime el corazón y sofoca la garganta [1]. Este tono de elegía, comun á toda la poesía cubana y que como ningun otro simboliza Palma, es uno de los caracteres del género político, y cuyos orígenes hay que buscar principalmente en las circunstancias que constituyeron el ambiente moral de la factoría, en donde todo parecia predisponer ó á las brutalidades de la opresión más inícua ó á las resignaciones de la piedad; en el ascendiente perenne y decisivo de la esquisita sensibilidad de la mujer cubana, y en el comercio con un idioma que por su índole propende á sacrificar la precisión del pensamiento en aras de la rotundidad

[1] Antonio Hurtado del Valle no profesó en su natural vocación, prefirió el fusil al laud, y las poesías suyas que han sobrenadado en ese naufragio que ha devorado tantas memorias ilustres, ofreciendo hermosa muestra de sus facultades y de su númen, nos hacen deplorar que no fuese más asíduo en el cultivo de su arte.—Cuando se publique la obra completa de Luís V. Betancourt, el verso lírico como la poesía y la prosa festivas, seguramente habrá de recuperar, con ventaja para su fama, el puesto en que pareció fulminarlo, á los ojos de la mayoría, el *anathema* de Manuel de la Revilla.—Para apreciar el carácter propio de la poesía civil de Palma, recuérdense sus cantos á Cárlos Manuel de Céspedes y á la trájica muerte de los estudiantes de Medicina, sacrificados en 1871. En esta última elegía,

y la eufonía. En una antología de poesía política cubana, que vislumbro en nuestro Parnaso como un pino de oro en la cumbre de una montaña sembrada de palmeras, limoneros y nopales, las composiciones civiles de Palma representarían el corazón femenino de la Patria, como Heredia con sus arrebatos, Luaces consus visiones apocalípticas de batallas y Quintero con sus versos de hierro forjado, representarían el corazón masculino.

Esta poesía de sollozos no oídos, de lágrimas que susurran melodías, de nostalgias que hallan su expresión en todos los tonos de la elegía, parece tener por símbolo la escena final y sintética de aquel grupo interesante creado por Octavio Feuillet en su dramática interpretación del mito bíblico de Dalila.—A orillas del mar, entre el rumor de las hojas

en originalísima paráfrasis de Jorge Manrique, en la situación suprema, cuando Quintero hubiera lanzado un rujido de jaguar, Palma, resignado, deja escapar un sollozo irónico y amargo.

He aquí la estrofa:

¿Esos que tintos están
En sangre inocente, son
Los hidalgos de Aragón,
Los caballeros de Oran?
¡Cómo caminan triunfantes
Al són de sus atambores!
¡Cómo demandan loores,
Belicosos y arrogantes!
¡Esconded á los infantes,
Que pasan los vencedores!

y la sorda sinfonía de las olas que desmayan rumorosas en la playa,—Martha, la hermana artística de Mignon, contempla con sus ojos vidriosos de moribunda las golondrinas que emprenden el vuelo desde las fronteras de Italia hasta el cielo brumoso de Alemania, la tierra natal en que reposan los huesos de su madre, y pide á su padre, el viejo Sertorio, que ejecute en el violin el *Canto del Calvario*. No resiste el anciano al ruego de su hija casi agonizante; y mientras gimen las cuerdas y crece y se dilata el canto funerario, creación inédita y mimada del oscuro maestro de contrapunto, lágrimas de ternura bañan el rostro pálido de la enferma que en el éxtasis de aquella emoción confunde sus penas de novia abandonada, y que parece oir con delicia el plañido lúgubre, que acaso resuene en breve como un *requiem* en torno de su féretro. El padre, sorbiendo en silencio su llanto, viendo las lágrimas de su Martha que lo abandona con la palma del martirio en las maceradas sienes, poseido por la fiebre de la inspiración, transfunde al arco sus latidos y sus nervios, su amarga y suprema congoja, y cuando expiran las últimas notas del canto religioso y sublime en los sollozos de las olas y en los susurros de las hojas, vá con ellas el último aliento de la pobre niña.

La vírgen del Norte, más infeliz y más interesante que la extraña Mignon, que expira al pié de los Alpes sin ver el cielo de la patria; que nace, ama, sufre y muere entre los hechizos de la música, eco y causa de sus dolores más acerbos—es la imágen de esa musa de la elegía que tantas veces, en las tibias noches del ardiente Mayo, ha ungido con sus fecundos besos el númen de Palma.

DIEGO VICENTE TEJERA

DIEGO VICENTE TEJERA.

Tiene el ojo profundo y chispeante, la nariz de pico de aguilucho y el aspecto de un hebreo de pura raza. Su vida, en conjunto, recuerda la leyenda histórica del judío errante. *El judío errante*, su balada de más alto vuelo, la más conceptuosa de sus poesías, es un símbolo de su existencia de poeta y un símbolo de la áspera vida humana. El dios airado que lo compele á emigrar, á no plantar tienda en parte alguna, no es el melancólico crucificado de Judea, sino su carácter inquieto, ese instinto genial de emigración, siempre renovado, «en ciertos

hombres como en ciertas aves.» Expía un crimen no menos inconsciente que el que cometiera el deicida israelita: mató en su conciencia, desde que abrió los ojos al sol centelleante de la razón, el dios de la realidad de la vida: echó á rodar el dogma del sentido práctico.

La complicación de la cultura, en las capitales de la civilización moderna, alterando profundamente los moldes de la vida, ha creado nuevos tipos morales, productos complejos que no tienen antecesores visibles en lo antiguo, como no tienen sucesores en lo moderno el rápsoda y la hetaira. Uno de esos tipos, torpemente imitado en las sociedades inferiores, es el tipo del bohemio de París, avecindado en las fronteras de todos los reinos del trabajo humano, que en la víspera de madurez ó penetra en la esfera social, armado de sus facultades, á disputar una plaza, un solio ó una altura, ó vejeta obscuramente, esclavo de los hábitos adquiridos. Lo más frecuente es que el estado bohemio sea una etapa pasajera en una existencia llena de aspiraciones legítimas, y así lo representan Henri Mürger en el ingenioso, *espiritual* y donosísimo libro en que trazó escenas características del grupo representativo de la especie; y los hermanos Gon-

court en *Manette Salomón*, pasmo de estilo nervioso y pictórico, en que accionan una bohemia, irrascible y extraña como una gata, y un grupo de pintores atormentados por las ansias de un ideal artístico. Emilio Zola, antes de ser caudillo y pontífice, fué un bohemio, y bohemio que para cubrirse las carnes no tenía más que una frazada, en que se envolvía como un árabe en su albornoz, ni más ni menos que un héroe del malicioso y picaresco Paul de Kock. Tejera, temperamento de bohemio, recorrió toda la etapa, y salió de ella en lo social; pero así como el gitano de raza se siente extraño y encarcelado en la ciudad, él ha conservado inalterables sus hábitos de bohemio viajero, cautivo en las mallas de la realidad de la vida. Indolente como un criollo de los días de oro de la Colonia, ha trazado su semblanza, en líneas de caricatura, en su popularísima poesía *La Hamaca*, himno de sibarita voluptuoso. Ese instinto de bohemio, que es la manifestación última de su genial pereza, no es bastante para explicar el sentido íntimo de su obra poética, aunque es uno de sus elementos más activos.

El poeta ha tenido dos musas, dos fuentes de inspiración que son emblema y compendio de su temperamento. El símbolo en que

mejor se asocian y encarnan esos dos estados, es en este *lied* de *Un ramo de violetas*:

Hay un ángel que cuida á mi niña.
Si los labios intento besarle,
El rubor que la cubre es la sombra
Del ala del ángel.

Retrocedo, me culpo á mí mismo,
Pienso en algo celeste, en mi madre,
Me arrodillo... y la beso á la sombra
Del ala del ángel.

El amor sensual tiene en él una expresión única y constante: el beso. Si hubiese nacido en la edad de los faunos y los sátiros, hubiera provocado á diario las iras de Diana persiguiendo sin descanso el enjambre de ninfas por proporcionarse el inefable deleite de abrasarlas con el fuego de sus besos. En toda su obra, como una música á la sordina, vaga un perenne rumor de besos. Esta fiebre carnal que lo devora, tiene una rémora y un freno: el culto espiritual y devotísimo que profesa á la memoria de la santa mujer que lo llevó en su seno. Este culto murmura como untuosa salmodia en toda su obra, y á él debe las notas más profundas y patéticas de su lira. Revive en él, magnificada por el arte poético, la forma primitiva del sentimiento religioso: por el culto á los muertos.

A la memoria de su madre consagra, como una siempreviva mojada con lágrimas de toda la vida, las primicias de su inspiración; la imagen de su madre, como un ángel custodio, lo acompaña por su ruta de judío errabundo; después de una tempestad moral, la sombra de su madre, posada al borde de su lecho, enjuga su llanto, besa su frente y derrama en su corazón el bálsamo celeste del consuelo, el licor vital de la resignación. La muerte, que fué el pretexto para esta póstuma deificación, anonadó de tal modo al poeta cuando lo condenó á la orfandad, que por algún tiempo permaneció en un estado vecino al idiotismo.—Concibo la vehemencia de estas pasiones filiales con un sentido tan amplio y concediéndoles tan cabal expresión de sinceridad, que me explico y admiro el fanatismo á esas memorias sacrosantas, cuando surgen en una inteligencia que ha hecho tabla rasa de todos los ritos y de todas las liturgias; en un espíritu que, palpando las rudezas de la existencia, el alcance del egoismo, y los misterios pavorosos del corazón humano, se refugia en el sigilo de su conciencia, en ese rincón obscuro á donde jamás llega la luz del mundo, y allí levanta un altar, reza su plegaria de ateo y quema el grano de incienso cuyo aroma sólo él aspira, con el mismo

abandono y cándida confianza con que en la niñez buscaba protección y amparo en las faldas de la madre. — El sensualismo, corregido, atenuado ó reprimido en sus arranques por el culto espiritual á la memoria de su madre, ó la acción independiente de ambas pasiones: tales son las emociones que han procreado la obra artística de Tejera.

Goethe, Schiller, y Heine, educaron su gusto y orientaron su numen ofreciéndole las formas poéticas que ellos cultivaron con más éxito, y en que él aprendió á verter su inspiración de poeta cubano, excesivo y verboso, ofreciéndolas luego como un homenaje á las letras patrias. Eran esas formas poéticas la balada y el *lied*, la primera nacida bajo el cielo de Italia, la segunda creación del genio de la lengua alemana, como el romance es creación genuina del genio de la lengua española. Por su propia naturaleza, el talento de Tejera estaba preparado para vaciarse en esos moldes, como el talento de Becquer, el más germano de los españoles, para modelarse en la forma peculiar de sus *Rimas*. Amó á Goethe más que á Schiller, porque su temperamento tiene más semejanzas con el marmóreo autor de *Ifigenia en Taurida*, maravilla de helenismo especulativo; que con el autor, apasionado y vehe-

mentísimo, de *Los Bandidos* y *Guillermo Tell*. Estudió con ahinco toda la obra del homérida de Weimar, lo tradujo á nuestro idioma con amorosa fidelidad, prefiriendo sus baladas, más concisas y expresivas, á las de su insigne amigo, más amplias, más dramáticas y más pintorescas; pero el modelo que mejor penetró y que mejor supo interpretar en la fuerza de su expresión, fué el grupo de *lieder* que Heine caprichosamente rotuló *Intermezzo lírico*. No cabe dudar, por poco que se les examine y compare, que el poema psicológico del gran satírico alemán sugirió á Becquer sus *Rimas* y á Tejera *Un ramo de violetas*. Eso fué todo, por que ni uno ni otro poeta siguieron las aguas del gran irónico que mereció ser llamado «el más espiritual de los franceses, después de Voltaire.» El *Intermezzo* es un episodio como *Un ramo de violetas*, y las *Rimas*, cuya génesis está en las *Cartas desde mi celda*, es la historia sucinta de una vida entera, la autobiografía de un crucificado. El *Intermezzo* es una elegía, algo como una historia póstuma; las *Rimas* el diario de una vida; *Un ramo de violetas* la historia sincrónica, y bruscamente interrumpida, de una pasión. Por el carácter de su sensibilidad Becquer tiene marcadas analogías con

Heine, Tejera con ninguno de los dos. Heine es un satírico completo, todo su poema es un sarcasmo con deslices al campo de la bufonería, destacándose, detrás del poeta, el germano antiguo, rudo y fuerte, que después del funeral irá á escanciar jarros de cerveza; Becquer es un melancólico, un nostálgico, antes que un irónico, sus canciones son gemidos acerbos, resignados y lastimeros, que vibrarán en su alma y en sus labios hasta que exhale el último aliento. [1] Tejera no es un ateo sombrío ni un descreído regocijado y mefistofélico, su deismo es un naturalismo artístico que confina con el panteismo puro: la melancolía es un estado de su ánimo más fugitivo que un beso, y la ironía una nube de verano.

Borradas de *Un ramo de violetas*, como del *Intermezzo* y de las *Rimas*, estrofas iterativas, impertinentes ó frívolas, pues los defectos no cuentan en estos cuadros psicológicos—el poema del poeta cubano conserva la frescura de la originalidad que le imprime la naturaleza de sus sentimientos, en lo que se aparta y distingue de sus precursores. En la forma, pura, limpia, concisa, correcta

[1] Véase el erudito y precioso artículo de Rafael M. Merchán, titulado *Becquer y Heine. (Estudios Críticos.* Pág. 449—Bogotá—1886).

sin esfuerzo, y por todo esto original y nueva, más nueva y original por el silencio y sopor en que tuvo que yacer el arte miéntras ardió la tea revolucionaria; y por el sentimiento, que se exhibe sin máscara ni abrigo, en el impudor de la injenuidad, que se analiza, es estudia, se contradice en la apariencia y se harmoniza en el hecho; que muestra su dualismo de calentura erótica y de espiritualismo religioso y casi místico,— *Un ramo de violetas*, diferenciándose de las *Rimas* y del *Intermezzo*, adquiere perfiles, contornos y coloridos que no se hallan en los modelos. *Un ramo de violetas*, al mismo tiempo, señala la altura máxima á que puede llegar el estro del poeta: las mejores concepciones de las *Consonancias* ó de las *Poesías varias*, no superan en belleza ni en profundidad las mejores estrofas del poema psicológico, que, además, contine en gérmen las mejores poesías de las otras colecciones.

Es Tejera un artista ántes que un bardo, más psicólogo que sensitivo, más formalista que emocional y sugestivo. Su labor, por lo mismo, es manjar de refinados, vedado á los paladares groseros. El renombre que ganó en la aurora de la nueva era, más que á sus *lieder* y á sus baladas, más que á su precioso poema, lo debió á *La Hamaca*, á un género

para cuyo cultivo tenía singulares dotes, y que evitó después de haber trazado con maestría dos ó tres cuadros que él reputa ensayos, meros pasatiempos de la fantasía. Tejera, en efecto, es un descriptivo de primera fuerza, colorista enérgico y brillante, como lo demuestra su paisaje de la salida del sol en una madrugada de verano. El amor á sus modelos, tan expresivos en su peculiar sobriedad, su cultura de artista, y el temor de incurrir en los pecados de los pictóricos excesivos, le hicieron mirar con despego y secreta antipatía un género que la rígida estética idealista condenaba como síntoma inequívoco de decadencia. Tuvo el raro valor de condenar á la esterilidad una facultad activa y fecunda. En cambio, desconociendo la naturaleza de su intelecto, ó cediendo á emociones que no hallaron su forma y envoltura características al exteriorizarse, cultivó el género epigramático, y esta labor, que ponía en tortura su musa, resultó miel insípida, abeja sin susurros ni aguijón. Hizo una excursión por el arte dramático que más que como esfuerzo de poesía dramática debe considerarse como estreno prematuro en la poesía política. Nos referimos á *La muerte de Plácido*, trabajo que pertenece á la adolescencia de su talento. No ha hecho profe-

sión de poeta político: alguna que otro estrofa, por acaso, devuelve en su libro las notas del bronce del poeta civil. Después de la publicación de sus obras completas, de tarde en tarde, ha compuesto alguna que otra poesía patriótica, de tono plañidero, reviviendo los triunfos de su arte por la limpieza del estilo y la corrección de la miniatura. Si quisiera ganar un puesto distinguido entre los poetas civiles simbolistas, le bastaría para ello formar una colección de sus brillantes traducciones del bardo húngaro Petœfi, cuya musa parece haber gemido cautiva en una mazmorra de Cuba. La traducción de esos cantos llenos de osadía, varoniles y apasionados, no ha sido un ejercicio de artista, ha sido, sí, una manera de expresar sus sentimientos de cubano, muy análoga á la que adoptó el correcto y elevado Luáces, por ministerio de las circunstancias del período y el lugar en que floreció su plástico talento.

El poema psicológico, la balada, el *lied*, sus grandes ofrendas de artista á las letras cubanas, no se han popularizado; la musa callejera, desgreñada y verbosa, se ha contentatado con el ludíbrio á que ha condenado el soneto y la décima; pero la musa culta, aristocrática y discreta, tampoco ha escojido esas formas de expresión, que ha visto

con el abandono y el recelo con que vió siempre el terceto. El próvido viajero, por su parte, tampoco tomó empeño en vulgarizar los modelos. Y como al erudito Bocaccio, condenado por la posteridad á la fama de sus *Cuentos*, el gusto popular lo condena al renombre de mero descriptivo que le ganaron las cadenciosas estrofas de *La Hamaca*, dando al olvido, ó dejando en segundo plan, *Nó! El judío errante*, *El Poeta*, *A Magdalena*, *A tí*, y el florilegio de *lieders* del *Ramo de violetas*. Su pecado, si así puede llamarsele, consistió en su esfuerzo más loable: en importarnos formas nuevas, sin que hiciera ostentación del regalo ni lo desvaneciese el homenaje que le tributó la Crítica; en que inició una regeneración en la Poesía, en momentos en que esta empezaba á declinar, en que sus representantes iban disminuyendo. Pero estas circunstancias no bastan para obscurecer sus méritos de artista, el valor de su obra poética, que ocupa en nuestro Párnaso un sitio aislado, entre la obra de Juan Clemente Zenea, su igual en la corrección, y la obra de José Agustín Quintero, con el que tiene algunas semejanzas, y al que supera por el númen y la originalidad.

ANICETO VALDIVIA.

ANICETO VALDIVIA.

Lo que vamos á narrar sucedía durante el proconsulado del sombrío Fajardo. Valdivia era entonces un bohemio, y vivía sometido temporalmente á la inquisidora tiranía de una patrona obesa, devota y avinagrada. El interior de su boharda era el emblema de su intelecto. Era un aposento en que siempre era de tarde, húmedo y ahumado: el suelo estaba cubierto por una espesa capa de papeles: periódicos nacionales y extranjeros, semanarios, revistas, ilustraciones y trizas de cuartillas: arrimadas á las paredes había numerosas tongas de libros, unas derribadas, otras amenazando derrumbarse; en el centro, y junto á un catre que era lecho y butaca, había un baul

enorme, forrado en cuero carcomido y lleno de calvicies, que desempeñaba funciones de armario, de velador y de escritorio. Era el mueble típico y emblemático. Sobresalían un tarro de cerveza en cuyo gollizo se atarugaba una vela, y una especie de cazo, con estratificaciones de polvo y limo negro como chapapote, rebosando de tinta. Sobre la tapa del baul, revueltos, barajados, veíanse como veinte volúmenes, vueltos de revés, marcados al principio, al medio, ó al fin, desflorados, rasguñados, husmeados, mordisqueados todos por la gula voraz de un lector hidrópico. Aquella balumba de autores hacía sospechar que Valdivia hacía de sus lecturas una promiscuidad increible, que en un mismo día devoraba centenares de páginas de libros diversos. Así era en efecto: y antes y después de aquel largo período de su vida, sus escritos han reflejado ese desórden de torbellino de sus lecturas, su cultura esa desorganización originaria, fruto de una alteración profunda en el funcionamiento de las facultades, por exceso y desproporción de ejercicio y por la monstruosa cantidad de alimento. Si sus lecturas hubiesen sido hechas con lentitud y método, y si no hubiese propendido siempre á desarrollar su fantasía con evidente detrimento de sus

facultades reflexivas, no cabe dudar que hubiera sido un literato y un crítico. Buscó su deleite, momentáneo, fugitivo, excluyendo el provecho, la utilidad remota del trabajo, y la mayor cantidad de esa lectura ha sido tan estéril en su intelecto, como si éste fuese una vorágine destinada á sumergir en sus antros páginas impresas. Es un literato y es un crítico, pero que adolece de aquellos males que cohiben el desarrollo que, en otras circunstancias, hubiera adquirido, y por los cuales ofrece el aspecto de un organismo en que miembros y vísceras, en vez de llegar al desarrollo pleno, han caído en la atrofia ó en la hipertrofia.

Su vida ha sido un encadenamiento de adaptaciones singulares. Salió de Cuba en la niñez; vivió en Galicia, y se sintió gallego; vivió en Madrid y se produjo como un hijo de la coronada villa; residió en Puerto Rico y fué un antillano menor; regresó á Cuba y poco á poco se adaptó á nuestro medio y á las más autóctonas tendencias coetáneas. Empero, su larga residencia en España, su contacto y su conocimiento del arte literario español y de muchos de sus cultivadores modernos, no han podido hacer de él un purista, ni un clásico, ni un hispanófilo. En Galicia, un poeta romántico le inoculó

el culto á Víctor Hugo, y esta pasión, exaltada hasta el delirio, decidió de su gusto y de sus inclinaciones, constituyéndole una nueva naturaleza, convirtiéndolo, en el órden intelectual, en un ciudadano de la Francia romántica. Oportunamente hablaremos del plástico cosmopolitismo del cubano, que ahogándose en su patria llega á ser perfecto ciudadano del mundo; en Valdivia, el proceso de naturalización es restringido y peculiar. No se ha asimilado las cualidades características del francés, no ha logrado tampoco apoderarse del genio de la lengua para hacerla verbo de sus ideas: se ha contentado con reflejar, exajerándola, la tendencia, el sentido, la manera y el estilo de una escuela literararia; su lenguaje recuerda la expresión de Hugo, con más frecuencia la de Gautier, raras veces la de Saint Víctor; piensa en francés y vierte sus ideas en un idioma mestizo, policromo, en que la índole del castellano se confunde y mezcla con la índole del francés. No sale del recinto de la escuela, es un neófito que parece haber sido comensal de los banquetes y veladas en que Julio y Edmundo de Goncourt reunían á sus cofrades, que se ha paseado por los boulevares cojido del brazo del gran Theo, como él llama á Gautier con sus más férvidos devotos;

que conoce al pormenor las obras y las vidas de esos campeones de un ideal de regeneración literaria, como lo fué incuestionablemente el romanticismo; pero que no ha abrazado la doctrina, que no ha compartido la fe de los combatientes, y ha permanecido en la primera etapa, en el atrio de la iglesia, enamorado de la forma externa, de la plástica antes que de la filosofía del dogma. No es el suyo el caso de Rubén Darío, ni el de Manuel Gutiérrez Nájera, que mejor que adherentes parecen y se producen como si fuesen células en la cerebración francesa; es, en esfera menor, un caso análogo al de Theophile Gautier, que por sus aptitudes no pudo, aunque lo intentó con esfuerzo continuado, ir más allá de la literatura plástica, cuya perfección llevó hasta el prodigio. Así Valdivia ha quedado en uno de los períodos del estilo romántico, en el estilo lapidario, macizo, excesivo en imágenes, en frases y en personificaciones. Este estilo, profuso, lujurioso, recargado, es arqueológico, primitivo y decadente á la par; hace pensar en la imaginación de un poeta arya, en el período de virginal fertilidad que produjo el *Ramayana*, por la profusión, no por el sabor panteista de las imágenes, y que ha atravesado, manteniendo incólume su carácter ori-

ginario, todo el vastísimo climax que comprende la civilización greco-latina. Hay grados de sensibilidad como hay grados de perspicacia. El estudio de la obra total de Valdivia autoriza para creer que en él la sensación no llega á emoción, que sus impresiones nacen heridas de mortal atrepsia que les impide alcanzar el grado máximo en la escala de los sentimientos. Los afectos que ha expresado están mejor en la penumbra en que acaba la obra de los nervios y empieza la obra de la pura inteligencia, en el momento de transición, que en el propio dominio de la Psicología. Sensitivo antes que emocional, sus trabajos más hondamente sentidos ostentan el sello inequívoco de la insinceridad. No parece que aguarda las impresiones, sino qne las solicita y provoca, para que respondan y se ajusten á una pauta diseñada de-antemano. Ha buscado, antes que la expresión de lo que sentía llana y fielmente, la ampliación á lente de aumento de todo lo que caía en el campo de su visión, para producir un efecto pictórico, un deslumbramiento ó un vértigo. Su culto á Gautier, que habla tan poco al corazón como una aguja gótica ó un pilar morisco; su pasión por Barbier, que completó con sus hipérboles la educación del autor

de *Mlle. de Maupín*; su vida de bohemio de las letras y, posteriormente, su labor cotidiana de cronista, son factores y circunstancias que se han asociado para que la deformidad congénita, si lo es, adquiriese inusitado desarrollo, ó para que el hábito, siempre estimulado favorablemente, le crease permanente y artificial naturaleza.

Suele Valdivia construir y cincelar á la manera de Próspero Merimee, que en vez de edificios construía armazones y en vez de estatuas esculpía osamentas, pero comunmente la propensión de su temperamento lo lleva á iluminar columnas, capiteles, frisos, pavimentos, zócalos y grupos, vistiéndolos y embadurnándolos con su paleta de policromático bizantino, eclipsando las *preciosidades* de Góngora y el calado hojarascoso de Churriguera. Cuando rompe la caja de Pandora de sus metáforas; la impresión que produce es la del kaleidoscopio del ocaso: mónstruos de perfiles grotescos y desmesurados, coloridos por todos los cambiantes de la luz; confuso, fantástico, extravagante, como un cosmorama chillón y anubarrado del mundo de la realidad; la de una catarata fluída de esmeraldas, rubíes, zafiros, ópalos, diamantes, topacios y turquesas, en la que se descomponen los rayos de un sol de Canícula, y

que tuviese por eco acompasado el murmullo de un coro políglota, confuso é indistinto; y con más frecuencia la de un mundo estrambótico y fantasmagórico, en que las águilas se vistan con el plumaje del colibrí, cantan las tórtolas como los ruiseñores, las flores se rizan degenerando en crespos floripondios y la vegetación en multiforme y florde lisado pampanaje; en que el orden de lo natural se convierte en anarquía tumultuosa y epiléptica, pavorosa, enigmática, macabra y bufona, como un tango furioso en un Brocken de cartón, y en que danzaran bonzos y escoceses, bayaderas y negras del Congo, gnomos y demonios, brujas y desarrapados pilluelos, genuinas ninfas griegas y grisetas de la era romántica,—á los ecos de una música que fuese heterogénea sinfonía compuesta con la música más local de todos los paises del orbe.—Cuando un motivo más elevado que el rebuscamiento de la originalidad lo anima y lo alienta, la metáfora, el símil, la imagen, alcanzan la precisión y belleza que caracterizaba á Gautier, y cito con admiración, entre numerosisímas labores de su fantasía, diseminadas en sus crónicas, en sus divagaciones y en sus conferencias, aquel símil entre Víctor Hugo, pontífice-rey de una escuela y el retrato del Emperador Na-

poleón que en la galería de los Inválidos enseña el fanatizado *cicerone* descubriéndose trémulo y respetuoso.—Su fantasía, robusta y fecunda, hace pensar en una hembra, voluptuosa y liviana como la Eva primitiva, que se rinde al primero que la seduce y halaga: los frutos de esos amores fugitivos llevarán el sello característico de sus progenitores. Toda fantasía está en condiciones de caer en iguales tentaciones, y el mérito no estriba tanto en aherrojarla y vigilarla, como en seguir, con inexorable rigor, el sistema de los crueles legisladores espartanos: condenar á muerte los frutos anémicos ó contrahechos. El buen gusto es harto competente para hacer la clasificación y el raciocinio se basta para convertir las clasificaciones en sentencias, y aun para ejecutarlas. Pero Valdivia, reuniendo en su intelecto los elementos necesarios para esta labor de confrontación y depuración, no se ha curado de que ejerzan con asiduidad y rectitud el oficio encomendado. De ahí esa prole clorótica, escrofulosa, mísera, que bulle y se agita como horda de expósitos, como protesta perenne contra el padre que los lanzó á vida vergonzante.

Precisando los términos, y sin incurrir en sutilezas, cabe decir que Valdivia, como su

maestro Gautier, tiene una imaginación embrionaria y una fantasía exuberante, pues ambos sobresalen en el pormenor, en el ornamento, y fracasan ó no han llegado á la concepción general, harmónica, completa y osada, que es el carácter propio de la obra de imaginación. Cabe decir así mismo que Valdivia, si hubiese educado su fantasía, como Paul de Saint-Víctor, distribuyendo las galas retóricas y el colorido con el tacto delicadísimo que el «Don Juan de la frase y el veneciano del folletín,» que por tales méritos obtuvo merecidamente tales títulos; hubiera ennoblecido su estilo, y ganado un puesto y un ascendiente más elevado en el mundo de nuestras letras. En su abigarrada colección de artículos hay numerosos pasajes en que su estilo encuentra el justo medio, en que la osatura del autor de *Carmen* se cubre de túrgida, suave y sonrosada carne, lo que prueba que con el empeño decidido hubiera podido seguir con mejor fortuna las huellas del autor de *Hombres y Dioses*.

Valdivia no tiene el temperamento del iconoclasta; á no ser por las exigencias naturales de la defensa, seguramente no hubiera asido nunca el zurriago para el castigo. Pero si no lo abrasa la fiebre del que se complace en derribar ídolos por ir contra la ola

ó por romper la monótona uniformidad de las reputaciones consagradas, le sobra acometividad, malicia y airada elocuencia para tomar el desquite. Hiere con las armas que deslumbra: al que lo acribilló con cuchufletas porque movía el incensario sin cordura, á ese lo abrasó con los carbones encendidos que consumen el incienso; al que buscó la sombra protectora de su benevolencia hiperbólica para convertirla en reclamo ruidoso de sus lucubraciones, á ese lo sepultó vivo en una balumba de metáforas, infiltrándole las emanaciones mortíferas del manzanillo; y mejor que á un escorpión de pedrerías, inofensivo si no se le toca, ponzoñoso á la agresión, recuerda al cefalópodo de los mares africanos que, viéndose acosado, se envuelve en una nube de colores vivos, densos y cáusticos. El verso de hierro candente de Barbier parece haberlo educado en el manejo de la frase ruda, áspera, espumosa y caliente como la nata de un puchero de petróleo. Aun en este estado, predomina en su pensamiento la expresión hiperbólica; y si en el elogio llega siempre al ditirambo, en la censura, obedezca ó no al móvil de la pasión, siempre llega á la injusticia. Como término medio, suele aparecer entre ambos extremos la malicia, á manera de conato de

sátira, nebulosa é informe, ó la burla aturdida, descabellada, que punza y escuece, cuando no es cómica carcajada de sonámbulo, como acontece cuando su fantasía usurpa un papel en el drama de sus afectos.

Valdivia es poeta y autor dramático. Prefiero sus traducciones á sus creaciones, y sus críticas teatrales á su *Ley Suprema*. No niego que posea el sentido del ritmo, y reconozco la bondad del consejo que le dió Varona cuando lo invitaba á que pusiese á su fantasía el grillo de oro de la rima. Creo firmemente que si pusiera en ello el debido empeño, podría regalar á la literatura cubana un museo de camafeos y esmaltes, una colección de poesía plástica. Pero él se ha desviado de propósito de ese sendero, y sus versos, en lo general, ó son traducciones ó paráfrasis de sus autores predilectos. Su fantasía, que lo inhabilita para ser un dramaturgo, lo cohibe en gran parte para ser un completo crítico teatral, á pesar de su cultura, de su educación y de su depurado gusto en esta manifestación del arte. Sin embargo, sus juicios críticos de dramas y autores tienen siempre un sello de competencia innegable, la autoridad de un testigo cuyo testimonio se oye con gusto y con provecho. Su pasión por el teatro no ha sido pasión pla-

tónica: por ella ha llegado á ser un recitador excelente, único entre nosotros. Recita, mejor dicho, declama una poesía, con el mismo arte con que declamaba Rafael Calvo los poemas de Núñez de Arce. La manera española, casi análoga, por sus bellezas como por sus defectos, en Calvo y en Vico, es tan familiar á Valdivia como si fuera una manera propia suya.

La exajeración de sus defectos, abultados por sus alardes, ha dado margen á que se haya puesto en tela de juicio la excelencia de sus cualidades, como si aquellas no fuesen la consecuencia de éstas, que la crítica no puede eliminar ni ocultar. Por su conformación como por sus adquisiciones, Valdivia es superior á la reputación equívoca que le han ganado sus trabajos. Es tan superior á su obra, que si hiciera la debida penitencia y tuviese la suficiente abnegación, podría, si no borrarla, eclipsarla con un libro, aunque aprovechase para su composición los elementos más preciados de su abigarrada cosecha. Hemos dicho antes que Valdivia pudo haber escojido para modelo de composición el estilo de Paul de Saint-Víctor; pero acaso nos engañemos tomando como una consecuencia lo que es una predilección nuestra, nacida de la cempa-

ración entre la forma del autor del *Viaje á Rusia* y la forma del autor de *Las Dos Máscaras*. Es indudable que todo determina á Valdivia á no abandonar la ruta enarenada de pepitas de oro y polvo de pedrerías que han recorrido otros discípulos de Theophile Gautier, y que él mismo, que figura entre aquellos, ha recorrido con fortuna varia. Gautier, ensalzado sin medida por unos, censurado por otros con furia ó con inusitado desdén, «dió un nuevo carácter á ciertos géneros secundarios: sus narraciones de viajes, sus novelas cortas, algunos trozos de crítica y algunos de sus pequeños poemas, son absolutamente originales.» «Sus novelas cortas, las que ostentan el sello inequívoco de su verdadero talento, son *meras impresiones de viaje y de arte....*» «Casi todas tienen el carácter de paseos arqueológicos. Gautier, por instinto, se separa de lo moderno y, sobre todo, de lo contemporáneo.» «No cabe duda que ha renovado el arte del cuentista, desde que hizo consistir el interés, vivísimo y apasionado, en los paseos y estadas en las habitaciónes de los hombres antiguos.» «Llegó á inventar una especie de crítica plástica;» «á dar la impresión de una pintura ó del estilo de un autor por medio de una especie de

cuadro á la pluma.» «Nada más difícil que hacer comprender el carácter peculiarísimo del genio de Lamartine: Gautier lo hace sentir, *pintando la impresión producida* por el estilo de las *Meditaciones....*» «Gautier no ha creado; pero ha conocido admirablemente todos los recursos de la lengua y del estilo francés.» Su vocabulario, «sostenido por una memoria magnífica, era inmenso mayor quizás que el de Víctor Hugo.» «Su estilo es flexible, penetrante, incisivo, estrechando muy de cerca el contorno del objeto que describe;» «siempre tiene una propiedad y una exactitud que admiran en fuerza de realizar lo que necesariamente se espera.» «Llega á la pompa y la amplitud en el período desde el momento en que describe;» «pero donde más brilla es en lo pintoresco conciso, en el rasgo neto,» «cualidades á que parecía asirse á medida que avanzaba.» «Esta es la nota dominante en *Emaux et Camées.* Empezó por la pintura al óleo, siguió hasta el agua-fuerte y concluyó por el esmalte.» [1]

Muchos de los elementos del juicio que

[1] Véase Emile Faguet: — *Etudes Littéraires sur le dix-neuvième siècle*—(1887) Teóphile Gautier,—Página 297.—Relaciónese esta cita y su comentario con los pasajes idénticos en los subsiguientes bocetos de *Julián del Casal* y *José María de Heredia.*

dejamos transcrito son aplicables al estilista cubano si se hiciera un florilegio de toda su labor; los demás elementos del mismo juicio, aquellos en que el sesudo y competente crítico destaca y ensalza las excelencias y creaciones de la inteligencia de Gautier, también son aplicables á Valdivia, aunque esta vez como etapa por recorrer dentro del ciclo de su evolución literaria. Posee la facultad de sorprender el rasgo dominante y característico, el don de reproducirlo en estilo pictórico y escultural; sólo le falta, para merecer en toda justicia el título de discípulo, que siga las huellas del maestro, su plan, su método de composición, en obras de la perfección de su libro *España*, en novelas cortas como *Una noche de Cleopatra* ó *El rey Candaule*, en críticas plásticas como la que dedica á Ch. Baudelaire en su *Historia* del romanticismo, y aun en poesías como las estrofas de mármol pentélico y de nieve alpina de sus *Esmaltes* y *Camafeos*. ¿Por qué no acomete la obra? La letras cubanas tienen derecho á ese tributo: Valdivia es el designado para lucubrar la preciosa ofrenda.

JULIAN DEL CASAL.

JULIAN DEL CASAL.

Nació su padre en el histórico señorío de Vizcaya, y aunque hombre de negocios, osado y de gran sentido práctico, fué siempre amantísimo de la lectura de autores místicos. Su madre, hija de Cuba, era una santa y piadosísima mujer. Uno de sus ascendientes es un gerarca de la Iglesia Católica en España, y entre sus antepasados hay una histérica, oriunda de Irlanda, célebre por las exaltaciones de su iluminismo. De su hogar, que era un oratorio, pasó Casal al Real Colegio de Belen, sucursal obscura y mediocre de la Compañía de Siervos de Jesús. En hora temprana murieron sus padres, antes de que pudiera es-

cojer una dirección en el mundo. A la orfandad se alió la miseria, más dolorosa y punzante cuanto que el trabajo afanoso de su padre debió crearle el patrimonio de un millonario; un quebranto postrimero trajo la ruina irreparable, caso idéntico al que acaeció á Aurelio Mitjans. Huérfano y pobre, salió del claustro tenebroso y frío, para ser la víctima propiciatoria de una estatua de carne; su primera pasión, en vez de ser la ofrenda inmaculada á una virgen ideal y pudorosa, fué el desenfreno de un cenobita que saliese de su maceración y su abstinencia para caer en los aturdimientos de una orgía. Abandonado, sin guías, con la herida abierta de un desengaño prematuro, constreñido, por su extrema pobreza, á renunciar al estudio metódico, echó á andar sin rumbo y sin fe, desconcertado y triste, viendo de lejos y con recelo y pavor el combate de la vida, como aquel héroe de Beyle que corre aturdido y ciego en torno del campo de la batalla de Waterloo. Su cultura intelectual y moral ha tenido que seguir la dirección de línea quebrada de su existencia, y si no es plausible que haya abrazado con fervor la doctrina del decadentismo, es lógico que viva holgadamente en el seno de esa secta, que es algo más que un grupo de excéntri-

cos atormentados por las torturas de la originalidad artística.

En sus venas hierve y se atropella sangre de místicos y de monárquicos; su primera educación, dirigida por jesuitas, avigora y desarrolla el legado de sus antepasados; cuando sale al mundo y lo agarra y dilacera la lascivia con sus garras de Furia, y su hogar se convierte en un panteón, su patrimonio en un mendrugo, en su choque con la sociedad y con nuevas ideas, surje el conflicto y de él la dispersión de sus primeras creencias, que no se reconstruyen y reorganizan en principios nuevos, sino que flotan y ondulan, á manera de penachos, entre los vestigios de sus ideas primitivas, como las parásitas que nacen y se mecen entre las grietas de las ruinas. La monarquía le seduce, antes que por su organización, porque consagra una clase y, sobre todo, por la pompa fastuosa con que hiere la imaginación, del mismo modo que el catolicismo la seduce y cautiva con la plástica solemne y prestigiosa de sus ritos paganos. Así se concibe su platónica simpatía por el romántico, cerebral y neurópata Luis de Baviera, que ha sido su rareza característica, y así se concibe y explica que como el arcaista Juan Montalvo abomine de la indumentaria mo-

derna y anhele que se restaure la moda de la época del Directorio. Sus desventuras lo llevaron al aislamiento, se hizo selvático y huraño, lo que se compadecía con sus herencias místicas, se divorció del mundo y de la naturaleza, con terquedad de eúskaro y orgullo de hijodalgo empobrecido, y se entregó, con asiduidad enfermiza, á la lectura de los románticos que constituían como el Estado Mayor de Víctor Hugo, los cuales lo llevaron al cenáculo de los pesimistas. Baudelaire, con sus *Flores del mal*, lo inició en los misterios de la escuela. La poesía de aquel decadente, en su conjunto, se avenía tan estrechamente con los recuerdos de sus primeros amores, que la acojió como la elegía de un amigo, cómo la confidencia amarga, sincera y simpática, de un hermano. Consecuencia necesaria de esta identificación moral, fué el culto á esa literatura, á su estilo, á su lenguaje, al empleo del colorido y á los primores de la forma. Vivió, como Valdivia, en un mundo artificial, en un medio literario limitado y restricto que, como un reflector, le devolvía una visión especial del mundo, visión en que se confundía la luz irisada de las concepciones del idealismo romántico, y la luz pálida y funeraria del pesimismo de los decadentes. El medio, y

mejor que el medio el momento en que se desenvolvía, era el más propicio para mantenerlo en aquella posición y para hacerlo apetecer aquella atmósfera, madre de la anemia, procreadora del nervosismo y de los engendros de la neurosis. La concentración á que lo obligaba la soledad tenía que resolverse en una perenne resurrección de su pasado, con sus peripecias é infortunios, penitencia en que el tormento degenera ó se transforma en instrumento de íntimas delicias. Fuera de su celda no hallaba más que la postración de un pueblo vencido, y los vagos vagidos de una generación que pugnaba por orientarse en todos los órdenes de la vida, y en la que convivían el desaliento de los que consumieron sus energías en esfuerzos inauditos, superiores acaso á la energía colectiva,—con el anhelo, informe y sin fundamento racional, de los que entendían que era una necesidad social crear una utopía cuando no surje el ideal en el corazón del pueblo como exponente acabado de la conciencia de sus fuerzas. El sedimento místico, que le impidió llegar al ateismo, renovando en su corazón, con intermitencias y á manera de efluvios del hogar y de la escuela, los sentimientos de la adolescencia, lo puso á salvo de la infección de las ideas de Baude-

laire. Sin embargo, ha conservado y conservará la huella de la estética de aquel poeta, cínico hasta la fanfarronería, como ha dicho uno de sus más sagaces panegiristas. Baudelaire era un descarriado de la escuela romántica, y como el orientalismo que ella puso de moda trajo luego el exotismo, Casal salió de manos de Baudelaire con las náuseas del hastío, buscó el japonismo como un solaz, luego el decadentismo, en el que lo inició Paul Verlaine, hasta parar en donde hoy se encuentra: entre el pintor Gustavo Moreau y el extraño Joris Karl Huysmans. [1] Esta es la historia sucinta de sus ideas y de sus sentimientos, historia por extremo curiosa y edificante. La vida que ha adoptado ha ido acentuado en su ánimo el odio á la vida real, el horror á la acción, poniéndolo en las lindes del verdadero nihilismo práctico, ó en la clasificación patológica de los enfermos de la voluntad, determinándolo á adaptarse al medio que se ha creado,

[1] Huysmans, personificándose en des Esseintes, personaje de su novela *A Rebours*, esboza la estética de lo artificial. Leyendo á Huysmans, vino Casal á hacer de Gustavo Moreau una musa auxiliar, como lo ponen de relieve—y él lo proclama—numerosas páginas de *Nieve*. Y Casal no ha *visto* un *cuadro original* de Moreau, ni copias, ni *pastiches;* conoce toda su obra por la reproducción fotográfica y por los exaltados panegíricos de Huysmans.

enardeciéndose en compensación algunas de sus cualidades, que forzosamente han de exajerarse en el ejercicio. El arte será á sus ojos un sacerdocio augusto y supremo; el mundo de las letras una ciudad sagrada, dividida en cuarteles que corresponden á escuelas y castas; la Religión una forma ó encarnación del arte pasional, mina copiosa del arte verdadero; pero estas convicciones profundas, al primer roce de la contradicción, estallarán como petardos, en frases brillantes y sonoras, violentas, intolerantes, irritadas. Puestas en cuarentena sus creencias, caerá en las intransigencias y en los exclusivismos de un catecúmeno, pero de un catecúmeno imaginativo, artista y diletante. Naturalmente, la expresión común de sus juicios será la hipérbole pintoresca: su admiración creará un mundo suyo, olímpico, un hemiciclo de ídolos; pero corrigiendo las líneas de su visión general, suprimiendo los adornos y retoques de la fantasía, se verá sin esfuerzo que la distinción responde á un juicio seguro y la selección idolátrica á una norma de buen gusto y de completo sentido artístico.

Aurelia Castillo de González, en una de las páginas más hermosas, vibrantes y completas que hayan brotado de su pluma de artis-

ta, que es también la pluma de una matrona de aliento romano, ha trazado un juicio perfecto del autor de *Nieve*, perfecto por la sutil penetración, por el valor que asigna á las joyas del pequeño volumen, por el éxamen, técnico y preciso, y aún por la tendencia docente en que se inspira. Aurelia Castillo, por el dualismo de su corazón de artista y de su corazón de mujer, ha sondeado el alma del poeta, hasta lo más hondo y obscuro, y porque ha visto allí la mansedumbre, la sencillez, la ternura, ha execrado y maldecido los libros favoritos del poeta, con los que haría un auto de fe; y en un arranque digno de la elevación de su carácter, comentando una expresión viril de uno de sus cantos, exclama: «Así, amigo mío, así habla un poeta. ¡La frente alta, el cuerpo erguido, el ánimo pronto á la lucha.» «El poeta no puede ser estatua. Su mirada debe abarcarlo todo. Fíjese investigadora y meditabunda en las ruinas de lo que fué, fulgurante y atrevida en el torbellino de lo que és, beatífica y confiada en los explendores que sólo á ella es dado contemplar de lo que está por venir.» Otro poeta, Faustino Díez Gaviño, por simpática intuición, ha dicho que en *Nieve* se echa de menos la imágen de una mujer, la estela de lágrimas y sangre de una pasión.

Agréguese á lo expresado por la varonil escritora camagüeyana y por el correcto poeta eúskaro, lo útil que sería á Casal recorrer á pié y á caballo los valles y eminencias de la Sierra Maestra, bogar en *guairos* y en piraguas por las aguas del Cauto, saturarse, impregnarse con el aroma de la naturaleza, para contrabalancear el efecto de su prolongada saturación literaria, y tendremos el método terapéutico indicado para el estado patológico que de común acuerdo todos reconocen en sus manifestaciones morales. Aun cuando no se realizase el pronóstico de esta crítica que confina con el estudio clínico, y que compartimos en lo que tiene de explicativa, separándonos de ella en lo que tiene de censora, ó sea cuando deja de ser especulativa para ser práctica,—todavía Casal puede realizar el ideal artístico que persigue, llegar á la cumbre á que aspira en la plástica de su arte, y modificando ó nó sus creencias, llegar á la última fase de la evolución de las mismas, dados su temperamento y sus cualidades, —fase que puede ser el último período de un estado mental, precursor de otro estado distinto, ó el estado definitivo de su inteligencia.

Su estudio *Joris Karl Huysmans*, es una profesión de fe, arrogante y audaz, escrita

con verdadera inspiración, con todos los recursos de su opulenta fantasía; es, por excepción, su página íntima, la que marca el período álgido de la fiebre decadentista. «Quizás un día, exclama en tono profético, funesto para las letras, pero glorioso para la religión, la pluma de oro de Huysmans que, desde su Tebaida de artista, ha pulverizado las ideas del siglo, escudriñando el alma de sus víctimas y goteado lágrimas de sangre sobre tantas miserias, se consagre á narrar desde su celda de hagiógrafo la vida de sublimes mártires, porque los rayos de la fe habrán iluminado la noche de su alma, y pensará firmemente, como Durtal, el protagonista de *La-Bas*, *que la fe es el tajamar de la vida, el único muelle tras del cual el hombre desarbolado puede encallar en paz.* Y este augurio se basa en que Huysmans, aliado prófugo de la escuela naturalista, es en el fondo un místico, un esteta que no concibe el divorcio del arte y de la religión. El augurio puede aplicarse á Casal en todo su alcance y en toda su integridad. No sería extraño que su paleta de colorista tuviese por exclusivo empleo en lo futuro iluminar vidas de mártires y de santos, de místicas y de histéricas. Hoy, que se encuentra á la mitad de esa ruta, no ve en Garibaldi lo que

ha visto Ricardo del Monte: un héroe de un libro de caballería cuya Dulcinea era la diosa Libertad, y que se ahogaba en este siglo de mallas de rieles y de alambres eléctricos; un camisa roja con alientos de paladín; ve un santo, un mártir, un profeta, algo como un Cristo guerreador y aventurero. Sus dos libros de poesías, *Hojas al Viento* y *Nieve*, como la mayoría de sus trabajos en prosa, pueden señalarse como jalones que indican esa dirección. Casal, proclamando con Menéndez Pelayo que el místico es el estado moral que corresponde á un cuerpo sano, sería más lógico que Adriano Sixto, el filósofo simbólico de Paul Bourget, entonando el Padre Nuestro ante el cadáver de su discípulo Roberto Greslou. Ese mismo Bourget, discípulo de Baudelaire en su primera mocedad, ha ido del exceso de análisis que recogió de su eminente maestro Taine, á la admiración por San Francisco de Asís, y al misticismo sensitivo y pictórico de las *Sensaciones de Italia*. Casal, seguramente, sería un místico láico, un eremita extraviado en el tráfago mundano. [1]

[1] La afirmación fundamental de este párrafo y el augurio contenido en el párrafo siguiente, ofrecen vastísimo campo para el desarrollo de un tema que comprendiese la crisis actual de la moral, el desenvolvimiento histórico del pesimismo, su papel en la litera-

Sus modelos fueron los mismos modelos de Valdivia, habiendo ambos hallado en el estilo de sus guías el que mejor se compadecía con sus faculades. Su educación poética comenzó en el verso escultural de Nuñez de Arce, en la estrofa prodigiosa de Víctor Hugo, corregida por las maravillas de plasticidad, colorido y harmonía de Theóphile Gautier; en la labor exquisita de la escuela parnasiana, particularmente en los sonetos de Heredia, recibiendo más remota influencia de Musset, Lamartine y Vigny, y más inmediata y frecuente de los artistas en prosa similares de los ungidos de la forma rítmica, como Flaubert y, salvando las distancias en lo que atañe á la construcción, de los hermanos Goncourt. *Hojas al Viento* ha seguido casi inmediatamente á *Nieve*, y esta colección, en todos sentidos y muy principalmente en la energía y precisión del estilo,

tura contemporánea, aspectos del decadentismo ó exposición crítica de lo artificial en las Bellas Letras, exhibiendo sus contradicciones, señalando sus orígenes y verdaderas tendencias, con un exámen de sus principales representantes. Basta á nuestro objeto recordar, en conjunto, la obra de Edgar Poe y el juicio de su vida y sus trabajos por Ch. Baudelaire; recomendar el cotejo de los juicios de E. Scherer, J. J. Weiss y J. Lemaitre sobre Baudelaire y su escuela, sin omitir la opinión de Th. Gautier sobre *Fleurs du Mal;* aducir los juicios de Lemaitre sobre Paul Verlaine, J. K. Huys-

supera de modo extraordinario la precedente. El verso en *Nieve* es más correcto, más sobrio, el pensamiento ha ganado en precisión, unidad y verdadero sentido poético, su horizonte es más vasto y sus concepciones más elevadas. Fundados en tan rápido progreso y en sus expresas tendencias artísticas, estimuladas en gran parte por la estética del decadentismo, osamos decir que si Casal se decide á estudiar el patrio idioma para arrancarle los tesoros ignotos ú olvidados que encierra para llevar el lenguaje de la Poesía á la perfección suprema, podría erigirse en el mantenedor de la escuela parnasiana, que lo atrae y solicita con hechizo irresistible.

Es, en la nueva generación, el bardo y el artista. Ninguno, entre los pocos que ofician en el templo casi desierto de la poesía, lo aventaja en la fuerza ó en la expresión de su sensibilidad, en la variedad de la fantasía, en la originalidad, en el primor del estilo,

mans y Barbey d'Aurevilly; el paralelo de contrastes que traza Huysmans, entre un cuadro de Goya y otro de Turner en el libro *Certains*, y el paralelo que existe entre Gustavo Moreau, juzgado por Huysmans en *A Rebours*, y Eugenio Delacroix juzgado por el competente Gautier en su pretensa *Histoire du Romantisme*. Al cerrar el presente boceto procuraremos compendiar la síntesis de este sucinto estudio comparativo con estricta aplicación á Casal.

en el vuelo é intensidad del estro. [1] Tiene la pureza del gusto y el ansia de perfección que animó á Tejera y el secreto de la melodía que prodigó la musa gemidora de Palma. Estos elementos le bastarían para superar á sus colegas coetáneos, si no los superase al prôpio tiempo por las cualidades que antes hemos señalado. Es, como Valdivia, un estilista, pero más primoroso, más enérgico y más preciso en los símbolos y representaciones: ha sorprendido, aunque no siempre asimiládose, el secreto de la forma de los maestros de la literatura plástica, al igual que Valdivia, que ha influído decisivamente

[1] Entre sus contemporáneos, Villoch se le acerca, si bien lo embaraza y retarda su peligrosa simpatía por el verso anti-poético de Campoamor y su apego á modelos que no aumentarán los quilates de sus fáciles y desenvueltas poesías; Pichardo, que sigue á Villoch, no explota los elementos de su vivaz y simpática inteligencia, y le daña su pasión por el género de que es órgano el festivo *Madrid Cómico*; Nieve Xenes, la musa gentil de esta era de poesía sin norte, tierna, apasionada, vehemente, sobria y correcta, está pidiendo un camafeo, como la crítica pide á su lira más melodías, como sus hermanos ya mencionados, lo mismo Casal que Villoch y Pichardo, parecen pedir á su corazón aquella intensidad y fuerza de sentimiento que revierte en sus estrofas vibrantes y harmoniosas. Mercedes Matamoros, que pertenece á otra generación, bien merece una trompa de oro que pregone sus méritos; y en el mismo caso se halla Isaac Carrillo y O'Farrill, que á veces recuerda cualidades de Zenea y á veces cualidades y defectos de Quintero.

en su elección de modelos. Ha ido más lejos que Valdivia porque ha abrazado la doctrina con el intolerante fervor de un neófito, y no la doctrina estética á secas, sino todo el dogma del decadentismo, en tanto que Valdivia no ha ido más allá de la renovación y ampliación del estilo y del lenguaje.

La escuela decadentista es complicadísima, no tanto por la fisonomía distinta de sus representantes, como por la confusión de principios y por sus irresolubles contradicciones. Es como el desaguadero estadizo, cuyas márgenes bordan y esmaltan las más nocivas y descoloridas *flores del mal*, y en que han vertido parte de su caudal el romanticismo y el pesimismo. La descomposición de estos elementos primordiales en temperamentos mórbidos ha dado origen á la escuela con todos sus matices y ramificaciones. [1] En su estética, tan difícil de sistematización, y en sus derroteros, tan indecisos como contradicto-

[1] Maurice Spronck, en su libro *Les Artistes Litteraires* [París — Lévy — 1889], dice de Gautier: «el estado mórbido era en él congénito» de Baudelaire, citando sus confidencias, que «no en vano había cultivado su histerismo con delicia y terror;» de los hermanos de Goncourt, «que surgen en nuestra época como la misma encarnación de la *neuropatía;*» de Gerard de Nerval, «que era un gran cerebro inacabado, obscurecido por una demencia intermitente;» y concluye diciendo de naturalistas, simbolistas y decadentes: «que parecen

rias son las tendencias en que se inspiran, han intervenido con copiosas contribuciones Víctor Hugo, Edgar Poe y Arturo Schopenhauer; y con legados menores Theóphile Gautier, Carlos Baudelaire, Gustavo Flaubert y Leconte de Lisle, como príncipe de los parnasianos. Hugo da el molde y el programa, que luego realizan en su estilo Gautier, Flaubert, Baudelaire en parte, y en absoluto Barbey d'Aurevilly; Poe, con sus alucinaciones, agrava el satanismo de Baudelaire y del autor de *Les Diaboliques*, propagando el culto á las visiones, á lo siniestro, á los conceptos quinta—esenciados y á la expresión brumosa, rota y hasta incoherente; y Schopenhauer, el primero que vacía en cuerpo de doctrina el latente y secular pesimismo, sin solicitarlo, se encuentra entre los generadores de la escuela, sus grupos y adherentes más conspicuos. Las conclusiones del pensador alemán concuerdan con el nihilismo brahmánico de Leconte de Lisle, y éste

haber compartido la tarea de parodiar el romanticismo,» y «que á veces se pierden ó en brutalidades bajas y repugnantes ó en transposiciones tan abstractas y quintaesenciadas que acaban por disolverse en una vaguedad incomprensible». hasta justificar que uno se pregunte si tales excesos y desviaciones «no son el producto de una honda perturbación mental.» — Spronck, paladín del arte por el arte, es un apologista de los autores que van enumerados.

es realmente el que magnifica la expresión poética que caracteriza al grupo de los parnasianos. Huysmans es un descriptivo de la energía y la fuerza de Zola; Zola es en la descripción un rival de Gautier, inferior á éste por el rebuscamiento de lo brutal y lo desgreñado de su retórica; la manera de describir, en los tres, es la manera de Hugo, por la visión, por el colorido, por la abundancia y el empleo del vocabulario; los tres son pesimistas con aspiraciones determinadas: Huysmans propendiendo á realizar el tipo de una decadencia literaria, propósito que nunca tuvo un decadente griego, latino ó latinizado; Zola, obsedido por un plan de crítica sociológica con pretensiones de experimentalista; y Gautier, que era el más templado, propendiendo siempre á realizar el tipo de un olímpico en el mundo del arte. Todos quedan á enorme distancia, en lo que hace á su concepción de la vida, del filósofo de la Voluntad y del poeta de *La flor de la retama* [1]: su pesimismo, sin que pierda en

[1] Leopardi, el tipo perfecto del verdadero y sincero pesimista, en mayor grado acaso que el mismo Schopenhauer, y que si ha influído en el decadentismo ha sido de modo imperceptible, tiene dos rasgos comunes á los mejores representantes de la escuela: la nostalgia de las creencias religiosas abandonadas y la perfección inaudita de su estilo lapidario.

sinceridad, tiene mucho de convencional, de experiencia de textos, de reglamentario dentro de un programa artístico aceptado y escojido. — Poe, que creó tantas situaciones en completo estado de embriaguez, tuvo siempre un culto casto y caballeresco hácia la mujer; era, por temperamento, tan aristócrata como Lord Byron y, como éste, un gentleman con rostro apolino; Baudelaire, que tan en lo hondo sufrió el ascendiente de Poe, que creó la «estética del libertinaje,» era religioso á su modo, saduceo con frecuencia, como Barbey d'Aurevilly era católico satanista, como Verlaine, que á ratos parece un ultramontano. — Huysmans admira á Moreau por el carácter simbolista de sus grandes cuadros, pero sobre todo por el carácter romántico de su obra, que tanto se compadece con el carácter de Eugenio Delacroix, sin que ello obste para que admire y ensalce un cuadro típico de Goya, pintor genuinamente español, es decir, realista, trágico, sombrío y hasta terrorífico, sin salir de la realidad ambiente de su medio y de su raza. — Naturalistas, simbolistas ó decadentistas, todos hacen el efecto de soldados ó jefes rezagados del ejército combatiente del romanticismo; algunos hacen recordar, con absoluto desinterés en los móviles, el tipo del *condottiere*

que tan bien personificaron el Cid y César Borgia; todos exponen crisis del intelecto moderno, momentos en la dilatación de la cultura, etapas en la evolución moral; todos proclaman que hay religiones que agonizan y dogmas nuevos que alborean, pero que hay que colmar en la mayoría el vacío producido por la tabla rasa que ha hecho el análisis; en ninguno, sea jefe, sea prosélito, se halla nada que trascienda ó semeje un credo, sino un fárrago de antinomias irreductibles é infungibles; y todos tienen por rasgos comunes en sus formas más simples: la preocupación constante de la perfección suma del estilo y de la perfección del lenguaje: la pasión exclusiva, intolerante y avasalladora del arte literario, que quieren convertir en soberano de todas las demás artes, rebajándolas á ser colonias de explotación, y aspirando, tácita ó expresamente, á que reproduzca la harmonía del arte clásico con los esplendores del renacimiento; el alarde de la incredulidad, la exajeración del análisis, el gusto por la teoría y el prurito de la originalidad. Todo lo que hay de realizable en esta sinopsis se ha realizado y se continúa realizando. No contamos las desviaciones que sufre en cada temperamento, pues su estudio es un tema de patología literaria, no

llegamos á decir patología mental. La manifestación estricta y pura del estado sano en la poesía contemporánea, se halla en los mejores representantes del parnasianismo. En este grupo la alianza del paganismo artístico, del pesimismo y de los sentimientos ó de las sensaciones religiosas, no ha producido esos «verdores en que se revela la fosforescencia de la podredumbre;» ninguno de entre ellos prorrumpirá en esta exclamación de Poe: «¡Qué enfermedad podrá compararse al alcohol!»; ninguno tampoco, como Baudelaire, ha llegado «á la sutileza, al amaneramiento, al contagio del gongorismo, al rebuscamiento de lo nuevo llevado hasta el paroxismo» [1]; en todos se han templado las cualidades y atenuádose los defectos, á la inversa de sus precursores que han pervertido las cualidades reemplazándolas con los defectos refinados. Los artistas del Parnaso Contemporáneo han depurado las adquisiciones, refrenado las tendencias y corregido todos los excesos por el buen gusto: son, en suma, como veremos en el caso típico de Heredia, los exponentes de mentes sanas en cuerpos sanos, como los de-

[1] La frases copiadas son nada menos que de Gautier: corresponden á su estudio sobre la poesía francesa. 1830 á 1868.

cadentistas son ejemplares de mentes que corresponden á diátesis del cuerpo ó del espíritu.

Entre el optimismo con su cortejo de delirios y ensueños y el pesimismo con su fúnebre comitiva de energúmenos y plañideras, surge el meliorismo como la concepción más fiel de la vida, bandera grís que si lleva consigo el duelo anticipado de la derrota, tienedetrás, como la niebla de la madrugada, los esplendores de la aurora; doctrina que se aleja con horror del cinismo, á donde puede conducir, y ha conducido á algunos, la noción pesimista, y que se acerca al estoicismo, especie de religión profana y augusta en que han profesado los grandes caracteres de la historia. El meliorismo, expresión acabada del más robusto y civilizado de los grupos humanos, del pueblo inglés, es, más que una filosofía, un largo precepto de higiene moral. Y el arte, la espléndida florescencia de todas las civilizaciones, el que se irgue, monumental, sólido y augusto por encima del tumulto de la historia, ha sido, y será siempre, la flor preciosa que brota en el terreno en que más lozana ha crecido y desarrolládose laplanta hombre.

JOSE MARIA DE HEREDIA

JOSE MARIA DE HEREDIA.

Nació José M.ª de Heredia en Santiago de Cuba, el 22 de Noviembre de 1842, en un cafetal de las montañas de la Sierra Maestra. Su padre era hermano carnal del progenitor del poeta del *Niágara* y del *Teocali de Cholula*, y su madre era oriunda de Normandía. Educado en Francia, donde obtuvo el grado de Bachiller en Letras, cursó un año en la Universidad de la Habana (1860), obteniendo previa licencia para asistir á todos los cursos de la Facultad de Filosofía, pues era su propósito matricularse en Jurisprudencia. [1] Abandonó la Habana y de regreso en

[1] En el *Expediente de la Carrera Literaria seguido por D. José María de Heredia y Girard en la Universidad de la Habana*, los catedráticos D. Antonio Ba-

París ingresó en la Escuela Nacional de Papelistas *(Ecole nationale des chartes)*, fundada para formar archiveros paleógrafos.—Vertió al francés la historia de la conquista de Nueva España, de Bernal Díaz del Castillo; ha compuesto gran número de sonetos que, según Jules Lemaitre, piensa reunir bajo el rubro expresivo y altanero de *Trofeos (Trophées)*, y una especie de crónica, con alientos de poema, con el título de *Les Conquérants de l'or*.

El incomparable y sagacísimo impresionista de *Les Contemporains*, en el exquisito estudio de nuestro compatriota, extraviado quizá por las preferencias de éste, lo ha hecho descender de uno de los compañeros de Hernán Cortés, lo que es inexacto [1]. La herencia inmediata que recogiera Mr. Heredia, al igual que su homónimo y primo hermano,

chiller y Morales, Auber, Domingo León y Mora, José Manuel Mestre, Ramón Zambrana y Felipe Poey, informan unánimemente que el alumno Heredia *había cometido más faltas de asistencia de las que el Reglamento autorizaba*, dando pruebas de *poca aplicación y poco aprovechamiento*, aunque siempre observó *buena conducta* y dió *muestras de mucha capacidad*. Poey y Mestre son los que más insisten en destacar en sus informes las naturales disposiciones de Heredia. *(Archivo de la Universidad de la Habana.)*

[1] *Jules Lemaitre. Les Contemporains.* Deuxième série.—Página 55, París, 1891.

fué el legado de una familia de letrados dominicanos, muy versados en humanidades. Entre el arrebatado lírico y el insuperable sonetista del Parnaso Contemporáneo no hubo más vínculos que ese legado mental: ambos recorren rutas divergentes y distintas; si el primero influyó en el segundo, la influencia fué un motivo y no un factor decisivo, en todo caso fué póstuma y remota, pues tres años después de haber muerto en tierra de Anahuac el príncipe de nuestra Poesía, venía á la vida el artista exquisito que habría de escojer para expresión de su sensibilidad la más ática de las lenguas modernas [1]. El teatro que contempló en su infancia creó los primeros moldes para la labor posterior de su fantasía. El cafetal, atenuando las asperezas y crueldades de la esclavitud, era un parque agreste, una quinta con honores de hacienda, en que se

[1] Su fisonomía no tiene semejanzas con la fisonomía del poeta del *Niágara*. El retrato de Mr. de Heredia que ilustra este boceto es auténtico, con la sola diferencia, por estar copiado de fotografía antigua, de tener hoy el cabello enteramente cano, conservando la barba completamente negra. «Heredia, nos escribe un respetable amigo nuestro, residente en París, es muy franco de carácter, muy amable, tiene muchos amigos y una corte de jóvenes poetas á quienes dá consejos, sugiere rimas y corrige poesías. Está muy bien relacionado entre escritores y artistas, y no dudo que si se naturalizase francés entrase un día en la Academia. Esta ha

daban de manos las exuberancias de la naturaleza salvaje y bravía con todos los refinamientos de la civilización. El cafeto no crecía solo: necesitaba el amparo de la palma real, los matices y perfumes de las rosas, el aroma de los azahares del naranjo ó del limonero. Piénsese en un cafetal enclavado en las serranías de Oriente, en aquel contrafuerte montuoso que tiene el perfil de una Suiza sin nieves y sin brumas, de una Suiza de esplendores indios, en que la poesía de la naturaleza del Trópico se ornamenta con las galas de la poesía de las comarcas septentrionales, desnudas y monumentales con su aridez y sus contrastes, y que se completa con la solemne y magestuosa poesía de un oceano indolente y sereno, teatro de tantos dramas en el romancero de la Conquista; y habremos reconstruído el medio ambiente en que se nutrió desde la infancia el talento del privilegiado rimador francés. Su misma

premiado, coronado como aquí dicen, dos veces, su traducción de Bernal Díaz, llena de buenas notas y antecedida de una introducción sin más título que estas dos fechas: — «Espagne 1513-1514.» Es la monografía de un año de la historia de España, unas sesenta páginas, de las cuales decía un *savant* que «su único defecto era estar demasiado bien escritas.» «Mr. de Heredia, concluye el citado amigo, tiene la cruz de la Legión de Honor, y es *un charmant garçon toujours disposé à donner un conseil et à aider les commençants.*»

ciudad natal, como todo el triángulo de aquella región, está llena de los recuerdos y hazañas de aquellos aventureros, por su naturaleza tan dignas de ser ensalzadas por la musa épica de un Camoens americano. Estas circunstancias explican su culto á los conquistadores mejor que el imaginario parentesco que le atribuye el autor de *Serenus;* y aquella naturaleza, aquel mundo de formas netas, firmes y precisas, destacándose en una atmósfera límpida y diáfana; aquel panorama de colores y de cambiantes; aquel cuadro grandioso y arquitectónico, colorido por todos los caprichos de la paleta del sol cubano, y arrullado por el coro extraño y magnífico de los rumores de la selva, los mugidos de los torrentes, la melopea de las florestas y los mugidos cavernosos del mar Caribe, — explican la maravillosa plasticidad de su fantasía americana y con ella su exactitud y clarividencia extraordinarias. Su educación primera, según el testimonio de sus maestros en nuestra Real y Pontificia Universidad, lo hacía un rebelde contumaz á la disciplina escolar, lo que se compadecía con su carácter indómito de montañés; estudiaba lo que mejor se avenía con su vocación y con sus facultades mejor desarrolladas. Su educación última en la escuela de

archiveros paleógrafos y su herencia materna completaron la constitución de su personalidad de artista. Este aprendizaje postrero, en un medio tan próvido como el que ofrece París, capital del Arte y metrópoli de la civilización, aunque era en la apariencia un curso de erudición práctica y restringida, vino á ser el complemento necesario de la cultura del artista que iba á buscar temas para su inspiración en todos los dominios del Arte, desde la arquitectura convertida en reliquia hasta la orfebrería elevada á la gerarquía preciosa del miniaturismo simbolista. Esta fué la penitencia y disciplina á que sometió su intelecto, saturado, nielado é impregnado por el perfume, las líneas, los colores y la música de nuestro medio primitivo. A la sangre normanda que circula por sus venas refiere Lemaitre sus «hábitos clásicos, su gusto por el orden y la claridad, y á ella también debe referirse su aptitud para dominar, como el más terrígeno de los nacionales, el genio de un idioma en que ha escrito «sonetos tan llenos que *valen tanto como largos poemas*, y tan sonoros que no es bastante la voz humana para recitarlos, para ello sería necesario una trompa de bronce.»

El incomparable é insuperable sonetista

ha alcanzado la meta del perfeccionamiento en la expresión. Ha puesto su arte en la cumbre: lo ha hecho impopular, selecto, privilegiado. No buscó el aplauso de las masas, no quiso que su poesía rodara de boca en boca y de cuerda en cuerda como romance de ciego. Para esta labor de un artificio infinito, como el del artífice indo que teje y colora un chal, tenue como la neblina é iluminado como el plumage de un faisán, el poeta ha tenido que hacer con el idioma trabajo de naturalista, de químico y de físico, clasificando voces, organizando vocabularios, acumulando nomenclaturas, huyendo del sinónimo y dando á la palabra un valor fijo, un empleo concreto é invariable. Su poesía, que carece de sentido para el vulgo, es para los literatos ambrosía servida en cinceladas copas de alabastro. Este es el verdadero sentido del aristocratismo literario, el cual, antes que en un desdén altivo, petulante y hueco, consiste en exaltar la forma á su más alto grado de propiedad y pureza. — Un libro popular debe escribirse en lenguaje llano y transparente, con sujección á los preceptos de la sintáxis regular, sin atender al rigor de la expresión ni poner empeño en la variedad y abundancia de la fraseología. Cuando el libro no lleva la mi-

sión especial de la propaganda y la iluminación, el escritor recupera su albedrío, si lo tuvo, y puede componer sin trabas ni preocupaciones. — En el idioma castellano, menos trabajado que el idioma francés y, por su índole, menos expresivo, acaso Heredia no hubiese podido ejecutar sus maravillosas miniaturas de líneas, colores y sonidos. No obstante su sonora pompa, su majestad y su tendencia ingénita á la amplificación que lo hacen tan apto para el eufemismo, por la misma opulencia de su caudal contiene todos los elementos propios para realizar, en prosa ó en poesía, labor idéntica á la realizada por Heredia en su lengua adoptiva. Pero esa opulencia del castellano redunda en daño suyo: raro es el escritor cuyo vocabulario corresponde á la riqueza del idioma; muchos, iterativos al par que tautólogos, hacen pensar en la lucha del cerebro primitivo de un cafre, preparado para manejar un dialecto rudimentario, de alaridos y silbos, empeñado en adoptar por instrumento de expresión un idioma próvido, de matices incontables, que lo anonadan y ahogan. Recuerdan los más el estado del hombre primario, inerme ante la fiera armada de sus garras, desnudo ante el sol que lo tuesta y el frío que lo entumece; ignorante de que bajo el pedrusco

que pisa su planta desgarrada está el hierro con que puede abatir á los reyes de las selvas, en la hierba la fibra que puede librarlo de las quemaduras de la luz y en el vellón de la oveja ó en el copo de nieve del algodonero la lana que lo escudará de los dardos punzantes de los hielos. —Nuestro arcaismo no es, en rigor, la moneda que pierde su ley en la circulación; es la hoja de Toledo que la incuria y la ignorancia abandonan á los estragos de la intemperie y á la voracidad del tiempo. Así se explica que un filólogo como el venezolano Baralt calificara como espúreos galicismos numerosas palabras del más rancio abolengo, y así se explica, en consumados hablistas, el horror invencible al neologismo, aunque éste sea la expresión de una necesidad ineludible.

El mérito artístico de Heredia no se circunscribe al perfeccionamiento inaudito de la forma, alcanza su expresión más elevada al restaurar el oficio del soneto, dándole un carácter clásico, y escogiéndolo como forma exclusiva de su inspiración. Paul Verlaine, en un estudio reciente, dice que el soneto «ha tenido en este español singularmente francés su gran poeta definitivo,» y ésto después de enumerar sonetistas tan distinguidos como Musset, Gautier y Sainte-

Beuve [1]. Y más adelante añade: «Heredia procede de Hugo por la discreta redundancia y la turbulencia que provoca en la especie, y de Leconte de Lisle por la firmeza de la factura, la precisión, la concisión, la concentración en una medida precisa, y el vuelo vigoroso y corto.» A Heredia corresponde, única y exclusivamente, prosigue Verlaine, «la unidad rigurosa de cada uno de sus pequeños poemas, pequeños en cuanto á la dimensión, grandes por la idea y las imágenes que contienen; á él corresponden exclusivamente el tono siempre noble y tendido en medio su nobleza, inaccesible á no importa qué vulgaridad, á no importa qué debilidad de estilo ó concesión de su ritmo mórbido, de su rima opulenta y del movimiento como militar de sus períodos.» — Véase, como ejemplo característico, su épico soneto *Los Conquistadores*.

LES CONQUÉRANTS.

Comme un vol de gerfauts hors du charnier natal,
Fatigués de porter leurs misères hautaines,
De Palos de Moguer, routiers et capitaines,
Partaient ivres d'un rêve héroïque et brutal.

[1] Paul Verlaine.— *Les Hommes d'aujourd'hui.* José María de Heredia.— Dessin F. A. Cazals. — 8º volume. Nº 405.

Ils allaient conquérir le fabuleux métal
Que Cipango mûrit dans ses mines lontaines,
Et les vents alizés inclinaient leur antennes
Aux bords mysterieux du monde occidental.

Chaque soir espérant des lendemains épiques,
L'azur phosphorescent de la mer des Tropiques
Enchantait leur sommeil d'un mirage doré ;

Ou, penchés à l'avant des blanches caravelles,
Ils regardaient monter dans un ciel ignoré
Du fond de l'Océan des étoiles nouvelles.

Van hipnotizados por un ensueño «heróico y brutal,» hartos de conllevar sus «altaneras miserias,» y parten, como «bandada de halcones» que tienden el vuelo lejos del teatro habitual de sus carnicerías *(charnier natal)*, capitanes y soldados vagabundos y matones (routiers), á la conquista del «fabuloso metal» que Cipango acendra en sus lejanas minas. Y en tanto los alicios los impelen á las costas del mundo occidental, y «el azul fosforescente del mar de los Trópicos» halaga sus anhelos con perenne espejismo dorado, ven surjir del seno del piélago estrellas nuevas como áurea promesa á sus ambiciosas ilusiones.—El cuadro es perfecto, la imágen exactísima. Es el mismo tema, desarrollado en el mismo sentido, de su poema (inacabado) *Les Conquérants de l'or*. Aquí los soldados, «deslumbrados por la im-

ponente pompa de los cielos,» viendo desenvolverse sobre arenas lejanas las olas del Pacífico y sumergirse el sol «en una bruma de oro y de púrpura;» brillar como un ascua, «de la base á la cumbre, la montaña entera» y dilatarse las sombras de los Andes» flamear la más alta cúspide de los picos y apagarse enseguida:

Alors, formidable, enflammée
D'un haut pressentiment, tout entière, la armée,
Brandissant ses drapeaux sur l'occident vermeil,
Salua d'un grand cri la chute du Soleil.»

Ese *grand cri* no es la plegaria untuosa del fanático palabrero, es el graznido de la bandada de halcones que ha columbrado, siempre entre mirajes de oro, la codiciada rapiña. — Como acabado modelo de descripción, citamos el espléndido soneto *Arrecife de coral*, en que se siente la tibieza del agua, en que se ven los suntuosos dibujos de púrpura ensombrecida, los apagados esmaltes de las espléndidas escamas del pez enorme, y aun se oye el choque brusco de su aleta color de fuego que, en el monótono cristal, azul é inmóvil, produce, como una estela, aquel extremecimiento que lo agita como «un temblor de oro, de nácar y de esmeralda.»

RÉCIF DE CORAIL.

Le soleil, sous la mer, mysterieuse aurore,
Éclaire la forêt des coraux abyssins
Qui mêle, aux profondeurs de ses tièdes bassins,
La bête épanouie et la vivante flore.

Et tout ce que le sel ou l'iode colore,
Mousse, algue chevelue, anémones, oursins,
Couvre de pourpre sombre, en somptueux dessins,
Le fond vermiculé du pâle madrépore.

De sa splendide écaille éteignant les émaux,
Un grand poisson navigue à travers les ramaux.
Dans l'ombre transparente indolemment il rôde.

Et brusquement, d'un coup de sa nageoire en feu,
Il fait dans le cristal morne, immobile et bleu,
Courir un frisson d'or, de nacre et d'emeraude.

Como acabado modelo de harmonía imitativa, con verdadera fruición, cita Lemaître el soneto *Le Vieil Orfévre*, que tiene el tono del epigrama por el voto final de contricción, idéntico al de fray Juan de Segovia, de

« Mourir en ciselant dans l'or un ostensoir. »

« Obsérvese, dice Lemaître, que la *i* debía dominar en los finales de los versos, la *i*, vocal aguda como una espada, menuda y fina como los diamantes; » « que la silbante atenuada que se junta á la vocal aguda *(frise*

irise) trae á las mientes el cincelado, la punta que se desliza — chirría — sobre el metal.»

¿A qué nuevas citas para poner ante el lector, en todo su relieve, el incomparable prismátismo de Heredia?—«La nota más grave que el ojo humano puede percibir es el rojo, dice Briot, y la nota más aguda es el violeta: entre estas dos notas extremas están comprendidos todos los colores del iris.» Es creible que Heredia, como ciertos animales, tenga el ojo constituído de manera que reciba vibraciones más graves aún que la nota roja y más agudas aún que la nota violeta: y esta acuidad de su nervio óptico alcanza, en su órgano auditivo, igual maravilloso desarrollo. Era lógico, y más que lógico, naturalísimo, que Heredia escogiese el soneto como verbo único y predilecto de su inspiración de artista. El soneto, que es «la más artificiosa de todas las estrofas conocidas,» que constituye una estrofa única cuya «simetría total nace de la semejanza de una sola serie con un tipo mental conocido,» es en la Poesía lo que la miniatura en el arte de la Escultura; no es, por lo mismo, un ditirambo decir que José María de Heredia es el Benvenuto Cellini de la Poesía Moderna. Esculpe, lima y pule cada verso; desenvuelve, con artificio y gracia inauditas, un

pensamiento en catorce versos, acrisolando el vocablo, afinando la rima, organizando el ritmo con maestría de músico; y de esta labor lenta, lapidaria, resulta una estrofa perfecta. Cada verso supone un esfuerzo continuado, acucioso, tenacísimo; pero cada verso, por eso mismo, es un verdadero trofeo. No es del caso dilucidar si esa poesía es á la genuina poesía lírica, caliente y arrebatada, lo que un mármol antiguo, derribado y amortajado entre hiedras, es á una hermosura viva del Mediodía. Lo que sí es pertinente es hacer observar que en todas partes, á medida que disminuye el número de los poetas, sobrenada y predomina la tendencia á ese estado de perfección á que ha llegado en manos de Heredia, y que como resultado de esa tendencia, va cayendo en desuso el metro elástico y amplio, cuenca por donde podía desbordar la vena del lirismo romántico, y ganando sufragios el metro corto y expresivo, que obliga á la sobriedad y á la concisión. Si el artista logra asociar en consorcio tan íntimo como el que une la carne y eso que llaman el espíritu, la pureza de la forma con la más amplia belleza del fondo, la Poesía habrá llegado al ápice de su genuino ideal. Heredia, obsedido por el mundo clásico, suele ser frío como el peñas-

co que no besa el sol y baña el mar de continuo, y por esa frialdad y esa propensión arcáica, Lemaître concluye aconsejándole que no deje de «hojear, antes de acostarse, catálogos de espadas, armaduras y muebles antiguos, pero que, al propio tiempo, se eche de bruces con más frecuencia sobre la roca musgosa en que soñaba Sabinula.»

Heredia, por su visión del mundo, estatuaria y luminosa, viene de André Chenier; por la forma, policromática y cincelada, de Leconte de Lisle, como él nacido entre los esplendores de la zona tórrida. Leconte de Lisle y José María de Heredia son, en rigor, los más genuinos representantes de la escuela poética que lleva el título altanero de Parnaso Contemporáneo ó secta parnasiana. La semejanza está en la perfección y aticismo de la forma, pues en punto á creencias Leconte de Lisle era un nihilista absoluto, convencido y sereno, y Heredia aparece ó preopado por destacar el rasgo distintivo de cada objeto, paisaje, hombre ó momento histórico, sin que entre en escena su credo de la vida; ó deja entrever, con una admiración religiosa por el pasado, un optimismo vago, un verdadero culto á la voluntad humana y á sus más enérgicos é indomables representantes.

Como devoto del pasado, ha vivido mejor y más á sus anchas en « el Capitolio que en el Templo de Delfos; » como vástago de la raza que lanzó sobre el Nuevo Mundo la célebre « bandada de halcones, » ha esbozado, con elevado y sereno juicio, el Romancero de la Conquista; como hijo de Cuba parece haber dado al olvido el pedazo de tierra en que vió la luz y en que se deslizó su adolescencia: su lira, si ha reproducido harmonías del suelo cubano y colores, de nuestro medio su paleta, no ha tenido una nota nostálgica para el país que abandonó cuando palpitaban « los horrores del mundo moral, » que excecraba y maldecía el cantor del Niágara. Podemos dolernos de su silencio, pero acaso sería injusto hacerle un cargo por su olvido. Su actividad, seguramente, no hubiera hallado campo para desenvolverse en nuestra sociabilidad; su poesía no hubiera tenido los estímulos que le han permitido, en la capital del arte, alcanzar la cúspide de la perfección; y acaso, con el desden insolente y brutal que siente todo mercader por las manifestaciones más puras del Arte, hubiera tenido que sufrir las amargas consecuencias de una sociedad en que el derecho á la igualdad es una mentira irrisoria y la justicia el ensueño evangélico de un puñado de desheredados.

RAMON MEZA

RAMON MEZA.

Contemporáneo de Julián del Casal y de Aurelio Mitjáns, estudió como ellos en el Colegio de Belén. Los siniestros artistas del funambulismo mental, como Oliveira Martíns ha llamado á los Siervos de Jesús, no hallaron en tierra de Cuba aquella arcilla con que amasaron en el Paraguay el esbirro del Doctor Francia y el fanático del tiranuelo Solano López. Ya hemos visto la ruta que ha seguido Casal, no obstante sus inequívocas y enérgicas herencias; Mitjans, que anduvo entre hermandades y cofradías, acabó siendo un modelo de benévola tolerancia; y Meza, que elude y relega el problema, á duras penas contiene la burlona risa

que le provoca el recuerdo del estéril afán de aquellos maestros sistemáticos y sombríos. No sé si tan sagaces escrutadores de las cualidades intelectuales, sorprendieron en los tres discípulos indicios de lo que podían ser en lo futuro, ó si conscientemente se obstinaron en someterlos á la misma disciplina que á la masa anónima y dócil; lo cierto es que en Cuba, sea por la evidente decadencia de la clase que profesa en la carrera eclesiástica, que no es, ni por su cultura ni por la ejemplaridad de su moral, la llamada á producir una reacción en favor de los intereses de la Iglesia; sea porque nuestra tradición intelectual, que arranca de un cisma tácito, sigiloso, pero poderoso y eficaz, ha podido contrarrestar, en el individuo y en la colectividad, la labor secular del fanatismo; es lo cierto, decimos, que si una religiosidad timorata ha puesto una gran parte de nuestra juventud bajo la acción del jesuitismo, éste no ha podido consumar su obra de falsificación, no ya realizando su odioso lema — *Perinde ac cadaver* — pero ni siquiera sustituyendo plumas de buhos á las alas de los predestinados á volar como las águilas.

Ramón Meza, como Casal, tiene una ascendencia característica: procede de una familia de *virtuosos*, fanáticos del arte musi-

cal hasta realizar algunos el tipo del melómano. A estos antepasados podemos referir la plasticidad de su inteligencia, su amor á la erudición, sus facultades de harmonista literario y la precoz y ejemplar educación de su enérgica voluntad. Uno de esos antepasados — José Zacarías González del Valle — cultivó con esmero la novela y mostró grande afición por el estudio de la filosofía.

Es Meza una de las figuras más interesantes de la nueva generación, lo mismo por el fruto de sus facultades intelectuales que por su elvación moral. Procede de esa generación que marca la etapa capital de nuestra historia: la generación que poblaba las escuelas cuando la guerra arrasaba la isla y transformaba nuestro orden social y aportaba elementos nuevos,—cuando no ponía en la superficie elementos antiguos,—para la formación de los caracteres. La guerra no realizó su gran ideal, pero su influjo benéfico y profundo en diversos órdenes de nuestra vida social es innegable. El antiguo colono cubano, retratado en óleo imperecedero en las páginas de *Cecilia Valdés*, dejó en el fuego del gran crisol su corteza de cómitre y su librea de vasallo resignado y sumiso; el pleamar de sentimientos elevados y magníficos que hizo posible el nacimiento y creci-

miento de la Revolución, como una inundación del Nilo, hizo fértiles las conciencias para la práctica de la Libertad y el cnmplido ejercicio de la Justicia. La legión augusta, por el fuego y el hierro, coronó la obra edificadora de la enseñanza evangélica; vigorizó en nuestros corazones el amor á la Verdad, que es el distintivo de la virilidad perfecta, y el amor al trabajo, que nos puso en las manos — entumidas por el ocio ó encallecidas por el manejo del látigo — la piqueta que lo mismo demuele que labra y pule para reconstruir. Aquellos vicios de nuestros antepasados, que eran los cimientos en que se asentaba el despotismo, casi han desaparecido; en muchos, el deleite frívolo ó liviano y peligroso, ha cedido el puesto al ejercicio varonil, que desarrollando las energías corporales prepara y avigora las energías morales, antes embotadas en la orgía embrutecedora de que era ornamento el esclavo; y si algunos de los antiguos males han renacido, recuperando su enfermiza lozanía, débese á que por incuria ó por torpeza, se ha contribuído á su fomento, contrariando la corriente de mejoramiento y renovación que nace de la crisis moral producida por la Revolución. La corriente de barbarie y de disolución que amenaza des-

encadenarse y envolvernos como una inundación con fragores de huracán, viene por la ruta opuesta á la que recorrió, iluminándola y abrasándola, la tea de los revolucionarios. — A la influencia coetánea y póstuma de la guerra, debe Meza que la educación que recibiera en el hogar, antes de malograrse y pervertirse en el contacto con el medio, hallara en este poderosísimos estímulos, más ó menos visibles, para determinarlo á más amplio y esmerado cultivo de sus facultades. Su amor al trabajo ha llegado á ser consagración afanosa y tenacísima; su amor al estudio, pasión ardorosa y avasalladora, que le ha permitido ganar en correctísima lid el título de abogado, el birrete de doctor en la facultad de Letras y Filosofía, lo cual lo pone en el camino porque se va al asalto de la cátedra; á desarrollar su voluntad hasta aquel punto en que la perseverancia se confunde con una facultad nueva, vigorosísima y fecundadora. Ha avanzado, por exceso de actividad, aunque con paso inseguro y tímido, por el campo de la erudición y de la crítica. Sus trabajos de erudición están abonados por su sinceridad y buen tino; y sus trabajos críticos, si se recomiendan por la templanza y la parquedad en las opiniones, carecen de nervio y

aun se obscurecen y hacen extraños cuando miran en conjunto ó exponen generalizaciones. El empleo más fructífero y más en consonancia con el carácter de su actividad, es el que dió á sus facultades aplicándolas al cultivo de la novela, en la cual, después del Zanjón, se lleva la palma del mérito y la palma del tiempo. La constancia que ha desplegado en este ejercicio, las aptitudes que en él ha puesto de relieve, la dedicación en el estudio minucioso del género, y el número y calibre de la labor realizada, le otorgan el primer puesto entre nuestros romancistas contemporaneos.

El único que en la nueva era, al propio tiempo que Meza, se propuso emplear en el cultivo de la novela sus excelentes facultades, ha sido Nicolás Heredia, autor de *Un hombre de negocios* y de *Lionela*, narración inédita, y de la que conocemos algunos capítulos brillantísimos. Sin entrar ahora en la apreciación de esos trabajos, ejecutados por la pluma elegante y correcta de un literato muy culto y de exquisito gusto, confiamos en que Heredia no abandonará un arte en que puede producir valiosas concepciones. *Julio Rosas*, que pertenece á la anterior generación, ha compuesto algunos ensayos en nuestros días; pero el desborda-

miento de su desenfrenada fantasía, que se traduce en un lenguaje pletórico, epiléptico y cremoso, sus resabios de romántico y su exaltación de fanático radical, empujándolo á la zona de las visiones y de los delirios, le han impedido componer una novela propiamente dicha. Domingo Malpica, escritor desigual y de gusto dudoso, en su única novela, *El Cafetal*, intentó realizar trasnochada y anacrónica vindicación, por lo que su empeño ha venido á resultar curioso y singular documento de psicología histórica. Federico Villoch, inteligencia singularmente plástica, en sus amenos y lindos *Cuentos á Juana*, en los que toma por patrón y modelo á Daudet, nos ha dado ópimo indicio de lo que puede realizar abordando decisivamente la novela. Benjamín de Céspedes, disciplinando su rica y cerril imaginación, atenuando su inclinación á las crudezas y brutalidades del naturalismo y su amor al efectismo bullicioso y sensacional, podría moverse con marcial holgura en medio de nuestros noveladores. Otros escritores contemporaneos, como Morales y Bobadilla, se han detenido en el cuento genérico, simbólico ó trascendente, ó en el retrato típico al lapiz ó á la pluma; y otros, que no menciono, sin ser aptos para ello, han procurado

imitar la literatura bárbara, bastarda, carcelaria y de enredo, del insoportable Xavier de Montepín y la desgreñada turba de sus émulos y rivales. Ninguno, como Ramón Meza, ha hecho profesión del arte del romancista; hasta ahora, es él el único que ha demostrado con creces que sus facultades se adaptan y compadecen con su vocación. En sus primeros ensayos escojió por guía un autor hispano-americano, el colombiano Jorge Isaacs, el tierno y apasionado autor de *María;* posteriormente modeló la más inspirada de sus novelas, *Carmela*, en *Cecilia Valdés*; á veces se acerca, en los procedimientos, al eminente poeta épico de *La Débacle;* á veces se inclina del lado del exuberante artista de *Numa Roumestan* y *Sapho*; pero todavía no pisa con pié firme ni ha escojido un derrotero. Desde sus primeros ensayos reveló aptitudes para lo cómico, que luego elevó á la altura flamígera en que se cierne el ave de rapiña de la sátira, pero tampoco en este género ha compuesto todavía nada que sea estable, definitivo y ejemplar. La razón es obvia y ella ha de servir á Meza de acicate para ir más lejos y trepar más alto. La observación lúcida del corazón humano es la síntesis de una filosofía de la vida que la edad y las circunstancias lu-

cubran, modifican y perfeccionan; y el sentido de la sátira se afina, templa y prolifera en representaciones perdurables, cuando el actor, sin dejar de serlo, logra la serenidad y cierto aparente desinterés de testigo inmutable. Por tales razones, en *El Duelo de mi vecino* las escenas cómicas degeneran con frecuencia en bufas ó en insípidas; toda la sátira de *Mi tio el empleado*, el más trascendental de todos sus empeños, en caricatura colectiva, sin justas proporciones, irritada y furiosa como una acusación fiscal en que el reo es escupido, pisoteado y desollado. La sátira á nuestra aristocracia, en la novela inédita *Ilustres de vista corta*, como es más desinteresada y serena, es más expresiva y gráfica. La elección de los temas, en lo cual influyeron más ó menos directamente Enrique José Varona y Cirilo Villaverde, es una prueba en pró de lo que hemos afirmado acerca del ascendiente del momento histórico en el intelecto del laborioso novelador, y al propio tiempo un indicio que permite augurar la dirección definitiva porque habrá de encauzar su actividad. En las sociedades nuevas y en que el antagonismo de los elementos que las constituyen reviste el aspecto singular que ha revestido en la isla de Cuba después de la paz, la novela, como

heredera y sucesora de la epopeya, tiene que ser esencialmente social, local é histórica, como lo comprendió y practicó Villaverde con su maravilloso instinto artístico. Social é histórica es la reciente y más admirable de las novelas del titánico Emilio Zola, y así y todo, jamás el campeón del naturalismo ha exaltado tanto el arte de novelar como en el grandioso y simbólico poema en que traza la catástrofe definitiva del segundo imperio.

La cualidad dominante del romancista es la imaginación pictórica. No crea, como tampoco crea Villaverde, pero asocia, combina y, más que todo, reproduce con arte exquisito y seguro, grabando hondamente la impresión y destacando el rasgo, color ó contorno que caracteriza lo que quiere representar. Con mucha frecuencia, como es hábito consuetudinario en Zola y como lo fué en Daudet en sus primeros trabajos, agota el tema de la descripción sumergiéndose en ella y sacándola de cauce, como el que provoca un remolino de colores, que ofuscan y aturden, sin más elementos que el agua dormida y diáfana del remanso. El pretexto de este alarde, que parece un ejercicio de funámbulo malabar, es la reintegración de la sensación que experimentó el observador para que se reproduzca en su auditorio con

todos sus pormenores y en toda su intensidad; pero este procedimiento de saturación tiene el inconveniente de atenuar la emoción general de la obra, de interrumpirla ó desviarla ó de hacer que se esfume en la atmósfera pesada y tibia del cansancio. El hombre físico que copie el pincel de Meza, tendrá el sorprendente realismo de una figura de cera, cerámica colorida que alcanza la meta de la imitación; más cuando pinta el carácter de la estatua que anda, su mano correrá experta y sabia si el carácter es simple y homogéneo; muchas veces, cuando el carácter es complicado y múltiple, fijará sus contornos y expondrá sus matices principales; pero más frecuentemente lo iluminará á trechos y á trechos lo dejará en estado de diseño borroso. La deficiencia principal de sus obras consiste en la psicología embrionaria y confusa de algunos de sus protagonistas —los personajes secundarios, por lo comun, son irreprochables,—ya porque el análisis no penetra en lo hondo, ya porque no halla expresión genuina y constante en situaciones, diálogos y aún en el proceso general de la trama. Esta deficiencia, como ya hemos dicho, hay que referirla á que su obra es prematura en todo aquello en que la composición de una novela supone un conoci-

miento completo del personaje hombre como factor típico en el drama social.

Su lenguaje ha ido ganando en pureza, propiedad y gracia, en abundancia y movimiento; y su estilo, fiel reflejo de su imaginación pictórica, en la distribución de las cláusulas, en las proporciones de los pormenores y en el contraste justo y necesario entre el colorido y la sobriedad. Algo recuerda, por su plasticidad, el estilo de Villaverde, si bien lo aventaja en el tono y sabor, más castizos y literarios. Siguiendo á Villaverde, de quien puede llamarse, con título justificado, el primer discípulo, compuso sus dos obras más llenas de interés, de vida y de virginal inspiración, si así puede decirse cuando el tema se mantiene en el mismo estado de frescura y animación. En *Carmela* utilizó el constante y próvido conflicto que origina el estado en que nuestra organización ha colocado á la mulata y una de las más características consecuencias que se derivan de aquel estado; y en *Mi tío el empleado* trazó el proceso del ladrón oficial, desde que cae en nuestras playas, palurdo que camina como de bruces, hasta que regresa á la Metrópoli, obeso, insolente, condecorado y cargado de oro, fruto de sus rapiñas. Entre ambas novelas, la más cuba-

na, la mejor pensada y más hondamente sentida, es *Carmela*, con tanta propiedad denominada por Varona «una hermana menor de *Cecilia Valdés.*» *Mi tio el empleado* es el capítulo de cargos que en estilo pintoresco, caústico y vibrante, va amontonando el cubano nuevo contra la burocracia española, y el anathema, el sarcasmo que fragua y fulmina contra la clase, arrastrando por los cabellos á uno de sus más genuinos representantes, carece de aquel verismo indispensable para devolvernos la realidad con su complicación y su peculiar desenvolvimiento. Es el diseño de una novela de magnas proporciones y de elevado valor social. No corresponde á la realidad esa súbita transformación del palurdo *Juan de las Cuevas* en *Conde de Coveo*: el proceso debió ser más laborioso y relacionarse más estrechamente con el momento más propicio y característico, y lo hubiera sido si Meza hubiese desarrollado situaciones que esboza en trazos demasiado breves, algunas afortunadísimas. *Cuevas*, sin llegar á la gerarquía del símbolo, pudo ser acabado representante de la especie si su creador lo hubiera hecho vivir intensamente en la atmósfera de las camarillas de los capitanes generales durante el período de la guerra,

deponiendo á Dulce, atizando odios para la inmolación consumada en Noviembre de 1871, explotando sagazmente el patriotismo irreflexivo de las masas armadas é impresionables, llenando la hucha en fabulosas contratas con el Estado, en cívicos empréstitos, denunciando bienes de infidentes reales é imaginarios, haciendo una merced del contrabando, transformando la quimera de la integridad nacional en veta más tangible que los filones legendarios del Eldorado, y llevándolo al cabo de tan frutuosa tragi-comedia á la elevada gerarquía administrativa que ilustraron hacendistas como Valiente, Ramírez y el Conde de Villanueva, para que prorrumpa á cada rato, en el desvanecimiento de su soberbia de cínico ennoblecido: — «*¡País de pillos!*»

Todo lo que Meza ha dado á la estampa hasta hoy, si no lleva el sello de las creaciones viriles, contiene algo más que gérmenes fecundos en halagüeñas promesas. Todavía no ha lucubrado una obra maestra, pero ya sus trabajos han pasado del nivel de los ensayos. Cuando asocie la inspiración y el color local de *Carmela* á la observación y la sátira de *Mi tio el empleado*, las letras cubanas mostrarán con orgullo y delicia al que es hoy, por su cultura y su carácter, un arqutipo moral en la nueva generación.

JOSE VARELA ZEQUEIRA

JOSE VARELA ZEQUEIRA.

—El otoño es la más bella de las estaciones; el crepúsculo la hora más hermosa de la creación; la palmera el más encantador de los monumentos de Flora, no tanto por su forma escultural, gallarda y arrogante, sino porque marca el límite de la zona en que brota el olivo y de la zona en que abre su búcaro de puñales la indiana piña; el momento más seductor en la vida de la mujer es el que media entre el ocaso de la juventud y los albores de la edad madura; el más hechicero de los paisajistas el que inicia y sugiere líneas y tintas para que el espectador complete el cuadro en el lienzo de su pensamiento.

Esto diría, poco más ó menos, José Varela Zequeira, si se le pidiese una expresión de

sus gustos y predilecciones. Una preferencia es á secas una auto-definición. Prefiere á Alfonso Daudet entre todos los romancistas modernos por su amenidad, por su amor y propensión al contraste, que supone una exquisita filosofía del Arte; porque es un sugestivo fecundísimo, y ántes que por todo lo enumerado, porque es un temperamento ecléctico, un artista en quien el naturalismo es la materia prima de la poesía. Varela, positivista convencido, reclama su derecho á pernoctar en el campo de las hipótesis, cuando estas responden á profundas necesidades del análisis ó de la inteligencia; si el exámen lo ha podido llevar al pesimismo, siempre corrige sus efectos predicando el amor á la lucha por la lucha misma, por alguna noción ó concepto varonil, producto sano y vivificador de un cuerpo vigoroso; las intolerancias, de donde quiera que emanen, le inspiran un sentimiento de conmiseración; su estética es un compromiso entre el arte puro y el arte trascendental; su estilo es una solución de harmonía entre lo escueto de la sobriedad y la abundancia de los estilistas pictóricos; y su credo político, si justifica y alaba los esfuerzos que realizan los autonomistas en el recinto pedregoso de la legalidad, pide que al pié de la tribuna, preparado para convertirse en

corcel de batalla, se encuentre siempre el caballo, el gran colaborador de nuestra epopeya.

Varela fué el genuino poeta de la nueva era: su poesía, en aquel momento, tuvo por expresivo símbolo al heraldo de Longfellow, que cae asido á su lábaro en la helada cumbre, lanzando al espirar el grito de guerra de nuestra época batalladora y triunfante: —*¡Excelsior!* El dolor que educa y fortifica para el combate; la constancia, que abre nuevos mundos al corazón y á la inteligencia; la fé, que si es una quimera efímera, alienta y sostiene; todo lo que eleva, viriliza y conforta el ánimo, todo lo que entonces necesitaba la conciencia cubana, bullía y cantaba en la musa de Varela. Poeta plástico, siempre halló el relieve que requería su emoción; poeta objetivo, la expresión de sus afectos se confundió con la expresión de los afectos latentes en la masa; su idealismo, sino vivía en sus ideas, iba echando raices en la conciencia social. Severo, puro, correcto, su legado de poeta es un donativo precioso á nuestro Parnaso.—Este rótulo: JOSÈ VARELA ZEQUIERA —MÉDICO CIRUJANO,— que se ostenta en la puerta de su hogar, traducido al romance literario, quiere decir:—*Aquí yace un artista.* El permanente reclamo es el

epitafio de su musa. Las implacables exigencias del sentido práctico de la vida, determinaron á Varela á ejecutar una especie de suicidio parcial, á mutilar sus facultades inmolando al poeta.—Hay un cuadro, cuyo título y autor no recuerdo, en que un robusto mancebo, sentado en el banco de piedra de un jardín, á las luces de una tarde de otoño, estrecha entre sus brazos á una garrida muchacha, rolliza y membruda como un modelo de Rubens. Pero el mancebo, casi indiferente á la lozana moza que desmaya á su contacto, clava los ojos con ansiedad y desesperación resignada en un pinar cercano, entre cuyos troncos aparece, esbelta y melancólica, envuelta en tenue sudario, una vírgen de perfil heleno, demacrada por el dolor y que lo mira con indecible tristeza. Es la primera novia del mancebo, es la olvidada, que se irgue como el espectro de imborrable remordimiento, y que en su actitud de ídolo caido parece una tentación, que pasa y suspende á su antiguo amante, en el instante mismo en que va á saborear la miel de otros besos. ¡Cuántas veces Varela, en sus amores con la prosáica realidad de la vida, no habrá visto surgir á los ojos de su ánimo, como surje la sombra de Banquo á los ojos de la conciencia de Macbeth, la melancólica

visión de su musa, que viene á ofrecerle las caricias de tiempos mejores, y se vuelve desconsolada y llorosa!

La base de sus conocimientos fundamentales lo preparaba para profesar en Letras ó en Filosofía como en Ciencias Físicas ó Naturales. Optó por el estudio de la Medicina, decisión que parecía determinada tanto por el hábito, que lo había familiarizado con la historia natural del hombre, como por ley de herencia, pues su abuelo paterno, el doctor Varela Montes, médico distinguido, está reputado como precursor en la esfera de los estudios antropológicos. Antes de que hubiese ganado su diploma de médico ya había adquirido legítima reputación de expositor. Exponer, en ciencias lo mismo que en filosofía y literatura, es siempre una tarea de gran empeño: de ordinario se corre el riesgo de callar lo fundamental y exhibir lo accesorio, de mutilar ó falsear el pensamiento ageno, de obscurecer y bastardear ideas que, claras y luminosas en el original, pierden estas cualidades al ser trasvestidas con otro lenguaje y con otro estilo. Las dificultades aumentan y se complican cuando se pretende exponer una doctrina ó una teoría científica, en la cual la subordinación de las partes al todo, el carácter mismo del razonamiento

y el rigor del método empleado, requieren, para la recta selección y la claridad del extracto, la misma fuerza en las facultades analíticas y sintéticas, un dominio cabal de la materia, esto es, todo lo que se requiere para el ejercicio de la crítica en todas las ramas del saber humano. *La Adaptación* y *La Teoría Celular*, principales estudios expositivos de Varela, bastan para acreditarlo de erudito y correcto en este ejercicio. No vemos entre nuestros médicos escritores, exceptuando entre los desaparecidos á Antonio Mestre, y entre los coetaneos á Esteban Borrero Echeverría, quien le aventaje ni iguale por la claridad y maestria en la exposición. Es cierto que Mestre era un filólogo, un verdadero gramático; que Borrero, como Varela, ni ocultan ni disimulan su cultura literaria, pero ésto no favorece en lo más mínimo á los expositores caóticos, gongóricos ó enrevesados. Si no se puede ser correcto, elegante, literario, es por lo menos un deber expresarse con sencillez, precisión y claridad. Bien hizo Varela renunciando á la Poesía en una sociedad que no se aviene á que la misma mano que amputa un miembro gangrenado, cincele una estrofa. Y á pesar del sacrificio de la renuncia, sobre él, como sobre Borrero, pesa la fama literaria como un

anathema. Ya hemos dicho que Varela, como Borrero, como Varona, en quien J. A. Echevarría sospechaba un médico de profesión; organizó sus conocimientos dándoles por base y sólido cimiento la cultura científica. Supongamos que su primera educación hubiese sido extrictamente literaria, ¿lo inhabilitaba, acaso para la práctica de la Medicina? ¿No ha dicho Huxley, queriendo desvanecer la patraña de que las ciencias exijen concurrencia de facultades mágicas y sibilinas, «que la ciencia es el sentido común perfeccionado»? Si «el razonamiento científico no es más que la transformación, por la exactitud y la amplitud, del conocimiento vulgar»; si ninguna operación mental puede sustraerse, si ha de ser cabal, á las leyes de la Lógica, —¿por qué negar el pan y el agua á inteligencia como la suya, adiestrada en el examen, avigorada en la práctica de esa «higiene del espiritu»? Al contrario de lo que propala la preocupación del vulgo y en parte la rivalidad de ciertos comprofesores, ofrece sobrada garantía para la humanidad paciente que el médico sea un lógico probado, un observador discreto y un tanto escéptico, antes que un galeno nato, sin la debida preparación, rutinario, parásito de los textos y augur convencido y fanatizado de la Medici-

na. No incurriremos en la intolerancia opuesta á la que censuramos: la opinión técnica señala en la clase médica un grupo selecto que en otro medio, en Londres, en París, en Berlín, ganaría, por su aplicación y sus aptitudes, fama universal: en torno de ese grupo de escogidos hay otro grupo, numeroso y aun superior con relación al país, de profesores modestos, solícitos, que harían honor á la clase médica norte-americana ó francesa, tanto por su aventajada dedicación y asiduo cultivo, como porque cumplen con nimio escrúpulo los preceptos de la moral de su profesión, que importa tanto como el conocimiento pleno del arte-ciencia de curar. Lo que nos importa es protestar contra un prejuicio, pueril en unos y torpe en otros, prejuicio que, para ser consecuente y justo, no debiera parar sino en una irreprochable división del trabajo, llevado hasta el cumplimiento riguroso del especialismo. Lo que nos importa es hacer notar que si el recelo contra el médico-literato tiene algún fundamente que lo abone, es en el caso rarísimo del médico literato postrimero, caso en que no pueden ser clasificados Varela y Borrero, pues ambos manifestaron tanto interés y curiosidad por el estudio del arte literario como por el estudio de las ciencias, siendo

coetáneas las adquisiciones de ambos géneros de conocimientos. Hay, en compensación, médicos que, sin invadir como intrusos aventureros el campo literario, escriben con propiedad y exponen con lucidez y tino, algunos con galanura y elegancia; el movimiento intelectual de la clase, profuso, vario y digno de todo encomio y de los más altos estímulos, es acaso el más activo y fecundo de todas las clases pensadoras del país, y ya demanda un libro histórico-crítico que bien pudieran trazar, asociadas, las plumas de Borrero y Varela. Pudiéramos citar anécdotas edificantes de la vida médica de Varela y de Borrero, pero ni corresponden á la índole de este libro ni debemos alargar esta digresión que, aunque pertinente, nos aleja de nuestro verdadero asunto.

En la Crítica Literaria, que Varela ha cultivado de tarde en tarde, hallamos otro ejemplo, muy expresivo y elocuente, de lo que hemos apuntado acerca de sus cualidades y su educación. En su ejercicio ha demostrado que la tolerancia, producto de la cultura intensa, virtud modernísima por excepción, debe ser la norma de todo crítico; que todo juicio claudicará al cabo si no se procura reproducir, por un esfuerzo de análisis psíquico, la serie de estados emocionales de que

ha nacido la producción, relacionando luego la emoción con la forma artística como precepto general; que el elemento generador es la sinceridad, y que ésta, por su virtualidad, es el primer elemento de la belleza. A veces recuerda que es cirujano, y en tales momentos su análisis reviste la frialdad de un disector que hace una autopsia, como acaeció en el exámen que hizo del discurso que pronunció Antonio Zambrana á poco de haber pisado las playas cubanas. Otras veces recuerda que la risa es un corrosivo y la zumba, siempre ática y chispeante, cómica y razonadora, el procedimiento más eficaz para corregir ciertos vicios y exageraciones frecuentes en Literatura, y en esas oportunidades discute con sorna y gracia el estro, el arcaismo y la fantasía de Menéndez Pelayo, poeta por real y académica orden de Valera; ó combate con sus mismas armas,— el verso inflado y sonoro del efectismo, — á cierto Góngora astur, que le dió ocasión para componer una série de epístolas en tercetos, donosísimas, amenas y cáusticas. Y es por que con Varona y Borrero, sus homólogos y comprovincianos, Varela reproduce la propensión del camagüeyano á poner en alto relieve el ridículo de todas las cosas. La peculiaridad de su sátira es la ironía ática, y

mejor que en sus lucubraciones de crítico literiario, la ha expresado en su hermosa y casi inédita poesía á *La Indolencia.*

El estilo de Varela es el estilo de un escritor de raza, la fotografía de su inteligencia, la copia fiel de su carácter. Es un estilo en que el pensamiento, sobrio por su naturaleza, cobra colores y contornos, suaves y puros, sin llegar á ser cuadro ni obra de escultura; en que el nervio, sin perder sus cualidades, adquiere la energía y la plasticidad del músculo; en que las ideas se encadenan y desarrollan sistemáticamente, en correcta y lójica sucesión é independencia, sin que degenere en árida y fría memoria técnica, ántes bien, harmonizando el rigorismo del plan con todas las exigencias del más refinado aticismo. El adorno, el nielado, el arabesco, contribuyen con solo lo indispensable: es la pluma sobre el casco de metal del guerrero, la flor en una cabellera de ébano ó de oro, el hilo de color con que el japonés dibuja un pájaro en un mosaico. Es su estilo la expresión de un espíritu sano y varonil que escapa á toda clasificación patológica, la expresión de un hombre harmónico, en que el cerebro ni riñe ni contradice al corazón, porque ambos se han educado y avigorado en las más severas disciplinas. Cada uno de sus

trabajos es una exposición de ideas que parecen emociones y de emociones que parecen ideas. Esto es así por su grande é incomparable sinceridad: y como ya hemos bosquejado los elementos que la han constituido y el carácter que reviste, no vacilamos en decir que de toda su labor se escapa, como un bálsamo de vida, el mismo aroma que exhalan los populares libros de Samuel Smiles, á quien ama tanto como á Daudet y al cantor de *Evangelina*. [1]

Por la alcúrnia de sus ideas y por el abolengo de su estilo, está en condiciones de emular á nuestros mejores disertos. Pero Varela desconfía de sus fuerzas, se amedrenta pensando en las veleidades de la opinión, teme á esa daga del ridículo que la masa afila en la muela de su inconstancia y de su delirio por la zumba; y estas preocupaciones, que imprimen á su voz peculiar unisonancia y á sus ademanes cierta rigidez amanerada, han despojado sus mejores oraciones del calor con que fueron concebidas, de la soltura,

[1] Lo que llevamos dicho puede intercalarse en el boceto de Rafael María Merchan, y es aplicable al ilustrado y correcto escritor matancero Nicolás Heredia, por su reciente libro *Puntos de vista*, modelo de insuperable templanza, exquisita cultura, y exponente de un juicio seguro y sosegado, que inculca con acento convencido el culto á los ideales levantados.

viveza y serenidad que conservan en el papel. En él el discurso muerto es el discurso oral, y el discurso vivo el discurso escrito. Nunca es vago ni incoloro: jamás se encarama á las cumbres de las abstracciones, en ningun momento se nubla la transparencia de su pensamiento. Su imaginación le obedece como un animal doméstico por hábito secular de la especie. Su auditorio no ha sentido nunca los transportes del arrebato ni los pasmos de la admiración; pero ha creido vivir por un momento en una atmósfera nueva, pura, fría, henchida de oxígeno y aromas primaverales; ha sentido esa emoción tranquila que produce la conquista de una verdad, la comunión con una hostia en que la levadura es sangre de toro y el efecto el de un sorbo de añejo, que precipita la circulación y reanima la cabeza sin perturbarla ni aturdirla. El diserto como el expositor, el crítico como el poeta, han restringido de propósito sus lucubraciones, huyendo de prodigarlas. Aquí no cuentan la esterilidad ó la indolencia: toda la responsabilidad corresponde á la ausencia de estímulos positivos y á la esfera de la realidad en que se mueve. Su producción no ha sido un esfuerzo, el caudal está intacto é ignoto todavía. Cuando se escruta y explora al hombre, en el abandono de la intimidad,

se adivina á seguida la profunda compenetración que existe entre el autor y su obra; se deplora que el pensador y el artista, con un tesoro de puntos de vista originales y nuevos, no hayan encontrado circunstancias favorables para una dedicación constante; se advierte, en fin, que lo que ha brotado de su pluma no ha sido concepción abstracta y fugitiva, cavilación que ha cruzado por su mente como un meteoro que deja por huella un reguero de ideas,—sino que ha sido, en todo rigor, como la florescencia de convicciones profundas y contínuas, el fruto de la cópula de una inteligencia severa y disciplinada y de un corazón generoso, santuario y cuna de esos afectos que palpitan en su labor. Optimista que procede de las filas del positivismo, si ha prestado su valioso concurso á los apóstoles de la Autonomía, no ha profesado en la doctrina con el fervor de un afiliado porque no ha visto en la propaganda ni en el credo más que un medio de educación, el pupilaje de todo un pueblo que ha de prepararlo para la práctica de la vida en la edad viril, y esta actitud, que lo ha colocado en posición excepcional en el campo de la política, es el rasgo que completa la pintura de su fisonomía moral. No desconoce las energías latentes en el pue-

blo cubano, como tampoco ha desfigurado sus defectos, que un día expuso con cívica entereza desde la tribuna; y porque ha valorado sus cualidades predominantes lo ha alentado para la conquista de mejores y más altos destinos. Y al infundirle alientos para que todo lo espere de su ánimo viril, de su perseverante esfuerzo, de su propia iniciativa, si ha consultado la síntesis de la energía colectiva, ha consultado también su energía individual, la fibra nativa que le ha permitido luchar y vencer, al punto de que puede señalársele por ella, á la admiración y al aplauso, como ejemplo en que palpita la fuerza que redime, depura y regenera.

ENRIQUE JOSE VARONA

ENRIQUE JOSE VARONA.

El ciudadano de la Roma antigua gobernaba legiones, forjaba leyes en el Foro, regía galeras, peroraba en las Asambleas, administraba paises remotos y habitados por diversas gentes, componía versos y redactaba páginas de historia. ¿Era el secreto de esta riqueza de aptitudes una extraordinaria energía física que se completaba con una vigorosa complexión mental? ¿Era la sencillez y carácter rudimentario de aquella civilización?-La respuesta más cumplida á estas preguntas nos la ofrece el pueblo norte-americano, en donde el ciudadano es sucesivamente leñador, mercader, mareante, soldado técnico y glorioso, periodista, jurisconsulto, magistrado supre-

mo. Es cierto que para realizar tan diversos empeños es necesario el músculo del hombre que se vestía de hierro; y es asimismo cierto que la perfección de las artes, la desintegración y desarrollo de las ciencias, van haciendo cada vez más raros los tipos del enciclopedista y del polígrafo. Todavía, sin embargo, por raras excepciones, se hallan espíritus privilegiados en quienes revive el hombre clásico, superándolo en el empleo de su actividad. El vulgo, por instinto, repele esta variedad de aptitudes; le deslumbran y ciegan los prismatismos: no concibe al hombre como suelo fértil en que vegetan el plátano y el maíz, el cedro y el ébano, la malva y el rosal; lo concibe único, sencillo y homogéneo como un bloque de piedra. La mayoría, por tan arraigada, y muchas veces legítima prevención, no quiere ver todas las cualidades que han vegetado y fructificado en Varona, no quiere ver en ese nervioso endeble y con rostro de esfinge irónica, un filósofo, un poeta, un literato, un escritor de primer orden. No se repara en la relación y dependencia de esas actividades: no se repara en que el filósofo, que supone un lógico, un psicólogo y un sociólogo, es perenne y doctísimo guía y maestro del literato; lúcido consejero del pedagogo y el factor más pre-

cioso del diserto; en que el literato es el colaborador por excelencia del poeta, del crítico, del orador; no se repara en que todos puedan desarrollar sus fuerzas sin confundirse ni dañarse, ni siquiera en que hay que trazar una línea divisoria entre las facultades predominantes, estudiándolas aisladamente, en el ejercicio de sus peculiares funciones, y las facultades dependientes ó accesorias, que completan aquellas; y mucho menos se para la atención en la profunda influencia que en el intelecto ejerce la cultura, que parece transformar las cualidades nativas como el ejercicio metamorfosea el sistema nativo de un organismo.

La isla de Cuba, obscura colonia de explotación, ha escrito, por cuenta propia, uno de los capítulos más luminosos de la historia de la filosofía; un grupo de pensadores cubanos, emancipándose de la tutela y de la tradición de sus progenitores, ha encendido la antorcha del análisis, iluminado y escrutado el espíritu humano, y planteado y resuelto muchos de los problemas que han sido la preocupación y el afán torturador de los obreros más excelsos del pensamiento. Componen ese grupo representativo Félix Varela, José de la Luz Caballero y Enrique José Varona: el precursor, es decir, el hom-

bre-vínculo en que espira el ascendiente intelectual de España y se inicia una dirección original y distinta, es el Presbítero José Agustín Caballero; el que inaugura y consuma la revolución, Félix Varela; el creador y renovador, José de la Luz; el que reorganiza y crea al propio tiempo, Enrique José Varona; entre Luz y Varona, como inteligencias sometidas á la ley de la continuidad histórica, cabe mencionar á Antonio Bachiller y Morales, Antonio Angulo y Heredia, Francisco Ruíz, Manuel y Zacarías González del Valle, José Manuel Mestre, y aun á Rafael Montoro, José del Perojo y Andrés Poey. Bachiller y Morales y Angulo y Heredia, profesan en el krausismo; Ruíz y Mestre, siguen las aguas de Luz; los hermanos González del Valle, particularmente Zacarías, aunque adeptos de Víctor Cousín, son unos «idólatras de todo sistema nuevo»; Montoro es un brillante sectario de Hegel; Perojo ha sido en España el gran propagandista del neo-kantismo; y Andrés Poey, profesor célebre en las ciencias físico-meteorológicas, es un apologista exaltado de Augusto Comte. Si estos representantes se alejan tanto de esa pseudo filosofía que ha imperado en España, mendigando licencias para sus especulaciones en los pór-

ticos de las mezquitas, de las sinagogas y de los monasterios; en el genuino grupo representativo, en Varela, Luz y Varona, el alejamiento es mayor, sin dejo ni resabio de metafísica ó teologismo.-José Agustin Caballero, maestro de Varela y tutor de Luz, en una época en que Cuba deja de ser un presidio para convertirse en factoría, esboza un plan de gobierno autonómico análogo al implantado por los ingleses en Virginia, y á cada paso se pronuncia contra los rígidos preceptos del Escolasticismo. Varela, cuando la factoría sube al rango de colonia, desmorona la fábrica secular de la Escolástica, implanta el método cartesiano, influído por Locke y Condillac, siendo, como dijo Luz, «el primero que nos enseñó á pensar.» José de la Luz, discípulo de los sacerdotes Caballero y Varela, como ellos versado en teología y con vocación decidida y temperamento adecuado para el sacerdocio, depura y exalta la herencia de sus maestros, imprimiendole el sello de su poderosa inteligencia de precursor, al punto que sus trabajos lo hacen aparecer como si fuese un contemporáneo de Spencer. Luz, «el pensador de ideas más profundas y originales con que se honra el Nuevo Mundo», procedía de Bentham, Dumont, y principalmente de Jhon Locke, el emancipador de la Psicología; an-

tes de 1835 reduce á sistema el método inductivo, hoy tan preconizado; se adelanta á Stuart Mill y expone el fundamento de su Lógica en una proposición sorprendente, al mismo tiempo que expone el principio en que se basa la psico-fisiología de Guillermo Wundt. Estas y otras iluminaciones de aquel insigne cubano no eran ojeadas de adivino, eran «expresión consciente de verdaderas teorías.» Su famosa campaña contra el Eclecticismo, que no dejó arraigar en el cerebro cubano, le sirvió de pretexto para exponer originales avances y puntos de vista en Política, Moral y Psicología. [1] Enrique José Varona, en sus primeros pasos deslumbrado por el soberbio andamiage del sistema de Comte, orientado después por la célebre crítica de Littre, vino á parar en una especie de eclecticismo crítico, y aunque adherente de la grandiosa doctrina de Herbert Spencer, dotado de la suficiente independencia de juicio para no caer en las sumisiones del sectaris-

[1] Véase: *Conferencias Filosóficas*: LÓGICA, por Enrique José Varona. Págs. 18 y siguientes.—Mr. J. M. Guardia, en su estudio *Philosophes Espagnols de Cuba*, publicado recientemente en la *Revue Philosophique*, se expresa así: «L'Espagne es très pauvre en philosophes, et depuis Jovellanos, elle n'a pas produit un éducateur comparable á Varela ou á Luz. Elle es donc vaincue por cette colonie qui n'a point á se louer de sa tendresse...» Y refiriéndose á Luz, ratifica así la citada

mo, y de la necesaria energía mental para ser un pensador original. Varona cierra, elevándolo, el capítulo de la historia de la filosofía esperimental crítica cuyas primeras iluminaciones trazó la pluma de Varela. No es una paradoja afirmar que en Filosofía, como en otras manifestaciones iguales ó secundarias, el intelecto cubano se ha emancipado en absoluto de la patria potestad del intelecto español. [1] La inteligencia española, atrofiada por la Teología, no cuenta en las influencias generadoras de la inteligencia cubana, que vivificada por el uso libre de la razón, escoje sus guías en pensadores ingleses ó franceses. Nuestra privilegiada posición geográfica, la influencia de la civilización inglesa, que es más remota y más

opinión de Varona: « De 1830 á 1840 han sido emitidas las ideas fundamentales de José de la Luz. No podrá rehusarse el título de precursor á quien familiarizaba á sus oyentes con proposiciones muy osadas en aquella época»..... Hablando de Varela, Mr. Guardia llega á decir que Balmes, «que era un pedante escolástico de gran facundia,» aunque con otro ideal, parece haberse inspirado en Varela, lo mismo en sus trabajos filosóficos y políticos que en sus escritos apologéticos y de controversia.»

[1] En los *Cromitos ibéricos*, á que aludimos en el Prólogo, demostraremos el aserto, que hemos bosquejado en el capítulo I (Filosofía), de nuestra *Reseña histórica del movimiento literario en la isla de Cuba.—(América Literaria*, tomo II, edición segunda, pág. 603).

profunda de lo que imaginamos por los síntomas externos, y que en el pasado fué más constante y decisiva; el natural predominio que ha alcanzado todo lo que encarna y simboliza el espíritu americano en oposición inconciliable con el espíritu europeo; todo eso, y otros elementos menores, han podido influir para conformar ese aspecto del intelecto cubano. El fenómeno es tanto más singular cuanto que Varela, educado en el cláustro, jamás se apartó del ara y aun espiró sobre ella poco menos que en olor de santidad; Luz, que estuvo á punto de hacerse monge, fué un varón justo en la más elevada significación cristiana, y nunca desmintió su temperamento místico que tan bien lo preparaba para los delirios metafísicos; y el mismo Varona, nacido en un pueblo profundamente religioso, fué educado en las Escuelas Pías de Puerto Príncipe, teniendo por breviario la *Imitación*, de Kémpis, y por medio intelectual el tesoro de la literatura clásica española, en donde con tanta frecuencia se borra la línea que separa lo sagrado y lo profano. La reacción, en Varona, tuvo que ser más rápida y menos dolorosa; pero no pudo sustraerse á la ley común, y acaso ese proceso, esa lucha por la existencia de las ideas, sea el ejercicio más saludable de la mente y

el medio más seguro para que arraiguen las convicciones sólidas y perdurables.

Bernard Pérez, crítico de verdadera competencia y autor famoso de estudios psicológicos sobre la infancia y la adolescencia, juzgando á Varona por su crítica á un profesor de Metafísica de nuestra Universidad y por su disertación sobre la evolución psicológica [1], escribía que el autor de ambos estudios, «como los brasileños Silvio Romero y Tobías Barreto», era un filósofo, y un filósofo que sabía escribir.» El mismo crítico, juzgando las conferencias de Varona sobre *Lógica*, decía que la verdadera originalidad de Varona consistía en una mezcla «de erudición, de crítica y de dogmatismo»; que el autor era ó se revelaba en su obra, «un hombre de mérito, erudito pero juicioso crítico, escritor claro y elegante, y concluía, después de una exposición brillante y atinada, con este elogio, acaso el más alto que se haya tributado en un centro tan prolífico como París á un autor hispano americano: «La traducción de las *Conferencias Filosóficas* obtendría, sin duda, carta de naturalización en nuestra enseñanza. De todos mo-

[1] *La Metafísica en la Universidad de la Habana* y *La evolución Psicológica*. Reimpresos en sus ESTUDIOS LITERARIOS Y FILOSÓFICOS. Págs. 193 y 305.

dos, el libro del Sr. Varona será consultado con provecho por los profesores más ó menos familiarizados con el idioma del autor, hallando en él, en caso necesario, preciosos materiales para la composición de un curso de Lógica que se echa de menos en nuestras clases de filosofía.» Posteriormente Mr. Guardia escribía á Varona desde París, apropósito de sus tres tomos de *Conferencias*: «¡Ojalá tuviéramos aquí media docena de Catedráticos como usted, ilustrados é independientes, y enseñando lo que no saben los estudiantes de filosofía después de haber cursado un año esa facultad por los programas insulsos que imperan en nuestras aulas...» [1]. Mr. Pérez, en su exámen de las *Conferencias* sobre *Psicología*, comienza diciendo que, en lo general, este libro es acreedor á los mismos elogios que antes ha tributado á la *Lógica*; expone el método que Varona ha seguido rigurosamente y por cuenta propia; destaca el plan y ensalza luego «las elevadas cualidades de su lúcido y sólido talento,» el «dominio absoluto de la materia»

[1] Para esta cita de Mr. Pérez y las que le seguirán, consúltese la *Revue Philosophique de la France et de l'Etranger*, tomo x, pags. 675 á 677; y tomo xii, páginas 550 á 552; y para la Carta de Mr. J. M. Guardia á Enrique José Varona, consúltese *La Habana Elegante*, última época.

y «la abundancia de avances sugestivos» que «apenas dejan que hacer á los lectores que encuentren incompletas ó de todo punto inadmisibles sus indicaciones,» y pasa á señalar las lagunas de la obra. Haciendo observar que la psicología comparada alumbra con luz nueva toda una fase de la evolución mental, lamenta que Varona haya desechado este punto de vista; en lo que hace á la psicología étnica, deplora que Varona se haya limitado á trazar grandes rasgos y á indicar el método en sus resultados más seguros; y echa de menos la mención de las más recientes adquisiciones de la psicometría con tanta más extrañeza, cuanto que indica someramente los extractos que Varona ha hecho á varios autores alemanes, ingleses, italianos y franceses. Estas observaciones de Mr. Pérez no tienden á negar, antes las reconoce expresamente, las meritísimas investigaciones y notables avances de Varona en el campo de la Psicología; pero aunque el crítico no omite entre sus consideraciones la de la época en que el autor dió á luz esa serie de *Conferencias*, persiste en creer que «Varona hubiera obtenido un triunfo más positivo» si hubiese «aprovechado los trabajos de aquellos mismos que hubieren podido utilizar y aun perfeccionar

las más originales de sus explicaciones.» [1] Varona reclama, con legítimo derecho, la prioridad en la *teoría de la atención*, en el estudio *de la imaginación* y *fórmula de sus leyes*, absolutamente original, y en la teoría sobre el *fundamento de la conciencia de la personalidad*, teoría que posteriormente y en términos idénticos desarrolló el eminente pensador Mr. Th. Ribot. Las *Conferencias* sobre la *Moral*, el más original de sus estudios filosóficos, basado en la doctrina de la evolución,—constituyen algo más que un ensayo para establecer científicamente el fundamento de la moral: más bien pudiera creérsela luminosa y acabada síntesis de pacientes y lúcidos estudios sociológicos, y la síntesis ha tenido posteriormente amplia y espléndida comprobación en dos estudios realmente monumentales: *El Bandolerismo* y *Los Cubanos en Cuba*. Estos estudios, lo mismo que las *Conferencias* todas, señalan otro rasgo común en los tres ilustres representativos del intelecto cubano: Varela y Luz no fueron meros expeculadores, obreros de gabinete; su obra fué eminentemente social: su acción iba encaminada á encender las inteligencias y á templar los corazones;

[1] *Revue Philosophique.*—Págs. 624-28. (13me. année – Nº 12. 1888).

Varela dispuso de la cátedra, del libro, del periódico; Luz de la cátedra, de la prensa, de la escuela; Varona ha dispuesto de la prensa y del libro, y sus *Conferencias Filosóficas* van dedicadas: *A la juventud cubana, en cuyo corazón desea fervorosamente que jamás se extinga el amor á la ciencia, que conduce á la posesión de sí mismo y á la libertad.*—Quizás sea hoy Varona el más conspicuo crítico de filosofía del Nuevo Mundo, y el más notable de los que se producen en lengua española. La influencia de Varona no ha germinado todavía en relación con el calibre de su enseñanza: fuera de Cuba ya hemos visto cómo se han aquilatado sus méritos; en la misma España, críticos tan juiciosos como González Serrano, le tributan el homenaje que su ejecutoria reclama; y entre nosotros, después de su influencia en Manuel Sanguily, de que hemos hablado en su sazón, ha ejercido gran ascendiente en otros escritores contemporáneos, y sus obras filosóficas ó han sido adoptadas como obras de texto para la enseñanza oficial ó han servido de copioso manantial para la composición de tratados más ó menos elementales por refundidores más ó menos aptos y escrupulosos.

El alumno de las Escuelas Pías y el devoto

de Kémpis, nació y se desarrolló en Puerto Príncipe, nido de hidalgos que, surgiendo en medio de una llanura melancólica, con las cúpulas de sus templos y monasterios, recuerda á la más típica de las viejas ciudades castellanas. La escuela, el medio y la familia tenían que determinar en él el amor á la erudición y el gusto por la forma rancia. El primer trabajo de Varona, cuando era todavía un adolescente, fué un ensayo histórico en que reconstruyó el árbol genealógico de las familias nobles del Camagüey, remontándose hasta el fundador Vasco Porcallo de Figueroa, especie de Abraham feudal y blasonado del pueblo camagüeyano. Este ensayo, basado en el cronicón escandaloso de un fraile regalado, curioso y correvedile de la posteridad, era obra de inquisición y comprobación que lo preparaba para la inmediata dedicación de su actividad. Fué tan grande y fructífera su consagración al estudio de la literatura española, que pueden señalarse como indicios menores de su próvida cosecha las efemérides exclusivamente literarias con que ilustró el calendario de un periódico festivo, y el predicamento en que le tuvo la cofradía de los cervantómanos, en la que era el Benjamín, pero solo por los pocos años. El culto á Cervantes ha sido una religión li-

teraria para muchos de nuestros pensadores: Luz lo adoraba, Piñeyro no lo menciona una sola vez sin calurosa admiración, Borrero ha hecho de él el símbolo supremo de la sátira, y Varona, que lo erigió en *fetiche* cuando hizo casi una profesión artística del estudio de su obra gigantesca, no solamente ha sido el que le ha tributado mayor, más alto y constante homenage, sino que en su comercio con las obras del insigne manco depuró su forma y adquirió el gusto por los estudios filológicos que más imperiosas solicitudes le impidieron cultivar con ahinco. Y esto no obstante, su lenguaje ha conservado siempre el olor y el sabor de las fuentes que podemos considerar como los manantiales originarios de nuestra habla; y lo poco que ha hecho en el campo de la Filología, como sus reparos y correcciones al *Diccionario de Galicismos* del rígido purista venezolano Rafael María Baralt, ha de quedar en nuestra escasa contribución al estudio de nuestro idioma patrio como un legado valioso y dogmático, — tal es la solidez de los argumentos que invoca. — Posteriormente y con igual empeño, conoció y amó otras literaturas, que dominó como había dominado la de España, según lo evidencian sus trabajos críticos de autores extranjeros y sus estudios

de literatura comparada. Vino después el estudio de la filosofía, el ardor en las luchas políticas, y á la antigua idolatría por el clasicismo español y sus más eximios representantes, sucedió una admiración tibia, expresión fiel de un juicio puro y limpio de las sensualidades del fetichismo. Esta evolución se coronó dando menos espacio en sus labores á la erudición, restringiendo el lenguaje, que perdió en pompa y en alardes de purismo lo que ganó en concisión, y limitando el puro juicio literario para que ocupase el vacío el juicio filosófico. Así ha ido desde el modelado en la forma de los grandes prosistas castellanos al estilo que ostentan sus últimas producciones, lo mismo el discurso sobre el poeta anónimo de Polonia, que la sugestión ante la vida voltaria y extraña del difunto Tristán de Jesús Medina.

Poniendo aparte el estilo Enrique Piñeyro, que tiene un sortilegio propio suyo, no hallamos en lengua española ningún autor que iguale las cualidades del estilo de Enrique José Varona. Es necesario atravesar los Pirineos para hallarle un igual en el estilo de Hipólito Taine, con el cual tiene acentuadas y numerosas semejanzas. Cuando el insigne historiador de la literatura inglesa empieza á desentrañar el sentido íntimo, la expresión

sintética del arte griego, el lector, que ve dibujarse el gran esqueleto, que prevee que ha de convertirse en un animal vivo y hermoso, que espera, más que una reconstrucción, la resurrección de un pueblo; desde el primer instante es la víctima de una ansiedad profunda, siempre creciente y siempre lúcida, y que estalla en un grito de pasmo que es la voz del deleite estético y el credo sincero de la persuación que ha ido incubándose lenta y segura en su ánimo. El evocador no dispone más que de una ruina, un hueso en la osamenta de un pueblo; y de un mapa colorido y cubierto de letreros: de ese mapa se levantará milagrosamente la topografía de la antigua Grecia; con aquel hueso quedará reconstruída la arquitectura griega en todos sus órdenes y la estatuaria en todos sus períodos. Pero con el templo y la estatua, antes que ellos resurjan serenos y luminosos en el esplendor y la gracia de su pristina belleza, resurgirá el clima, la vegetación, el teatro natural, la raza, el hombre en cuerpo y alma, el creador de una obra que estaba de antemano diseñada en la naturaleza, al punto que uno se pregunta si la estatua no es la momia petrificada de un griego, ó si el griego—poeta, marino, legislador, artista,—no es una estatua animada que no podía

proceder de otro modo que como procedía el prominente ciudadano de Atenas; ó en otros términos, si el suelo de Grecia no producía columnas, mausoleos, cariátides, estatuas, templos, héroes, oradores, con la naturalidad con que el terreno producía naranjos y limoneros. Pero el lector llega á posesionarse, á identificarse con la osada teoría del artista filósofo, después de un proceso en que el auditorio ha visto asociarse los elementos fundamentales unos en pos de otros con la regularidad con que se asocian las gotas de agua henchidas de cal que laboran las cristalizaciones en las entrañas de las cavernas; como si hubiese visto fundir la osatura, crear la célula, hilar el nervio, abrir los canales de la circulación y curtir y dar colores á la envoltura, en parodia maravillosa de la creación de la vida humana; ofreciéndosele luego en el conjunto animado de su plástica belleza y en el conjunto de sus harmónicas funciones, en la transfiguración de la inteligencia colorida por la poesía. Diríase una Venus de Milo con osamenta, con vísceras, con oleadas de sangre bajo sus contornos de piedra y con la luz de la idea en sus ojos yertos de estatua. Y obsedidos por la energía del vocablo, la fuerza y severidad de la frase, la regularidad en la distri-

bución de los pensamientos y su rigurosa dependencia y enlace, por el desarrollo de la tesis, que se vislumbra desde las primeras líneas y se anuncia y presenta por rompimientos luminosos hasta que surge en medio de etérea claridad, espléndida y magnífica, como el albor de la madrugada anuncia el sol que se avecina y que envía como mensajeros de su aparición los matices de la aurora hasta que surge resplandeciendo en un océano de lumbre; por la harmonía de la forma, seca, abrupta, monumental, con el fondo, vasto, ilimitado por el horizonte de la sugestión, profundo hasta abismar en cavilaciones; por el colorido que se dilúe como en la atmósfera los matices del iris; por la complicación metódica de tanto elemento diverso; por el plan, que comienza desplegando las alas, abarcando un horizonte inmenso, desenvolviéndose en sus lógicas y naturales proporciones, amplio, magestuoso, sin barreras, hasta que asoma la conclusión, en que todo se afina, adelgaza y enfría, en la concisión suma y en el pesimismo absoluto, que deja en el ánimo una impresión de tristeza y de pavorosa desolación; — pensamos que, en alas de un condor, de ese soberano de las alturas, hemos recorrido, en el tiempo de una lectura, el espacio que me-

dia desde las costas que baña el mar Caribe hasta las soledades del Océano Austral, admirando sucesivamente valles que conservan la pristina poesía de la era virginal que antecede al descubrimiento y llanos inmensos capaces de alimentar la fauna del orbe; cráteres apagados, coronados de nieve inmaculada ó con diadema de rubíes que lanzan fulgores de oro; selvas magestuosas y profusas que parecen moles apiñadas de cordilleras monstruosas; el surco del Amazonas, como un tajo que casi corta el continente del Pacífico al Atlántico; la cuenca del Plata, receptáculo de caudales asombrosos y que marca el itinerario que remontó el genio de la libertad para establecer y completar la independencia en el hemisferio del Sur; la pampa, augusta y solemne nave que tiene por cúpula la comba de los cielos; hasta que, allí donde los océanos pierden su fosforescencia, la pampa su extensión y su verdura para convertirse en llanura pedregosa, cubierta de matorrales espinosos, en estériles desiertos « que hacen oir voces misteriosas evocadoras de dudas terribles, » — donde el continente se deprime y angosta y esteriliza, dejando á un lado las cumbres de los Andes que, de un lado, miran el piélago en que el coral labra sus fábricas en las olas y del otro

el piélago de las grandes leyendas de la historia; el ánimo, ya familiarizado con un cuadro de desolación y de pavura, se prepara á contemplar aquel bloque desprendido de la cantera por la sacudida de un terremoto, la Tierra del Fuego, que parece un pequeño mundo que se sumerge lento en el abismo, y que, con sus montañas flanqueadas de bosques tropicales y coronadas de nieve, semeja el símbolo de un cataclismo futuro y el atalaya que mostrando las temerosas soledades del mar glacial, hace inclinar la frente pensando en frios de sepulcros, en la caída última, en el gran silencio, en el vacío y en la nada.

Así se desarrolla el estilo de Taine, así se desarrolla y concluye el estilo de Varona, sobre todo, en sus grandes creaciones como *El Bandolerismo*, *El Poeta Anónimo*, *Los Cubanos en Cuba*. Ese estilo es la victoria última de una alianza de cualidades perfeccionadas en la labor intensa y contínua; es la fusión de varios metales que han producido un acero de aguas de oro: es el literato, nutrido por el filólogo y el erudito, que se alía con el poeta; es el artista, que se hermana con el filósofo para cederle el paso ó para solicitar á cada instante el auxilio de sus energías. Conferencia, estudio de críti-

ca literaria ó filosófica, impresión, necrología, todo tiene el mismo sello distintivo de sobriedad y concisión supremas ó inauditas: no hay pormenor que huelgue ni circunstancia que falte en el engranaje de las ideas; el literato no nos deja olvidarnos del artista y el artista ni oscurece ni traspone al filósofo; ese pensamiento sabiamente organizado, parece decir la primera y la última palabra del asunto que estudia; es un juicio que causa estado en la opinión, y ésta, como en presencia de un razonamiento científico, piensa que esas ideas bullían en su cerebro embrionarias, confusas y disueltas como los elementos de una nebulosa, y las reconoce como si recordase nociones fundamentales aprendidas en la primera edad y ya medio sumidas en el océano de sombras del olvido, con admirado regocijo, aunque sin más títulos de lejítima paternidad que el del minero que extrajo el hierro de la entraña de la galería y que otras manos fundieron, forjaron y convirtieron en sorprendente obra de complicado mecanismo. Esta falacia ocurre siempre que una severa disciplina mental depura y ordena las ideas remedando aquel artificio con que la naturaleza asocia en el intelecto los jalones del conocimiento.

Varona es poeta, y si no hubiese escrito un

solo verso, siempre merecería título tan honorífico por la concepción general y el pormenor de la mayoría de sus trabajos literarios; porque desposó el sentimiento y la fantasía en esos momentos en que la reflexión se extingue para que la pasión encienda su antorcha ó su flamero, reemplazando con sus resplandores, vívidos ó desmayados, la irradiación de las puras ideas. No siempre ha sido feliz ni apropiada su expresión: comunmente la cadena de oro de los versos rotundos se anuda con el aro de hierro ó el eslabón de cobre del verso duro y prosáico que rueda bronco y desapacible con el estrépito de metales que se luden y entrechocan. Pero aun en las estrofas más escabrosas é inarmónicas hay siempre un fondo de verdadera poesía; porque Varona es ante todo un artista íntimo, subjetivo, y con frecuencia la emoción no se transparenta como la llama en el globo de cristal, sino que flamea en lo más recóndito como lámpara encendida al término de lóbrega y abovedada galería. Es, por el pensamiento hondo, vigoroso y sintético, un poeta de la estirpe de Sully-Prudhomme; mejor que el poema, conviene á su inspiración la estrofa mórbida y ceñida, como el soneto de los parnasianos. Así y todo, Varona ha dado el molde del poema

social cubano en su colección de *Paisajes*, entre los cuales se destaca como arquetipo el que lleva por título *Bajo la capa del cielo*, en que hay largos pasajes de una eufonía digna de la escuela arrulladora, sirviendo de envoltura á la más elevada y feliz inspiración. En este poema, y mejor que en él en miniaturas como *El Tango*, *Dos voces en la sombra*, *Críspulo domador*, *Pirrón y Herculano*, es donde Varona merece ser llamado el poeta filósofo de nuestra selecta y noble escuela de poesía civil. Él reanuda la tradición, exaltándola, que concluye en los precursores de la Revolución y en los genuinos poetas revolucionarios, tradición que no ha tenido continuador después de Aurelio Mitjáns, el fingido poeta anónimo del Camagüey. Predomina en él la imaginación trájica, que se traduce en símbolos sombríos, apocalípticos, pero transparentes y expresivos. Su poesía política es el itinerario que su pensamiento ha recorrido en esta esfera de su actividad, y cuando cambia de rumbo y es su musa la diosa de la Libertad, virginal y fiera, toma un caracter más amplio, es social y deja el símbolo para fulminar las excecraciones al oprobio, ya maldiciendo á la deidad maléfica que se amamantó con hiel de madrastra y sangre de verdugo, y que

envilece cuando no extermina; ya para destacar en la sombra, con el perfil del egregio paladín camagüeyano al guerrero que va con el ceño adusto

A escupir á los pueblos abyectos
Que besan sumisos de un déspota el pié.

Raras veces asoma en los cantos del poeta civil la máscara del satírico: su musa austera pide el manto de Pirron por clámide y por Parnaso la altura en que el rayo abate las águilas. Pero en la vida cotidiana, en el mundo de la prosa, en el ataque, en que es formidable si asocia el desdén á la burla desapiadada; en la defensa, cuando recorre toda la escala y encerrándose en lo cómico ático acribilla al adversario con la ceremoniosa cortesía con que el alcalde de Zalamea aherrojaba al ladrón de su honra; es donde hallan expresión enérgica y elocuente los afectos que han concurrido á la formación del satírico, y que se escapan á su pesar como un licor corrosivo por los resquicios del frasco rajado que lo contiene. Varona evita á todo trance el manejo de esta cualidad endurecida al calor de sus dolores, y que ha sido más activa y fecunda mientras más se ha ido alejando de las soluciones del idealismo político. En ella es el poeta civil que, en

prosa caústica, condensa y sublima el residuo de las cóleras que estallaron fulgurantes en su lira.

Varona es un diserto mejor que un orador, sus discursos merecen ser clasificados como conferencias, y aun éstas deben estudiarse como la obra silenciosa y recojida del gabinete, dando al olvido que resonaron en el pináculo de la tribuna. Y sin embargo de que carecen de la música de los períodos de Piñeyro, de la vibrante vehemencia de la palabra acerada y restallante de Sanguily, de las osadías pasmosas de los párrafos grandilocuentes de Montoro, un crítico sagacísimo, leyendo un discurso de Varona, exclamó subyugado por sus excelencias:—«¡Qué bien habla este Montoro!» - La equivocación, plenamente justificada, era el elogio más alto de un hombre que ha sido un ave de paso en los empeños de la elocuencia [1]. En aquellas fastuosas solemnidades de la palabra con que el Partido Autonomista conmemoraba sus aniversarios, y en las

[1] «Cerré entonces el cuaderno, levanté los ojos como el monje, y exclamé: ¡no hay duda, este Montoro habla divinamente: es casi imposible hablar mejor! Proseguí la lectura con la mayor complacencia, y al terminar —¡oh sorpresa!—me encontré con que lo firmaba Enrique José Varona.»—(Manuel Sanguily.—*Los oradores de Cuba. Revista Cubana.* Tomo IV pág. 63).

que hubo siempre un discurso soberano, decisivo, que era el éxito de la fiesta, la gran iluminación de la tradicional apoteosis, Varona, poseído por una emoción profundísima, logró asociar una noche á sus privilegiadas facultades el lirismo arrebatado del tribuno más fogoso, y fraguar un discurso rotundo, audacísimo, de fragores y relámpagos, como si la montaña inmoble y monumental estallase de súbito con rugidos y llamaradas de volcán.

Toda la obra de Varona, en conjunto, es obra didáctica, llena de enseñanzas originales y sugestivas; y ora enseñando deliberada ó involuntariamente, ora combatiendo con ardor viejos sistemas ó funestos y torpes métodos y doctrinas, ha ganado en esta actividad el mismo encumbrado sitio que Varela y Luz, sus genuinos ascendientes en la genealogía del intelecto cubano. Y con méritos tan evidentes y servicios de tan alto valor, con una ejecutoria tan cabal, se ha pretendido poner en tela de juicio su aptitud para el ejercicio del magisterio, precisamente por aquellos que no quieren ver sobre su frente otros lauros que los ganados en el campo de la Filosofía. Pero un juez, cuyo testimonio no puede recusarse, ha dicho categóricamente que «la verdadera educación

no puede darla más que el verdadero filósofo» [1]. Y si el filósofo, como ocurre en el caso de Varona, tiene acreditado su caracter de precursor en las investigaciones psicológicas, en aquellas que constituyen el fundamento del más útil y fecundo de los sistemas de enseñanza, ¿cómo negarle un título que hoy se otorga á cualquier obscuro expositor de las más recientes conquistas de la Pedagogía que no se ve más allá del texto que comenta en estilo desmayado y con observaciones resobadas é insulsas?—Pensando Varona con sobrada malicia lo que J. P. Richter pensaba del birrete de doctor, pudo escribir con verdadera fruición, examinando la sediciente libertad de enseñanza que impera en nuestra Universidad, la ejemplarísima anécdota de H. T. Buckle, que no recibió después de los catorce años ninguna enseñanza oficial y escribió una de las obras maestras del siglo XIX, la *Historia de la civilización de Inglaterra*. El horror instintivo á la disciplina de la enseñanza oficial es

[1] Y continúa el juez: «Puede juzgarse de las probabilidades que hay ahora de que se adopte un método filosófico. Siendo tan poco lo que se sabe de psicología, y los maestros de escuela ignorando hasta eso poco, ¿cuál será la suerte de un sistema que requiere dicha ciencia como base?»—(LA EDUCACION INTELECTUAL, MORAL Y FISICA, POR HERBERTO SPENCER.—Edición americana.—Nueva York.—1889.—Pág. 97).

otra gloriosa tradición del intelecto cubano. Las ideas en que se nutrieron las inteligencias de Varela y Luz, y merced á las cuales adquirieron su elevación intelectual, fueron adquiridas lejos de las aulas y los claustros. Varela y Borrero eran doctos antes de pisar los umbrales de la Universidad. Montoro ganó su diploma de abogado mucho después que su fama de orador insigne, y sin necesidad del sello y la rúbrica de un tribunal hierático, la opinión le reconoce como un doctorado nato en ciencias morales y políticas. Y Varona, el autor de las *Conferencias Filosóficas* y de los *Artículos y Discursos*, Varona que es un testimonio magnífico de la enseñanza que contiene la anécdota de Buckle, va ahora á proveerse del título de doctor en Filosofía y Letras, á que su cultura sea rubricada por los representantes de la enseñanza oficial. Dada nuestra organización, el pergamino académico es más necesario que el título de nobleza en una monarquía feudal; y en manos de Varona, cuando esté dentro del tétrico reducto, será un instrumento mágico que, permitiéndole convertir en acción poderosísima sus teorías y sus doctrinas, introducir la espontaneidad en la mecánica monotonía de un plan restringido y absurdo, lo hará coronar su labor

cívica y unir para siempre y en el mismo esplendor de gloria su nombre á los nombres esclarecidos de Varela y Luz.

Es ley que el capital acumulado por generaciones de obreros del pensamiento no pueda ser usufructuado por el individuo sino cuando éste ha recorrido una trayectoría igual á la de aquellos, y las confluencias no tienen lugar sino después que cada uno, por experiencia personal, ha avanzado venciendo obstáculos y saltando ó rodeando escollos como el tributario que ondula y viaja por apartado cauce para confundirse con la arteria madre. Cuando ese capital lo constituye la suma de observaciones históricas, adquiridas entre solicitudes diversas, y contrabalanceadas por sugestiones prestigiosas, aunque falaces, la conciliación se realiza en tiempo más remoto y al precio de profundos y crueles desengaños. Así se concibe que nazca un ideal, irradie en las conciencias, se ponga como un sol apagado entre nubes grises, y á favor de nuevas circunstancias tenga nuevo oriente y de nuevo ilumine y fecundice las inteligencias; y así se concibe que la evolución de los principios en una personalidad, como hecho de experiencia, no influya inmediata y eficazmente en sus herederos y sucesores, sobre todo cuando

fuerzas poderosas impiden la capitalización en su verdadero sentido ó simplemente el cumplimiento de la ley de continuidad. — Este bosquejo de la historia de una vida quedaría incompleto ó aparecería mutilado si no tuviese por epílogo natural la narración de la vida política de Varona, que es como la faz que sirve de síntesis á las otras fases de su actividad. Ya hemos visto cómo pasó de Kempis á Comte, de Comte, por mediación de Littré, á Spencer, y de Spencer á su posición de precursor y de crítico independiente; cómo fué del cenáculo de los cervantómanos á una especie de eclecticismo literario, siguiendo su estilo un desenvolvimiento paralelo, y en consonancia con su evolución filosófica; como su poesía, que empezó erótica y clásica, vino á ser poesía civil, social, genuinamente cubana; cómo en sus facultades, sin excluir ni apagar las del artista, han ido cobrando energías hasta alcanzar el predominio las que constituyen el crítico de filosofía experimental crítica, que del estudio de la Lógica ha llegado á su concepción sociológica de la moral. Estas crisis son coetáneas á las de su credo político. Cuando estalló la insurrección de Yara, siguiendo el impulso del pueblo de Puerto Príncipe, que emigró en masa al campo,

abandonó la ciudad mejor que como un rebelde como un escolar prófugo. Volvió, como tantos otros que creyeron una regocijada romería lo que era un éxodo trágico, al recinto de la *muy fiel, muy noble y muy leal* ciudad de Santa María, como reza la leyenda de su escudo de armas, y á poco compuso *La Hija Pródiga*, drama político hostil á la Revolución, aunque sin aquella autorizada influencia que alcanzó el folleto *Cuba, su porvenir*, de José María Zayas, que fué manzana de discordia y pábulo para la indecisión, el retraimiento y el miedo. Varona era un adolescente, su atmósfera intelectual era el mundo de los clásicos, había sido el educando de los Escolapios y no el discípulo del Patriarca de *El Salvador*. A medida que sus estudios lo fueron alejando de aquel estado, que fué un estado de la conciencia cubana, los acontecimientos que se desarrollaban á su vista lo apartaron tanto de sus primeras inestables creencias, que en 1875, época en que compuso el poema *Bajo la capa del cielo*, nadie hubiera reconocido en el poeta que compadecía á Pablo, el esclavo hercúleo, «porque no disponía de sus ágiles miembros, porque tenía un señor y sufría una cadena,» al poeta henchido de hispanofilismo de *La Hija Pródiga*. Pero un suceso

doloroso y fúnebre, á cuyo recuerdo gime todavía el corazón cubano y que marca una era de enérgica reviviscencia en la vida de la Revolución, vino á decidir y fijar la dirección de sus nuevas ideas. — Una bala, salida de un flanco enemigo en el infausto combate de Jimaguayú, hizo caer de su corcel de batalla á Ignacio Agramonte, que por «primera y única vez abatía» la augusta y melancólica cabeza. El cadáver, recojido en el campo por sorpresa, fué llevado á la ciudad de Puerto Príncipe sobre el lomo de un caballo, expuesto en la galería de un hospital como un trofeo y en la noche, entre un círculo de soldados, con beneplácito de las autoridades y horror de los moradores, conducido á un ángulo del cementerio y quemado en una pira de leña rociada con petróleo. Este holocausto del campeón indomable que encarnó el espíritu de la Revolución, que reproduce el siniestro simulacro de la ejecución del rey de las Alpujarras, ejerció tan decisiva influencia en los ánimos de los espectadores que los prosélitos activos y platónicos se multiplicaron, y Varona, señaladamente, pasó al bando de los *laborantes*. Consumada la paz, Varona emigró á la Habana: fué el redactor más asiduo y prestigioso de la *Revista de Cuba* y el redactor

más ardoroso, más batallador y más cubano que hubo en *El Triunfo*, primer órgano oficial de la Junta Central del Partido Liberal. Apenas organizada y constituída la Junta, Varona ingresó en su seno. Asociados en el gobierno del nuevo organismo hombres que habían crecido en el medroso sigilo del gabinete, separatistas que habían derramado su sangre en los campos ó que habían predicado el radicalismo y las represalias en el seno de la Cámara de Representantes, pensadores que se habían desarrollado lejos de la atmósfera cubana, y otros representantes de otros matices característicos, — asociados, decimos, cubanos tan desemejantes, bien pronto se dividieron en grupos por analogías de caracteres, y hubo moderados que parecieron reaccionarios y radicales que prolongaban la tradición iniciada en Guáimaro. La extrema derecha, que era la mayoría, conquistó el predominio, y degenerando en conservadora, gubernamental y autoritaria, provocó los cismas y disidencias que hicieron de Cortina un reo de sedición, y que apenas si han sido sofocados por el retraimiento, con ser tan largo el período que media entre la muerte del tribuno y el día en que Eduardo Yero, á la cabeza del periodismo de combate, pudo ver como un

triunfo de sus personales empeños la hueste acuartelada y el asta sin bandera. Recrudecida la tendencia reaccionaria por el vértigo del predominio y exacerbada por el quimerismo razonador y dialéctico, el Partido Autonomista marchó resueltamente por la vía que ha sido el camino de Damasco por el cual quisieran conducir á nuestro pueblo algunos políticos de la Metrópoli: arrancar de cuajo las raices del separatismo evolucionista ó guerrero y españolizar la isla de Cuba por todos los medios imaginables. Antes de que el Partido entrase por esta selva tenebrosa, Varona fué electo diputado á Cortes por sus conterráneos del Camagüey. Su acta de diputado no fué, en rigor, la ratificación del poder otorgado por el sufragio, fué más propiamente el amplio voto de confianza con que el pueblo camagüeyano rubricó las condiciones irrevocables con que él aceptaba el poder que se le ofrecía. La misma Junta Central no opuso su veto á un poder que era el programa de un cisma. Pisó Varona la tierra leyendaria de nuestros progenitores y en todas partes halló aquella postración y decadencia que tan amarga decepción produjeron en el ánimo de Pedro Santacilia, y que grabó de modo indeleble en aquel canto apasionado, su obra capital,

y en que poetiza sus famosas conferencias históricas en tono elegíaco, profético y maldiciente. El Parlamento, en cuyo seno hubiera sido una impotencia más, estaba desierto: abordó al Ministro de Ultramar, Conde de Tejada de Valdosera, y le demostró la ineficacia de las autorizaciones de que estaba investido aquel Consejero; éste asintió á todos los argumentos de Varona, pero oponiendo un reparo á cada uno, reparo que era una glosa de la famosa frase de Cánovas sobre las realidades antagónicas de Cuba y su Metrópoli. Entonces, ante aquel árabe fatalista, que creyendo legítima y sabia la Autonomía creía que aún no era nacida la mujer española que habría de concebir en su seno el Mesías que se había forjado la imaginación calenturienta de los hijos del Trópico, Varona, interrogando y afirmando á la vez, le dijo que España se resignaría á llevar á rastras su espléndida colonia del mar de las Antillas como el cautivo cuyo compañero de cadena ha muerto y tiene que arrastrar de un lado á otro su cadáver hasta que el hacha rompe los lazos de hierro que los unen. El Ministro asintió en silencio, como el árabe que inclina la cabeza para decir: «¡Alah lo ha querido!» Estas afirmaciones eran la confirmación última de la doctrina que se había ido incubando

en Varona por asociación de laboriosas inducciones. Varona regresó á Cuba: Cortina, que iba á caer en la comunión separatista, acababa de morir haciendo votos, como Pozos Dulces en su hora postrera, por la emancipación de su patria. Varona pronunció la oración fúnebre del tribuno cismático, y el doliente discurso fué el anticipado *miserere* de la hueste de que quedaba divorciada en aquel acto. Cuando quemó su acta en el cirio macilento que flameaba sobre el yerto semblante del tribuno, quemó las memorias del pasado... y quemó también la última esperanza del reformismo. Sus acentos, sin embargo, no hallaron más eco que el eco ronco de las pisadas que devuelven los subterráneos de un cementerio; él, por su natural condición, no aspiraba á erigirse en cabeza de motín ni en oráculo de descontentos: no podía pactar con lo que juzgaba una mentira y realizó un sacrificio cívico, decir la verdad sin medir las consecuencias de su confesión. ¿No sacrificaba las ventajas de una posición real en aras de un principio; la conveniencia material, los lauros del polemista y del orador parlamentario, que tanto deslumbran y cautivan á los hombres de nuestra raza, ante el amor supremo, que es el amor á la patria, y el culto más noble,

que es el culto á la verdad? Tal como Varona lo realizó no se concibe el ejercicio, la práctica de la política en paises decrépitos y podridos; pero así se concibe y ejercita en los Estados Unidos, donde el magistrado supera al genuino sacerdote, y en Francia, donde á todo se sobrepone el más elevado patriotismo. —Después de abandonar las filas del Partido en que fué paladín animoso, abogado insigne y ornamento sólido y brillante, fundó la *Revista Cubana*, desde cuyas páginas continuó ejerciendo el magisterio social que había iniciado en la *Revista de Cuba*, acentuando su carácter de separatista convencido, aunque sin fe ni esperanza, apareciendo ó pesimista indócil ó nihilista que pugna por sustraerse al reposo de muerte que parecen apetecer sus compatriotas. Los estudios de política, literatura y sociología, que reunió bajo el rubro de *Artículos y Discursos*, animados por «el amor á Cuba y el dolor por su miseria irreparable,» como ha dicho en el precioso prefacio que precede al libro monumental y funerario, forman su ejecutoria de político independiente. Toda la obra, á pesar de la variedad de asuntos, es «la expresión sincera de un pensamiento sincero;» es la confesión sencilla, serena, pura y limpia de odios y prejuicios, de un

espíritu que descubre la verdad y la revela y propaga por mandato ineludible de su conciencia de hombre y de cubano. —¿No hay una sucesión lógica en la evolución de su credo filosófico, de su credo literario y de su credo político? ¿No hay una íntima correspondencia entre el piadoso devoto de Kémpis y el timorato adversario de la Revolución, entre el cervantómano y el poeta de *La Hija Pródiga*? ¿No se corresponden y completan el adherente de la filosofía de la evolución y el paladín de un partido político que todo lo fía á un oportunismo sistemático auxiliado por la eficacia providente de la propaganda? Y el sociólogo de *El Bandolerismo*, el artista del *Poeta Anónimo de Polonia*, el poeta de *El Tango*, representando la faz última del filósofo evolucionista, ¿no son los generadores del separatista sombrío de *Los Cubanos en Cuba*? Esa trayectoría ¿no es la misma que ha recorrido el alma cubana en los primeros representantes de su actividad intelectual? ¿No ha sido el pueblo cubano católico y monárquico, enemigo jurado ó espectador inmutable del sentimiento activo de la separación, reformista bajo la egida de España y luego batallador admirable y glorioso por la independencia?—El ciclo recorrido por Varona guarda absoluta

semejanza con el ciclo que recorrió el Padre Varela. Es sabido que el venerable sacerdote, que se desarrolló al lado de peninsulares tan superiores á su país y á su época como el general Las Casas y el ilustre y benemérito obispo Espada, —aceptó el acta de procurador en Cortes con la misma lealtad é hidalga confianza que los demás representantes del imperio español en América, y los cuales, en las históricas Cortes de Cádiz, pudieron disputar á sus hermanos de la Metrópoli la palma de la previsión patriótica, del más desinteresado civismo y aun los laureles de la elocuencia. No se olvidará fácilmente cómo sozobró aquella empresa y la bárbara reacción que se ensañó en aquellos legisladores, mucho de los cuales, y entre ellos Varela que estuvo á punto de morir ametrallado, tuvieron que salir prófugos del territorio español para rescatarse á la cadena del presidiario ó á las manos del verdugo. Huyó á refugiarse en los Estados Unidos para no pisar jamás tierra en que ondease el pabellón de España, y la decepción fué tan profunda, que el panegirista de príncipes y reyes en la cátedra del Espíritu Santo se alzó airado contra la dominación española, propagando la necesidad de que la colonia conquistase su independencia. Era demasiado temprano:

su voz no halló eco en el pueblo que lo amó y veneró, y se consagró con devoción ejemplar al ejercicio de su ministerio, en tanto que el desengaño de los que compartían las ansias de aquel ideal precoz hallaba su verbo en la trompa de bronce de Heredia, el príncipe de la poesía cubana, el bardo ilustre del separatismo. Por evolución más laboriosa, sin las violentas sacudidas que sufriera el benemérito catedrático de San Carlos, Varona ha llegado á la misma conclusión, ha ido más lejos aún, pues no ha renunciado á la lucha de las ideas como su ilustre precursor. Varona, que con creces tiene ganado el título de filósofo del separatismo, fluctúa entre la penumbra del pesimismo y la noche tenebrosa del nihilismo, y si ha impuesto á su experiencia el oficio de abogado del diablo en cada apoteosis del optimismo, como para expiar sus juveniles peregrinaciones por la región de las utopías, no por eso deja de sorber las lágrimas que le arranca la persuación de que atravesamos un período de decadencia, que puede ser transitorio como puede acabar en un estado de postración irremediable. Y en las torturas de la duda, comparando nuestra situación actual con los hechos culminantes del pasado, viendo que hemos renunciado á toda iniciativa fe-

cunda, por rigurosa inducción, ha trazado en símbolos grandilocuentes la imagen del porvenir que nos depara nuestra presente parodia del fatalismo oriental. Esos símbolos no son profecías de augur misántropo y visionario; su mano no las ha trazado sino animada por la previsión lúcida y patriótica del que ama y sufre porque ama; reconoce que hemos empezado á labrar nuestra ruina con la tranquila resignación del que cava su propio sepulcro, y nos da la voz de alarma para que evitemos la consumación de la catástrofe. Por eso, recordando el miserable fin de los ansibarios, que perdida su antigua fortaleza guerrera vinieron á ser presa fácil que los más osados se dividieron, ha podido exclamar: — «¡Cuántas veces, al ver como ha huído de nuestros pechos la concordia, al oir que sólo formulamos una suprema aspiración al reposo, al sosiego, he pensado con amargura si se cernirá sobre nuestras cabezas esa terrible amenaza, y, aun reconociendo las diferencias de tiempo y de lugar, he temido que estemos condenados á ese mismo papel de un pueblo errante, huésped en su propio suelo, enemigo entre sus consanguíneos, víctima de la audacia y despojo de la fortaleza agena!» No es más que un presentimiento, desgarrador, insis-

tente, que viene al final de sus ideas como el espectro de la muerte al desenlace de una tragedia shaksperiana. El presentimiento, sin embargo, no logra ensombrecer su ánimo al punto que éste no vislumbre, como el desmayado lampo de un astro lejano que no puede decidirse si es un mundo que espira ó un astro que nace, la esperanza de que resurja aquel ideal que hizo que el pueblo postrado y encadenado se encontrase de pié saludando con júbilo la patria de promisión que habían contemplado y llamado con sus votos más ardientes los precursores, el ideal á que dió el pueblo cubano «cuanto puede acrisolar la sinceridad de un anhelo humano, la sangre de sus hombres y las lágrimas de sus mujeres.»

BIBLIOGRAFIA

DE LOS

CROMITOS CUBANOS.

RAFAEL MONTORO.

En la REVISTA CONTEMPORÁNEA, de Madrid:

Lucrecia Borgia rehabilitada.—Una defensa de María Tudor.—El místico aleman Juan S. Hamann.—Alfredo de Musset.—La Administración local en Inglaterra, Escocia é Irlanda.—El antiguo régimen, según H. Taine.—Las traducciones en verso.—Crónica del Ateneo.—Crónica de la literatura inglesa y norteamericana.—Traducciones del francés, el inglés y el italiano.

En la REVISTA EUROPEA, de Madrid:

La polémica sobre el panteismo (á propósito de una discusión entre los Sres. Canalejas y Campoamor).—*El Movimiento intelectual en Alemania* (á propósito del libro de D. José del Perojo).—*El realismo en el arte dramático*, (discurso en el Ateneo extractado para la *Revista*, por D. Francisco de A. Pacheco).

En el Boletin del Ateneo (1877):

Análisis de un Discurso sobre la Constitución de Inglaterra.

Discursos pronunciados en el Ateneo de Madrid desde 1875 hasta 1878:

El realismo en el arte dramático.—El positivismo.—Los partidos políticos.— La Constitución inglesa. (Véase el discurso resúmen que con el mismo título publicó en libro D. Gumersindo de Azcárate).—*La poesía lírica española en el siglo XIX.—La poesía dramática española en el siglo XIX.*—(Véase el resúmen de D. Francisco de P. Canalejas titulado: *La poesía moderna*).
—*La poesía religiosa.*

En la Revista de Cuba:

El neo-kantismo y los neo-kantianos españoles.—Revista política.—Extracto de una disertación en las veladas de Cortina sobre Zola y el naturalismo.

En la Revista Cubana:

La Expansión nacional.—Gambetta.

Conferencias y discursos.

Sobre el realismo y el naturalismo en la literatura.—(Liceo de Guanabacoa, 1878). *El Pesimismo.—La raza latina.—José Antonio Cortina.—Juan Bruno Zayas. José Eugenio Bernal.* (En *La Caridad*, del Cerro). *La Escuela. (El Progreso*, de Jesús del Monte).—*Lamartine.* (Liceo de Matánzas).—*San Vicente de Paul y su tiempo.* (Asilo de Mendigos).—*La leyenda de D. Juan.* (Velada. *Figaro—Habana Elegante*). —*La música ante la filosofía del arte.* (Teatro de Payret. Reproducida en la *América Literaria*, de F. Lagomaggiore, edición segunda, tomo II, pág. 685).—*La Beneficencia pública.* (Vedado).— *La Expansión nacional.* (Liceo de la Habana). *D. Antonio Bachiller y Morales.*—(Sociedad antropológica).—*La lite-*

ratura española en el siglo XIX. (Liceo de Guanabacoa).—*La mujer y la revolución francesa.* (Liceo de la Habana).—*El derecho hereditario del cónyugue supertite.* (Círculo de Abogados).—*Rafael María de Mendive.*

En la Revista Enciclopèdica (1882):

El problema social y sus fases diversas.

En La Discusión (1883):

Zorrilla y su tiempo.—El Sr. Piñeyro y los poetas famosos del siglo XIX.—La tribuna moderna. (Francia é Inglaterra).—*Novelas cortas de Zola.—Dios, Patria y Libertad,* por Julio Simón.—*La Expansión de Inglaterra.* (Seeley).—*Mendive y sus obras.*

En La Habana Literaria:

William Mac Kinley.

Prólogos:

A la obra de D. Eusebio Valdés Domínguez *Los antiguos Diputados de Cuba;*—á los *Relámpagos,* poesías de D. Emilio Bobadilla;—á la *Colección de artículos* de D. Alfredo Martín Morales;—á *Cuba y sus jueces,* (edición segunda) de D. Raimundo Cabrera;—á la obra póstuma de D. Aurelio Mitjans, *Historia del movimiento literario y científico de la isla de Cuba,* y al folleto de D. Herminio Leyva sobre el primer viaje de Colón.

Colaboró en *El Triunfo* desde su fundación, redactor del mismo desde 1881, y así mismo de *El País,* órgano de la Junta Central del Partido Autonomista, que sucedió á aquél.

Informes:

En la Real Sociedad Económica:

Sobre las gestiones y el fracaso de la proyectada Junta

Magna de 1883.—Sobre un proyecto de ley de vagos. —Sobre el crédito territorial hipotecario.—Sobre el régimen comercial de esta isla, con motivo de los acuerdos de la Cámara de Comercio, 1890.—Sobre las gestiones del informante en la Junta de información de 1890-91.

En el COMITÉ CENTRAL DE PROPAGANDA ECONÓMICA:

Sobre el convenio de reciprocidad comercial con los Estados Unidos, 1892.

Discursos parlamentarios.

En las Legislaturas de 1886 á 1887; de 1887 á 1888; de 1888 á 1889.—Discursos en los *meetings* de organización, aniversario, propaganda electoral, reorganización, protesta y retraimiento del Partido Autonomista.

ANTONIO ZAMBRANA.

La República de Cuba.—1 vol. 4º, 119 págs.—N. York 1873.—*La cuestión de Cuba.* - 1 folleto 50 págs.—Valparaiso, 1874.—*La transacción de Garibaldi; Una tarde en el lago George; Rafael*; (artículos) reimpresos en Buenos Aires, 1890. (*América Literaria*, tomo II, edición segunda, págs. 668-74). Editoriales de *El Cubano.*—*Una visita á la Metrópoli.* - 1 folleto de 85 págs.—Habana, 1888.—Discursos publicados íntegros ó en extractos en *El País* y *La Lucha.*—*Carta á J. J. Palma.* Costa Rica, 1882.

RAFAEL MARIA MERCHAN.

La honra de España en Cuba.—Por un cubano.—(Un folleto en 8º con 127 págs.—New York, 1871.—*Estudios Críticos.*—1 vol. en 8º con 712 págs.—Bogotá 1886. —*El Espinar Cubano y la segur barrantina.* (Folleto de 42 págs.) Bogotá, 1890.—*Un poco de todo.* (Folle-

to de 42 págs). Bogotá, 1891.—*Carta al Sr. D. Juan Varela sobre asuntos americanos.* (Folleto de 65 páginas). Bogotá, 1889.—*La Autonomía de Cuba.*—Defensa personal.—Folleto. Bogotá, 1891.

BERNARDO PORTUONDO.

Discursos en el Congreso en los años de 1879, 1881, 1884 y 1886; y en el Senado en 1891.—*Manifiestos electorales.*

MANUEL SANGUILY.

Revolución de Cuba.—*Discursos* del Mayor general Julio Sanguily y el *Coronel Manuel Sanguily á la emigración cubana.*—1 folleto de 31 págs.—N. P. de León. —N. York, 1877.

En la REVISTA DE CUBA:

Los caribes de las islas.—Pág. 97. (Reimpreso en folleto por M. de Villa).

En la REVISTA CUBANA:

Cristóbal Colón y los caribes.—Tomo I, pág. 129; *José de la Luz Caballero y su biógrafo.* (Correspondencia), tomo II, pág. 385; *Los oradores de Cuba.*—(Bosquejo Literario), tomo III, pág. 385 y 481, y tomo IV, pág. 27; *Elementos y caracteres de la política en Cuba,* (discurso) tomo V, pág. 114; *Revista bibliográfica,* tomo VI, pág. 232; *Un insurrecto cubano en la Corte,* tomo VIII, pág. 385; *Otro libro de Emilio Bobadilla,* tomo VIII, pág. 136; *La Autonomía de Cuba,* tomo X, pág. 5; *El dualismo moral y político en Cuba,* (discurso), X, pág. 193; *Noticia bibliográfica,* tomo X, pág. 378; *José María Heredia, el poeta y el revolucionario cubano,* (conferencia), tomo XII, pág. 193; *Impresiones y extractos,* tomo XII, pág. 454; *La situación de Cuba, sus causas y sus remedios,* (discurso), tomo XIII, pág. 344.

En La Habana Elegante:

Fernando Arizti; Enrique Piñeyro; (bocetos biográficos).

En el folleto Verdad y Justicia, (Habana, 1890), y en la América Literaria, (F. Lagomaggiore, tomo II, pág. 703, Buenos Aires, 1890), *discurso en conmemoración del fusilamiento de los estudiantes de Medicina*, en el Círculo de la Juventud de Matánzas.

José de la Luz Caballero.—Estudio crítico.—1 vol. 235 págs. en 4º Habana.—«La Lucha» - 1890.

RICARDO DEL MONTE.

El Efectismo lírico.—Nº del 28 de Febrero de 1878 de la *Revista de Cuba*).

Garibaldi.—Revista de Cuba. - pág. 561, tomo XI.

La Revista de Cuba, su vid a y su influencia. Págs. 46 y siguientes del tomo XVI y último. *(Revista de Cuba).*

Artículos en *El Siglo*, (1867-69), y en *El Triunfo* (y su continuador *El País)* desde Septiembre de 1878. Poesías. (En varias publicaciones: *Habana Elegante* (últimos años).

JOSE SILVERIO JORRIN.

Versión castellana de la *Vida de Agrícola, Costumbres de los germanos* y de *Los anales*, de C. C. Tácito, 1837. (Inédita).—*Curso elemental de Dibujo lineal*, 1839.

Utilidad de que se propague en Cuba el conocimiento de la lengua alemana. (Revista de la Habana), 1ª serie, tomo IV, 1855). *Fundación en la Habana de un gimnasio normal*, 1845. (Memoria premiada, inédita). *Informes como Concejal y Síndico del Ayuntamiento habanense:* inéditos en su mayoría, 1854.

Exposición (primera hecha en Cuba) *de los fundamentos jurídicos en que descansan las concesiones para construir vías férreas de uso público. (Diario de la Marina*, Febrero 9, 1858).

Informes en la Junta Superior de Instrucción pública, 1858. (Inéditos).

Recuerdos de un paseo por Italia.—(Revista de la Habana, segúnda época, 1859). *Informe sobre el nuevo cementerio demostrando que con sus productos podría el Ayuntamiento terminar el Canal de Vento y el adoquinado de la Habana.* (*Revista de Administración.* Septiembre y Octubre de 1860.

Filosofía del arte. (Conferencia). (*Revista del Pueblo. —Revista de Cuba*, Octubre de 1884).

La Instrucción pública en Cuba. (El Siglo, 1863).

Carta á D. José Antonio Echeverría sobre las aspiraciones políticas de Cuba, 1863.

Discurso en la investidura del Dr. D. José Ignacio Rodríguez, 1863.

Moción al Municipio de la Habana para la construcción de una Universidad en los terrenos de las murallas, 1864.

Carta á D. Alvaro Reynoso poniendo á su disposición más de 20.000$ para que llevase á la práctica el invento con que se prometía aumentar extraordinariamente la producción azucarera. (*El Siglo*, Junio 8 de 1864).

Carta política al Conde de Pozos Dulces. (*El Siglo*, 13 de Diciembre de 1865).

Moción en la SOCIEDAD ECONÓMICA *para llevar á domicilio la instrucción elemental en nuestros distritos rurales*, 1865.

Elogio de D. Francisco Arango y Parreño, 1865.

Importancia de la Literatura, 1865.

Exposición á S. M. sobre el desestanco del tabaco, 1865.

Italia y la poesía. (*Revista del Pueblo; Revista Cubana*, Octubre, 1885.

España y Cuba, ó sea *el folleto de Ginebra.* [París, Lahure, 1876; reproducido en la *Revista Cubana*, Mayo de 1886.

Discurso en el Senado sobre la abolición del patronato, 1879. Otro discurso en el Senado en Mayo 17 de 1880, otro el 3 de Julio de 1885.

Cartas políticas á D. José Güell y Renté y D. Segismundo Moret y Prendergast, 1881.

Carta prólogo para el libro (inédito) *del Dr. D. Vidal*

Morales y Morales, titulado *Domingo del Monte y su tiempo.*

Discurso de gracias al ser electo Senador por la Universidad, 1885.

Bosquejo biográfico del Conde de Pozos Dulces. [Revista de Cuba, Diciembre de 1885.

La Osteología y la Miología en sus relaciones con la Pintura y la Escultura. [Revista Cubana, Febrero de 1886.

La educación física en Cuba.—[*Revista Cubana*, Marzo, 1886].

Carta á D. José Ramon Betancourt, sobre importación de chinos. [*El Progreso.* Madrid, 1886.

Excerpta Schereriana y Spenceriana. [*Rev. Cubana.* Diciembre, 1887.

Curiosidades epigráficas. [*Rev. Cubana.* Febrero, 1889].

Uso eufónico de las vocales. [*Rev. Cubana.* Nov. 1889].

Sobre el Código civil español. [*Revista general de Derecho*, Noviembre, 1890].

Cuestión gramatical. [*Rev. Cubana.* Enero, 1890.

Don José de la Luz y Caballero y el Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. [*El País*, Agosto, 1890].

Alvaro Reynoso. [*Estudio analítico* de su correspondencia. *El País*, Enero, 1890].

Discursos: en el *banquete á los Comisionados en el teatro de Tacón* y al *tomar posesión*, por segunda vez, *de la presidencia de la Real Sociedad Económica*, 1891.

Breve juicio sobre la obra CRISTOPHE COLOMB, *etc.*, de H. Harrisse. [*Rev. Cubana.* Octubre, 1887].

¿Existe algun retrato auténtico de Cristóbal Colón? [*Rev. Cubana.* Novbre. 1887].

Varios autógrafos inéditos de Cristóbal Colón. [*Rev. Cubana.* Agosto, 1888].

Los autógrafos inéditos del primer virey de las Indias. [*Rev. Cubana.* Novbre. 1888].

Carta á Mr. Justin Winsor sobre su libro CHRISTOPHER COLUMBUS. [*El País*, Mayo, 1892].

Informe al Municipio de Génova, por el de la Habana, sobre el 4º centenario del descubrimiento. (*El País*, Julio, 1890).

¿Existe algún retrato auténtico de Colón? [Segunda

parte.—Escrita en francés y enviada al Congreso de americanistas de París, Octubre de 1890].
Boceto biográfico del Dr. Vidal Morales y Morales. (*La Habana Literaria*, Octubre 30 de 1891).
Conferencia acerca de la HISTORIA DE LA ESCLAVITUD, POR DON JOSÉ ANTONIO SACO. (*Rev. Cubana*, Febrero, 1892).

ESTEBAN BORRERO ECHEVERRIA.

POESÍAS. Un vol. 16º, 92 págs.—Habana, 1878. Poesías en la colección titulada «Arpas Amigas», y en varias publicaciones.

En la REVISTA CUBANA:

Cuestión de monedas, [cuento], pág. 71, tomo VII.
Aventura de las hormigas.—Pág. 451 del tomo VII y subsiguientes. [En publicación].
Coincidencia de opiniones. [Al Dr. Montané].
Deformación craniana.
La ortodoxia y la ciencia moderna. [Discurso].
Aspecto general de la cuestión agrícola en Cuba.
La ortodoxia y la ciencia moderna. [Discurso], 1879.

En la REVISTA DE CUBA:

Estudio antropológico del cráneo de los asesinos.
Influencia y alcance de los estudios antropológicos. [Conferencia].
El nuevo Abraham. [Caso de reversión moral].
Plantas insectívoras.]Conferencia].
La Psicología y los fisiólogos, pág. 348, tomo IV.
Calófilo. [Cuento filosófico].

En LA ENCICLOPEDIA:

Estudio sobre los aereolitos, 1888.
Estudio sobre la naturaleza del panadizo óseo, 1887.
Caso anómalo de Tétanos infantil, 1887.
Sobre un síntoma poco conocido de ciertas neuralgias, 1887.

En la REVISTA DE CIENCIAS MÉDICAS:

Una litiasis singular.
Contribución á la última epidemia de viruelas.
Caso de Farcino crónico, 1892.
Caso triple de panadizo óseo.
Sur un cas d'asçaridiasis précoce [escrito y dado á luz en francés].

En la CRÓNICA MÉDICO QUIRÚRGICA:

Resúmen de las últimas lecciones del profesor Pajot.

En la GACETA MÉDICA DE LA HABANA:

Estudio sobre la prostitución.
Traducción de los trabajos de la Comisión americana sobre la fiebre amarilla.
Sociedades de socorros mútuos de Médicos.

En LA HIGIENE:

Succión del pulgar. 1892.

En la REVISTA HABANERA:

Una novelita.

En EL PAÍS:

Ingertos epidérmicos.
BIOGRAFIA DEL DR. J. LEBREDO. [Un folleto].
EL CAFÉ: [Apuntes para una monografía]. Opúsculo de 46 páginas.—Habana, 1880.

En LA HABANA LITERARIA:

Bosquejo fantástico.
¡Machito, pichón! Pág. 49, tomo II.

ENRIQUE PIÑEYRO.

BIOGRAFIA DEL GENERAL SAN MARTIN. [Un folleto, 35 págs. Nueva York, 1870].—MORALES LEMUS

Y LA REVOLUCIÓN DE CUBA. [Un vol. 140 págs. Nueva York 1871.
ESTUDIOS Y CONFERENCIAS.—[Un vol. 306 págs. Nueva York, 1880].
POETAS FAMOSOS DEL SIGLO XIX.—[Un vol. 363 págs. Madrid, 1883.
MANUEL JOSÉ QUNTANA.—[Un vol. 252 págs. París. Madrid, 1892].—Artículos en la *Revista Habanera*, [dirección de J. C. Zenea]; en *El Mundo Nuevo*, de New-York; y en la *Revista del Pueblo*.
CORRESPONDENCIAS LITERARIAS; NOTAS CRÍTICAS; ESTUDIOS SOBRE LOS ESTADOS UNIDOS. [Colección de la REVISTA CUBÁNA.

CIRILO VILLAVERDE.

La joven de la flecha de oro, 1841.
Novelas publicadas en el *Faro Industrial*, desde 1842 á 1848:
El Ciego y su perro; La Peineta calada; El Misionero del Caroni.
Excursión á Vuelta Abajo. Un vol. de 367 págs. Habana, 1892.—Manuel de Armas.
El Guajiro. Un vol. de 144 págs. Habana, 1891. *La Lucha.*
Dos amores. Un vol. de 200 págs. Barcelona. Editado por *La Ilustraeión Cubana.*
EL PENITENTE. Novela histórica. Un vol. de 142 págs. New-York, 1889.—Manuel M. Hernández.
CECILIA VALDÉS. Novela de costumbres cubanas. Un vol. de 589 págs. New-York. Imp. de *El Espejo*, 1882.
Artículos y folletos, desde 1868 á 1878.
Memorias del General Narciso López. [Inéditas].

MIGUEL FIGUEROA.

Arengas, discursos, improvisaciones, en la Audiencia, en el Congreso y en asambleas políticas.

FRANCISCO CALCAGNO.

POETAS DE COLOR. [Biografía y crítica]. Un vol. de 110 págs. Habana. 1887.

LOS CRÍMENES DE CONCHA. [Escenas cubanas]. Un vol. de 202 págs. Habana, 1887.

MEMORIAS DE UN MUERTO. [Lo que se hace de la materia humana después de la muerte]. Habana.

UNO DE TANTOS. [Novela abolicionista]. Un vol. Habana.—M. de Villa.

EN BUSCA DEL ESLABÓN.—Conferencias y discursos inéditos.—Manuales en forma de catecismo, de popularización de la doctrina autonomista.

DICCIONARIO BIOGRÁFICO CUBANO. [Comprende hasta 1878]. Dos tomos en un vol. New York y Habana.

JOSE JOAQUIN PALMA.

Poesías de J. J. Palma. [Precedidas de un prólogo por Ramón Rosa, de una alocución por Marco Aurelio Soto, y cartas de Adolfo Zúñiga, Antonio Zambrana y José Martí]. Un vol. de 259 págs. 4º Tegucigalpa. Tipografía Nacional, 1882.

DIEGO VICENTE TEJERA.

LA MUERTE DE PLÁCIDO. [Cuadro dramático en un acto y en verso]. N. J. de León. New-York.

POESIAS COMPLETAS. 1869-1879. Precedidas de un prólogo por José Antonio Cortina. Un vol. de 290 págs. Habana, 1879.

Poesías y artículos literarios posteriores á 1879.

ANICETO VALDIVIA.

Traducción de varios *poemas de Victor Hugo*. Tomo LXXXVIII de la Biblioteca Universal. Madrid, 1883.

Traducción de *Yámbicos* y de *Lázaro*, de Augusto Barbier. Tomo CI de la Biblioteca Universal. Madrid, 1884.

Traducción de *El grupo de los idilios*, de Víctor Hugo. Un folleto de 70 págs. Habana, 1886.

La Ley Suprema, drama en 3 actos y en verso. Madrid, 1882. [Teatro Cómico].

Conferencias, artículos críticos y literarios, bocetos, cuentos y crónicas teatrales, en *La Habana Elegan-*

te; El Figaro; El Triunfo; el País; La Lucha. [Pseudónimo: *El Conde Kostia.*]

JULIAN DEL CASAL.

HOJAS AL VIENTO. [Primeras poesías]. Un vol. de 90 págs. Habana, 1890.

NIEVE. Un vol. de 113 págs. Habana, 1892.

Artículos Literarios en *La Habana Elegante; El País* y *La Habana Literaria: Libros Nuevos; Artículos y discursos; Estéban Borrero Echeverría; José Arburo y Morell; Juana Borrero; Ricardo del Monte; Rubén Darío; Joris Karl Huysmans; La Sociedad de la Habana; Crónicas* de *La Discusión;* con el pseudónimo de *Hernani;* (otro pseudónimo: *El Conde de Camors).* Poesías posteriores á la publicación de *Nieve.*

JOSE MARIA DE HEREDIA.

Véridique histoire de la conquête de la Nouvelle-Espagne. par le Capitaine Bernal Diaz del Castillo, traduction. Introducción original titulada: «*Espagne 1513-1514.*».—(4 volúmenes-Lemerre).—En la *Revue des Deux Mondes: Les Conquérants de l'or; Tierces Rimes; Sonnets.*— En varias publicaciones los sonetos: *Les Conquérants; Récif de corail; Le Samourai; Le Vieil orfèvre; Blason celeste; Persée et Andromède; Sur un marbre brisé; Hortorum Deus; L' Exilee; Le Vœu; Ave Maris Stella;* etc. etc.

RAMON MEZA.

El Duelo de mi vecino.—Flores y Calabazas. Un vol. 164 págs. Habana.—La Propaganda Literaria.—*Mi tio el empleado.* Un vol. en 2 tomos. Barcelona, 1887. Tasso y Serra.—*Don Aniceto el tendero.* Un vol. 186 págs. Barcelona, 1889. Tasso y Serra.— *Ultimas páginas.* Un vol. de 102 págs. Habana, 1891. Manuel de Armas.— *Una sesión de hipnotismo.* (Comedia). Un vol. de 25 págs. Habana. - Manuel de Armas.—Artículos descriptivos y críticos en *La Habana Elegante, El País* y *Revista Cubana.—Ilustres de vista corta.* [Novela inédita].

JOSE VARELA ZEQUEIRA.

TEORÍA CELULAR. *Rev. de Cuba.* Octubre, 1878.
EL DR. MULLER. (Historia de un loco). *Revista Contemporánea.* Abril, 1879.
ARPAS AMIGAS. (Colección de poesías de Varela, F. y A. Sellen, Varona, Borrero, Tejera y L. V. Betancourt. Habana, 1879.
LA ADAPTACIÓN (Discurso leido en la Sociedad antropológica). Folleto, 1880.
CARÁCTER ACTUAL DE LOS ESTUDIOS ANTROPOLÓGICOS. (Discurso). Folleto, 1888.
LA GULA. (Estudio crítico de la obra del Dr. Gaetan Delaunay. *Etudes de Biologie Compáree.*) *(Rev. de Cuba).*
DESNIVEL DE SEXOS EN LA ISLA DE CUBA. (Estudios estadísticos). *Rev. de Cuba.* Febrero, 1892.
IDEALISMO Y REALISMO EN EL ARTE. (Rev. de Cuba. Julio, 1882).
EL AMIGO MANSO. (Novela de B. Pérez Galdós). [Rev. de Cuba, 1882].
MANUEL DE LA REVILLA. (Boceto literario). [Rev de Cuba. Noviembre, 1881.]
Conferencia sobre la MARGARITA DEL FAUSTO. (El Mundo Artístico. Noviembre, 1884).
CRÍTICA *á las* ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS *de don Marcelino Menéndez Pelayo.* (Rev de Cuba. Abril, 1884).
LA SINCERIDAD COMO PRECEPTO LITERARIO. (Almanaque de *La Habana Elegante.* 1885).

ENRIQUE JOSE VARONA.

Poesías.—Un vol. 16º, 1879.—*Conferencias filosóficas: Lógica.* Un vol. 8º, 1880.—*Psicología.* Un vol. 4º, 1888.—*Moral.* Un vol. 8º, 1888.—*Estudios Literarios y Filosóficos.* Un vol. 8º, 1883.—*Seis Conferencias.* Un vol. 8º, 185 págs., 1887.—*Artículos y Discursos.* (Literatura.—Política.—Sociología). Un vol. 8º, 300 págs., 1891.—Coleccion de la *Revista Cubana*:—Artículos diversos.—Necrologías.—Notas editoriales.

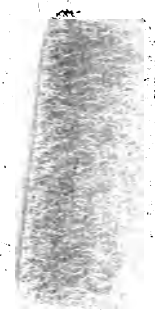
ERRATAS PRINCIPALES.

Pág.	Línea	DICE.	DEBE DECIR.
—	—	—	—
15	14	sugestorios	sugestivos
56	9	Varela	Valera
76	14	peninsalares	peninsulares
76	23	anglos-sajones	anglo-sajones
185	12	cae	queda
224	15	es estro	estro
243	13	hijodalgos	hijosdalgo
251	16	acerbo	. acervo
270	19	víspera de madurez	víspera de la madurez
378	28	: por el culto	: el culto
287	29	educación del	que inició el autor
301	4	amantimo	amantísimo.
358	12	frutuosa	fructuosa
358	30	arqutipo	arquetipo.

INDICE.

	Páginas
Dedicatoria	VII
Prólogo	IX
Rafael Montoro	3
Antonio Zambrana	33
Rafael María Merchán	49
Bernardo Portuondo	63
Manuel Sanguily	95
Ricardo del Monte	113
José Silverio Jorrín	135
Esteban Borrero Echevarría	145
Enrique Piñeyro	163
Cirilo Villaverde	191
Miguel Figueroa	215
Francisco Calcagno	229
José Joaquín Palma	257
Diego Vicente Tejera	269
Aniceto Valdivia	283
Julián del Casal	301
José María de Heredia	325
Ramón Meza	345
José Varela Zequeira	361
Enrique José Varona	379
Bibliografía	423
Erratas principales	437

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

form 410